

300 HISTORIAS DE
palabras

CÓMO NACEN Y LLEGAN HASTA
NOSOTROS LAS PALABRAS QUE USAMOS

ESPASA



¿De dónde viene la palabra «adefesio»? ¿Cómo la palabra «chusma» puede venir del griego, donde significaba «orden»? ¿Por qué «hortera» se ha convertido en un insulto?

Las palabras encierran una curiosa historia que narra su viaje en el tiempo y en el espacio, y el español es especialmente rico en historias de palabras. La historia de nuestra lengua está llena de préstamos del latín, el griego, el árabe, el vasco, el francés o el inglés, que se han adaptado en su forma y muchas

veces también en su significado. Por otra parte, la expansión del español en el mundo, especialmente en América, ha hecho que muchas palabras cobren significados propios en otros países.

A través de 300 ejemplos curiosos y sorprendentes recorreremos el viaje de las palabras desde su origen hasta sus usos actuales.



Juan Gil & Fernando de la
Orden Osuna

300 historias de palabras

**Cómo nacen y llegan hasta
nosotros las palabras que
usamos**

ePub r1.0
Titivillus 08.06.16

Título original: *300 historias de palabras*
Juan Gil & Fernando de la Orden Osuna,
2015

Documentación gráfica y de los ejemplos:
Manuel Durán Blázquez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

Prólogo

Si hay algo que distingue al hombre de los demás seres vivos es el lenguaje. Muchos animales pueden expresar sus sentimientos y aun organizarse colectivamente para realizar determinadas actividades, pero a nadie se le escapa, por grande que sea su amor a las hormigas, los orangutanes o los delfines, que carecen de un sistema lingüístico tan complejo y abstracto como el del hombre. Lo malo es que lo humano, como el resto de lo creado, tiene un pecado original: su caducidad.

Cuando se hojea un libro antiguo, de

inmediato llaman la atención dos cosas. En primer lugar, nos extraña la propia grafía: un buen número de palabras está escrito de un modo exótico (*fazer, dixo, gobernar*, etc.), un exotismo imitado por poetas y novelistas cuando quieren contrahacer el mundo medieval. En segundo término, el significado de algunas palabras resulta ininteligible: incluso el vocabulario de Cervantes es, a veces, un hueso duro de roer.

Lo primero, los cambios incesantes que introduce en la fonética el paso del tiempo, ha sido advertido muchas veces. Baltasar Gracián, en un pasaje muy notable, los ejemplificó en una sucesión de distintas generaciones que van

pronunciando, cada una a su uso y manera, la palabra *hijo*. Así lo advierte Andrenio:

«Hasta en el hablar hay su novedad cada día, pues el lenguaje de hoy, ha doscientos años, parece algarabía. Y si no, leed esos fueros de Aragón, esas partidas de Castilla, que ya no hay quien las entienda. Escuchad un rato aquellos que van passando uno tras de otro en la rueda del tiempo». Atendieron, y oyeron que el primero decía *fillo*, el segundo *fijo*, el tercero *hijo*, y <el> cuarto ya decía *gixo* a lo andaluz, y el quinto de otro modo, sino que no lo percibieron. —¿Qué es esto? —decía Andrenio—. Señores, ¿en qué ha de parar tanto variar? Pues ¿no era muy buena aquella primera palabra *fillo*, y más suave, más

conforme a su original, que es el latín?
—Sí. —Pues ¿por qué la dexaron? —No
más de por mudar.

Criticón. Tercera parte.

Parece como si Gracián hubiese intentado ensamblar en una serie cronológica las diversas lenguas de España, imaginando una evolución lingüística que se desplaza, además, de norte a sur. El cambio fonético se inicia con la forma aragonesa (y gallega) *fillo*, la mejor de todas: ¡no faltaría más! Vienen después las dos variantes, antigua y moderna, del castellano (*fijo* e *hijo*). El último peldaño de la evolución lo constituye la forma andaluza *gixo*, con

una *g-* que representa una aspiración; *gixo* (= *jijo*) es, por tanto, una forma hipercaracterizada, la exageración consciente de un rasgo característico del habla andaluza. Y todavía la palabra *gixo* está próxima, según se nos dice, a dar otro tumbó más. Estas últimas y enigmáticas palabras plantean una pregunta interesante: si el andaluz era el grado más avanzado —o más degenerado, visto desde otra perspectiva— de la lengua, ¿esperaba quizá Gracián que, concluida la progresión en la península ibérica, la evolución del español prosiguiese en América? Pudiera ser: justo por aquellos tiempos empezó a tener fuerza

la conciencia criolla, un sentimiento nacional que no dejó de alarmar en la metrópoli.

Por otra parte, salta a la vista que de *filius* a *hijo* ha habido un cambio, pero no está causado, como creía el jesuita, por el simple afán de «mudar». Efectivamente, la lengua no es un sistema perfecto y, por tanto, acabado y concluso, sino que, al revés, se halla en continua evolución, sometida como está, por sus propios fallos y desequilibrios, a múltiples presiones que acaban por crear un sistema nuevo. Los cambios lingüísticos, sin embargo, suelen producirse muy lentamente, luego el hablante apenas se da cuenta de la

mutación que se está efectuando y de la que es actor inconsciente.

En cambio, el léxico, la segunda particularidad a la que nos referíamos antes, es un volcán que está en constante ebullición. Homero en la *Iliada* comparó a los hombres con las hojas que, mientras unas germinan, otras verdean y aquellas se marchitan. Horacio aplicó la metáfora homérica a las palabras: «Como el bosque muda de follaje al declinar del año y caen las hojas más viejas, de la misma manera perece la generación antigua de palabras y, al modo de los jóvenes, florecen y tienen brío las nacidas hace poco» (*Arte poética*). En la misma idea insistió

también, al cabo de muchos siglos, Lope de Vega en *El desprecio agradecido*:

¡Caso extraño! ¡Que el lenguaje!
¡Tenga sus tiempos también!
—Vienen a ser novedades.
Las cosas que se olvidaron.

Esta constante renovación del léxico obedece a infinidad de causas. La principal es que el vocabulario, un instrumento acordado para entenderse, se transforma porque también es mudable quien hace uso de él. Evolucionan la mentalidad del hablante (→*aciago*) y varían las circunstancias

de su historia (→*ojalá*). Oscila la moda del aseo personal (→*bigote, dandi*) y del atuendo (→*bikini, bragas, corbata, pamela, rebeca, tanga*). La ciencia incorpora al vocabulario infinidad de neologismos y, en consecuencia, hacen su sombría aparición nuevos y terroríficos inventos en la milenaria carrera armamentística (→*obús, pistola, tanque*). El extranjero suele ser mirado siempre con recelo, si no con desprecio (→*bárbaro, bujarrón, esclavo, flamenco, gabacho, ogro, yanqui*). Y, así, sucesivamente. El léxico es espejo fiel de una realidad por esencia inestable.

Pero también hay innovaciones

léxicas que son inherentes a la propia lengua. La evolución fonética crea a menudo dobles que pueden ser utilizados con sentidos diferentes: *respeto* y *respecto* tienen la misma etimología, pero no significan lo mismo. En cambio, no se han diferenciado semánticamente *lucio* y *lúcido*, *raudo* y *rápido*: las primeras, las formas vulgares, coexisten con las formas cultas, introducidas más tardíamente en nuestro idioma. Más difícil es reconocer que *lacio* y *fláccido*, *llaga* y *plaga*, *avieso* y *adverso* provienen de idéntica raíz. Si bien se mira, la historia de nuestro léxico viene a ser una constante pugna entre la evolución normal de la

lengua y la reacción cultista: una y otra vez resulta fundamental la intervención del individuo, que frena el cambio fonético y repone la forma latinizante. Normalmente quien se opone a la corriente vulgar no es un hombre solo, sino una parte significativa de la sociedad (la iglesia, la nobleza, después los literatos); pero a Góngora se le atribuyó en exclusiva una revolución del vocabulario poético, de modo que Quevedo pudo zurcir, jocosamente, varias listas de voces culteranas: una de ellas lleva el título burlesco de *Aguja de navegar cultos con la receta para hacer Soledades en un día*.

Para un amante de la Antigüedad

como yo es doloroso reconocer que llegó un momento en que el culto a lo clásico, llevado a monomanía, traspasó las fronteras de la elegancia y del decoro. Los comediógrafos del Siglo de Oro gustaron de poner en escena a doncellitas de la alta burguesía — precursoras de *Les précieuses ridicules* — que, trastornadas por el culteranismo, rehusaban hacer uso de la lengua común y se expresaban en un lenguaje exquisito y preñado de helenismos (obsérvese, de paso, que, como suele ocurrir, es la mujer la que sirve de blanco para criticar modas que habían inaugurado los hombres). Un ejemplo de este aberrante desvío de la normalidad es la

sustitución de la palabra ‘guante’, considerada vulgar, por *quiroteca* ‘guardamanos’: un compuesto de *quiro-* ‘mano’ (la misma raíz que tenemos en *quiromancia* ‘adivinación por las rayas de las manos’ y en palabras más recientes como *quiropráctico*) y *teca* ‘repositorio’ (el étimo que reaparece en *biblio-teca*, *glipto-teca*, *hoploteca*, ‘repositorio de libros, esculturas y armas’, respectivamente).

Pero ¿no encumbran hoy los médicos su profesión por el mismo procedimiento, esto es, envolviendo su terminología con un ropaje abstruso y, a ser posible, derivado del griego? Al *sacamuelas* del Siglo de Oro le sucedió

el más empingorotado *dentista*. Pero *dentista* pareció una palabra demasiado llana y comprensible para el vulgo y muy pronto fue sustituida por un helenismo, el *odontólogo* (*odont-* ‘diente’); y no falta hoy quien presuma de hacer la *ortodoncia*, es decir, ‘la rectificación de los dientes’ (*ortho-* ‘recto’, la raíz que tenemos en *ortografía* ‘escritura recta’) e incluso la *periodoncia* ‘el entorno de los dientes’ (*perí* ‘alrededor’). He aquí una excelente manera de darse postín y de encarecer la cuenta, una hábil artimaña que, de nuevo, hunde sus raíces en la más rancia antigüedad. Ya Plinio, en el siglo I d. C., se quejó de la oscuridad de

la jerga médica, una oscuridad buscada adrede por los dignos sucesores de Hipócrates. Pecan quizá los galenos. Mas reconozcamos que el paciente sale de la consulta más consolado y contento si se le diagnostica una *cefalea* o una *blefaritis* que si se le dice que sufre un ‘dolor de cabeza’ (*kephalé* ‘cabeza’) o una ‘hinchazón [o, más médicamente, inflamación] del párpado’ (*blépharon* ‘parpado’). También la palabra arcana e incomprensible surte mágicos efectos, y tal vez hasta consiga curar al enfermo imaginario.

En buena parte, los cultismos provienen del latín o del griego. Es lógico que así sea, dado el enorme

influjo que la Antigüedad greco-latina ejerció y sigue ejerciendo sobre la cultura occidental. En latín revolucionaron la ciencia Newton y Linneo, y en latín propusieron sus sistemas filosóficos Descartes y Espinoza. Incluso hoy, cuando parece que el mundo clásico ha sido destronado de su pedestal secular, perdura su huella en todo, hasta en el cine, la creación artística por excelencia del siglo XX. Las aventuras de la ciencia ficción se basan muy a menudo en los mitos clásicos; y del imaginario antiguo provienen en su mayor parte los personajes, monstruosos o humanos, que aparecen hoy para delicia de pequeños y

grandes en los viajes interestelares.

Al griego se ha recurrido para crear infinidad de neologismos científicos (→ *alergia*, *dinosaurio*, *feromona*, *mastodonte*, *morfina*, *narcisismo*, *ornitorrinco*, *semáforo*) o designar novedosas instituciones culturales (→ *academia*, *museo*). El latín ha dado términos a la política y a la sociología (→ *ambición*, *bárbaro*, *candidato*, *comicios*, *familia*, *proletario*, *república*), a la economía (→ *fisco*, *negocio*, *salario*, *sueldo*) e incluso al arte y a la arquitectura (→ *basílica*, *mosaico* —un término griego creado en época romana—, *pabellón*, *palacio*, *vestíbulo*).

Aparte de los cultismos grecolatinos, el léxico se ha contaminado sobre todo de palabras extranjeras, que bien expresan algo nuevo (→*ajedrez, bingo, boicot, harakiri, mandarina, yoyó, yudo, zombi*) o bien parecen definir mejor una realidad ya existente (→*asesino, bayadera, brindis*). Hoy es el inglés el idioma que inunda nuestra lengua de nuevos términos, como ayer lo fue el francés (→*acoquinar, popurrí, sabotage*). Nadie sabe lo que pasará mañana. ¿Quién hubiera dicho que el japonés *tsunami* acabaría, hoy por hoy, sustituyendo a *maremoto*?

El uso es otro factor primordial del

cambio. Todo lo que se hace proverbial se despoja poco a poco de su esencia primigenia. *Babia* es una comarca de León bien reconocible en el mapa de España, si bien para una parte de los hispanohablantes sólo existe en la expresión ‘estar en Babia’ (→*Jauja*); lo mismo cabe decir de las Batuecas. La batalla de Cerignola, ganada por el Gran Capitán (1503), se hizo inmediatamente famosa, de modo que se dio el nombre de *chirinola* a una pelea cualquiera; con el correr del tiempo, la palabra cayó en gracia a los jaques de la Feria, que designaron con ella sus propias banderías: la “chirinola hampesca” citada en *El rufián dichoso* de

Cervantes. Parecido origen tienen otras palabras nacidas al calor de una guerra (→ *bicoca* —todavía en francés *bicoque* significa ‘plaza mal fortificada’— y *pírrico*).

De la misma manera, si una persona se convierte en prototipo de algo, su nombre pasa a ser utilizado con un valor paradigmático. Un personaje histórico, Galeno, dio nombre a todo aquel que profesa la medicina. El éxito obtenido en todo el mundo por *Les aventures de Télémaque* de Fenelon (1699) hizo que Méntor, el anciano y sabio preceptor del hijo de Ulises, se convirtiese en el *mentor* por antonomasia (→ *arpía*, *bártulos*, *caco*, *mecenas*). También cabe

que la característica de una persona se convierta en prototipo: un tipo de gafas hizo reconocible a Quevedo, y *quevedos* fueron llamadas por antonomasia sus lentes (→*pamela, rebeca*). Otras veces sucede lo contrario: que el pueblo cree un personaje imaginario al que atribuye determinados defectos o cualidades (→*Pasquín, Perogrullo*).

Una posibilidad más: puede ocurrir que un cultismo, incorporado ya al acervo del léxico común, adquiera paulatinamente un sentido nuevo que, a primera vista, poco tiene que ver con el primitivo (→*adusto, calma, coloso, piropo*). Adjetivos derivados del griego como *fantástico* ‘imaginario’ y *patético*

‘impresionante’ se emplean hoy con otro valor que el originario por influjo del inglés *fantastic* ‘excelente’ y *pathetic* ‘penoso’; a este par hay que añadir otro anglicismo, *errático* ‘inconsistente’.

Hasta aquí hemos hablado de la incorporación de vocablos al léxico común. Toca abordar otro tema: su creación.

La lengua es la democracia perfecta. Crear una nueva palabra está al alcance de cualquiera, pero el éxito final del neologismo depende de la mayor o menor aceptación que este tenga dentro de la colectividad. Términos bien contruidos como *miembra* o *jóvena*, injustamente criticados en su momento

(no son de peor factura que *infanta* o *señora*, hoy admitidos por todos), fueron rechazados por los hablantes a pesar de que se ejerció una cierta presión desde las alturas para forzar su implantación. O quizá por ello. En cambio, *mileurista*, creación afortunadísima de una ciudadana de a pie, encontró unánime asentimiento. Es lo que pasó, en su tiempo, a \rightarrow *tebeo*, *tejemanaje* y *tio vivo*.

Nuevos vocablos pueden surgir de una interpretación equivocada. Los latines que el pueblo rezaba todos los días como un papagayo y que oía en la iglesia sin entender una jota deberían tener algún sentido. Así, al menos, se

pensó ingenuamente. Y esta disparatada pero feliz ocurrencia hizo que, de frases enigmáticas, surgiesen voces de sorprendente sonoridad (→ *adefesio*, *busilis*, *sursuncorda*).

Un falso corte de sílabas crea asimismo neologismos (→ *pasmo*, que convive con el correcto *espasmo*). Aunque no sean formas de nuevo cuño, tienen un origen parecido *umbral* y *yunque*, voces muy desfiguradas en comparación con sus raíces latinas (*limināle* e *incūde*).

Otros términos nacen a causa del simple parecido fónico —el parecido, por lo general, suele gastar bromas pesadas—. Como recordaba José

Antonio Pascual en un libro memorable, un cierto personajillo quiso emplear, dándoselas de culto, el adjetivo *estentóreo*; pero se le cruzó *ostentar*, y acabó diciendo *ostentóreo*. Sancho Panza, un personaje mucho más simpático, fue también creador empedernido de «voquibles» (*friscal* por ‘fiscal’, *espeso* por ‘expreso’, etc.), como los llamó despreciativamente don Quijote; mas también el hidalgo se permitió deformar alguna voz, como ese *demostino* por ‘demosténico’ (“retórica ciceroniana y demostina”) que dejó asombrada a la duquesa. Esta burlesca creación cervantina sigue teniendo cobijo en el diccionario académico por

puro fetichismo; pero la RAE rechaza, sabiamente, el no menos irónico *ciceronianca* por ‘ciceroniana’ que pronuncia Benito en un pasaje paralelo de *El retablo de las maravillas* (“sentencia ciceronianca”); un adjetivo muy montañés, pero falso.

Hasta aquí hemos hablado de vocablos que han aparecido de forma natural, de manera inconsciente. Mas el caso es que también se puede crear una palabra de manera deliberada. En efecto, el hablante intenta evitar todo lo que suponga mal agüero o miente ruina, y a tal fin sustituye las palabras de mal fario por otras mejor sonantes (→*tabú*). Es el llamado *eufemismo*, por el que

procuramos dar nombre amable a aquello que nos parece odioso o que deseamos evitar a toda costa (→ *bonanza*, *derecho-izquierdo*, *siniestro*). Hay quien ha querido ver en el eufemismo el origen de la metáfora; y no deja de ser una translación —que eso precisamente significa metáfora— llamar *comedor de miel* al oso, como se hace en ruso: un ingenioso ardid lingüístico para mencionar el plantígrado sin provocar su aparición, pues ya se sabe que, en nombrando al ruin de Roma, por la puerta asoma.

Los políticos han contribuido de manera especial a esta prestidigitación de las palabras. Es natural. Hasta hace

muy poco tiempo su poder dependía en buena medida de su elocuencia, a menudo confundida con la labia. En una comedia de Aristófanes (*Los caballeros*, del 424 a. C.), los atenienses, para enderezar la crítica situación de su ciudad, recurren como salvador *in extremis* a un vendedor de salchichas, pensando que, por su soez y desvergonzada verborrea, sería el único personaje que pudiera vencer al todopoderoso Cleón: la *democracia* se había convertido en una *demagogia*, una ‘conducción del pueblo’ (no está de más recordar que la dictadura de Franco quiso llamarse, en un momento dado, *democracia orgánica*; y hay que

confesar, por cierto, que el adjetivo escogido le venía de perlas). El caso es que, por la cuenta que les trae, los gobernantes suelen disfrazar la realidad política, social y económica con vocablos más simpáticos. No se puede llamar al pan, pan y al vino, vino; la sinceridad, al parecer, quita votos. Desde tiempo muy antiguo. La degeneración de la república romana condujo a una verdadera confusión de conceptos, a la que Catón, en la *Conjuración de Catilina* de Salustio, atribuyó la crisis que atravesaba el estado: habiendo perdido las cosas su verdadero nombre, se llamaba generosidad al despilfarro de bienes

ajenos y entereza a la osadía en acometer maldades. ¿No suena todo ello a muy actual? La inventiva de los políticos sólo se ha visto superada por la de los pedagogos, verdaderos magos a la hora de crear palabras tan campanudas como vacías.

La corrección política abanderada por los Estados Unidos ha multiplicado hoy los eufemismos. En España se habla de *gays* y *subsaharianos* y rara vez se dice *moro* a no ser que se quiera herir aposta. Por tanto, es natural que todos los grupos que, tradicionalmente, han sido objeto de menosprecio social quieran borrar hoy los lacerantes estigmas que les ha impuesto la

colectividad por medio del lenguaje. Con toda justicia. Pero el vocabulario, como decíamos antes, es fiel reflejo de la sociedad, y toda sociedad tiene sus luces y sus sombras; el vocablo malsonante desaparecerá de verdad cuando desaparezca el prejuicio social que lo ha creado. No por quitar la palabra *guerra* del diccionario reinará la paz en el mundo. Desgraciadamente. Creer lo contrario sólo es un piadoso deseo.

Ahora bien, la imaginación del hombre, a pesar de todos los pesares, es limitada. Puede darse que el mismo hecho lingüístico se vuelva a repetir a través de los siglos, y que la aparente

innovación, que tiene trazas de ser la modernidad de las modernidades, no sea, en realidad, sino un eco, uno más, de un fenómeno antiquísimo.

La generación de Aristófanes, herida por la guerra, asistió a una revolución social: los jóvenes se dejaron el pelo largo y, seducidos por la palabrería de los sofistas, perdieron el respeto a sus padres y abuelos. Las agudas disquisiciones de estos inquietantes pensadores pusieron entonces de moda el empleo del sufijo adjetival *-ico* (ahí están, para demostrarlo, *filosófico* y *sofístico*, sin ir más lejos). Su uso inmoderado, que roza lo reiterativo en algunos diálogos de Platón, fue puesto

en solfa por Aristófanes, que presentó a Sócrates como un sofista más en *Las nubes*, una comedia representada por primera vez en el 419 a. C. Pues bien, aun hoy, después de tantos siglos, una repetición de formas en *-ico* —además, esdrújulas— continúa pareciendo una pedantería risible. Al igual que el comediógrafo griego, bien sabía Pedro Muñoz Seca que la acumulación de tales adjetivos provocaría incontenible hilaridad; en *La venganza de don Mendo* (estrenada en 1918) el protagonista, desconocedor de que el marqués de Moncada sabe la causa de su encarcelamiento, le dirige la siguiente tirada:

Siempre fuisteis enigmático
Y epigramático y ático
Y gramático y simbólico,
Y aunque os escucho flemático,
Sabed que a mí lo hiperbólico
No me resulta simpático.

Sigamos. Ambición máxima de los jóvenes —y de algunos no tan jóvenes— es lograr la mayor expresividad posible en su lenguaje. En poco tiempo hemos visto sucederse, en menoscabo del superlativo, diversos prefijos (*hiper-*, *ultra-*, *super-*, *mega-*) que potencian la bondad o excelencia de alguien o de algo. Así, en vez de *buenísimo* (*bonísimo* huele ya a rancio) se dice *superbueno*. De estos formantes, en

tiempo de Cervantes, sólo existía *super-*, pero en su forma romance, *sobre-*: valga por ejemplo el *sobresingular* que se lee en *La gran sultana* («al ser mártir se requiere / virtud sobresingular / y es merced particular / que Dios hace a quien Él quiere»), un compuesto que hace las veces del superlativo *singularísimo*. A primera vista, podría parecer que el hablante actual dispone de un mayor abanico de posibilidades para resaltar la prestancia de algo que el hombre del siglo XVII. Nada más lejos de la realidad. En el Siglo de Oro cabía recurrir a otros formantes que hoy, aparentemente, han caído en desuso, como el prefijo *re-*: en las obras

cervantinas *re-* se aplica a adverbios, como *rebién* («me lo han pagado muy rebién» [*Celoso extremeño*] y «estaba más que rebién pagado» [*Quijote*]) y a verbos, como *resobrar* («y vengo por seis raciones / que me deben, que amohina / ver que sobren a Cristina / y resobren a Quiñones» [*Entretenida*]).

* * *

A relatar de manera sencilla y amena algunos de los lances y avatares que han sufrido las palabras está dedicado el presente libro. La idea de llevarlo a cabo partió de la EDITORIAL ESPASA.

En el curso de varias fructíferas reuniones el proyecto fue tomando contenido y forma. Al final, el trabajo se repartió de la siguiente manera: Fernando de la Orden quedó a cargo de la documentación y redacción, mientras que Manuel Durán se ocupó de la ilustración. Ellos son, pues, los verdaderos autores de este volumen. Yo me he limitado a realizar una revisión pormenorizada, corrigiendo pequeñas minucias o añadiendo, allí donde podía y sabía, algunas citas o aclaraciones pertinentes. No es preciso reiterar que en ningún momento fue nuestro propósito hacer una obra de erudición, lo que no quita que a veces se afine la historia de

tal o cual voz o se aduzcan nuevos testimonios sobre su significado. Hemos pretendido, lisa y llanamente, acercar al lector al mundo fascinante de la evolución de las palabras a través de los siglos. Nada más... y nada menos.

Pero basta ya de enredar y entretener con más y más preámbulos. Invito de corazón al lector a disfrutar con estas 300 historias (otro eco clásico, como ya habrá adivinado: trescientos eran los espartanos que lucharon contra Jerjes en las Termópilas). Creo con sinceridad que pasará un buen rato y que aprenderá alguna cosa nueva. Al menos, esa, siguiendo el precepto de Horacio, ha sido nuestra intención: la de deleitar

enseñando.

Por último, quiero dejar constancia de mi agradecimiento al profesor José Antonio Pascual, que ha leído estas páginas y me ha hecho valiosas sugerencias.

JUAN GIL DE LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA

Nota editorial

El objetivo único de este libro es el entretenimiento, acercar al lector de forma amena y sencilla, pero con cierto rigor, al mundo de la evolución de las palabras. A tal fin está supeditada la selección de las trescientas voces que lo integran: se han elegido, por tanto, palabras simpáticas o curiosas, y voces que tienen tras de sí una historia interesante. Si bien este ha sido el criterio selectivo general, en ocasiones se han incorporado también términos que permiten ejemplificar un fenómeno evolutivo concreto. Se ha procurado

incluir, además, voces procedentes de lenguas diversas, algunas periféricas o poco relevantes en la formación del léxico castellano.

La fecha de incorporación de tales voces al español es siempre aproximada; en la mayoría de las ocasiones está tomada del *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, de Joan Corominas, aunque se ha recurrido también a los corpus de la Real Academia Española, en particular al Corpus Diacrónico del Español (CORDE). En cada caso se señala, asimismo, la edición del diccionario académico en que se recoge por vez primera el término o la acepción

de que se trata.

Para la documentación de las voces se ha procurado buscar ejemplos de las primeras y últimas manifestaciones escritas de cada palabra, pero sin que ello nos privase de incluir textos de los autores clásicos de la literatura española y otros que ilustran, e incluso amenizan, la trayectoria del término. No se incluye necesariamente, por tanto, la primera manifestación documentada de la palabra en cuestión.

Los ejemplos están tomados de los corpus académicos (CORDE, CREA, CORPES XXI). Se ha pretendido que los textos sean fácilmente comprensibles por los lectores actuales, para lo cual se

ha llevado a cabo una actualización de la ortografía de los más antiguos y de aquellos que, por la época de su publicación, presentaban alguna peculiaridad ortográfica. Lo mismo ocurre con las definiciones de los términos cuando están tomadas de las primeras ediciones del diccionario académico.

El criterio general de selección de las imágenes atiende a ilustrar aquellos casos donde una imagen ayuda a entender la procedencia, trayectoria o significados de la palabra, sin renunciar a algunas meramente ilustrativas.

300 HISTORIAS DE

palabras

A

abolengo

El término *abolengo* significa ‘ascendencia’, especialmente cuando esta es ilustre. En principio, su origen podría resultar algo oscuro, pero a partir de este significado es posible imaginarlo: en efecto, *abolengo* procede de la voz *abuelo*, a la que se ha añadido el sufijo *-engo*, que en español expresa pertenencia y se halla también presente en voces como *realengo* o *abadengo*. Es

curiosa, por cierto, la etimología de *abuelo*, que —cosas de la lengua— no procede de la forma correspondiente latina, *avus*, sino del diminutivo del latín vulgar *aviōla* ‘abuelita’.

Rastreando los orígenes de *abolengo*, comprobamos que se empleaba ya en castellano en la primera mitad del siglo XIII, frecuentemente en documentos legales y aplicado a los bienes heredados de los abuelos, y que sólo después empezó a utilizarse en el sentido de ‘ascendencia’. Pugnó, además, durante siglos con la forma *abolorio*, que acabaría desapareciendo.



DRAE

Abolengo (aunque por entonces se preferiera la grafía etimológica, con uve, *avolengo*) se incluye en el *Diccionario de autoridades*, de 1726, con el significado de «ascendencia de abuelos y bisabuelos» y «patrimonio o bienes heredados de los abuelos». En la edición de 1770 se opta ya por la forma actual, con be, tan tardíamente como 2001 se añade la acepción más usual hoy en día: «ascendencia ilustre».

JUAN DE ARCE DE OTÁROLA

La necedad, como mal contagioso herédase, pégase e adquiérese, y con gran dificultad se pierde, especialmente cuando viene de patrimonio o **abolengo**, porque estos, con la afición que la tienen [...].

Coloquios de Palatino y Pinciano,
c. 1550.

PÍO BAROJA

Al oír los detalles de nuestro preclaro **abolengo**, la amabilidad de la bella señora aumentó.

Las inquietudes de Shanti Andía, 1911.

abuchear

Resulta difícil imaginar que un término tan usual en la lengua española como *abuchear*, ‘expresar enfado o desacuerdo mediante gritos, silbidos y otros ruidos’, no comenzara a utilizarse hasta el siglo XX, pero así son las cosas. Sorprende, además, que tenga su origen en la onomatopeya *uch*, que, repetida, era empleada por los cetreros para llamar a las aves.

En realidad, el proceso de formación de esta voz fue un poco más largo y complejo, ya que *abuchear* proviene de *ahuchear*, y este del verbo *huchear*, que significa ‘llamar a gritos’ y ‘lanzar los perros en la cacería dando voces’.

Desde *huchear*, un término con larga tradición en castellano, ya que se emplea desde el siglo XVI, sólo queda un paso antes de llegar a la onomatopeya: el que nos conduce a *jhucho!*, grito de caza propio de los cetreros. En la forma actual es claro que influyó *buche*.

DRAE

La primera inclusión de *abuchear* en el diccionario académico es relativamente reciente, ya que data de 1927. De hecho, en esta edición se remite todavía a *ahuchear*. Ya en la edición de 1936 encontramos una primera definición: «Sisear, reprobar con murmullos y ruidos. Dícese especialmente

hablando de un auditorio o una muchedumbre».

SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS

Huiar. Vocablo antiguo. Vale **huchear**, que es llamar el halcón.

Suplemento al Tesoro de la lengua castellana o española, c. 1611.

BORITA CASAS

De pronto, el grasiento «papi» empezó a **abuchear** al ama Benita, que traía ya el café y una bandeja de dulces de coco.

Antoñita la fantástica y Titerris, 1953.

RODRIGO FERNÁNDEZ CARVAJAL

[...] la cooperación, por ejemplo, se manifestará discontinuamente, cuando, todos a una, los espectadores decidan jalearse los

triumfos del equipo propio o quizá **abuchear** al equipo contrario.

La sociedad y el Estado, 1970.

academia

El término *academia* entró en el español del siglo XVI para hacer referencia, en primer lugar, a la escuela filosófica fundada por Platón en torno a 387 a. C. Y con este mismo nombre proliferaban ya por entonces en la Italia renacentista, y comenzaban a extenderse por el resto de Europa, sociedades científicas, literarias y artísticas con patrocinio público.

Pero para acercarse al origen de la palabra hay que remontarse al mito y, más concretamente, al héroe ateniense Academo, quien dirigió los pasos de los gemelos Cástor y Pólux hacia la fortaleza de Afidna cuando estos sembraban la destrucción en el Ática en busca de su hermana, la bellísima Helena, que había sido raptada por Teseo. A este personaje mítico se atribuía la posesión de una gran finca situada en las cercanías de Atenas, la *Akadēmeia*, propiamente ‘el jardín de Academo’, que, en recuerdo de la ayuda ofrecida a los Dioscuros, fue siempre respetada por los espartanos. Allí reunía

Platón a sus discípulos, de modo que su escuela de filosofía tomó también este nombre. De él se deriva la voz latina *Academīa*, que daría lugar al término castellano —aunque el desplazamiento del acento se deba, probablemente, a la influencia del *acadèmia* italiano— y tomaría en nuestra lengua los significados que hoy conocemos.

DRAE

La voz aparece ya en el *Diccionario de autoridades* de 1726 con varios significados: «Lugar de Atenas donde Platón enseñaba la filosofía»; «Estudio general, dicho comúnmente Universidad, donde se enseñan las ciencias y facultades»;

«Junta o congreso de personas eruditas que se dedican al estudio de las buenas letras»; «Juntas literarias, o certámenes que ordinariamente se hacen para celebrar alguna acción grande», y «Academias de Pintura, Escultura, de Música y de otras Artes liberales», «donde concurren los profesores de estas facultades, para conferir y adelantar lo que conduce a su mayor perfección y aumento». Con el significado general de «establecimiento en que se instruye a los que han de consagrarse a una carrera o profesión» puede encontrarse en 1884.

AGUSTÍN DE ROJAS VILLANDRANDO

El filósofo Sócrates decía a los de su **academia** estas razones: «Hágoos saber [...] que en los reinos que están bien gobernados [...] jamás para comer viven los hombres, sino

para hablar [...]».

El viaje entretenido, 1603.

ARTURO BAREA

Aquí en Córdoba está la **academia** para sargentos. Vendrías aquí, vivirías con nosotros y te convertirías en un oficial en tres años.

La forja de un rebelde, 1951.

acelga

El nombre de esta humilde verdura, tan poco querida en general por los pequeños, proviene del árabe hispánico *assílqa*, derivado del árabe clásico *silqah*, y este a su vez del griego *sikelé*,

‘la siciliana’, ya que en esta isla italiana debió de darse especialmente bien el cultivo de la planta, que procede en realidad de Asia. No resulta extraño, por tanto, que también los romanos, que llamaban *bēta* a la acelga —de ahí el nombre científico de la especie, *Beta vulgaris*, a la que pertenece también la remolacha—, distinguieran una variedad *sícula* (‘siciliana’). En todo caso, la evolución del término, que puede encontrarse en castellano a mediados del siglo XIII, no deja de ser un magnífico ejemplo de la amalgama de culturas característica del Mediterráneo.

El término se registra en el *Diccionario de autoridades* de 1726, el primero de la Real Academia, en el que se define como «legumbre bien conocida». En la misma edición se incluye también la expresión *cara de acelga amarga*, aplicada «al rostro o semblante pálido, flaco, macilento, y verdinegro»; pero, curiosamente, en el ejemplo de uso se prescinde del adjetivo *amarga*, lo que puede considerarse casi premonitorio, porque *cara de acelga* (o *de acelga pocha*) será la expresión que acabe imponiéndose, y así se recoge ya en la edición de 1770.

LOPE DE VEGA

[...] el membrillo duro y bueno
para arañas y veneno,
y la **acelga** de hojas fea;
la salvia, la alcaravea,

y hinojo de grano lleno.

La Arcadia, 1598.

MIGUEL DELIBES

El Efrén tiene así, al primer vistazo, jeta de **acelga**, pero tratado no resulta mal rapaz.

Diario de un emigrante, 1958.

aciago

Aunque la voz *aciago*, ‘infeliz, desgraciado’, documentada ya en castellano en la primera mitad del siglo XIII, no resulta demasiado halagüeña, guarda tras de sí una buena historia, ya que proviene del latín

medieval *aegyptiācus* [dies], ‘[día] infausto’, literalmente ‘[día] egipciano’. Y bien, ¿qué tienen de infausto los egipcianos o egipcios para que los días desgraciados o infelices sean denominados así? Pues parece que fueron sus astrólogos, los egipcios, quienes determinaron la existencia de tales días, dando pábulo a una superstición que se extendió considerablemente en todo Occidente. Durante la Edad Media corrieron versos aconsejando no sangrarse ni emprender una acción en los «días egipcianos» (por ejemplo, el 1 y el 7 de enero, o el 4 de febrero). La expresión, como la cábala que la sustentaba, tuvo éxito, pero acabó

perdiendo su sentido original, del mismo modo que la llegada del Renacimiento permitió arrinconar, aunque no erradicar, la creencia en fechas funestas.

DRAE

La voz *aciago* (aunque se prefiriera entonces la grafía *aziago* al pensarse que provenía de *azar*) se incluye en el *Diccionario de autoridades* de 1726, donde se define así: «Lo mismo que infausto, infeliz, desgraciado, y de mal agüero». En la edición de 1770 (donde ya se opta por la grafía actual) se añadiría una segunda acepción, aunque con marca de anticuada: «Lo mismo que *azar*», en la que *azar* se identifica con *desgracia*.

JERÓNIMO ALCALÁ YÁÑEZ Y RIBERA

[...] no sin causa la llaman Sierra Morena. Un martes, **aciago** para mí, llegamos por la tarde a una venta con ánimo de dormir aquella noche [...].

El donado hablador Alonso, mozo de muchos amos. Primera parte, 1624.

JUAN BENET

[...] ya sé que no fue un instante y que probablemente nunca sonó aquel **aciago** picaporte, como no sonaron los cascotes de los caballos.

Volverás a Región, 1967.

acicate

Aunque existe cierta controversia acerca de su etimología, la palabra *acicate* proviene, como tantas otras del español, del árabe andalusí, y más concretamente parece derivarse de un hipotético [*muzíl / ráfi*] *assiqát*, ‘quita flaquezas’. Lo que llama la atención en este caso es que esta voz, que se documenta ya en la segunda mitad del siglo XVI, no tenía por entonces el significado de ‘estímulo, incentivo’. En origen remitía sólo a un tipo de espuelas provistas de una punta aguda para picar al caballo. Sin duda buen remedio contra las «flaquezas» de la montura. Y, también, buen incentivo: de aquí a su más extendido significado moderno apenas hay un salto, muy

lógico, por otra parte.

DRAE

El *Diccionario de autoridades* de 1726 recoge el término y lo define como «espuela de la jineta, la cual sólo tiene una punta para picar al caballo». A finales de siglo, en el suplemento de la edición de 1780, se da cabida por primera vez a la acepción figurada: «Lo mismo que incitativo».

MATEO ALEMÁN

[...] animando con alaridos los caballos, que heridos del agudo **acicate** volaban, pareciendo los dueños y ellos un solo cuerpo [...].

Guzmán de Alfarache. Primera parte,
1599.

MIGUEL DE UNAMUNO

[...] y por eso es uno de mis modelos; su gloria es un **acicate** para mi trabajo y es un consuelo de la gloria.

Abel Sánchez. Una historia de pasión,
1917.

acoquinar

‘Acobardar, amilantar’, tal es el significado de este término coloquial que proviene de la voz francesa *acoquiner*, ‘acostumbrar a un hábito degradante’. Pese a su vigencia, se trata una palabra con larga historia, ya que se documenta en español al menos desde

principios del siglo XVII y está ya presente en algunas de nuestras novelas picarescas.

Más complejo es seguirle el rastro al término francés, que se deriva de *coquin*, un sustantivo de origen oscuro empleado inicialmente con el significado de ‘mendigo, pordiosero, de condición vil’ y que pronto tomó valor despectivo. Puede que proceda del latín *coquus*, ‘cocinero’, por la fama de pícaros que por entonces tenían quienes trabajaban en las cocinas (así desde las comedias de Plauto). En las antípodas, por cierto, de lo que ocurre hoy en día, cuando los grandes chefs compiten en

prestigio y popularidad con los ídolos deportivos.

DRAE

La voz *acoquinar* se registra ya en el *Diccionario de autoridades* de 1726 con una definición especialmente descriptiva: «Atemorizar, acobardar, infundir miedo, aterrar a uno de manera que no se atreve a mover ni a respirar».

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO

¡Se figuraría él que te había de **acoquinar** entonando himnos de alabanza a su novia!

La Bruja de Madrid, 1850.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Si creará este fantasmón que nos va a **acoquinar** porque tiene esa fachada... Siéntese usted y no haga visajes [...].

Fortunata y Jacinta, 1885-1887.

adefesio

El sustantivo *adefesio* (‘persona o cosa ridícula o de gran fealdad’) tiene, sin duda, uno de los orígenes más sorprendentes del léxico español, ya que proviene del latín *ad Ephesios*, ‘a los efesios’, título de la célebre epístola de san Pablo, por alusión a las penalidades que pasó el santo en Éfeso durante su predicación en Asia Menor a mediados

del siglo I, donde estuvo a punto de sufrir martirio a manos del pueblo.

Al menos desde el siglo XVI, se empleó *ad Efesios* como locución adverbial con verbos de habla (*hablar ad Efesios*), con el significado de ‘inútilmente, disparatadamente’, haciendo referencia a lo improductivo de la predicación de san Pablo o, según Unamuno, porque a los novios les entran por un oído y les salen por otro las recomendaciones que se dan sobre el matrimonio en el capítulo quinto de esa carta. Pronto, sin embargo, comenzó a utilizarse en este mismo contexto el sustantivo *adefesio* en el sentido de ‘despropósito, disparate,

extravagancia', que hoy ha caído en franca decadencia. Sólo tardíamente, en la segunda mitad del siglo XVIII, tomó *adefesio* su significado mayoritario actual, aplicado sobre todo a personas.



DRAE

Para encontrar la primera referencia académica al término *adefesio* hay que remontarse al *Diccionario de autoridades* de 1770, donde se define como «despropósito, disparate». Ya en la edición de 1853 se añade el comentario «Suele llamarse así a la persona ridícula o extravagantemente vestida», que en 1869 pasó a constituir una acepción independiente, y por fin en 1884 se añadió una tercera acepción referida a la prenda de vestir de las mismas características.

ANÓNIMO

Rodrigo. —Parece que habéis respondido un gran **adefesio** y disparate.

Osorio. —Pues, aunque lo parece, no lo es, que a su provecho ha hablado el señor Mendoza.

Diálogos de John Minsheu, 1599.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE INCLÁN

En la adusta soledad penibética, era un **adefesio** anacrónico, aquel vejete de chistera gris, guantes anaranjados [...].

La corte de los milagros, 1927-1931.

adelfa

El nombre de este hermoso —aunque venenoso— arbusto, muy presente en toda el área Mediterránea, se documenta ya en español a mediados del siglo XIII. Deriva del árabe andalusí *addífla*, que a su vez procede del árabe clásico *diflà*.

Su origen, sin embargo, hay que buscarlo más lejos: en el término griego *dáphnē*, ‘laurel’ (derivado del latín *laurus*).

En la mitología griega, el laurel es el árbol sagrado de Apolo y, también, el símbolo de su amor desdichado. La historia de Apolo y Dafne ha servido de inspiración a numerosos artistas desde la Antigüedad. Todo comienza cuando el dios, bajo el influjo de Eros —urdidor, como venganza por las burlas de Apolo, de esta pequeña tragedia—, cae rendido ante la belleza de la ninfa. Pero Eros, que ha llevado la pasión al corazón de Apolo con una flecha de oro, ha

sembrado el desprecio y el desdén por el dios en el corazón de Dafne con una flecha de plomo. Ante el acoso de Apolo, la ninfa huye y, en su desesperación, solicita ayuda a su padre, el dios-río Peneo, quien la metamorfosea en laurel. El único consuelo de Apolo será emplear sus poderes concediendo al arbusto la eterna juventud que lo mantendrá siempre verde.

DRAE

El término *adelfa* se recoge en el *Diccionario de autoridades* de 1726 con una definición cuyas primeras líneas proporcionan alguna pista sobre su origen y

relación con el laurel y, por vía etimológica, con el mito de Dafne: «Planta bien conocida, que produce las hojas parecidas al laurel...».

MIGUEL DE CERVANTES

Que cuando el alma se encarga
De alguna amorosa carga,
A su gusto es cualquier cosa
Composición venenosa
Con jugo de **adelfa** amarga.

La Galatea, 1585.

ALONSO ZAMORA VICENTE

Y todos escuchan admirados las virtudes del ruibarbo, de la ruda, de la mejorana, y de la celidonia, y de la matalahúva, de la **adelfa** seca, del polvo de adormideras con azúcar cande.

A traque barraque, 1972.

adusto

No es que *adusto*, término documentado en castellano desde principios del siglo XV, tenga tras de sí una historia grande, pero su historia, humilde, resulta ejemplificadora de la lógica interna de la evolución de las palabras, de cómo los significados van y vienen por afinidades no siempre evidentes.

El adjetivo *adusto*, ‘poco amable, huraño, malhumorado’ y, aplicado a cosas, ‘seco, severo, desagradable’, proviene de la voz latina *adustus*, participio del verbo *adurĕre*, que deriva

de *urĕre* ‘quemar’. *Alguien adusto*, por tanto, es, etimológicamente, «alguien quemado, tostado, chamuscado». De hecho, este fue su primer significado en español y aún se conserva en el diccionario académico, a pesar de que su uso actual sea anecdótico. Pero lo curioso es que, en sentido paralelo, y coloquialmente, *alguien quemado*, es, como es bien sabido, «alguien harto, disgustado», por lo que muy probablemente resulte adusto, es decir, poco amable, huraño, malhumorado. ¿Estará siguiendo *quemado* el mismo camino que *adustus*?

Todas las acepciones de *adusto* se recogen ya en la primera edición del diccionario académico, la de 1726. Merece la pena, eso sí, recoger sus hermosas definiciones: «Lo que es, o está requemado, y tostado a fuerza del calor del sol, o del fuego»; «Se llama también un país, o región, que está muy expuesta a los rayos del sol, como la Libia»; «Metafóricamente, se dice del hombre de condición intratable, áspera y melancólica, y de cualquier cosa que sea funesta y triste».

FRAY ANTONIO DE GUEVARA

Tenía este villano la cara pequeña, los labios grandes y los ojos hundidos; el color **adusto**, el cabello erizado, la cabeza sin cobertura [...].

Reloj de príncipes, 1529-1531.

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

En esto, uno de los circunstantes (que sin duda debió ser el **adusto** incógnito de que antes hicimos mención), tuvo la descortesía de abrir despacito [...].

Escenas matritenses, 1836-1842.

afrodisiaco o afrodisíaco

Todas las culturas han buscado, de una u otra manera, productos afrodisiacos, es decir ‘que exciten o estimulen el apetito sexual’, y, aunque sin base científica, desde la Antigüedad se ha atribuido a determinados alimentos y sustancias tales efectos. El término se incorporó al

castellano por vía culta y muy tardíamente, no antes de finales del siglo XVIII. Su etimología es transparente, ya que procede del latín *aphrodisiācus*, y este del griego *aphrodisiakós*, ‘erótico, venéreo’.

Su relación con Afrodita es evidente. El nombre de la diosa griega del amor y la belleza, según una etimología popular, deriva del griego *aphrós*, ‘espuma’. Pues, según el mito, Afrodita nació de la espuma originada en el mar por los genitales de su padre, Urano, que había sido castrado por Cronos. El nacimiento de Afrodita —o de su equivalente romana, Venus—, su imagen surgiendo

de las aguas, es uno de los temas recurrentes de la iconografía del arte occidental.

DRAE

La incorporación del término, como adjetivo y sustantivo, al diccionario académico es bastante tardía, ya que no se recoge en él hasta la edición de 1884, donde se define así: «Dícese del medicamento o sustancia que excita el apetito venéreo».

LEOPOLDO ALAS, «CLARÍN»

Pero sus íntimos le habían oído, en el secreto de la confianza, después de comer bien, a la hora de las confesiones, que para él no había **afrodisíaco** mejor que el frío.

La Regenta, 1884-1885.

JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI

Esta noche siente que Flora huele a langosta, y toda la taberna le mete por las ventanas de la nariz su **afrodisíaco** olor.

El Chiplichandle. Acción picaresca,
1940.

ahorrar

El verbo *ahorrar* comenzó a emplearse con el significado de ‘economizar’ en el siglo XVI. Hasta aquí, nada especialmente interesante, desde luego, pero si rastreamos su origen podemos

encontrar alguna sorpresa. El término procede de *horro*, voz de escaso uso que significa ‘manumiso, liberto’ y que se aplica, por tanto, a la persona que, habiendo sido esclava, alcanza la libertad. Y si seguimos tirando del hilo llegaremos al árabe andalusí *ḥúrr*, derivado a su vez del árabe clásico *ḥurr*, ‘libre’.

Ahora bien, ¿qué relación semántica puede existir entre *ahorrar* y estas voces? Mucha si atendemos a criterios históricos, puesto que el verbo *ahorrar* se introdujo en el castellano del siglo XIII con el significado ‘dar libertad al esclavo o prisionero’, y esta

acepción, por sorprendente que pueda parecer, está todavía presente en el diccionario académico. En su evolución posterior, se utilizó en el sentido de ‘librarse de trabajos o gastos’ (‘horro de impuestos’), y sólo después asumió sus significados hoy más extendidos.

DRAE

En el *Diccionario de autoridades* de 1726 se registran ya las acepciones principales de *ahorrar*: «dar libertad al esclavo», «excusar algo de lo que se había de gastar, reservándolo» y «excusar alguna parte del trabajo que se había de poner en acción, o todo él».

JUAN DE TIMONEDA

[...] y, al comer, comía donde le tomaba el hambre, por **ahorrar** de costa y no comer tanto.

El Patrañuelo, 1566.

ERNESTO SÁBATO

[...] y verás lo que habrías podido **ahorrar** y lo que aún puedes **ahorrar** en el futuro.

Abaddón el exterminador, 1974.

ajedrez

Aunque su origen se pierde en el mito, en su forma actual el juego del ajedrez parece ser originario de la India, donde

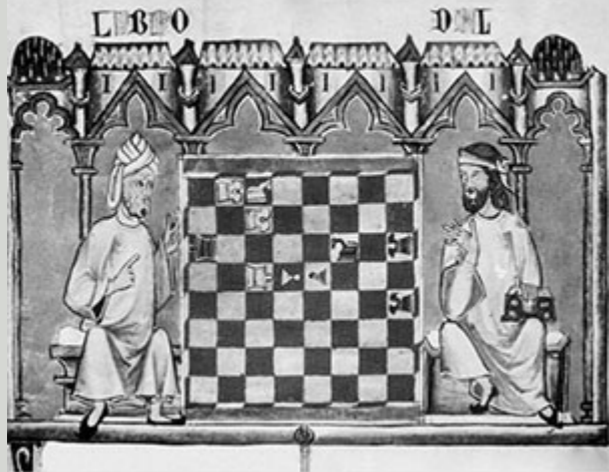
sabemos que se practicaba en el siglo V; desde allí pasó a Persia, y fueron los árabes quienes lo extendieron por Occidente. La presencia árabe facilitó la difusión del ajedrez en la Península y el rey Alfonso X el Sabio mandó traducir y recopilar en su *Libro de ajedrez, dados y tablas* (1283) diversos tratados árabes sobre el juego.

La palabra, como es de esperar, siguió un camino paralelo: el castellano, donde no está documentada antes del siglo XIII, la tomó del árabe hispano *aššatranġ* o *aššitranġ*, derivado del árabe clásico *šitranġ*, que a su vez proviene del pelvi *čatranġ*, y este del sánscrito *čaturanġa*,

literalmente, ‘de cuatro miembros’, lo que alude a las cuatro armas del ejército indio. Estas eran infantería, caballería, elefantes y carros de combate, que aparecen representados en el tablero por los peones, los caballos, los alfiles (del árabe andalusí *alfil*, derivado del árabe clásico *fīl*, y este del pelvi *pīl*, ‘elefante’) y las torres, respectivamente. Su función, claro, es defender al rey (en pelvi, *šāh* [→ JAQUE]).

DRAE

El término *ajedrez* se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* de 1726, aunque con la grafía *axedrez*, que era la entonces empleada y que se mantendría en las sucesivas



ediciones hasta 1817. Se define así: «Juego que se compone de diferentes piezas, la mitad blancas, y la otra mitad negras, que son dos reyes, dos reinas, cuatro alfiles, cuatro caballos, cuatro roques o torres, y dieciséis peones».

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

[...] que para mí tengo no ser menor excusa el ejemplo que Pedrarias les daba, pues en su mayor contentamiento jugaba al **ajedrez** la libertad de aquellos más que miserables.

Historia de las Indias, c. 1527-1561.

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

Como ya en el baile es cero,
aunque dama de alta prez,
jugando está al **ajedrez**
con un literato huero.

La escuela del matrimonio, 1852.

alarma

La voz *alarma*, ‘aviso o señal que advierte de la proximidad de un

peligro' e 'inquietud motivada por un peligro', se documenta en español a principios del siglo XVI y proviene del italiano *allarme*, derivado del grito de guerra *all'arme*, 'a las armas'. Al parecer, fue incorporado por los ejércitos españoles en las campañas de Italia —convertida por entonces en escenario de la lucha por la hegemonía europea entre Francia y España—, donde era costumbre emplearlo entre los centinelas de las fortalezas o plazas fuertes para alertar de la inmediatez de un ataque y conminar a los soldados a tomar las armas.

No sería la única voz militar

incorporada del italiano en esa centuria (véase, por ejemplo, *coronel* o *estratagema*). El término *alerta* siguió un camino paralelo. Proviene de la expresión *all'erta*, con la que se instaba a los soldados a levantarse y ponerse en guardia ante un ataque. Esta deriva del sustantivo *erta*, ‘subida’, que a su vez proviene del verbo latino *erigēre*, ‘levantar’.

DRAE

El término *alarma* se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* de 1726, y la primera parte de su definición resulta clarificadora acerca de su uso y evolución: «Modo de hablar con que se incita a tomar

las armas, que casi se ha hecho ya sustantivo». En la edición de 1770 se define ya como sustantivo, aparentemente sin mucho tino: «El repentino, e imprevisto acometimiento sobre el enemigo», pero se corrige en 1803: «Aviso, o señal para el repentino, e imprevisto acometimiento sobre el enemigo». En sucesivas ediciones se irán incorporando significados derivados, aunque la acepción ‘mecanismo para avisar de algo’ se haría esperar hasta 1992.

JERÓNIMO ZURITA

Y dos escuderos que hacían la vela dieron **alarma** y todo el ejército se puso en orden.

Anales de la corona de Aragón, 1562.

FELIPE TRIGO

La modista, que por el tono cortés en que le había sido formulada la pregunta no pudo sufrir ninguna **alarma**, dirigió tranquilas su mano y su mirada hacia el papel [...].

Los abismos, 1913.

albóndiga

A pesar de ser un plato con larga tradición en nuestros fogones, las *albóndigas*, ‘bolas de carne o pescado picados menudamente’, hunden sus raíces en la cocina árabe, en la que perviven diversas preparaciones muy semejantes. Lo mismo ocurre con la palabra, que se introdujo en español a

principios del siglo XV y deriva del árabe clásico *bunduqah* ('bola'), a través del árabe andalusí *albúnduqa*.

Sin embargo, hay que remontarse mucho más atrás para encontrar su verdadero origen, concretamente al griego [*káryon*] *pontikón*, '[nuez] pónica'. En Grecia, se denominaba así a la avellana, que debía crecer abundantemente en Asia Menor, en torno al mar Negro (el Ponto Euxino griego). La semejanza de su forma no pasa desapercibida, pero llama la atención la diferencia de tamaño. ¿Acaso por entonces las albóndigas tenían un diámetro apenas superior al de una avellana? Es posible,

porque los tiempos han cambiado mucho y la disponibilidad de los alimentos —y en particular de la carne— también.

DRAE

La voz *albóndiga* es muy anterior a los primeros diccionarios académicos y estaba plenamente asentada cuando se publicó el primero, en 1726. En él se define así: «Guisado compuesto de carne picada, huevos, y especias con que se sazona, mezclándose todo en forma redonda, como un bodoque o nuez».

ANÓNIMO

[...] carneros, puercos, aceite y otras cosas de comer o hierro o herraje, trigo, maíz, chuño, hasta que se haga el **albóndiga** y en ella se

ponga la orden que conviene en lo que toca al pan, atento que lo compran para vender por menudo y está obligado a hacerlo así [...].

Ordenanzas de la ciudad de Arequipa,
1575.

ARTURO AZUELA

Come una **albóndiga** con cierto disgusto, se rasca una sien y se despide con el pretexto de que se le hace tarde.

El tamaño del infierno, 1973.

alergia

Las alergias afectan cada día a más personas y se identifican a menudo como una enfermedad propia de las

sociedades industrializadas. Sin embargo, están documentadas desde la Antigüedad, aunque hayan sido objeto de estudio de la moderna medicina sólo desde época relativamente reciente. Tampoco la voz que les da nombre tiene demasiada tradición. La palabra española *alergia* proviene del alemán *Allergie*, formada por vía culta partir del griego *állos*, ‘otro’, y *érgon*, ‘trabajo’. Literalmente, por tanto, ‘otro trabajo’, el que desarrolla de forma «equivocada» el cuerpo cuando reacciona ante sustancias en principio inocuas. El término fue acuñado en 1906 por el médico austriaco Clemence von Pirquet, en el curso de su investigación sobre la

sensibilización a la tuberculina de quienes tenían o habían pasado la tuberculosis. En realidad, debería haberse pronunciado *alergia* (*al-ergia* es a *All-ergie* lo que *en-ergia* a *En-ergie*).

DRAE

El término *alergia* no se incorpora al diccionario académico hasta el suplemento de 1947. Ya en el suplemento de 1970 se añadió una segunda acepción figurada: «Por extensión, sensibilidad extremada y contraria respecto a ciertos temas».

GREGORIO MARAÑÓN

La reacción positiva, índice de la **alergia**,

aparecerá en toda infección tuberculosa, con la excepción que se trate de un sujeto sano [...].

Manual de diagnóstico etiológico,
1943

JOSÉ LUIS MARTÍN VIGIL

Tú eres testigo —dijo, dirigiéndose a José Manuel—. Es una **alergia** a cuanto suene a obrero. ¡Es increíble!

Los curas comunistas, 1968.

alfeñique

Si a cualquiera de nosotros nos preguntaran hoy qué es un *alfeñique* no lo dudaríamos: una persona delgada y de complexión débil. Como suele ser

habitual, sin embargo, el origen del término es bastante diferente, ya que procede del árabe hispano *fa[y]nīd*, que lo tomó del árabe clásico *fānīd*, y este, a través del persa *pānid*, del sánscrito *phaṇita* ‘concentrado de guarapo (jugo de la caña dulce)’.

En español lo encontramos ya en el siglo XIV con el significado de ‘pasta de azúcar cocida y estirada en barras muy delgadas y retorcidas’. Y será precisamente el tamaño y la forma de estas barras, su finura y carácter quebradizo, lo que dé lugar al significado metafórico que ha acabado imponiéndose. Una evolución, por otra

parte, de lógica aplastante, especialmente si pensamos que pudo existir cruce con la forma árabe *fenîq*, ‘mimado’. Se comprende bien, por tanto, que Cervantes se burlase de los poetas «alfeñicados y deshechos / en puro azúcar». Al enumerar los nombres de los caballeros que acaudillaban los ejércitos (de ovejas), don Quijote se acordó del «duque Alfeñiquén del Algarbe»: una manera de motejar a los portugueses de ‘dulces’ y ‘delicados’, por lo enamoradizos que tenían fama de ser.

La voz aparece ya en el *Diccionario de autoridades* de 1726 como «pasta de azúcar», y en esa misma edición se incluye una acepción aplicada a «cualquier cosa que se quiere ponderar de blanda, suave, blanca, y quebradiza». En la siguiente edición, de 1770, se precisa ya algo más: «Se aplica a las personas delicadas de cuerpo y complexión».

DIEGO ÁLVAREZ CHANCA

Récipe: media onza de lamedero de adormideras; jarope de orozuz, miel violada y **alfeñique**, de cada uno seis dracmas; muélase todo y mézclese bien.

Tratado nuevo, no menos útil que necesario, en que se declara de qué manera se ha de curar el mal de costado,
1506.

ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE

[...] ¿saben ustedes quién acabó con él? Pues nadie, un **alfeñique**, un desgraciado: Vidal y Planas [...].

Historia de una tertulia, 1952.

algarabía

En franco contraste con su significado, la voz *algarabía*, ‘ruido confuso de personas hablando o gritando a la vez’, resulta particularmente agradable al oído (eufónica, si recurrimos a un término más culto). Como ocurre con tantas otras palabras del español, su origen árabe salta a la vista: en

concreto, proviene del árabe hispano *al'arabiyya*, derivado a su vez del árabe clásico *'arabiyyah'*, literalmente, 'lengua árabe'. Este era precisamente el significado del término cuando se introdujo en castellano en el siglo XIII. Pero, como la lengua árabe — hablada por los moriscos hasta 1567, cuando fue prohibida por un edicto de Felipe II junto con su vestimenta y el resto de sus costumbres— resultaba confusa e incomprensible para la mayor parte de los cristianos peninsulares, su significado primitivo fue evolucionando ya desde el siglo XVI en el sentido de 'lenguaje ininteligible', y acabó derivando una centuria después en su

más extendida acepción actual.

DRAE

El término se registra ya en el primer diccionario académico, el de 1726: «Es propiamente la lengua de los alabares o algarabes, que quiere decir gente que vive hacia el Poniente, porque *Garbi*, en arábico, es Poniente. Así lo dice Covarrubias. Esta voz comúnmente se entiende por cualquiera cosa hablada, o escrita de modo que no se entiende». Lo sorprendente es que aún hoy, aunque con marca de «poco usado», se conserva en el diccionario la acepción correspondiente a la lengua árabe.

FRAY ANTONIO DE GUEVARA

A los que son curiosos en la Sagrada Escritura parecerles han estas palabras ser de **algarabía** o geringonza, pues dice el Apóstol que no tiene más vida de cuanto vive en él aquello que él ama.

Epístolas familiares, 1521-1543.

JOSÉ DE ESPRONCEDA

[...] silbos, relinchos, chirridos
y en desacordado estrépito,
el fantástico escuadrón
mueve horrenda **algarabía**
con espantosa armonía,
y horrisona confusión.

El diablo mundo, 1840-1841.

alienígena

De una u otra manera, la vida extraterrestre —cuya existencia es cada vez más aceptada por la sociedad científica— ha suscitado desde siempre la curiosidad de los seres humanos, aunque han sido la literatura y el cine los que han disparado, desde finales del siglo XIX, el interés popular por este fenómeno. Hoy no dudaríamos en relacionar con ella el término *alienígena*, procedente del latín *alienigēna*, de *aliēnus*, ‘ajeno’, y *-geno*, de la misma raíz que *gigno*, ‘engendrar’. Se trata, sin embargo, de un significado relativamente reciente, que puede interpretarse como una extensión del primitivo. En efecto, la voz *alienígena*,

documentada al menos desde finales del siglo XVI, se empleaba inicialmente en castellano, al igual que en latín (en la Biblia, *alienígena* corresponde al griego *allóphylos*, ‘de otro pueblo’), como sinónimo de *extranjero*, acepción que, pese a estar en franco retroceso, aún se conserva en el DRAE.

DRAE

El lema *alienígena* tiene entrada por primera vez en la edición de 1803 del diccionario académico, donde se define como «Lo mismo que extranjero». Sólo en la edición de 1992 se incorporaría la acepción correspondiente a ‘extraterrestre’.

FRAY PEDRO MALÓN DE CHAIDE

Los que esto dicen, piensan que la razón de la rencilla o murmuración de Aarón y María con Moisés, fue por haberse casado con mujer **alienígena** o extranjera.

La conversión de la Magdalena, 1588.

GUILLERMO SORIANO

Si usted sospecha que existe una conspiración **alienígena** que amenaza la Tierra o ha sido abducido por una nave extraterrestre, ahora tiene ocasión de conectarse a Internet para clamar a los cuatro vientos su experiencia.

El Mundo, 09/03/1997.

alumno

Ya sabemos que entre las obligaciones de los padres se cuenta la de alimentar a los hijos. Y entre las de los maestros alimentar a los alumnos, aunque, eso sí, en sentido figurado. Tal es el origen del término, que se documenta en español en torno a 1600: *alumno* proviene del latín *alumnus*, derivado de *alĕre*, ‘alimentar, nutrir, hacer crecer’. De hecho, en un primer momento se entendía por *alumno* el niño —propio o ajeno— al que se dispensaba alimentación y educación. Por cierto, que el mismo origen tiene la palabra *alto*, que procede directamente de *altus*, derivado del participio perfecto de *alĕre*, ya que sólo puede ser alto quien previamente ha sido

alimentado. Y de la misma raíz deriva *alma*, ‘nutricia’, empleado normalmente con sustantivos femeninos: se une *alma* con *tierra* o con *madre*, pero a nadie se le ocurriría decir *almo padre*.

DRAE

La voz aparece en el *Diccionario de autoridades* de 1726, cuya definición clarifica el origen y evolución del término: «El hijo, u discípulo, que alguno como padre ha criado desde su niñez, cuidando de su alimento, enseñanza y buenas costumbres». Sólo en 1899 se incluye una acepción específica para el significado hoy más extendido: «Cualquier discípulo, respecto de su maestro, de la materia que

está aprendiendo, o de la escuela, clase, colegio o universidad donde estudia».

IGNACIO GARCÍA MALO

Todas estas circunstancias eran muy favorables a los designios y desvelos de su bienhechor, y con los continuos consejos, doctrina e instrucción que le daba este hombre sabio hacía su **alumno** los más rápidos progresos en la virtud y en el estudio.

Voz de la naturaleza, 1787-1803.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Cómo le entraría el latín a este **alumno** que apenas sabía deletrear el castellano, y dejaba el achicador y las faenas de la lancha para coger en las manos el Carrillo, júzguelo el pío lector.

Más reminiscencias, 1878.

amarillo

El amarillo es el color del oro, pero también del limón o del sol. Casi todos estaríamos de acuerdo en que es un color alegre, luminoso. Y, sin embargo, el origen del término que le da nombre, documentado en castellano en el siglo XI, remite al dolor y la enfermedad: proviene del bajo latín hispánico *amarëllus*, ‘amarillento, pálido’, derivado a su vez del diminutivo del término latino *amārus*, ‘amargo’. Esta evolución se relaciona, muy probablemente, con la ictericia, enfermedad producida por la

acumulación de pigmentos biliares en la sangre y cuya señal exterior más perceptible es la coloración amarillenta de la piel y las mucosas. Pero en esta rocambolesca deriva semántica el elemento clave, el que permite vincular definitivamente los términos castellano y latino, es la bilis, conocida antiguamente como *humor amargo*. Llegamos así, en un viaje lingüístico singular, hasta la teoría de los humores, según la cual la causa de la enfermedad radicaba en un desequilibrio de los cuatro humores del organismo (sangre, linfa, bilis y atrabilis), que dominó la medicina occidental desde Hipócrates hasta bien entrado el siglo XIX.

DRAE

El *Diccionario de autoridades* de 1726 define así la voz *amarillo*: «Color que imita al de el oro cuando es subido, y al de la flor de la retama cuando es bajo y amorriguado. [...] Es color infeliz por ser el de la muerte, u de la larga y peligrosa enfermedad».

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Pues señor, volviendo al indiano, han de saber ustedes que cada día que pasaba le dejaba más flaco y más **amarillo**, porque el padecimiento que le ocasionaba tal ruina, una disentería muy vieja y de fatal carácter, lejos de aliviársele con los aires de su tierra, iba caminando con ellos de mal en peor.

Tipos y paisajes, 1871.

EMILIA PARDO BAZÁN

El viajero echó mano a su chaleco y entregó un trozo de cartón **amarillo**.

—¡Falta uno! El billete de la señora. ¡Eh, señora!, ¡señora! ¡El billete!

Un viaje de novios, 1881.

amazona

Una amazona es, hoy en día, una mujer que monta a caballo. Pero es bien sabido que en el acervo griego las amazonas eran mujeres guerreras de ciertas tribus establecidas en el área de Asia Menor. Constituían un matriarcado en el que los hombres tenían como única

función asegurar la continuidad de la especie. Es posible que su leyenda se relacione con los escitas, como ellas grandes jinetes y arqueros, que pudieron ser confundidos con mujeres por sus largas cabelleras.

El término castellano, documentado en la primera mitad del siglo XIII, procede del latín *Amāzon*, *-ōnis*, y este del griego *Amazón*, *-ónos*. Aunque su origen es incierto, según una etimología popular provendría del prefijo *a-* y *mazós*, y significaría ‘sin pecho’, haciendo alusión a la costumbre que, atendiendo a una de las tradiciones, existía entre las amazonas de cortarse el

seno derecho para mejorar el manejo del arco.

La leyenda de las amazonas pervivió en la cultura occidental y cobró nueva fuerza durante la conquista de América. En enero de 1493, al volver del primer viaje, Colón oyó hablar de amazonas en la isla de Matinínó. A California se le dio ese nombre porque así se llamaba la isla de las amazonas en las *Sergas de Esplandián*. Y, según el relato del monje dominico Gaspar de Carvajal, Francisco de Orellana y sus hombres fueron atacados por una tribu de mujeres guerreras en el transcurso de su expedición por el gran río sudamericano

(1542), que fue bautizado como Amazonas por este motivo.

DRAE

El primer registro del término en los diccionarios académicos data de 1770, cuando se define así: «La mujer de alto cuerpo y espíritu varonil. Llámase así a semejanza de ciertas mujeres guerreras, que se refiere hubo en la Antigüedad». Estas dos acepciones, desdobladas, serían las únicas incluidas en el DRAE hasta la edición de 1884, cuando se incorporó ya «Mujer que monta a caballo».

FRAY ANTONIO DE GUEVARA

[...] Alexandro tenía una niña que mamaba, la qual él había habido en una reina **amazona**; y

sobre si era tiempo o no era tiempo de destetar a la niña [...].

Reloj de príncipes, 1529-1531.

RÓMULO GALLEGOS

Durante las jornadas se entregaba a una actividad febril, a horcajadas sobre el caballo, **amazona** repugnante de pantalones hombrunos hasta los tobillos bajo la falda [...].

Doña Bárbara, 1929.

ambición

Es probable que personas distintas perciban de manera diferente una voz como *ambición*, ‘deseo ardiente de conseguir poder, riquezas, dignidades o

fama'. ¿Tiene connotaciones negativas o positivas? Pues... depende. Seguramente convendremos en que la clave está en la intensidad y en que en la justa medida, como en tantas otras aspiraciones, se halla la virtud.

Pero vayamos a lo que aquí interesa: el término, que se introdujo en el castellano del primer cuarto del siglo XV, proviene de *ambitio*, *-ōnis*, sustantivo latino que tenía ya el significado que hoy conocemos. Este sustantivo deriva del verbo *ambīre*, 'rodear, cercar', y este, a su vez, de *īre*, 'ir'. En origen, *ambitio*, *-ōnis* se empleaba, por tanto, en el sentido de

‘merodeo, rodeo’, pero probablemente esa acción de ir de un lado a otro, de andar dando vueltas alrededor de algo, se relacionó pronto con alguna pretensión —resulta significativa en este sentido la incesante actividad «merodeadora» de los políticos en campaña electoral— y, en definitiva, con alguna ambición.

DRAE

Pese al paso de los años, el *Diccionario de autoridades* de 1726 puede resultar clarificador respecto a la cuestión que se plantea en el arranque de este artículo. En él se define el término *ambición* con estas palabras: «Pasión desreglada de conseguir

honras, dignidades, hacienda y conveniencias». Sin embargo, se incluye una segunda acepción, muy cercana, pero desprovista de cualquier connotación negativa: «También y propiamente, se toma por el deseo de conseguir gloria y fama».

MIGUEL DE CERVANTES

Berganza. —Ambición es, pero **ambición** generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuicio del tercero.

El coloquio de los perros, Novelas ejemplares, 1613.

DULCE MARÍA LOYNAZ

Las vio animar la obra del artista, la **ambición** del poderoso, la paciencia del sabio [...].

Jardín. Novela lírica, 1935.

amoniaco o amoníaco

El amoniaco es un gas incoloro, de olor irritante y sabor cáustico, formado por un átomo de nitrógeno y tres de hidrógeno. Se trata de un componente industrial básico, aunque comúnmente resulta más conocido por las virtudes para la limpieza de su solución acuosa. El término procede del latín *ammoniācum*, ‘goma resinosa medicinal’, significado con el que se utilizó también en español —así se introdujo en el siglo XV en nuestra lengua— y que aunque ha caído en desuso figura todavía en el DRAE.

La goma, de sabor nauseabundo y olor desagradable, se empleaba como expectorante y provenía de la antigua Libia, donde se hallaba el templo más famoso del dios Amón, que acabaría encumbrado a lo más alto del panteón egipcio asociado con Ra. Su oráculo, situado en el oasis de Siwa, llegó ser uno de los más célebres de la Antigüedad y confirmaría a Alejandro Magno su carácter divino, legitimándolo como faraón de Egipto. Del nombre de aquella deidad procede la voz griega de la que deriva la latina: *ammōniakón*, ‘del país de Amón’.

DRAE

El término se registra por primera vez en el *Diccionario de autoridades* de 1770, si bien se remite a *sal amoniaca* («la que es sacada debajo de la arena, y es útil para cosas medicinales»). Como gas —hay que tener en cuenta que el amoniaco se obtuvo en estado gaseoso por primera vez en 1774—, se incorpora al DRAE en la edición de 1820.

LUIS MERCADO

[...] formándole con aceite de azucenas, donde se haya desatado un poco de **amoniaco**, lo cual tiene también virtud resolutive.

Libro de la peste, 1599.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

[...] cuando esté triste, respirará con el deseo

de aliviarse, como el que tiene dolor de cabeza, el frasco de sales de **amoníaco**. Una amargura extraña, porque se mezcla a la alegría [...].

El frasco de perfume, 1929.

anfitrión

Cualquier mediano conocedor de la mitología griega podría emparentar con relativa facilidad el término *anfitrión*, que hace referencia a la persona que tiene invitados a su mesa o a su casa, con su epónimo, el legendario rey de Tebas, famoso por lo espléndido de sus banquetes.

Anfitrión, hijo de Alceo, rey de Tirinto, estaba casado con la bella Alcmena, que despertó el amor del mismísimo Zeus. Aprovechando la ausencia del monarca —que por entonces regresaba victorioso de la guerra contra los teléboas—, el dios adoptó la forma humana de Anfitrión para mantener relaciones carnales con Alcmena, quien lo recibió con los brazos abiertos pensando que se trataba de su verdadero marido. De esta unión nacería Heracles..., pero esta es ya otra historia.

El mito de Anfitrión inspiró una obra teatral del comediógrafo latino Plauto en

el siglo III a. C., y Molière la retomó en 1668. Es precisamente una de las escenas de la comedia de este último la que dio pie a la lexicalización del término, ya que en ella el criado de Anfitrión, Sosias, refiriéndose en realidad a Júpiter (el equivalente romano de Zeus), afirma: «El verdadero Anfitrión es el Anfitrión que da la cena».

DRAE

La palabra *anfitrión* apareció por primera vez en el diccionario de la Real Academia Española en la edición de 1869, donde se define así: «El que tiene convidados a su mesa y los regala con esplendidez». Sólo en

1992 se incluyó una segunda acepción: «Persona o entidad que recibe en su país o en su sede habitual a invitados o visitantes», creada por extensión.

FERNANDO MEJÍA

En la primera tragedia en el acto terçero, hablando Teseo con **Anfitrión**, dice el fuerte Hércules, poniendo el escudo con la su mano siniestra delante del rostro del cancerbero.

Libro intitulado nobiliario vero,
1477-1485.

CARLOS COELLO

María se portó como suele, y **anfitrión** y convidado se separaron al cabo de un par de horas, completamente de acuerdo.

Cuentos inverosímiles, 1872-1878.

angustia

Todos hemos experimentado en algún momento de nuestra vida *angustia*, ‘sufrimiento o inquietud intensos, frecuentemente ante algo peligroso o desagradable’. Y todos hemos pasado *angustias*, ‘aprietos, situaciones apuradas’. El término, que se incorporó al castellano en el siglo XIII, proviene del latín *angustia*, ‘angostura, estrechez’, concepto que no resulta difícil de relacionar con los principales significados actuales de la palabra.

Pensemos, por ejemplo, en la estrechez

de un desfiladero encajonado entre paredes rocosas, y especialmente en el ámbito militar, donde un paso de estas características es una invitación al ataque del enemigo. Baste recordar la batalla de las Termópilas o, en el ámbito latino, la de las Horcas Caudinas, en la que un ejército romano integrado por más de 40 000 hombres fue humillado por los samnitas —por cierto, que esta batalla dio lugar a las expresiones «pasar por las horcas caudinas» y «pasar bajo el yugo», ya que los soldados romanos fueron obligados a desfilar semidesnudos bajo el yugo formado por las lanzas enemigas—.

En estas condiciones, angostura es casi sinónimo de angustia, ansiedad, aprieto o dificultad, lo que justifica plenamente la evolución de la voz, que se dio ya, de hecho, en latín. Y así, cuando una inflamación de las amígdalas estrecha nuestra garganta, sufrimos unas *anginas*. Y de la misma raíz indoeuropea, pero esta vez a través del griego *ankho*, procede *kynánkhe*, la *esquinancia*, normalmente identificada con el *tabardillo* o *difteria*.

DRAE

El primer diccionario académico, el de 1726, resulta particularmente descriptivo

en la definición del término: «La congoja, aflicción, apretura del corazón, y encogimiento de ánimo». Y recuerda, en una segunda acepción, el origen de la voz: «Se halla tal cual vez usado por lo mismo que angostura y estrechez». Incluye, además, dos acepciones de germanías que no han llegado hasta nuestros días: ‘cárcel’ y, en plural, ‘galeras’.

DIEGO DE VALERA

Entonces los portugueses, pasada la **angostura**, comenzaron a detenerse y quisieran tomar lo alto del monte, el qual los peones castellanos habían tomado.

Crónica de los Reyes Católicos,
1487-1488.

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ, AZORÍN

[...] se vive en una ansiedad perdurable; se ve en esta **angustia** cómo van partiendo uno a uno los seres queridos.

Antonio Azorín, 1903.

antípoda

Es lugar común que si fuera posible excavar un túnel que atravesara el globo terrestre diametralmente podríamos comunicarnos con nuestros antípodas: los neozelandeses, en el caso de España. El término *antípoda* procede del latín *antipōdes*, y este del griego *antípodes*, voz que se empleaba ya con el significado que hoy conocemos.

La idea de la existencia de un espacio situado en el punto opuesto de la Tierra tomó forma en las teorías cosmológicas de la filosofía griega y aparece así en el *Timeo* de Platón. La etimología no es baladí, pues *antípoda* está compuesto por el prefijo *anti-*, ‘contra, opuesto’, y *podós*, ‘del pie’. Literalmente, por tanto, ‘con los pies en lugar opuesto’. Y precisamente cómo podían vivir nuestros semejantes con los pies arriba y la cabeza abajo sin precipitarse al vacío fue cuestión largamente debatida. Los antípodas dieron origen a estas y otras controversias en la Antigüedad y la Edad Media, y especialmente en este

último periodo, ya que la posibilidad de que este mundo austral inalcanzable — separado por las aguas del océano y una zona tórrida ecuatorial en la que la vida era inviable— estuviera poblado por seres humanos entraba en colisión con el cristianismo y, en particular, con el creacionismo bíblico, al cuestionar la unidad del mundo; por eso san Agustín negó su existencia.

DRAE

El *Diccionario de autoridades* de 1770 es el primero que recoge el término, tanto en su sentido recto: «El morador del globo terrestre diametralmente opuesto por su situación a otro», como en el figurado: «El

que es de genio contrario a otro. Dícese también de las cosas que entre sí tienen oposición».

ALONSO DE ERCILLA

¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones hacia el helado norte atravesando, y en las bajas antárticas regiones el **antípoda** ignoto conquistando!

La Araucana, 1589-1594.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

[...] andarse por la plaza hecho caballero **antípoda** del toro. Si le dijeren que cómo no hace suertes, diga que esto de suertes está vedado.

Libro de todas las cosas y otras muchas más, 1629-1630.

aquestrarre

La voz *aquestrarre*, ‘reunión nocturna de brujos y brujas con intervención del demonio’, procede del vasco *aquestrarre*, de *aker*, ‘cabrón, macho cabrío’, y *larre*, ‘prado’, propiamente ‘prado del macho cabrío’, por la creencia de que el diablo toma la apariencia de este animal. No es casualidad que el término provenga del euskera. En 1610 la Inquisición de Logroño llevó a cabo un gran auto de fe —el más célebre de los acaecidos en España por brujería— en el que fueron juzgados cincuenta y tres vecinos de la aldea de Zugarramurdi y

su comarca, en el Baztán navarro. Once fueron condenados a ser quemados vivos, cinco de ellos en efigie, pues ya habían fallecido. Zugarramurdi se convirtió en el pueblo de las brujas, lo que facilitó la identificación entre la brujería y el territorio vasco-navarro. El término *aquelarre*, que fue introducido en español en torno a 1800, designaba en origen el lugar donde se llevaban a cabo los supuestos encuentros con el maligno —en Zugarramurdi, en el prado contiguo a una gran cueva hoy convertida en atracción turística— y sólo después paso a designar el propio acto.

DRAE

El término *aquelarre* se recoge por primera vez en la undécima edición del diccionario académico, ya en 1869, atestiguando que se suele dar tal nombre «a cualquiera junta o conciliábulo de brujos o hechiceros».

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

De tales sábados, que son la lepra de España, o mejor dicho, la más cruel de sus lepras, algunos precede y preside su correspondiente **aquelarre**; otros no mueven tanto alboroto [...].

Opúsculos en prosa, 1843-1844.

LUIS MARTÍN SANTOS

Está arriba, en el mismo cuarto donde el gran

macho cabrío sigue presidiendo el inmóvil
aquelarre.


Tiempo de silencio, 1961.

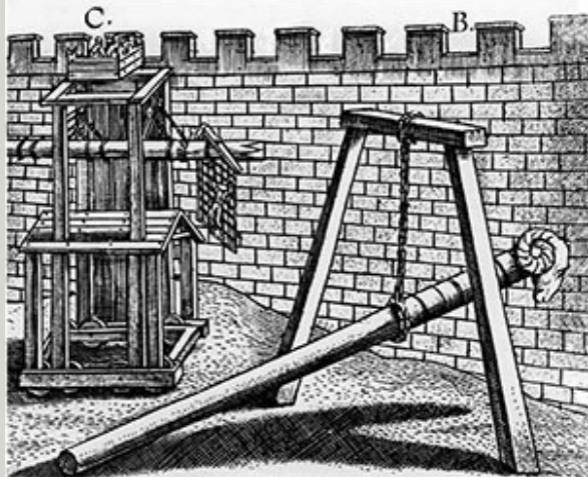
ariete

El ariete fue una de las máquinas militares de asedio más exitosas entre los pueblos antiguos. Utilizado para batir murallas, era ya conocido por los asirios y, en su forma más simple, consistía en una gran viga reforzada en uno de sus extremos con una pieza metálica. El término, que se incorporó al castellano en el siglo XV, procede del latín *aries*, *-ētis*, literalmente ‘carnero’,

por la semejanza entre su movimiento y los embates del macho de la cabra, que embiste de frente. De hecho, era tradición que el extremo del ariete estuviera labrado en forma de cabeza de carnero.

Cinco centurias más tarde, en torno a la década de 1940, el lenguaje del fútbol —siempre dado a la metáfora— se apropió de la palabra para hacer referencia al delantero centro, porque, a semejanza del ariete, este es el encargado de percutir la defensa enemiga y abrir brecha en ella; incluso, con la cabeza.





DRAE

El término se recoge como ‘máquina militar’ en el *Diccionario de autoridades* de 1726. En la edición de 1884 se incorpora una nueva acepción poco conocida, ‘buque blindado con un espolón reforzado para embestir a otras embarcaciones’, y ya en

1992 aparece definido como ‘delantero centro’.

ALFONSO DE PALENCIA

[...] un pertrecho de guerra con que en los combates se baten los muros e se derruecan dende se dice arietare: romper algo a manera deste **ariete** [...].

Universal vocabulario en latín y en romance, 1490.

MERIDIANO DEPORTIVO

Pero la FIFA y la UEFA no creen que Hugo Sánchez sea español descendiente de Hernán Cortés, nacionalizado con el nombre de «Pichichi» Sánchez, y así nos quedamos sin el mejor **ariete** para el «putt» de que antes hablábamos o escribíamos.

ABC, 26/04/1988.

arpía o harpía

El término *arpía* (más frecuente hoy que la variante *harpía*, más correcta etimológicamente) designa, en origen, a un monstruo fabuloso con rostro de mujer y cuerpo de ave de rapiña. Proviene del latín *Harpyia*, y este de *Hárpuia*, que era como denominaban los griegos a estas hermanas que privaban de alimento a quienes encontraban en su vuelo —como hicieron con Fineo por orden de Zeus hasta la llegada de Jasón y los Argonautas—, dejando tras de sí un rastro de suciedad y podredumbre. Las arpías, que vivían en las islas

Estrófades, en el Jónico, eran crueles y despiadadas, y acabaron personificando las fuerzas de la naturaleza desatadas, en particular los vientos. La palabra está documentada en castellano en la primera mitad del siglo XV y, por sus connotaciones negativas, adquirió pronto diversos significados figurados de los que sólo uno ha mantenido su pujanza: ‘mujer mala o aviesa’.

DRAE

Aunque se recoge el lema en la edición de 1726, sólo encontramos la definición correspondiente en el *Diccionario de autoridades* de 1770: «Ave monstruosa, crue y sucia, que fingieron los poetas, con el rostr



de doncella, y lo demás de ave de rapiña». E
este mismo volumen se registra ya la acepció
figurada hoy más extendida, que hac

referencia a «la mujer de muy mala condición o muy fea», y una referida a la «mujer codiciosa, que con arte, o maña saca lo que puede». Se incluye, además, un uso de germanías que no ha prosperado: «El corchet o criado de justicia».

JUAN BOSCÁN

[...] infestándome siempre alguna **harpía**
que, en mitad del deleyte, mi vianda
con amargos potajes envolvía
[...].

Poesías, 1514-1542.

IGNACIO ALDECOA

A Ponciano, que es al que yo más quiero, le
dejó la novia plantado. La quería a rabiarse.
Menuda **arpía** debía de ser ella.

El fulgor y la sangre, 1954.

arroba

Resulta curioso comprobar cómo un término en decadencia puede revitalizarse si toma nuevos significados o se aplica a nuevas realidades. Este es el caso de *arroba*, que, debido a su carácter eminentemente rural y a la homogeneización internacional de las unidades de medida, estaba en franca regresión cuando su símbolo (@) comenzó a emplearse en el ámbito informático.

Arroba proviene del árabe hispánico *arrúb*, y este del árabe clásico *rub*,

‘cuarta parte’, derivado de *arba*, ‘cuatro’. Se ha utilizado tradicionalmente —desde principios del siglo XIII— como unidad de peso o de capacidad, con distintos valores según las regiones. Por ejemplo, en Castilla equivale, como unidad de peso, aproximadamente a la cuarta parte de un quintal, de ahí su nombre.

El origen del signo es poco claro, aunque como símbolo de la arroba lo encontramos ya, al menos, en la primera mitad del siglo XVI. Cayó después en desuso, pero se incluyó en las máquinas de escribir y, posteriormente, en el teclado de los ordenadores por el

empleo comercial que tenía en el ámbito anglosajón. Con el desarrollo de la informática, se incorporó en las direcciones de correo electrónico, permitiendo que su nombre, casi desconocido para las generaciones más jóvenes, viviera una nueva etapa de oro.

DRAE

En el *Diccionario de autoridades* de 1726 se incluye ya *arroba* como unidad de peso y de capacidad, así como diversas frases hechas que dejan constancia de la vitalidad del término, en las que *por arrobas* se utiliza, como en la actualidad, en el sentido de ‘abundantemente’. Habría que esperar hasta la vigesimosegunda edición, de 2001,

para que fuera incluida la acepción del símbolo correspondiente.

PEDRO DE ESCAVIAS

[...] y una fanega de cevada a trezientos maravedises, y un azunbre de vino a beinte y quatro y a treinta, y una **arroba** de aceite a dozientos y más, y así las carnes y los otros mantenimientos a muy grandes precios.

Repertorio de príncipes de España,
1467-1475.

DANIEL RODRÍGUEZ CALAFAT

Por tanto el número 4 de la izquierda, combinado con el 0 de la fila superior representa el número 40 en hexadecimal y este número equivale a la letra **arroba** (@). Podemos ver que los primeros 32 caracteres son algo especiales.

asesino

Tal y como señala el diccionario de la Real Academia Española, el término *asesino* proviene de la voz árabe *ḥaššāšīn*, ‘adictos al cáñamo indio [es decir, al hachís]’. La historia no deja de ser curiosa y se remonta a la segunda mitad del siglo XI, cuando el líder del grupo chií ismailí de los nizaríes, Hassan e-Sabbah, más conocido en Occidente como el Viejo de la Montaña, se hizo fuerte en el sur del Caspio,

sembrando el pánico entre los sultanes turcos selyukíes, controladores por entonces del califato abasí, y los cruzados instalados en el Mediterráneo oriental.

Desde su fortaleza de Alamut, Hassan e-Sabbah llevó a cabo una sistemática campaña de terror mediante asesinatos selectivos que, según la tradición, eran ejecutados por sus seguidores con extraordinaria sangre fría tras ingerir una poción elaborada con cánnabis. La actividad nizarí se mantuvo tras la muerte de su fundador en 1124 y el grupo, célebre por su hermetismo, llegó a establecer una red de plazas fuertes en

las zonas más escarpadas de los actuales Estados de Siria e Irán. Alamut fue tomada en 1256 por el caudillo mongol Hulagu, que a continuación se apoderó de Bagdad, dando muerte al califa abasí (1258).

DRAE

Aunque había entrado en la lengua española en el siglo XIV, el término *asesino* no se generaliza hasta el XVIII y se incluye por primera vez en el diccionario académico de 1770, donde se define como «el que mata alevosamente». Curiosamente, en ese mismo diccionario se añade una segunda acepción metafórica que no ha llegado a nuestros días: «El que procede con doblez engañando a quien hace confianza de él».

DIEGO DUQUE DE ESTRADA

El Duque respondió: «¿Cómo queréis tener justicia si entráis mintiendo, pues llamáis **asesino** a quien ha muerto vuestros sobrinos como caballero?».

Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor, 1607-1645.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

[...] don Enrique había sido, era y sería eternamente nigromante por pacto con el demonio; segundo, que había sido asimismo, era y sería eternamente el **asesino** de su esposa, lo cual había de ser irremisiblemente cierto.

El doncel de don Enrique el Doliente,
1834.

asqueroso

El término *asqueroso*, ‘que causa asco o es propenso a tenerlo’, se documenta en español en torno a 1200. No procede de *asco*, como podría suponerse, sino que, en sentido inverso, es este sustantivo el que se deriva de *asqueroso*. Su etimología, aunque curiosa, no resulta particularmente sorprendente. Proviene de un hipotético *escharosus*, formado en el latín tardío a partir de *eschāra*, ‘costra’, voz que tiene su origen en el griego *eschára*, propiamente ‘lumbre del hogar’, ‘brasero’. ¿Y cómo se relacionan el brasero y las costras? Pues

a través de las quemaduras.

El caso es que, sean o no consecuencia de una quemadura, las costras no resultan agradables, hasta el punto de que asociadas a determinadas patologías pueden resultar repulsivas. Así ocurre a menudo con las *escaras*, ‘costras, generalmente de color oscuro, que se forman en una parte del cuerpo gangrenada o profundamente quemada’. Por cierto que *escara*, que se incorporó al castellano mucho más tarde, en el siglo XV, proviene, como *asqueroso*, de la voz latina *eschāra*, como ya habrá intuido el lector avisado.

DRAE

«Sucio, hediondo, y que mueve y provoca a asco», así se define el término *asqueroso* en el *Diccionario de autoridades* de 1726, donde se registra ya igualmente su otra acepción principal: «Se dice también el que tiene asco, o acostumbra hacer ascos»...

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

[...] el hedor era mucho e aborrescible e **asqueroso**; las culebras daban grandes e horribles silbos [...].

*Historia general y natural de las
Indias, 1535-1557.*

FRANCISCO DE LA REINA

[...] laven con vino blanco caliente hasta que salga la **escara**, y los lavatorios estéticos son

buenos y lavatorio de caldo de tripas es bueno.

Libro de albeitería, 1564.

ARTURO BAREA

—Ya lo veo que no dices nada. Los dos contra el más pequeño, ¿no? ¡Sois unos valientes!

—¡Y él es un **asqueroso**! —exclama mi hermana.

—Estos, lo que tienen es envidia, porque estoy con los tíos.

La forja de un rebelde, 1951.

atlas

Corría el año 1594 cuando el geógrafo flamenco Gerardo Mercátor publicó una

célebre colección de mapas en cuya portada figuraba el titán Atlas. El nombre del gigante mitológico fue empleado para denominar este libro y el término acabó lexicalizándose, de modo que se utilizó para hacer referencia a cualquier colección de mapas.

Existe, no obstante, cierta controversia sobre la repetida iconografía de Atlas sosteniendo el globo terráqueo, ya que en realidad fue condenado por Zeus a sostener sobre sus hombros la bóveda celeste, y no la Tierra, por su participación en la Titanomaquia, la batalla de sus hermanos los titanes contra los dioses olímpicos. Es esta

imagen la que justificaría su aparición en las portadas de esta y otras colecciones de mapas geográficos, aunque también es verdad que los atlas podían contener, asimismo, mapas celestes.

En español el uso del término se atestigua en la segunda mitad del siglo XVII y poco después pasó a designar también la primera vértebra cervical, puesto que su función como soporte de la cabeza se relaciona con la del titán Atlas.



En la edición de 1770 del *Diccionario de autoridades*, se define así: «El libro que contiene mapas de varios reinos y provincias. Díjose así con alusión a la fábula de Atlas o Atlante que sustentaba sobre sus hombros el mundo». Habría que esperar hasta 1884 para encontrar la acepción de anatomía.

JULIÁN CALLEJA Y SÁNCHEZ

[...] pasa entre los músculos inter-transversales y hace en su trayecto muchas curvas, pero dos principales, una entre el axis y el **atlas** y otra entre este y el occipital.

Compendio de anatomía descriptiva y de embriología humanas, 1870-1901.

DIONISIO RIDRUEJO

Si le incitáis a hojear un **atlas**, aquellas primorosas litografías se convierten en el «guion» de un anecdotario inacabable.

Dentro del tiempo. Memorias de una tregua, 1959.

augurio

El término *augurio*, ‘presagio, anuncio,

indicio de algo futuro’, procede del latín *augurium*, ‘agüero’, y se atestigua en castellano a mediados del siglo XIII. La voz latina deriva de *augur*, -*ŭris*, es decir, ‘augur’, sacerdote que practicaba la adivinación por el canto, el vuelo y la manera de comer de las aves y por otros signos. Esta práctica alcanzó enorme relevancia en Roma, y el colegio augural, al que perteneció Cicerón, disfrutaba de gran prestigio y autoridad.

La familia de palabras de *augurio* es relativamente extensa, y a ella pertenecen, por ejemplo, *agüero*, la primera voz que entró en nuestra lengua, en el siglo X, *agorero*, *augurar*... e

inaugurar. Esta última, semánticamente dispar, proviene de *inaugurāre*, que en latín llegó a significar ‘consagrar solemnemente’. Y, bien, ¿cómo se relaciona con las demás? Pues a través de los augurios, puesto que entonces era costumbre, como ritual, observarlos antes de cualquier inauguración para asegurarse el beneplácito de los hados y dioses. De hecho, *inaugurar* se utilizó en español con el significado ‘adivinar supersticiosamente’ y este, aunque con marca de «poco usado», aún figura en el DRAE.

El término *augurio* se recoge por primera vez en la edición de 1780: «Lo mismo que agüero». Y esta voz se define así: «Pronóstico favorable, o contrario, que se hace por algunas señales, o casualidades de ningún fundamento, para inferir de ella los sucesos, o cosas futuras, que son libres y penden de superior providencia».

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

[...] pasaba a su lado horas enteras a las orillas del río, oyéndole la incesante historia de sus recuerdos, y consolándola con el feliz **augurio** de la abeja, que no olvidaba a su flor.

*La flor del ángel. Tradición
vascongada, 1860.*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

[...] el coronel Gerineldo Márquez le permitió

ver un fusilamiento. Sin embargo, el mal **augurio** no alteró su solemnidad.

Cien años de soledad, 1967.

avatar

El uso de *avatar* en el sentido de ‘vicisitud, suceso imprevisto’ es relativamente reciente, ya que se documenta en español en torno a 1950. La historia del término, sin embargo, es mucho más antigua: proviene del francés *avatar*, y este del sánscrito *avatâra*, ‘descenso o encarnación de un dios’. En el hinduismo, se denominan así, por antonomasia, las sucesivas

reencarnaciones de Viṣṇú en la tierra, diez en total, de las cuales Rāma y Kriṣṇa son las más populares y las que suscitan mayor devoción.

Este descenso o encarnación de los dioses implica, fundamentalmente, transformación, cambio, de donde se deriva el sentido que hoy se le asigna comúnmente a la palabra. Pero en los últimos años se ha revitalizado su significado primitivo —a cuya popularización contribuyó indirectamente el estreno en 2009 de la película *Avatar*, de James Cameron—, aunque en un sentido virtual. Pese a que esta acepción aún no haya sido recogida

en el diccionario académico, *avatar* se utiliza hoy en el ámbito de las nuevas tecnologías de la comunicación y de los videojuegos para designar la representación gráfica, generalmente humana, que se identifica con un usuario de determinado servicio o juego.

DRAE

El término *avatar* se recoge por primera vez en la decimonovena edición del DRAE, publicada en 1970, con los significados de ‘reencarnación’ y ‘vicisitud’.

MANUEL MÚJICALÁINEZ

A algunos los vi ataviados con ropas viejas de Maerbale, de Girolamo; hasta salió a relucir, en

un último **avatar** incalculable, un jubón muy traído del cardenal Franciotto.

Bomarzo, 1962.

FRANCISCO AYALA

No sería de extrañar, por ejemplo, que la Diosa Felicitas experimentara pronto un nuevo **avatar**, y se viera reducida ad vincula como San Pedro.

El fondo del vaso, 1995.

avestruz

Como es bien sabido, el avestruz (es voz masculina, pese a que frecuentemente se utilice como femenina) es el ave de mayor tamaño que existe —los machos

adultos pueden acercarse a los tres metros—; habita en África y su peso es tal, y sus alas tan breves, que no puede volar, pero es una magnífica corredora. Su etimología resulta francamente expresiva y concentra, de alguna manera, buena parte de estas características: *avestruz*, voz que comenzó a emplearse en castellano en torno a 1400, proviene de *ave* y el antiguo *estrutz*; este deriva del occitano *estrutz*, tomado del latín *struthio*, que a su vez procede del griego *strouthion*. Pues bien, según Corominas, este último término sería una abreviación de *struthiokámēlos* (compuesto de *strouthós*, ‘gorrión’, y *kámēlos*,

‘camello’), propiamente, por tanto, ‘camello-pájaro’. La imagen no resulta demasiado atractiva. De hecho, cuenta Séneca que un senador se puso a llorar cuando Calígula, con su mordaz lengua, lo llamó «avestruz depilado».

DRAE

El término *avestruz* se define así en el primer diccionario académico, el de 1726: «Ave muy grande, y tan pesada, que apenas tiene vuelo. En el cuerpo, cabeza, y pico es muy parecida al pato, y el cuello es en su proporción mucho más largo: las piernas son largas, y los pies hendidos como los del ciervo: el color de la pluma es blanco y mezclado de ceniciento. Las de las alas curadas y teñidas de varios colores sirven

para diferentes plumajes y adornos, por lo que son muy estimadas. Come de todo cuanto le dan, o encuentra, sin tener diferencia ni gusto en uno más que en otro, y lo digiere con facilidad. Es sumamente bobo y estólido. [...] Los avestruces son la principal caza de los garamantes, así por el entretenimiento, como por el útil y provecho que de ellos sacan».

RUY PÁEZ DE RIBERA

Por mí fue venido el ángel de luz
a poblar el fondo abismo infernal,
el cual por boca de hombre carnal
será por siempre llamado **avestruz**.

Cancionero de Baena, últimos años del
s. XIV

RICARDO LEÓN

El doctor Alegre se sabía de memoria a sus enfermos, y además conocía a fondo los recursos de la política del **avestruz**, política genuinamente española y republicana, tan de centro izquierda como de centro derecha.

Cristo en los infiernos, 1941.

azafata

El trabajo de auxiliar de vuelo es, como la existencia de los propios aviones, relativamente reciente. En origen fue desempeñado sólo por hombres. El 15 de mayo de 1930 Ellen Church se convirtió en la primera mujer que volaba con esta función, a bordo de un

Boeing 80-A de la compañía Boeing Air Transport que cubría el trayecto entre Oakland y Chicago. En España, para denominar a quienes ejercían este nuevo oficio se tomó un nombre con larga tradición, que había comenzado a emplearse en castellano ya a finales del siglo XVI. Con otro significado, lógicamente. Hasta entonces una azafata era la criada de la reina encargada de servir a su señora sus vestidos y joyas. Y lo hacía en un azafate (del hipotético árabe hispánico *assafát*, y este del árabe clásico *safat*, ‘cesta de hojas de palma’) , una bandeja o canastillo con borde de poco altura. Este menester queda como recuerdo histórico, pero la palabra que

le daba nombre vive, gracias al cambio semántico sufrido, un periodo de inusitada pujanza.

DRAE

En el *Diccionario de autoridades* de 1726 encontramos la siguiente definición: «Oficio de la Casa Real, que sirve una viuda noble, la cual guarda y tiene en su poder las alhajas y vestidos de la reina, y entra a despertarla con la camarera mayor, y una señora de honor, llevando en un azafate el vestido y demás cosas que se ha de poner la reina, las cuales va dando a la camarera mayor, que es quien las sirve». Su más habitual acepción actual se recogió por primera vez en 1956: «Camarera distinguida que presta sus servicios en un avión». De ella se derivan las demás, que no fueron

incluidas en el DRAE hasta el suplemento de 1970 ('azafata de tierra') y la edición de 1983 ('azafata de congresos').

BENITO PÉREZ GALDÓS

Su madre había sido **azafata**, su tío alabardero, su abuelo guardamangier, otros tíos segundos y terceros, caballeros [...].

Tormento, 1884.

JOSÉ MARÍA GIRONELLA

La azafata japonesa, bajita y graciosa, era de Nagoya; la **azafata** sueca, alta y segura de sí, era de Estocolmo.

El Japón y su duende, 1964.

azar

Si un objeto simboliza el azar, este es, sin duda, el dado. Y por ahí conviene empezar a tirar para descubrir el origen del término. Sabemos que se utilizan dados u objetos semejantes —la *taba* se considera un claro precedente (en latín *talus*, ‘*taba*’, pasó a significar ‘*dado*’)— desde la más remota antigüedad. En el mundo grecorromano existía gran afición (el emperador Claudio fue un gran aficionado a los dados, tanto que, según Séneca, fue condenado en el infierno a jugar con un cubilete agujereado: el suplicio de aquel trabajar en vano a perpetuidad que se reservaba a los grandes pecadores) y también en el ámbito árabe, de donde procede la

palabra que da pie a este artículo. Esta se deriva de un hipotético árabe hispánico *azzahr*, y este, a su vez, del árabe *zahr*, literalmente ‘flores’ y vulgarmente ‘dado’, por la flor que parece se pintaba en una de sus caras. No resulta sorprendente, por tanto, que la voz *azar* esté emparentada etimológicamente con *azahar*, ‘flor del naranjo y el limonero’.

Según señala Corominas, el término *azar* comenzó a utilizarse en castellano a mediados del siglo XIII para designar cierto juego de dados. Y a finales de la centuria significaba ya ‘lance desfavorable en este juego’. A partir de

este significado, que acabó perdiéndose, la palabra se identificó con la mala suerte o desgracia. Así se usaba ya a mediados del siglo XVI, mientras a principios del siguiente había tomado el sentido más general de ‘casualidad’.

DRAE

«Caso que sobreviene sin pensar, que embaraza, desvía y estorba el buen éxito y felicidad que se esperaba y deseaba: y así corresponde a estorbo, impedimento, suerte contraria y suceso no esperado». Así es como se define *azar* en el *Diccionario de autoridades* de 1726. Y se añade: «En el juego de naipes y dados se llama la suerte contraria: porque así en estos como en otros juegos se dice azar la casualidad que

impide jugar con felicidad». Sólo en 1884 se incorpora «Casualidad, caso fortuito».

LOPE DE VEGA CARPIO

Cotaldo. —¡O, si pudiese llegar sin **azar** al campo!

Conde Astolfo. —¡Tente!

Cotaldo. —¡Cielos! ¿Quién es esta gente que no me deja pasar?

El amigo por fuerza, 1599.

JOSÉ MARÍA PEMÁN

Quedó apuntado en páginas anteriores la rápida captación de Sevilla con relación a las figuras humanas que, siendo forasteras, son llevadas por el **azar** a desarrollar su actividad en la ciudad, capital de Andalucía.

Mis almuerzos con gente importante,

1970.

B

bacanal

En el mundo romano las bacanales (del lat. *Bacchānal*, *-ālis*, de *Baccchus*, ‘Baco’) eran fiestas en honor de Baco, el dios mitológico del vino y del delirio místico. Introducidas en Roma desde la Magna Grecia en torno a 200a. C., estas fiestas dionisiacas —inicialmente reservadas a las mujeres, que sufrían en sus trances unos arrebatos y delirios bien descritos en *Las bacantes* de

Eurípides— tenían carácter nocturno y se convirtieron en ocasiones en una excusa para los crímenes y el desenfreno. En 186 a. C., fueron prohibidas por el Senado, que vio en ellas una posible vía para la conspiración contra la república (se conserva todavía el senadoconsulto en bronce que puso fin a sus celebraciones), aunque siguieron haciéndose en secreto, en particular en la Italia meridional. El término, que se documenta en castellano en la primera mitad del siglo XVII, conservó en nuestra lengua su significado original, pero, por extensión, pasó a designar cualquier fiesta en la que se cometen grandes

excesos: ya en latín *Bacchanalia vivere* (Juvenal), literalmente ‘vivir bacanales’, significó ‘llevar una vida de crápula’.



DRAE

Las dos acepciones principales del término se incluyen en la duodécima edición de diccionario académico, publicada en 1884 «Perteneiente al dios Baco. Aplícase a la

fiestas que celebraban los gentiles en honor de este dios» y «Orgía con mucho desorden tumulto».

PEDRO DE OÑA

[...] Andan con sus hijuelos dando vueltas,
Todas en **bacanal** furor envueltas,
Desnudo el medio pecho y la rodilla
[...].

Arauco domado, 1596.

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Santiago y Lester habían olvidado todos sus cálculos y tácticas para entregarse al desenfreno, al bullicio, a la locura de aquella **bacanal** que Tonelada calificaba a gritos de ¡pampa!

Un mundo para Julius, 1970.

bárbaro

El término *bárbaro* procede del latín *barbārus*, del griego *bárbaros*, ‘extranjero’, voz de origen onomatopéyico formada a partir del sonido *bar bar* (comparable a nuestro *bla, bla*, una sucesión de sonidos sin sentido), probablemente en relación con la lengua persa. En época clásica los pueblos extranjeros eran considerados bárbaros en cuanto ignoraban la cultura grecorromana y carecían de su civilización, y en latín *barbārus* asumió también el sentido de ‘inculto, incivilizado’. Por tanto, estaban

sentadas las bases para el uso peyorativo que adoptaría en castellano, lengua a la que se incorporó antes del año 1250.

No obstante, el término se empleaba, fundamentalmente, para hacer referencia a los pueblos situados en el exterior del *limes*, de las fronteras del Imperio romano, y más concretamente a aquellos que, en el siglo V, acabarían ocupando su parte occidental y estableciendo en ella distintos reinos. La identificación de estos pueblos con la crueldad y la ferocidad daría pie al otro significado principal de la palabra en español: ‘fiero, salvaje, temerario’. Muy

posteriores son las otras acepciones, como atestigua el registro histórico de las mismas en los diccionarios académicos.

DRAE

En el *Diccionario de autoridades* de 1726 *bárbaro* se define así: «Inculto, grosero, lleno de ignorancia y rudeza, tosco y salvaje: como lenguaje bárbaro, costumbres bárbaras». Y se añaden dos significados más: «Vale también fiero, cruel, desapiadado» y «Se toma algunas veces por temerario, destemplado y precipitado, e inconsideradamente violento». Sólo en la edición de 1984 se incorporan las acepciones ‘grande, excesivo’ (aunque esta figuraba en el *Diccionario manual*

publicado un año antes) y ‘excelente, magnífico’.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

[...]

guardainfante de mi prima,
quien quiera que fuiste y fueses:
¡Bueno me han puesto por ti
de **bárbaro** impertinente!

[...].

Guárdate del agua mansa, 1649.

ELENA QUIROGA

[...] antes se llevaban divinamente, que él es un
pollo **bárbaro**, y que andaban que se comían.

Escribo tu nombre, 1965.

barquillo

Para la mayoría de nosotros un helado con barquillo puede resultar realmente delicioso. Aunque se emplea también en repostería, este es el uso que, mayoritariamente, se reserva hoy a esta hoja delgada de pasta elaborada con harina, azúcar o miel y canela. En la actualidad es anecdótica la presencia de los barquilleros que en otro tiempo — muy especialmente en el siglo XIX— abundaban en nuestras calles. Además de con sus cestas repletas de barquillos, cargaban con una singular ruleta en la que los clientes podían probar suerte y

obtener algún barquillo extra.

El término *barquillo*, que se registra en castellano desde principios del siglo XVII, tiene un recorrido relativamente breve y, hasta cierto punto, previsible. Proviene, en efecto, de *barco*, puesto que, en origen, los barquillos se elaboraban con forma convexa, de modo que recordaban a una embarcación. Después se impuso la forma cilíndrica, una especie de canuto más ancho en uno de sus extremos. De su éxito popular deja constancia la existencia del verbo *abarquillar* ('dar a una cosa plana forma de barquillo'). Por cierto que también el *frijol*, 'judía,

habichuela’, debe el nombre a su semejanza con la forma de un esquife: la palabra deriva del latín *phaseolus*, ‘barquita’.

DRAE

La palabra *barquillo* se recoge ya en el primer diccionario académico, el de 1726: «Un género de pasta delgada como la oblea hecho de harina sin levadura, y con azúcar o miel, que por el modo convexo se llamó así».

MARIO VARGAS LLOSA

Estaba en una esquina, mirando distraídamente a su alrededor mientras el heladero le servía un **barquillo** doble de chocolate y vainilla.

La ciudad y los perros, 1962.

ANTONIO DÍAZ CAÑABATE

Los niños espectadores aplauden. Las niñeras y las amas de cría han cesado en su chismorreó. Un **barquillero** hace alto en su vocear.

*Paseillo por el planeta de los toros,
1970.*

barrabasada

El término *barrabasada*, que se documenta en español en el primer tercio del siglo XVII, significa ‘mala acción, travesura grave’ y proviene de *barrabás*, ‘persona mala o díscola’.

Esta última voz remite a *Barrabás*, el preso judío a quien Poncio Pilatos, a la sazón prefecto romano de Judea, concedió el indulto en lugar de Jesús. Los evangelios no concuerdan sobre los actos que habían conducido a su condena. Se le tacha de agitador político, de responsable de un homicidio o de ladrón o salteador, pero no es una cuestión aclarada. Sí hay concordancia en que fue el elegido por el pueblo de Jerusalén para salvar la vida con motivo de la Pascua judía y en que Poncio Pilatos, responsable de sancionar esta tradición, se lavó las manos en el asunto, dejando que Jesús muriera en la cruz. El caso es que, con el tiempo,

Barrabás se convirtió en el prototipo de hombre perdido: «es un Barrabás este Cristóbal», asegura ya Cervantes en *El rufian dichoso*.

DRAE

El término se registra por primera vez en la cuarta edición, de 1803: «Enredo, travesura».

ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO

[...] porque el honor no obligue en caso que la topase en algún peso falso alguna **barrabasada**, y no fue esto sin particular razón de estado de parte de la moza [...].

Tardes entretenidas en seis novelas,
1625.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

[...] ella no estaba muy tranquila, pues temía que su hermano hiciera alguna **barrabasada**. Bastida le dijo que no creía que a don Jacinto le importase mucho [...].

La saga/fuga de J. B., 1972.

barroco

Pese a lo que pudiera pensarse, el término *barroco* no designó el estilo artístico imperante en Europa desde finales del siglo XVI hasta mucho más tarde, a mediados del XIX, cuando hacía tiempo que había declinado en favor del Neoclasicismo y, después, del

Romanticismo. Tampoco procede del italiano, pese a que fue allí donde nació, vinculado a la Contrarreforma católica, y donde alcanzó mayor desarrollo.

La voz *barroco* tiene su origen en el francés *baroque*, que desde finales del siglo XVII se empleaba con el significado de ‘extravagante’ y que en la segunda mitad del siglo XVIII pasó a designar, en principio despectivamente, el estilo arquitectónico. El término resulta de la fusión de *Barocco*, figura de silogismo —los silogismos son razonamientos deductivos que constan de dos proposiciones como premisas y otra como conclusión— de los

escolásticos considerada en el Renacimiento como paradigma del pensamiento formalista y absurdo, y el portugués *barroco*, ‘perla irregular’ (voz emparentada con el español *berrueco*, ‘peñasco’); *berrueco* se aplicó, por extensión, a toda suerte de gemas imperfectas: en el inventario de bienes de Felipe II, además de una *perla grande berrueco*, aparecen registrados un *rubí berrueco* y un *granate berrueco*.

DRAE

La voz *barroco* se documenta por primera vez en la decimocuarta edición, de 1905: «Dícese de lo irregular por exceso de adornos, y fuera del orden conveniente en



arquitectura y artes plásticas». En la edición de 1925 se precisa algo esta definición, aunque no desaparece la valoración negativa:

«Dícese del estilo de ornamentación arquitectónica caracterizado por el abuso de volutas, roleos y otros adornos en que predomina la línea curva. Por extensión, se aplica también a las obras de pintura y escultura donde son excesivos el movimiento de las figuras y el partido de los paños».

JACINTO OCTAVIO PICÓN

La cosa que dominaba en aquel conjunto **barroco** de líneas retorcidas y colores vivos era el oro [...].

La hijastra del amor, 1884.

JORGE LUIS BORGES

He renunciado a las sorpresas de un estilo **barroco**; también a las que quiere deparar un final imprevisto.

El informe de Brodie, 1970.

bártulos

La palabra *bártulos*, ‘enseres, utensilios’, procede del nombre de Bártolo de Sassoferato, célebre jurisconsulto italiano del siglo XIV, profesor de Derecho Romano en Bolonia, Pisa y Perugia, y consejero del emperador alemán Carlos IV. Bártolo fue el más influyente de los comentaristas jurídicos —en España, por ejemplo, eran aplicables sus comentarios en defecto de ley—, de modo que sus libros eran de uso común en las universidades y objeto de consulta permanente por parte de los

alumnos. En torno a 1550 se documenta ya en castellano el empleo del término *bártulos* para referirse a ellos y, con el tiempo, esta voz paso a significar, en general, ‘libros de estudio’ (así la encontramos en 1627). De la importancia de la figura del jurisconsulto italiano en el ámbito del derecho deja constancia que en esa misma primera mitad del siglo XVII *bártulos* se empleara también en el sentido de ‘argumentos jurídicos’. Muy posterior es la acepción de uso general hoy día, ya que hay que esperar hasta el último tercio del XVIII para encontrarla documentada. Pero los *enseres* del abogado, en efecto, eran sus *bártulos*,

los grandes libros en folio que adornaban su biblioteca para pasmo del cliente; y el jurista *se iba con los bártulos a otra parte* cuando se trasladaba de lugar.

DRAE

La primera aparición del término en los diccionarios académicos se remonta a la edición de 1780. Se define así: «Alhajas que se manejan, o negocios que se tratan. Pudo tomarse de los libros de Bártulo».

SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN

Es muy picante en verdad el pensamiento de endonarle a un estudiante ladino, y con sus **bártulos** y baldos en la mollera, una esposa ya

bien enseñada y amaestrada.

*Escenas andaluzas, bazarías de la
tierra, alardes de toros, 1847.*

ALBERTO INSÚA

¡Ah, cuánto se felicitaba de ser en Madrid un ave de paso, de saber que a la menor muestra de fatiga de los madrileños podía marcharse con sus **bártulos** y su ayuda de cámara a París, a la Argentina, al Cairo!

*El negro que tenía el alma blanca,
1922.*

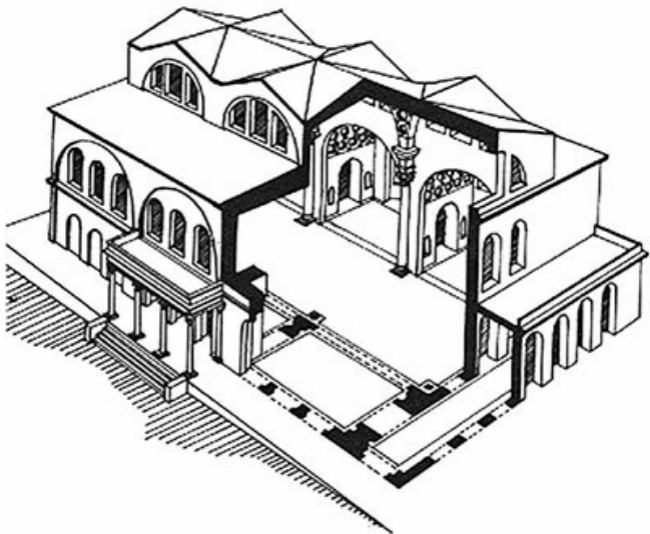
basílica

La palabra *basílica*, que comenzó a emplearse en castellano con el sentido

de ‘iglesia importante’ a finales del siglo XV, procede de latín *basilīca*, ‘edificio público’, y este del griego *basilikḗ*, ‘regia’, derivado de *basiléus*, ‘rey’ —título que, por cierto, tomaría el emperador bizantino Heraclio I tras vencer a los persas en 630 y que conservarían sus sucesores—.

En Roma, la basílica era un edificio público de planta rectangular, generalmente de grandes dimensiones, con una o tres naves separadas por columnas y rematado con una exedra o ábside en la cabecera. Tenía distintas funciones, en particular como tribunal de justicia, lugar destinado a las

transacciones comerciales o simple centro de reunión. En época imperial todas las ciudades romanas tenían, al menos, una basílica en las inmediaciones del foro. A partir del siglo IV, tras el edicto de Milán, promulgado por Constantino en 313 y que autorizaba la libertad de culto a los cristianos, estos comenzaron a reunirse en edificios similares y, en muchos casos, reutilizaron las basílicas anteriores para la celebración de su liturgia, por lo que el término acabó identificándose con la Iglesia. De *basilica* proceden el topónimo y el apellido *Baselga*: el lugar donde se elevaba el templo.



DRAE

La definición del *Diccionario de autoridades* de 1726 resume bien la evolución del término: «Palacio, casa, o edificio regio y suntuoso donde habitaban

los reyes o se tenían los consejos y tribunales, y adonde se definían las causas y pleitos: y porque desde el tiempo del emperador Constantino muchos de estos palacios u edificios se erigieron en iglesias, se han llamado después las iglesias basílicas».

ANA FRANCISCA ABARCA DE BOLEA

En la **basílica** del apóstol san Pedro hay siete altares, donde se ganan muchas indulgencias.

*Vigilia y octavario de san Juan
Baptista, 1679.*

ENRIQUE LARRETA

[...] la **basílica** románica de San Vicente relucía cual cobrizo relicario.

La gloria de don Ramiro. Una vida en

bayadera

Las bayaderas —que en la segunda mitad del siglo XIX inspiraron un célebre *ballet* de Marius Petipa, con música de Ludwig Minkus— eran mujeres indias vinculadas al cuidado de los templos y consagradas a servir y venerar a un dios. Entre sus obligaciones se incluían los cantos y bailes rituales que acompañaban las ceremonias religiosas. Antes de la colonización europea gozaban de gran prestigio social, aunque con el paso del

tiempo muchas de ellas acabaron convertidas en cantantes y bailarinas errantes.

Los navegantes portugueses de los siglos XV y XVI, encargados de dar a conocer en Europa gran parte de la realidad de la India y Extremo Oriente, las denominaron simplemente *bailadeiras*. Podría haber ocurrido, por tanto, que en Francia se llamaran *danseuses* y en España *bailarinas*, términos equivalentes en los respectivos idiomas. Pero la lógica de la lengua es otra. Estas voces hubieran sido demasiado genéricas, de modo que el francés adaptó la palabra portuguesa para

referirse específicamente a las danzarinas indias. Nació así la exótica *bayadère*, que en España —y aquí hay que tener en cuenta la pujanza del francés en este periodo histórico— derivó en *bayadera*, voz documentada ya a mediados del siglo XIX.

DRAE

«Bailarina y cantora indiana, dedicada a intervenir en las funciones religiosas, o sólo a divertir a la gente con sus danzas o cantos». Tal es la primera definición del término que encontramos en el diccionario académico, concretamente en la duodécima edición, de 1884.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

[...] cuyas ondas besa la brisa de la tarde, produciendo un canto dulce, vago y perdido como las últimas notas de la improvisación de una **bayadera**.

El caudillo de las manos rojas, 1858.

EMILIO GARCÍA GÓMEZ

Vestía, además, muy bien. Llevaba un traje, entre amarillo y naranja, inolvidable. Parecía una **bayadera** del Tíbet.

Nuevas escenas andaluzas, 1948.

**besamel, bechamel o
besamela**

Pese a que hoy en día España presume de los mejores cocineros del mundo, históricamente la influencia culinaria de Francia ha sido incuestionable. De allí proceden un gran número de voces y, también, de técnicas y recetas relacionadas con la gastronomía. Este es el caso de la besamel, salsa blanca que se hace con harina, leche y mantequilla, presente en elaboraciones tan populares como las croquetas. La palabra remite al nombre del financiero del siglo XVII Louis de Béchamel, marqués de Nointel y maestresala de Luis XIV, quien, según la tradición, habría mejorado una salsa semejante ya existente. Es muy probable que Béchamel nada tuviese que ver en

realidad con la elaboración de la salsa —que bien pudiera haberle sido dedicada por algún cocinero de la casa real—, pero lo cierto es que ha pasado a la historia vinculado a ella. En España, el término se documenta, como *bechamela* (variante no aceptada, pero con gran vitalidad hasta entrado el siglo XX), en el primer tercio del XIX.

DRAE

El término *besamela* se incluye por primera vez en el suplemento de la decimoséptima edición, publicado en 1947, si bien es verdad que ya se había registrado en el *Diccionario histórico*. Posterior es la inclusión de las variantes *bechamel* y

besamel (1970), forma esta última hoy preferida.

MARÍA MESTAYER DE ECHAGÜE,
MARQUESA DE PARABERE

Sobre todo, es insustituible para las salsas **bechamel**, holandesa y otras similares.

La cocina completa, 1940.

ANTONIO BUERO VALLEJO

Yo tenía que subir a ayudar a la señora Gabriela. Quiere que le enseñe cómo se hacen los huevos a la **besamel**.

El tragaluz, 1967.

bicoca

La palabra *bicoca* se documenta desde el último tercio del siglo XVI como ‘cosa de poco valor o estima’ y antes como ‘fortificación pequeña’. Este último es el significado que le asigna todavía Cervantes en 1580 en el *Trato de Argel*: «la desvergüenza con que una bicoca [Argel] / aspira de continuo a hacerte ultraje», si bien en el siglo XVII hubo ya quien no entendió la significación de la palabra: en el manuscrito por *bicoca* (escrito sin duda *vicoca*) se lee *vil oca*.

La voz proviene del italiano *bicocca*, ‘castillo en una roca’. Pero para entender su significado actual, ‘chollo, ganga’, hay que remitirse a la batalla de *La*

Bicocca, población italiana situada al oeste de Milán. En ella se enfrentaron en 1522, en el curso de la guerra de los Cuatro Años, las tropas franco-venecianas, encabezadas por el mariscal Lautrec e integradas fundamentalmente por mercenarios suizos, y el ejército imperial de Carlos I de España, dirigido por el príncipe Colonna y el marqués de Pescara. Gracias a una mejor táctica y al uso de los arcabuces, la victoria de las tropas imperiales fue aplastante. Los suizos, que confiaban a las picas la fuerza de su infantería, perdieron a unos 3000 hombres antes siquiera de entablar batalla. Este acontecimiento supuso para los franceses la pérdida del ducado de

Milán: ciertamente pocas veces un bien tan codiciado se obtiene a tan bajo precio. El problema que plantea esta etimología, sin embargo, es saber quién se acordó en el siglo XIX de la batalla de La Bicocca.

DRAE

El término, incluido en el *Diccionario de autoridades* de 1726, se define así: «Una torrecilla de madera hecha a modo de garita, de la que se usa, para que metido dentro de ella el soldado, pueda con mayor comodidad hacer la centinela, y estar guarecido de los temporales». Y se añade: «Se llama también un lugar pequeño, mal defendido de murallas, o una aldea de pocas casas y malas». En la edición de 1770 se

añadirá la acepción ‘cosa de poca estima’, pero habrá que esperar dos siglos, hasta el suplemento de 1970, para encontrar su significado actual.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Una con otra, se embolsaba el hombre, sin más trabajo que examinar un sobado y mal escrito libro de cuentas por cada casa, la **bicoca** de mil duros mensuales.

Torquemada en el purgatorio, 1894.

ENRIQUE AMORIM

Don Pedro se insolentó con el comisario y fue pasado al calabozo. Se guardó los pesos de las últimas funciones y entregó uno de los carretones a Matacabayo, quien lo adquirió por una **bicoca**.

La carreta, 1932-1952.

bigote

Hay cierta coincidencia en señalar que muy probablemente la palabra *bigote*, ‘pelo que nace sobre el labio superior’, proceda de la expresión alemana *bei Gott*, ‘por Dios’. Al parecer, este juramento, extendido en las lenguas germánicas, fue empleado a modo de apodo para denominar a las personas con bigote y sólo después pasó a designar el bigote mismo. Queda clara la identificación del bigote y los germanos, que lucían largos mostachos desde la Edad Media.

Sobre esta base común, sin embargo, existe controversia acerca de los introductores de la expresión en España. Pudieron ser directamente los germanos, pero no, como asegura una tradición relativamente extendida, los cortesanos que llegaron a España junto a Carlos I, porque la voz está ya documentada (aunque todavía como *bigot*) en 1475. Otras teorías apuntan a los franceses, que habrían dado a conocer la moda del bigote —desconocida en la Castilla del siglo XV— en la Península. Según Corominas, esto explicaría el término *bigot*, aplicado a los normandos, por su estrecha relación con Inglaterra durante

el medievo (en el inglés medieval, el juramento equivalente sería *bî God*). Sea como fuere, el término *bigote* acabó imponiéndose en detrimento de la raíz griega (el bizantino *moustáki*), que daría lugar a *mostacho*, ‘bigote grande y espeso’, a través del italiano.

DRAE

«El pelo que nace sobre uno de los labios, y se deja crecer hasta que esté largo, y cruce hacia la oreja». Tal es la definición del término en el *Diccionario de autoridades* de 1726.

FRANCISCO DE QUEVEDO

[...] la boca a la sombra de la nariz, de hechura de lamprea, sin diente ni muela, con sus pliegues de bolsa a lo simio, y apuntándole ya el bozo de las calaveras en un **mostacho** erizado.

Sueño de la muerte, 1610.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

Las señoras, en sillas de altos espaldares, se dejan saludar por caballeros de **bigote** petulante y traje de negro y plata.

Leyendas de Guatemala, 1930-1948.

bingo

A pesar de ser muy popular en gran

parte del mundo, este juego de azar se introdujo en España en época reciente —al menos fuera del ámbito familiar—, ya que su práctica fue legalizada sólo en 1976. No obstante, el término se había extendido ya en otras áreas hispanohablantes. Se suele convenir en que hay que buscar sus orígenes en la lotería italiana del siglo XVI (antecedente también de nuestra lotería primitiva). Sin embargo, el actual juego del bingo, como su nombre, proviene de Estados Unidos, donde fue popularizado en la década de 1930 por el vendedor de juguetes Edwin Lowe, que lo habría descubierto accidentalmente en uno de sus viajes. Según una etimología

popular, el juego se denominaba *beano*, voz derivada de *bean*, ‘judía’, porque los números acertados se señalaban en el cartón con judías. De la corrupción espontánea de este nombre, que se gritaba al completar el cartón, se habría derivado el actual *bingo*. Pero la realidad apunta, más bien, en otra dirección, puesto que *bingo*, de posible origen onomatopéyico, se documenta como interjección en señal de sorpresa o alegría años antes.

DRAE

El término se introdujo en el *Diccionario manual* de 1983 en su doble acepción de ‘juego de azar’ y ‘local donde se juega’.

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Maruja nada tenía que ver con la naricita respingada y las desinteresadas curvas con que Peggy había desfilado un día en el té-**bingo**-desfile de modas [...].

Un mundo para Julius, 1970.

JOSÉ LUIS ALONSO DE SANTOS

Bueno, me voy a echar un **bingo**. A ver si cojo hoy un par de líneas por lo menos.

Bajarse al moro, 1985.

biquini o bikini

El bikini es una de las prendas icónicas

de la moda femenina del siglo XX, aunque en realidad fuera ya utilizado en época romana, como atestiguan diversos mosaicos de la villa del Casale, en la localidad siciliana de Piazza Armerina; no existió, sin embargo, un nombre para el conjunto. Su creador fue el francés Louis Réard y el desfile de presentación en la piscina del Hotel Melitor de París, en 1946, tuvo una enorme repercusión internacional. De hecho, ante la negativa de modelos más cotizadas, que consideraban inmoral este bañador, la encargada de lucirlo fue Micheline Bernardini, una bailarina del Casino de París.

El término —que entró en el español a través del inglés— hace referencia al atolón de las Bikini, en las islas Marshall, donde Estados Unidos estaba desarrollando por entonces pruebas nucleares. En su elección subyace, sin duda, una estrategia comercial, pero también un juego semántico, puesto que la primera sílaba de la palabra se identifica con el prefijo *bi-*, ‘dos’, por alusión a las dos piezas de que está compuesta la prenda. De hecho, este ha sido el camino seguido para formaciones posteriores como *trikini*, voz no incluida todavía en el diccionario académico, pero plenamente

asentada en el lenguaje de la moda.

DRAE

El término *biquini* (variante preferida por entonces), se recoge por primera vez en el *Diccionario manual* de 1983: «Conjunto de dos prendas femeninas de baño, constituido por un sujetador y una braga».

JUAN MARSÉ

Llevaba muy bien esos 45 años del asombroso músculo sometido, milagrosamente tenso todavía, sin amenaza aparente de caída, y cuando se la veía correr en **bikini** por la playa, seguida por sus perros [...].

Últimas tardes con Teresa, 1966.

ALONSO ZAMORA VICENTE

«Acondicionadores de aire. Viva en la montaña en pleno verano. Trabaje en **bikini** en enero. Basta con pulsar un botoncito. Garantía. Seriedad».

A traque barraque, 1972.

bizcocho

El bizcocho, dulce esponjoso cocido al horno, es una de las elaboraciones más populares de la repostería internacional e ingrediente básico de tartas y pasteles. En origen, el término, que se documenta en español ya a mediados del siglo XIII, designaba el pan cocido dos veces, lo que permitía prolongar su conservación.

Este hecho justifica su etimología, puesto que *biscocho* proviene del antiguo participio *biscocho*, ‘cocido dos veces’, de *bis-* y el latín *coctus*, ‘cocido’ (*cocho* se encuentra también en el compuesto *sancocho*, ‘semicocido’); era la manera de que durara más durante la navegación, aunque a veces se comía «con dos dedos de hollín» (Cervantes, *Pedro de Urdemalas*). Por cierto que el mismo origen, y el mismo significado, tiene la palabra *biscote*, ‘pan crujiente tostado en el horno’, que penetró en el castellano a través del francés, pero que procede del italiano *biscotto*. Y de otro *biscocho*, el *paxamádion* griego, viene la *mazamorra*, el rancho que se servía

en las galeras.

Como ocurre a menudo con este tipo de palabras, *biscocho* —equivalente en buena parte de Hispanoamérica a *biscochuelo*— ha sufrido un proceso de especialización en las distintas áreas hispanohablantes. Así, por ejemplo, en Colombia se emplea para denominar un pastel de crema o dulce; en Costa Rica, un pastelillo de harina de maíz aliñado con queso, y en Venezuela y Ecuador, un tipo de galleta de sal.

DRAE

Como sucede con cierta frecuencia, las definiciones del *Diccionario de*

autoridades (1726) resultan clarificadoras acerca del origen y evolución del término: «Pan que se cuece segunda vez, para que se enjuge, y dure mucho tiempo, con el que se abastecen las embarcaciones, por no poder llevar hornos para el pan necesario. [...] El uso común ha mudado la *s* en *z*». || «Llámanse también así unos compuestos de la flor de la harina, con huevos y azúcar, que se cuecen en hornos, y los suelen hacer de diferentes géneros, largos, redondos, cuadrados, delgadicos: unos sin baño, y otros bañados de azúcar sola, o juntamente con canela, y así de otras especies».

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

[...] hambre y trabajo porque no tenían qué comer sino **bizcocho** y algún aceite y muy poco vinagre trabajando [...].

Historia de las Indias, c. 1527-1561.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

El Marqués, entre sorbo y **bizcocho**, le hacía sus confidencias:

—¡Los masones!

La corte de los milagros, 1927-1931.

boicot

Corría el año 1880 y el capitán Charles Cunningham Boycott, administrador de las fincas del conde de Erne en el condado de Mayo, en Irlanda, estaba a punto de pasar a la historia en contra de su voluntad. Su intransigente reacción

ante las reivindicaciones de los colonos provocó que estos y la población local —con el apoyo y la orientación de la Liga Agraria de Charles Parnell, que por entonces llevaba a cabo en Irlanda una campaña exigiendo una reforma agraria que incluyera la redistribución de la tierra y una mejora de las condiciones de los arrendatarios— suspendieran todo trato con él, obstruyendo la producción y venta de la cosecha. La operación tuvo éxito y el nombre de Boycott paso a designar desde entonces la ‘acción de impedir a una persona o entidad cualquier relación social o comercial, como medio de presión para conseguir lo que se exige de ellos’. De

la voz inglesa se deriva el término español, que se documenta poco tiempo después, en la primera década del siglo XX.

DRAE

El término *boicot* se recoge ya en el *Diccionario manual* de 1927, donde se remite a *boicoteo*. *Boicotear* se define así: «Privar a una persona o entidad de toda relación social o comercial, para perjudicarla y obligarla a ceder a lo que de ella se exige». No obstante, no se consolida en el DRAE hasta la edición de 1970, y sólo en la de 2001 se incluye la segunda acepción, creada por extensión: «Impedir o entorpecer la realización de un acto o de un proceso como medio de presión para conseguir algo».

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Durante más de un semestre, la heterogénea coalición del Aventino vivió en el error de creer que el **boicot** del parlamento bastaba para traer abajo a Mussolini.

Política italiana, 1926.

PABLO NERUDA

Yo me sentí feliz con el **boicot**. Aquellos europeos prejuiciosos no eran muy interesantes que digamos.

Confieso que he vivido, 1973.

bonanza

El término *bonanza*, ‘tiempo apacible en el mar’ y ‘prosperidad, especialmente económica’, tiene larga tradición en español, ya que se documenta con el primero de estos significados a principios del siglo XV. A primera vista, no parece ser una palabra demasiado interesante. De hecho, cualquier hablante podría relacionarla de forma automática con *bueno*. Y, en efecto, esta relación existe, pero la forma en que se establece no deja de resultar curiosa. Hay acuerdo entre los etimólogos en que *bonanza* proviene de la hipotética forma del latín vulgar *bonacia*, en realidad una alteración de *malacĩa*, ‘calma chicha’, voz marinera que procedía del griego

malakía, ‘blandura, flojedad’. ¿Y por qué se produjo esta alteración? Pues por la influencia de *bonus*, ‘bueno’, al identificarse —de forma errónea, como hemos visto— *malacia* con el adjetivo *malus*, ‘malo’. Y en la navegación no cabe tentar a la suerte, por lo que se suprimió toda mención a la adversidad; de la misma manera, el cabo de las Tormentas acabó siendo llamado cabo de Buena Esperanza, y *temporal* se convirtió en *fortuna*.

DRAE

El término se recoge en el *Diccionario de autoridades* de 1726, donde se define así: «Tranquilidad, serenidad y sosiego en la

mar, contraria a la borrasca y tormenta, a que comúnmente suele seguirle». Y se añade ya una segunda acepción: «Metafóricamente es la prosperidad, la dicha, la fortuna favorable».

AGUSTÍN DE ROJAS VILLANDRANDO

[...] huyendo de un galeón
que les viene dando caza,
artillado, fuerte, rico,
viento en popa, mar **bonanza**,
todos pilotos, maestros
y marineros de fama
que, conocidos del mar,
ya libres el mar surcaban
sin ningún temor de ofensa
ni de fortuna contraria [...].

El viaje entretenido, 1603.

ALEJO CARPENTIER

En la ciudad, que pasaba por una nueva etapa de **bonanza** económica, sabían las mujeres lo que se usaba [...].

El siglo de las luces, 1962.

braga

Pocas prendas resultan tan femeninas como las bragas, pero la verdad es que si nos remontamos en el tiempo comprobaremos que esto no es exactamente así. La voz *braga* procede del sustantivo latino *braca* o *bracae*, que los romanos tomaron del gallo y puede tener un origen germánico. Pues bien, esas *braca* o *bracae* eran los



calzones que vestían los galos y los germanos, y que a ojos de los romanos resultaban ridículos y poco viriles. De hecho, estos utilizaban el término *bracātus*, ‘bragados’, para referirse a aquellos pueblos de forma despectiva.

La palabra *braga* (o *bragas*) se atestigua en castellano a finales del siglo XII con el significado de ‘calzón’, prenda de vestir propia de los hombres que cubría el cuerpo desde la cintura hasta la rodilla. De la identificación de esta prenda con lo masculino deja constancia una expresión como *calzarse las bragas*, aplicada a la mujer «que todo lo manda en su casa sin hacer caso

del marido» (muy semejante a la actual *llevar los pantalones*; de ahí también el plural, que se aplica a otras prendas dobles como los *tirantes* o los *calcetines*). Sólo bien entrado el siglo XX comenzaron a contemplarse las bragas como prenda eminentemente femenina.

DRAE

Así se define el término en el *Diccionario de autoridades* de 1726: «Un género de calzones o zaragüelles ajustados, que se ciñen por la cintura, y bajan cubriendo el vientre, y los muslos hasta por encima de las rodillas. Usan de ellas comúnmente los pescadores, tintoreros y otros oficiales que trabajan en el agua, para ejercer sus oficios

con honestidad: y también usan de ellas los religiosos descalzos, que ordinariamente los llaman *pañetes*». Y añade una segunda acepción: «Común y vulgarmente son lo mismo que calzones». Hay que esperar hasta el suplemento de la edición de 1947 para encontrar la definición de la prenda interior femenina.

JOSEPH PUIGGARI I LLOBET

[...] unos calzoncillos dichos lumbares; la **braga** entretallada y solada, y las medias calzas [...].

Monografía histórica e iconografía del traje, 1886.

JUAN GARCÍA HORTELANO

—Aparta. Rodeé la cama. Sagrario tiraba de su **braga**, color tabaco.

—¿Podrás así? —preguntó.

El gran momento de Mary Tribune,
1972.

brindis

La costumbre del brindis, tal como hoy la entendemos, era propia de los pueblos germánicos. O eso parece si atendemos al origen del término *brindis* y a su extensión en las lenguas romances. Este proviene de la frase alemana *bring dir's*, ‘yo te lo ofrezco’ (propiamente ‘te lo traigo’), que solía pronunciarse al brindar, y se documenta en España a finales del siglo XVI.

En español, como en otras muchas lenguas, para acompañar el choque de copas o vasos en un brindis es tradición desear «salud», cosa bien comprensible. Pero también está muy extendida la costumbre de pronunciar la interjección *chinchín*. Esta es una práctica importada y, aunque pueda pensarse en un origen onomatopéyico por su semejanza con el sonido del cristal al entrec chocar las copas, no es así. Proviene de *chin-chin*, voz inglesa tomada del chino *ching-ching*, una expresión de cortesía semejante a ‘por favor’.

De los alemanes, grandes bebedores

según los escritores de la época, procede otra exclamación báquica que se adaptó efímeramente al español: *caraus* (= *Garaus*, ‘golpe de gracia’, y de ahí ‘acabar con algo’, en este caso, con la bebida). *Brindez* y *caraos* aparecen juntos en Cervantes («el *bríndez* y el *caraos* se puso en bando») y en Rey de Artieda («de *bríndez* a *caraus* se nos fue el día»). En el siglo XVII se jugó con el doble sentido de *brindis* (el acto de brindar y la ciudad italiana de Bríndisi): *ir camino de Brindis* significó ‘beber en abundancia’.

Así se define el término en el *Diccionario de autoridades* de 1726: «La provocación, convite, o instancia que se hace a otro para beber, en la forma que se dice en el verbo brindar».

JUAN BAUTISTA DE ARRIAZA

Primer **brindis**: por el Rey.

Su Divina Majestad

Le dé más años de vida

Que arenas tiene la mar [...].

Poesías líricas, c. 1790-1823.

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

[...] un duelo sin vencedor ni vencido, ya que empezarían sentándose cada uno con su copa, diciéndose **chin chin** al brindar y abriendo la revista una vez abrazados.

Un mundo para Julius, 1970.

broma

El término *broma* proviene del griego *brôma*, ‘teredo, taraza’, derivado de *bibrôskein*, ‘comer con avidez’. Y eso es precisamente lo que hace la broma o teredo, un pequeño molusco marino vermiforme con una diminuta concha cuyas valvas funcionan a modo de mandíbulas para perforar las maderas sumergidas. La broma constituye un peligro para las embarcaciones, ya que taladra galerías de unos 30 cm donde

pasa el resto de su vida, nutriéndose de la celulosa de la madera. La palabra se empleaba ya en castellano con este significado a comienzos del siglo XVI (las carabelas de Colón quedaron inutilizadas por los efectos de la broma en su cuarto viaje [1503]), pero a finales de la centuria se utilizaba también con el sentido de ‘cosa pesada o molesta’, por la pesadez de los buques atacados de broma. Y la deriva semántica no terminó ahí: a finales del siglo XVIII pasó a emplearse con el significado de ‘burla, chanza’, y en el XIX, con el de ‘diversión, fiesta’, aunque a los hombres de mar, probablemente, la cosa no acabara de resultarles demasiado

graciosa.

DRAE



En el *Diccionario de autoridades* (1726) encontramos ya dos de las acepciones actuales del término: «Insecto, o gusano mayor que la polilla, que se cría en la seda, o la lana, y tiene la cabeza negra y dura y horada y penetra las tablas y madera, donde se cría, e introduce: que lo más ordinario es en la tablazón de los navíos y otras embarcaciones, y royéndola, las daña, maltrata de suerte que penetrando el agua por los agujerillos, los hace pesados y tardos en la navegación» y «Se llama también a cualquier cosa pesada, y que es de poca o ninguna estimación». En la edición de 1817 aparec

también como ‘chanza’, aunque la definición no sea lexicográficamente muy acertada («Chancearse con cualquiera en cosa que le es peculiar sin que parezca ofensa») y en la d. 1884 se define por primera vez como ‘diversión’ (previamente existía como ‘bullas algarazara’).

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR

[...] cuando él estuviese con mucha gente, entrasen do él estaba algunos pilotos y dijesen que los navíos estaban cascados y comidos de **broma** para no poder navegar.

Crónica de la Nueva España, 1560.

ÁNGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS

[...] al verle yo salir sin cuidarse del aguacero ni de los truenos, que hacían temblar estas montañas, le dije por **broma** que parecía entre

los riscos un indio bravo, y me dio un berrido que me aturulló [...].

Don Álvaro o la fuerza del sino, 1835.

bujarrón

La palabra *bujarrón*, ‘sodomita’, tiene larga historia, puesto que se documenta en castellano en la segunda mitad del siglo XV. Proviene del francés *bougeron*, voz derivada del bajo latín *Bulgarus*, ‘búlgaro’, usado como insulto por los cruzados, ya que consideraban herejes a los búlgaros por su pertenencia a la Iglesia ortodoxa. Hay que tener en cuenta que en 1054 se había

producido el Gran Cisma, que provocó la separación de las iglesias de Oriente y Occidente y su mutua excomunión. Entre los muchos pecados que se les atribuían a los herejes ocupaba lugar preferente, por su gravedad en la mentalidad de la época, la sodomía, que fue objeto de persecución por parte de la justicia secular y de la Inquisición — en Castilla y Aragón los sodomitas eran condenados a la hoguera—, de modo que no resulta extraña la deriva semántica del término.

DRAE

«El hombre vil e infame, que comete activamente el pecado nefando», tal es la definición de *bujarrón* que se encuentra en el *Diccionario de autoridades* de 1726.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

¡Algún puto, cornudo, **bujarrón** y judío —dijo en altas voces— ordenó tal cosa! Y si yo supiera quién era, yo le hiciera una sátira, con tales coplas [...].

La vida del Buscón llamado don Pablos, 1626.

ANÓNIMO

Algún que otro **bujarrón** con el culo desgarrado y destilando materia se acerca también a él con aspecto amenazador.

Don Juan Notorio: burdel en 5 actos y 2000 escándalos, 1874.

busilis

En la evolución de la lengua interviene con frecuencia el error de los hablantes, que en algún caso puede resultar verdaderamente jocoso. Pero antes de pasar a ello conviene ponerse en situación. En la época —y hasta el Concilio Vaticano II— la misa se celebraba en latín y el cura se situaba de espaldas a los fieles, que en su mayoría desconocían la lengua de Cicerón. Se daban, por tanto, las circunstancias adecuadas para el malentendido. Y así ocurrió con la expresión *in diēbus illis*, ‘en aquellos días’, mal separada por

algún ignorante que no podía entender qué significaba aquello del *busillis* (pronunciado *busilis*). Tal cosa debió suceder en torno a 1600, y desde entonces la voz *busilis*, ‘punto en que estriba la dificultad de una cosa’, se hizo enormemente popular, aunque, salvo con afán humorístico, cayera paulatinamente en desuso en el siglo XX. De la misma manera, el pueblo iletrado creyó reconocer en el *da nobis hodie* (‘danos hoy’) del padrenuestro una hipotética dama: doña Bisodia, haciendo otra vez un falso corte de palabras: *dano bishodie*.

La voz se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* de 1726, donde se define así: «Palabra inventada, aunque muy usada del vulgo, o en el estilo jocoso y familiar: y significa el punto principal en que consiste alguna cosa, que a primera vista no se entiende ni se percibe».

SEBASTIÁN DE MIÑANO

Ya se ve, él no conoce todavía la ventaja que tiene un banquero, y se le figura que todo el **butilis** consiste en el modo de cortar el naipe.

*Sátiras y panfletos del Trienio
Constitucional, 1820-1823.*

BENITO PÉREZ GALDÓS

Nunca había visto al guapo mozo tan encastillado en una resolución, ni encontraba el **butilis** de tanta crueldad y firmeza. Para ello

habría sido preciso estar al tanto de lo ocurrido el día anterior en casa de los de Cabrera.

Miau, 1888.

C

caco

Un caco es, coloquialmente, un ladrón. El origen del término no deja lugar a dudas: es, como el de otros muchos, mitológico. En la mitología romana, Caco (en latín *Cācus*, relacionado erróneamente por los antiguos etimologistas con el griego *kākós*, ‘malo’, a pesar de la diferencia de la cantidad vocálica), hijo de Vulcano, era un célebre bandido, mitad hombre, mitad

sátiro, que vomitaba llamas y humo. Virgilio cuenta su historia al hacer, en el libro octavo de la *Eneida*, una reconstrucción romántica del primer asentamiento de Roma. Caco robó a Hércules cuatro de los bueyes de Gerión y, haciendo que caminaran hacia atrás tirando de su rabo —para evitar que el semidiós siguiera sus huellas—, los escondió en su guarida, una cueva del monte Aventino adornada con las cabezas sangrantes de sus víctimas. Pero los mugidos de las reses guiaron los pasos de Hércules, que forzó la roca y la tranca que protegían la entrada del lóbrego escondrijo y estranguló a Caco. Su nombre se asoció desde antiguo al

arte de los ladrones y acabó lexicalizándose, como se documenta ya en el siglo XVII.

DRAE

El término se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* (1729): «El ladrón sutil»; se añade una segunda acepción que no ha tenido tanto éxito: «Se llama también con este nombre a los que tienen mucho miedo a todo, tomado de los ladrones, que por su delito son naturalmente miedosos», pero que, aunque desusada, se conserva todavía en el diccionario académico.

ANTONIO ENRÍQUEZ GÓMEZ

[...] había reñido con otro de la misma cuadrilla, a quien llamaban Sebastianillo el

Malo, medio rufián y **caco** por no tener qué hurtar, andaba con la boca abierta robando el aire.

El siglo pitagórico y vida de don Gregorio Guadaña, 1644.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

[...] por el piropo del periódico que con la misma prodigalidad llama al **caco** «ladrón conocido», que al mediocre «ilustrado».

Subrayando un tema político, 1926.

café

Según la tradición, el descubridor de las propiedades del café habría sido Kaldi, un pastor etíope del siglo IX, al observar

los efectos estimulantes de las bayas de este arbusto cuando eran mordisqueadas por las cabras de su rebaño. Sin embargo, no existen evidencias del consumo de esta bebida hasta seis centurias después. Por entonces, y especialmente en el siglo XVI, tuvo gran aceptación en Arabia, donde la ciudad yemení de Moka ha dado nombre a una célebre variedad.

Aunque hay quien relaciona su origen con el reino de Kaffa, en Etiopía, la palabra procede del árabe, donde se denominó *qahwah*, voz que, curiosamente, se empleaba también para el vino. Los turcos lo llamaron *kahve*,

término que adaptaron los italianos como *caffè*. Hay que tener en cuenta que fueron comerciantes venecianos los primeros en dar a conocer esta semilla en Europa, en torno a 1640, y que fue en Italia donde antes se extendió su consumo. De la voz italiana deriva el castellano *café*, que se documenta ya a comienzos del siglo XVIII. Precisamente entonces se aclimató la planta en América, donde los pioneros fueron los holandeses (en la Guayana) y los franceses (en las Antillas).

DRAE

De este modo se define la palabra *café* en el *Diccionario de autoridades* (1729): «Especie de haba pequeña con su cascarilla u hollejo, de color algo obscuro, la cual se cría en unas vainillas. Algunos dicen que el árbol que lleva esta fruta es el *bancho* de Avicena, o el *banca* de Rasis. Tostada esta fruta y hecha polvos con agua caliente, sirve de bebida usual: cuyo uso vino del Asia no ha mucho tiempo, y por eso puede ser esta voz arábiga de *casveh*, que por faltar a los árabes la *v* consonante dicen *cabus*, sacando su origen de la palabra *cabues*, que significa fuerza, porque el efecto de la bebida es corroborar».

ANTONIO DE ULLOA

[...] las embarcaciones de las colonias francesas en Santo Domingo y de la Martinica llevaban azúcares, tabaco, **café**, tafía o

aguardiente de cañas y mieles y, en cambio, volvían cargadas de bacalao.

Viaje al reino del Perú, 1748.

FRANCISCO AYALA

Viéndole junto a mí, tan dócil, deferente y aniñado, pendiente de mis labios y saboreando con fruición los sorbitos de su **café**, vine a acordarme de mi primo Gabrielillo [...].

La cabeza del cordero, 1949.

cafre

Por *cafre* se entiende hoy día, en su acepción más usual, a una persona bruta o bárbara. En origen, sin embargo, este término designaba a los habitantes del

sur de África, donde los bantúes son muy mayoritarios. De hecho, a lo largo de los siglos XVII y XVIII el territorio africano situado al sur del ecuador era conocido entre los geógrafos como el País de los Cafres o Cafrería, aunque paulatinamente este nombre se fuera restringiendo a áreas más concretas y en particular a la zona costera situada al este del cabo de Buena Esperanza, en la actual Sudáfrica. Allí precisamente situó Lope a «los desnudos cafres, / que lobos marinos visten» (*El castigo sin venganza*).

El origen de la palabra es árabe, ya que en esta lengua se denomina *kāfir* a los

paganos, es decir, a los no musulmanes. En este sentido lo empleó Ruy González de Clavijo al dar cuenta de su embajada a Tamerlán: «Cáfares dicen ellos por los cristianos, que quiere decir ‘sin ley’, y musulmanes se llaman ellos, que quiere decir en su lenguaje ‘los de la escogida y buena ley’». Con posterioridad, la palabra volvió a entrar en español a través del portugués *cáfere* —los navegantes portugueses fueron los primeros en explorar el territorio— y se documenta ya en la primera mitad del siglo XVI. En portugués *estar cafre* significó ‘no avenirse a razones’, un sentido que pasó después al castellano (1649).

DRAE

El *Diccionario de autoridades* (1729) deja claro el origen y significado del término: «Llaman así a los naturales de la costa del África hacia el cabo de Buena Esperanza: y a semejanza se llama *cafre* al hombre bárbaro y cruel, y en Murcia al rústico y zafio».

JUAN JOSÉ DELGADO

[...] idea compuesta que contiene todo lo que aprendieron del español, malo y bueno; todo lo que aprendieron del guachinango, lo que aprendieron del mestizo, del sangley, moro, malabar, **cafre** y demás gentes con quienes comercian y negocian [...].

*Historia general sacro-profana,
política y natural de las islas del Poniente*

llamadas Filipinas, c. 1754.

JOSÉ MARÍA CARRETERO, EL CABALLERO AUDAZ

Así me tuvo haciendo de bestia de tiro casi dos horas, hasta que se me doblaron las piernas y caí al suelo extenuado.

—¡Qué **cafre!** —comento yo.

El libro de los toreros. De Joselito a Manolete, 1947.

calendario

Hasta época de Julio César, cuando se adoptó en 46 a. C. el calendario juliano, inspirado en el egipcio y antecedente directo del nuestro, Roma se rigió por

un calendario lunar, en el que el mes, adaptado a los ciclos del satélite, estaba compuesto por 29 o 30 días. En principio el año constaba de sólo diez meses, de marzo (*martius*) a diciembre (*december*), tras los que se dejaban pasar 55 o 60 días para adecuarse, aproximadamente, al ciclo del sol. Ya entre los siglos VIII y VII a. C., en tiempos de Numa Pompilio, según la tradición, se incorporaron dos meses más, conformando años de 355 días. Cada cuatro años, se intercalaban meses más cortos para intentar corregir el desfase con el año solar.

El primer día de cada mes, que se

correspondía con la luna nueva, se denominaba *calendae* ('calendas'). Pues bien, de este término se derivó *calendarium*, 'calendario' (así se llamó el libro donde se anotaban los préstamos, tanto públicos como privados, que vencían los primeros de mes: en las calendas recogía sus ganancias el usurero Alfio, cantado en el famoso poema de Horacio *Beatus ille*, 'Feliz aquel'). De la voz latina procede la palabra castellana, que se documenta en torno a 1300. Los griegos, por cierto, no medían el tiempo en calendas (el primero de mes tenía por nombre *neomēnía*, 'nueva luna'), por lo que en Roma tuvo gran éxito la locución *ad*

calendas Graecas ('a las calendas griegas') para expresar, de modo irónico, un plazo que nunca había de cumplirse.

DRAE

Recogemos solo, y parcialmente, la acepción primera del *Diccionario de autoridades* (1729), en el que, por cierto, se prefiere la grafía *Kalendario*: «Distribución o asignación de los días del año: y se llama también Almanak. Es diverso, según los varios usos de las naciones».

	capitulum	coronatus	inveniens	supra	in	inveniens	et	inveniens	et	inveniens																															
	capitulum	coronatus	inveniens	supra	in	inveniens	et	inveniens	et	inveniens																															
	capitulum	coronatus	inveniens	supra	in	inveniens	et	inveniens	et	inveniens																															
B	I	A	B	A	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z										
II	B	A	B	A	I	A	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z									
III	C	A	B	F	E	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z									
IV	D	B	A	C	B	D	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z								
V	A	B	A	B	F	E	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z								
VI	C	C	B	A	A	B	D	I	C	B	D	B	F	C	C	F	D																								
VII	C	B	D	B	G	A	A	B	F	E	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z				
VIII	D	C	B	E	A	A	B	F	E	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z					
IX	D	C	C	B	B	A	E	B	F	E	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z				
X	D	B	C	C	B	D	A	B	E	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z					
XI	A	D	C	B	D	C	A	D	B	E	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z				
XII	C	B	D	B	C	A	A	B	B	C	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z				
XIII	E	B	D	B	C	B	A	A	B	B	D	I	C	B	B	D	F																								
XIV	D	C	D	E	C	F	D	B	A	B	F	E	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z		
XV	F	C	E	D	D	C	E	D	F	A	B	F	E	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	
XVI	A	B	E	B	D	C	C	D	D	A	E	B	F	E	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
XVII	B	F	E	A	D	B	C	B	C	B	A	D	B	E	I	B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
XVIII	B	E	F	B	E	D	A	C	B	B	C	A	B	D	I	C	B																								
XIX	B	E	A	B	E	E	B	D	C	A	B	B	A	C	B	I	D	F																							
XX	C	B	B	D	E	E	D	F	C	B	B	B	A	A	B	I	D	B																							
XXI	B	B	B	C	F	E	D	D	E	C	B	D	A	B	F	A	I																								
XXII	B	A	B	B	B	C	B	D	D	C	E	D	F	A	B	G	I																								
XXIII	B	B	B	A	B	B	B	B	B	C	D	B	E	A	B	F	I																								
XXIV	I	E	B	F	B	F	B	B	A	D	D	C	B	E	A	D	B																								
XXV	I	D	B	E	B	F	B	B	E	B	D	A	C	B	D	A	C																								
XXVI	C	I	B	D	B	E	B	F	E	C	D	B	C	A	D	B	A																								
XXVII	B	B	I	C	B	B	D	F	E	E	D	C	E	B	A	A																									
XXVIII	B	F	I	B	B	B	B	B	E	D	C	B	A																												
XXIX	B	B	I	B	B	B	B	B	E	D	C	B	A																												

Qué fiestas son de celebrar, desto non entendemos decir, que cada clérigo sabe la costumbre de su iglesia; e esto muéstraselo el **calendario**, e quáles días an vigiliyas, qué días sean de ayunar.

Catecismo, 1325.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

Entra una ráfaga de viento marino, y se arrebatan las hojas del **calendario**, colgado en un ángulo.

Los cuernos de don Friolera, 1921.

calma

Resulta siempre curioso comprobar la deriva semántica de determinados

términos, que acaban adquiriendo sentidos muy diferentes, cuando no opuestos, a los originales. Tal es el caso de la palabra *calma*, que proviene del latín *cauma*, tomado a su vez del griego *kaûma*, ‘calor, bochorno’. Pues bien, este sustantivo se formó a partir del verbo *káiō*, ‘quemar’, añadiendo el sufijo *-ma*, ‘resultado’. Su significado original era, por tanto, ‘resultado de quemar, quemadura’. Y, de hecho, *calma* se relaciona etimológicamente con términos como *cauterizar*, ‘quemar una herida’, o *cáustico*, ‘que quema y destruye los tejidos animales’. Ahora bien, en su evolución posterior, como es sabido, ha llegado a significar ‘paz,

‘sosiego’, de modo que podría darse la paradoja de que utilizáramos un *calmante* para soportar los terribles dolores de una quemadura.

En castellano, *calma* se documenta en la segunda mitad del siglo XIII como voz náutica, haciendo referencia a la falta de viento en el mar, característica de la época de verano y, por tanto, vinculada a las altas temperaturas y el calor. Sólo con posterioridad pasó a significar, de forma genérica, ‘estado de la atmósfera cuando no hay viento’. Del mismo modo, el término se relacionó prontamente, por vía metafórica, con la quietud, la tranquilidad y la falta de actividad, su

otro significado principal. En algunas áreas de la península ibérica —León, Aragón, Cataluña—, sin embargo, sí ha conservado su sentido etimológico de ‘bochorno, sofoco’.

DRAE

El *Diccionario de autoridades* (1729) recoge ya las principales acepciones del término: «La quietud y tranquilidad del viento en el mar, que no se mueve, ni se siente correr». || «Por semejanza la quietud del viento en tierra, que fácilmente causa calor, porque los rayos del sol hieren, sin tener cosa que los temple». || «Metafóricamente se toma por la quietud, suspensión u detención de alguna cosa».

DON JUAN MANUEL

Fijo, todos los hombres dicen que la mar siempre está en una de dos maneras: o está en **calma**, o esta brava e sañuda.

Libro del caballero y del escudero,
1326.

ARTURO AZUELA

Con **calma**, con **calma**, que en menos de una hora llegaremos a La Providencia...

El tamaño del infierno, 1973.

campana

Tradicionalmente, el sonido de las campanas ha marcado el ritmo de nuestros pueblos y ciudades,

condicionando la vida de sus vecinos. Más allá de los usos estrictamente litúrgicos, los toques de arrebató, de fiesta, de difuntos... resonaban periódicamente en sus calles y conformaban un lenguaje entonces perfectamente descifrado.

Pese a que la campana es conocida desde la más remota antigüedad, este uso tiene su origen, según la tradición, en Italia; habría sido introducida en el culto divino en el siglo V por Paulino de Nola —aunque históricamente no comenzara a extenderse antes del siglo VIII— en la región de Campania, en torno a Nápoles, lo que justificaría la

formación del término, documentado ya en el castellano del siglo XII: este proviene del latín tardío *Campāna*, propiamente ‘de Campania’, abreviación de *vasa Campana*, ‘recipiente de Campania’.

Dicha etimología, que se remonta a Walafrido Estrabón (siglo IX), es mayoritariamente aceptada, aunque, más que con la leyenda de san Paulino, hay quien la relaciona con la calidad de los broncees de la región, ya que estos son la principal materia prima de las campanas. Gracias a los escritos de los mozárabes, consta que en la Córdoba califal las iglesias cristianas hacían

repicar sus campanas (llamadas allí todavía *signa*, ‘señales’) a la hora de misa; y una hermosa campanita de bronce, regalada por el abad Sansón en 945 a la iglesia cordobesa de San Sebastián, se conserva en el Museo Arqueológico de dicha ciudad.

DRAE

En el momento de publicación del *Diccionario de autoridades* (1729), sus dos acepciones principales estaban ya plenamente asentadas: «Instrumento de metal, ancho de boca, y más angosto de la parte superior, a la manera del vaso de una copa, con su lengua de hierro, que sonando en lo interior de la parte más ancha, sirve de avisar, según los usos a que está destinada, o para llamar los fieles a



la iglesia, o para convocar los concejos a sus juntas, y otras cosas». || «Se llama también la fábrica o el espacio que está en forma de campana, e imita su figura: Y así se dice, la campana de la chimenea, del pozo, del horno,

de la escalera, etc.».».

JUAN RUFO

Siendo, pues, una noche de guarda, comenzó (como se suele hacer) a tocar la **campana** de la vela. Y diciendo el vicecastellano: «Ya da el que nunca dio...», respondió: «Sino badajadas».

Las seiscientas apotegmas, 1596.

JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ SILVA

Por fin llegó la hora de retirarse Marcelino, que fue cuando la **campana** tocó a comer, y el Señor se volvió a su Cruz.

Marcelino pan y vino, 1952.

cancerbero

En la mitología griega, Cerbero (*Kérberos*), o Cancerbero, como es también conocido, hijo de Tifón y Equidna, era el guardián de la puerta del infierno, un lugar que los griegos se imaginaron bien como una gran casa, bien como un espacio rodeado de murallas (así Hesíodo). Aunque temible incluso para los muertos, este perro de tres cabezas y cola de serpiente o dragón resultaba especialmente fiero con los vivos que intentaban traspasar el umbral del Hades. Aun así, algunos lo consiguieron, como Orfeo, que lo adormeció con la lira, o —ya en la tradición romana— Eneas, que utilizó para ello un pastel de miel con

sustancias narcóticas. Pero sólo Heracles, en el último de sus célebres trabajos, consiguió domarlo y llevarlo encadenado fuera del inframundo.

De forma humorística, el término se ha empleado desde antiguo para designar al portero o guarda severo o de modales bruscos, pero en el siglo XX fue adoptado también por el periodismo deportivo, especialmente dado a la hipérbole y rico en imágenes y metáforas, para referirse al portero o guardameta, y en particular al de fútbol.

La voz se incluye por primera vez en la undécima edición (1869), donde además de al término mitológico se da cabida a la acepción ‘portero severo e incorruptible’. Ya en la vigesimosegunda edición (2001) se incluye la acepción deportiva.

JUAN DE PINEDA

Ferénico. —¿Y qué diablo había de osar asomar a vuestra boca, más derroñada que la cueva del Tenaro y más profunda que la de la Sibila Cumea y más teniendo en los profundos de vuestro estómago el **cancerbero** con sus tres cabezas de ajo y cebolla, que, si añadiérades el puerro, habíades dejado el infierno mundo de sus defensores poéticos?

*Diálogos familiares de la agricultura
cristiana, 1589.*

PRENSA

Gracias a una brillante intervención del **cancerbero** Edu el tanto no subió al marcador.

El Diario Vasco, 13/03/2001.

candidato

En Occidente, el color blanco ha sido identificado desde antiguo con la inocencia y la pureza, de ahí que tradicionalmente haya sido el elegido por las mujeres para el matrimonio. Ese mismo valor simbólico se le asignaba en la antigua Roma, donde los pretendientes a ocupar cualquier cargo público, además de cumplir con los dos requisitos esenciales del político

(*ambire populum*, ‘rondar al pueblo’ [→AMBICIÓN], y *prensare manus*, ‘apretar manos’), vestían con toga blanca (*toga candida*), que se procuraba hacer todavía más blanca con tiza (*creta*). De esta costumbre proviene el nombre latino *candidātus*, que literalmente significa ‘blanqueado, vestido de blanco’, sin mancha, por tanto. La forma latina es el antecedente directo de la palabra castellana *candidato*, que se documenta en nuestra lengua ya a finales del siglo XV.

En el origen de todos estos términos se encuentra el adjetivo *candīdus*, que hace referencia, en realidad, al ‘blanco

brillante’, ya que el término genérico latino para el blanco es *albus*. De él deriva directamente *cándido*, ‘blanco, sin malicia, ingenuo’, aunque en estos tiempos de convulsión política y general recelo resulte difícil relacionar a un candidato político con la candidez y la inocencia.

DRAE

Así se define el término en el *Diccionario de autoridades* (1729), el más antiguo de los académicos: «El que pretende y aspira o solicita conseguir alguna dignidad, cargo, o empleo público honorífico. Es voz puramente latina y de rarísimo uso».

JUAN JEREZ

[...] o con sumisión no presumen de sí que merecen, o la grandeza de su ánimo no se sujeta a las leyes humildes del **candidato**, o ya que desean el fin, no se aplican a los medios ordinarios, y por estas razones son ajenos de codicia y ambición [...].

Razón de Corte, c. 1601-1621.

ENRIQUE BUENAVENTURA

Caen sobre el **candidato** y en un instante saltan los cojines y las ropas por el aire, el **candidato** queda en el suelo reducido a una masa oscura, encogido sobre sí mismo.

Los papeles del infierno, 1974.

capilla

Según la leyenda, corría el invierno de 337 cuando san Martín de Tours, por entonces miembro de la guardia imperial del ejército romano, encontró a un mendigo semidesnudo y aterido en la entrada de Amiens. El santo no dudó en dividir su capa y entregar una de las mitades al necesitado. Esa misma noche, Jesucristo se le apareció cubierto con su media capa, agradeciéndole su gesto e invitándolo a ingresar en su iglesia. A partir de entonces, san Martín, de origen húngaro, consagró su vida a la caridad y la evangelización, lo que le dio enorme fama entre los fieles cristianos y le granjeó el título de apóstol de las Galias, donde fue obispo en la ciudad de

Tours.

Convertida en reliquia a la que se atribuían propiedades milagrosas, la mitad de la capa que el patrón de Francia entregó al mendigo se veneraba en el oratorio de los reyes francos, que la trasladaban consigo en sus expediciones bélicas, y sobre ella se hacían los juramentos solemnes. El paño era llamado en el latín medieval *capella*, diminutivo de la voz del latín tardío *cappa*, ‘capucha, capa’. Pues bien, por metonimia, este mismo termino pasó a designar el templo que la albergaba y después, en torno al siglo VIII, comenzó a utilizarse para referirse a cualquier

edificio de pequeñas dimensiones destinado al culto. Se habían sentado las bases, por tanto, para la formación del término castellano *capilla*, que se documenta ya a finales del siglo XI.

DRAE

En el *Diccionario de autoridades* (1729) se da entrada a diversas acepciones del término, la mayoría de las cuales pueden encontrarse todavía en el diccionario académico. Destacamos aquí las de algún interés para este artículo: «Pieza de tela que se pone a la espalda de la capa, de una tercia de largo y un palmo de ancho, y cosida por todas partes». || «Parte del hábito que visten los religiosos de varias órdenes para cubrir la cabeza: la cual ordinariamente traen

echada a la espalda cuando no usan de ella». || «La fábrica contigua o separada del cuerpo de la iglesia, que por sí forma una como iglesia aparte, con advocación particular del santo que en ella se venera».

ANÓNIMO

[...] allí se tomaron las manos y fueron a oír misa a la **capilla** y después a yantar.

Libro del caballero Cifar, 1300-1305.

ADOLFO BIOY CASARES

[...] que le recordó una noche en que llegó, muchos años atrás, a un pueblito de las sierras de Córdoba, en cuya desmoronada **capilla**, nítida a la luz de la luna, cantaban la misa coros de chicos.

El gran Serafín, 1962.

capicúa

Probablemente por su relativa rareza y su simetría —representación del orden, la belleza y la perfección—, los números capicúas, es decir, aquellos que se leen igual de izquierda a derecha que de derecha a izquierda (121 o 33 233, por ejemplo), se han relacionado desde siempre en la creencia popular con la buena fortuna.

No hay que ir demasiado lejos, ni en el espacio ni en el tiempo, para encontrar el origen de la palabra, ya que *capicúa*, que no se documenta en español antes

del siglo XX, es un préstamo del catalán: proviene de *cap-i-cua*, literalmente, ‘cabeza y cola’. Tal expresión comenzó aplicándose, en realidad, a la ficha de dominó que podía colocarse en los dos extremos dando fin al juego, y sólo después tomó su significado general. En matemáticas, los números capicúas se denominan también *palindrómicos*, aunque en el léxico común se reserva el término *palíndromo* (del griego *palíndromos*, ‘que corre a la inversa’; *drómos* proviene de la misma raíz verbal que tenemos en *hipó-dromo*, *aeró-dromo*, etc.; *pálin* aparece en *palin-odia*, ‘canto a la inversa’) para las palabras y frases que tienen sus mismas

características: *radar, anilina, dábale arroz a la zorra el abad.*

DRAE

El diccionario académico recoge el término por primera vez en su decimosexta edición (1936): «En el juego del dominó, ganarlo con una ficha que puede colocarse en cualquiera de los dos extremos. En el uso común, una cifra que, como el número 1331, es igual leída de izquierda a derecha que de derecha a izquierda».

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

El chico de la taberna. —Don Max, es un **capicúa** de sietes y cincos.

La pisa bien. —¡Que tiene premio, no falla! Pero es menester apoquinar tres

melopeas, y este caballero está afónico.

Luces de Bohemia, 1920-1924.

MIGUEL DELIBES

Si yo ando pidiendo un **capicúa**, y aprendiéndome el número, y diciendo mañana se sortea, y dale con la mula, es fija que ni el reintegro.

Diario de un emigrante, 1958.

carca

A pesar de que finalmente haya acabado imponiéndose, la voz *carca*, ‘reaccionario, retrógrado’, no es sino una abreviación jergal de *carcunda*.

Este es el término primitivo que se empleó desde mediados del siglo XIX para referirse despectivamente a los partidarios de Carlos María Isidro de Borbón, es decir, a los carlistas, defensores de los valores más tradicionales de la monarquía y la sociedad. Procede directamente del portugués *carcunda*, que designaba a los absolutistas en las luchas políticas que vivió el vecino país ibérico a principios de aquella misma centuria. En su origen parece encontrarse *corcunda*, ‘joroba’ y ‘jorobado’, que, según indica Corominas, sería una alteración de *corcova*.

Nada tiene que ver otro término que por su parecido formal y su relativa cercanía semántica podría considerarse emparentado, *carcamal*, ‘persona muy vieja y achacosa’, que se ha adaptado en buena parte de América como *carcamán*. Este proviene de *cárcamo*, variante de *cárcavo*, ‘viejo achacoso’, voz dialectal que propiamente tenía, entre otros significados, el de ‘hoya en que se entierran los muertos’. Todas estas palabras remiten en realidad al latín *caccābūs*, ‘olla, cazuela’.

El término *carca* se documenta en español a finales del siglo XIX, de modo que su primera aparición en el diccionario académico se produjo en 1925, en la decimoquinta edición. Se incluye aquí en su acepción de ‘carlista’. Hasta 1970 no hay ninguna referencia al uso figurado, en el sentido de ‘reaccionario, retrógrado’,

LEOPOLDO ALAS, CLARÍN

Él era el Magistral de Vetusta, un cura del siglo diecinueve, un **carca**, un oscurantista, un zángano de la colmena social, como decía Foja el usurero [...].

La Regenta, 1884-1885.

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS

Una vez, mamá le dijo a papá: «A pesar de sus ideas liberales y sus desengaños carlistas, ella

te quería casar con esa **carca** de Arbeloa».

La vida nueva de Pedrito de Andía,
1956.

carnaval

En sentido estricto, el carnaval es el tiempo de tres días que precede al Miércoles de Ceniza, con el que da comienzo la Cuaresma. Tradicionalmente es un tiempo de licencia en el que se suspenden las prohibiciones y las normas de la vida cotidiana. Se procede así a una inversión simbólica de la realidad en la que desempeñan un papel esencial las

máscaras y disfraces. Se ha señalado repetidamente que el carnaval se relaciona con las fiestas paganas que celebraban el fin del invierno y el renacimiento de la vida, pero lo cierto es que tiene su origen en la Edad Media y no alcanzó verdadero auge antes del siglo XII.

La palabra *carnaval* procede del italiano *carnevale*, y este del antiguo *carnelevare*, compuesto de *carne*, ‘carne’, y *levare*, ‘quitar’, por ser el comienzo del ayuno de Cuaresma. Se documenta en castellano a finales del siglo XV, pero se empleó raramente hasta mediados del XVIII. En todo este

tiempo, el término habitual para hacer referencia a este periodo y a la fiesta correspondiente fue *carnestolendas*, del latín *carnis*, ‘carne’, y *tollendus*, de *tollere*, ‘quitar, retirar’. Paulatinamente fue perdiendo pujanza, puede que por la fama de algunos de los carnavales italianos, y muy especialmente del de Venecia.

DRAE

El *Diccionario de autoridades* (1729) da cabida al término *carnaval*, pero su definición remite a *carnestolendas*. Por su parte, esta voz se define así: «Los tres días de carne que preceden al Miércoles de Ceniza, en los cuales se hacen fiestas,

convites, y otros juegos para burlarse y divertirse, con que se despiden de este mantenimiento».

JERÓNIMO DE PASAMONTE

Una nave aragona que se llamaba Cablesina se partió para España la vuelta del **carnaval**, que creímos hacello en España, en Barcelona.

Vida y trabajos, c. 1605.

ROSA CHACEL

[...] tenía todo el aspecto de una niña como había a montones. En cambio, cuando llegó el **carnaval** el paragón fue muy otro: decidieron disfrazarme de odalisca.

Desde el amanecer. Autobiografía de mis primeros diez años, 1972.

casta

Si una palabra ha cobrado nueva vida en los últimos años esa ha sido *casta*, ‘grupo social que forma una clase cerrada y tiende a permanecer aislado’, vinculada ahora a la crisis económica y política padecida en España y aplicada repetidamente al conjunto de los políticos. Sin embargo, se trata de un término con larga tradición, ya que se documenta en español en el primer tercio del siglo XV, primero como ‘especie animal’ y, ya en torno a 1500, como ‘raza o linaje humanos’ y ‘clase, calidad o condición’.

La voz *casta* parece derivarse del gótico *kastan* (o, según Corominas, *kasts*, ‘grupo de animales’), tal y como atestigua la presencia de la raíz en el inglés y otras lenguas germánicas. No obstante, también se registra en todas las lenguas de la Península desde antiguo, y en el sentido indicado más arriba se extendió al conjunto de las lenguas modernas a través del portugués, al designar inicialmente el particular sistema social indio de clases sociales estancas determinadas por el nacimiento (tras el primer viaje de Vasco da Gama, que culminó con la llegada al subcontinente en 1498, Portugal

estableció diversos enclaves comerciales en la costa de la India). Así, por ejemplo, Sebastián Gonçalves, un jesuita que escribió una historia sobre la Compañía de Jesús en la India a principios del siglo XVII, observó que los hindús «se dividem em quatro castas» principales, subdivididas a su vez en otras varias. De este significado particular se deriva el más general tan en boga en época actual, propio sobre todo de la antropología y la sociología. Y, por cierto, conviene recordar que de *casta* a *castizo*, ‘genuino del país o lugar en cuestión’, sólo hay un paso, al menos en el ámbito lingüístico.

DRAE

Tres de las principales acepciones del término se recogen ya en el *Diccionario de autoridades* (1729): «Generación y linaje que viene de padres conocidos». || «Se llama también el distinto linaje de los caballos, toros y otros animales». || «Metafóricamente se llaman todas las cosas que descienden, o proceden de algún principio». Muy posterior, de 1925, es la inclusión de la acepción ‘grupo cerrado de personas’.

MIGUEL DE CERVANTES

Trújome la mano por el lomo [...] y dijo a otros pastores que yo tenía todas las señales de ser perro de **casta**.

El coloquio de los perros, 1613.

JOSÉ GARCÍA ABAD

El PSOE fue perdiendo su frescura inicial al generar una **casta** de funcionarios, de estómagos agradecidos [...].

El hundimiento socialista, 2012.

cerveza

Aunque con diferente elaboración e ingredientes —la incorporación del lúpulo no se llevó a cabo hasta época medieval—, la cerveza fue bebida de consumo habitual en Egipto y Mesopotamia. Después, se extendió por toda Europa, si bien los pueblos celtas sintieron por ella especial predilección;

más, desde luego, que Grecia y Roma, donde, aunque la cerveza era bien conocida, la preferencia por el vino está atestiguada. Este hecho justificaría el origen celta, concretamente galo, de la palabra *cervesia*, la voz latina de la que se deriva *cerveza* (en griego se la conoció por el nombre tracio *bruton*), que se documenta por primera vez en castellano a finales del siglo XV.

Resulta curiosa la distribución geográfica de la raíz, extendida en todas las lenguas peninsulares (en portugués, *cerveja*; en catalán, *cerveza*), pero claramente minoritaria en Europa, donde se ha impuesto la raíz germánica de la

que proceden el alemán *Bier* o el inglés *beer*, incluso en territorios de lengua romance como Francia (*bière*) o Italia (*birra*). Hasta en España se ha hecho un hueco en época reciente, aunque sea coloquial o humorísticamente, a través de una voz como *birra*, tomada, como puede suponerse, del italiano.

DRAE

Como en tantos otros casos, merece la pena reproducir la definición del *Diccionario de autoridades* (1729): «Bebida compuesta de varios modos, porque en unas partes se hace de cebada, en otras de trigo, y en otras de ambas semillas; pero siempre lleva la flor del lúpulo, que es su principal substancia y sainete. También se le suelen mezclar otros

ingredientes, que la preparan más o menos gustosa y saludable».

COSME GÓMEZ DE TEJADA

El tiempo era caluroso, víspera era de San Juan, por las riberas, si no del Po, del Tajo, caminaban de noche. Encontró esta cuadrilla de fantásticos vestiglos, otra de arrieros, los cuales llevaban unos vino, otros **cerveza**.

León prodigioso, 1636.

JOSÉ LEZAMA LIMA

[...] por el contrario, Juliano aumentaba su hastío cervecero. Cuando la espuma de su **cerveza** llegó a alcanzar el nivel de la clientela espumosa de su hermano, la trocó por la barata somnolencia.

Paradiso, 1966.

cesárea

Pese a lo que pudiera pensarse, la cesárea, ‘incisión quirúrgica en el abdomen y el útero de la madre para extraer el niño’, tiene larga historia, ya que se sabe que era practicada por ley en la antigua Roma. De hecho, según asegura una tradición muy extendida y recogida por Plinio el Viejo, Julio César podría haber nacido mediante este procedimiento. Se trata, sin embargo, de una suposición incierta, puesto que los romanos sólo practicaban la cesárea a las mujeres que morían durante el embarazo, intentando de esta manera

salvar la vida del feto, y tenemos la certeza de que la madre de César, Aurelia Cota, vivió muchos años después del parto. La primera cesárea exitosa en vida de la madre aceptada sin objeción tuvo lugar en 1610 en Wittenberg (Alemania). El niño sobrevivió, pero la parturienta murió días más tarde. No obstante, a efectos etimológicos estas son cuestiones anecdóticas, puesto que la leyenda, como en tantas otras ocasiones, ha dejado su huella: el término *cesárea* procede, en efecto, del latín científico [*sectio*] *Caesarea*, ‘[sección] cesárea’, ‘de César’, por tanto.

DRAE

El término, con entrada como *operación cesárea*, se recoge ya en la segunda edición (1783): «Entre cirujanos se llama así la que se hace abriendo a la madre para sacar la criatura».

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI

Muy breve, y esta fácil operación, que se llama **cesárea**, deberían todos saberla ejecutar, por las utilidades que trae en estos casos [...].

Noches tristes y día alegre, 1818.

JUAN JOSÉ LÓPEZ IBOR

[...] en el quehacer del tocólogo varió completamente el pronóstico del embarazo y del parto, y permitió perfeccionar una intervención tan eficaz como es la operación

cesárea, que además se vio favorecida por la aparición de la anestesia.

El libro de la vida sexual, 1968.

chándal

Aunque hoy pueda verse en muy distintos ámbitos, el chándal parece remitir en origen al campo deportivo. Si atendemos a su etimología, sin embargo, comprobaremos que la cosa no es exactamente así. La palabra procede de la expresión *[mar]chand d'ail*, ‘frutero, verdulero’ y, literalmente, ‘vendedor de ajos’. Y no es que estos tenderos despacharan sus mercancías en chándal,

puesto que en esta época —hablamos de fines del siglo XIX— tal vestimenta aún no era conocida. Pero los vendedores de verdura del mercado de Les Halles, el más popular de París, sí que vestían un tipo de jersey que por metonimia pasó a denominarse *chandail*. Con el tiempo, el jersey, con o sin mangas, generalmente de canalé, comenzó a utilizarse por su comodidad como ropa deportiva, especializándose el término en su uso actual (mientras que para la prenda de punto se optó por la forma inglesa *pull-over*). De él deriva el español *chándal*, préstamo de todavía corta trayectoria en nuestra lengua.

DRAE

La voz se incluye por primera vez en el *Diccionario manual* de 1983, pero la definición deja claro cuánto ha cambiado esta prenda en poco tiempo: «Traje de punto que se usa para hacer deporte, consistente en un pantalón largo, ajustado al tobillo, y una blusa amplia».

JUAN RAMÓN ZARAGOZA

[...]—Te necesito —siguió ella.

—Abrázame, tómame, quíereme, Adolf. Comenzó a quitarse el **chandal**. Adolf la chaqueta. Celia, desnuda, se retorció en el suelo. Llamaba, gemía, imploraba... A lo lejos Wagner sonaba con la furia de mil trompetas y timbales.

Concerto Grosso, 1981.

PRENSA

Son las ocho de la mañana, abro las persianas y la luz del sol inunda toda mi casa. Un buen desayuno y me enfundo el **chándal**, salgo a la calle. Es fantástico hacer ejercicio con este día [...].

Faro de Vigo, 20/02/2001.

chascarrillo

El sustantivo *chascarrillo*, ‘anécdota ligera y picante’, se introdujo en español tardíamente, aunque está bien documentado a mediados del siglo XIX. Procede de *chascarro*, palabra que, con el mismo significado, ha caído en

desuso en España —pervive en algunas áreas de América—, probablemente porque carece del poder de evocación de su hermana menor y su rotundidad casa mal con la ligereza característica del chascarrillo. Y es que pocas voces adecuan tan admirablemente significado y significado como esta. En última instancia, ambas tienen su origen en una palabra onomatopéyica, *chasco*, que significó primitivamente ‘ruido súbito y seco provocado por el látigo’ (significado que acabó asumiendo exclusivamente *chasquido*) y que en torno a 1625 se utilizaba ya en el sentido de ‘burla o engaño’ y de ‘decepción causada por un suceso contrario’.

DRAE

Chascarrillo se incluye por primera vez en la undécima edición, de 1869: «Anécdota ligera y picante, cuentecillo, más o menos agudo y malicioso, con que se anima la conversación entre personas de buen humor».

MARIANO JOSÉ DE LARRA

¡Qué de gracias no se han dicho por vanos insignes oradores! ¡Cómo en menos de un año ha dicho el uno un **chascarrillo**, y cómo le han contestado con otro y con otros!

La alabanza, o que me prohíban este,
1835.

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

Me acuerdo que cada vez que decía una broma

o un **chascarrillo** cualquiera, en seguida me levantaba la cabeza de la almohadilla y se volvía a todas partes, con la cara enjabonada, para ver cómo había caído el chiste y si se lo reían los presentes

El Jarama, 1956.

chicle

Como tantas otras realidades que hoy forman parte ineludible de nuestro mundo, el chicle es un producto genuinamente americano. Y no nos referimos a la América anglosajona — aunque esta haya hecho mucho por su difusión internacional—, sino a la

hispana, o, mejor, a la indígena, a la América precolombina. La palabra *chicle* procede de la voz náhuatl *tzictli*, que designa una gomorresina que fluye del tronco del chicozapote, árbol autóctono de México y América Central. Esta goma, de sabor dulce y aromático, era utilizada para mascar por numerosos pueblos amerindios. El concepto del chicle o goma de mascar es, por tanto, antiguo, aunque su industrialización y comercialización a gran escala no se llevara a cabo hasta la segunda mitad del siglo XIX, en Estados Unidos, añadiendo distintas sustancias saborizantes y aromatizantes, y sustituyendo la gomorresina natural por

un producto sintético, en un principio la parafina. El término que le da nombre, que se documenta ya en Juan de Cárdenas, no es el único préstamo del náhuatl incorporado al español, ya que voces como *cacao* (*cacáhua*), *aguacate* (*ahuacatl*, propiamente, ‘testículo’), *cacahuete* (*cacáhuatl*), *tomate* (*tómatl*) y, probablemente, →CHOCOLATE (*xocoatl*, ‘agua amarga’) proceden también de esta lengua.

DRAE

La voz se incluye en la edición de 1925, la decimoquinta, como mexicanismo: «Gomorresina que fluye del tronco del chicozapote, haciéndole incisiones al

empezar la estación lluviosa. Es masticatorio, usado por el pueblo y se vende en panes».

FRANCICO JAVIER CLAVIJERO

De esta fruta cuando está verde se extrae una leche glutinosa y fácil a condensarse, que llaman los mexicanos chictli y los españoles **chicle**, la cual mascan por antojo las mujeres y sirve de materia curiosa a algunas estatuas curiosas en Colima.

Historia antigua de México, 1780.

ENRIQUE BUENAVENTURA

Sonríe e invita al público a sonreír para fotografiarlo. Luego se para frente a ellos e infla, lentamente, un **chicle** de bomba, hasta que estalla, bajo la mirada siniestra de los matones.

chirimía

La chirimía es un instrumento de viento de carácter popular similar a la dulzaina y emparentado con el oboe, del que se considera antecedente directo. Parece ser de origen árabe y se usaba en Europa al menos desde el siglo XII, aunque el término no se documenta en España hasta tres centurias después.

Realmente curioso es el juego circular de influencias que acabó determinando su formación. Procede de *chalemie*,

antigua voz francesacuya evolución hasta *chirimía* —la presencia de la erre— sólo se explica porinflujo del antiguo *charamela*, ‘churumbela, instrumento semejante a la chirimía’, palabra procedente a su vez del francés antiguo *chalemelle*; sabemos que este, por último, tiene su origen en el latín *calamellus*, diminutivo de *calāmus*, ‘caña’, ‘flauta de caña’. Pero ¿de dónde proviene *chalemie*? Pues, según Corominas, y cerrando el círculo, también del latín *calamellus* o del original griego (quizá de *aulós kalamítēs*, ‘flauta de caña’).

Sea como fuere, tras la conquista de

América la chirimía pasó al Nuevo Mundo y cobró allí preponderancia en la música litúrgica, al tiempo que era adoptada por los músicos locales en la celebración de los festejos populares. De su extensión —además del nombre de un género musical típico de la costa pacífica colombiana— deja constancia el uso del término en Guatemala para designar a la persona que habla mucho y con voz desagradable.



DRAE

El término se define así en el *Diccionario de autoridades* (1729): «Instrumento músico de madera encañonado a modo de

trompeta, derecho, sin vuelta alguna, largo de tres cuartas, con diez agujeros [...]. En el extremo por donde se le introduce el aire con la boca, tiene una lengüeta de caña llamada pipa, para formar el sonido, y en la parte opuesta una boca muy ancha como de trompeta, por donde se despide el aire. [...] Diferénciase del oboe sólo en tener la boca mucho más ancha».

JUAN DE SALINAS

Arecibirme salid
con corneta y **chirimía**,
que víspera de los Santos
llegaré con mi familia [...].

Poesías, 1590.

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS

Centenares de leguas camina. El kimichu toca

chirimía; el lorito otea los campos, de lo alto de la urna o desde el hombro del peregrino.

Los ríos profundos, 1958.

chocolate

El chocolate era consumido en el área de México al menos en el año 1750 a. C. Allí lo descubrieron los conquistadores españoles. De hecho, en 1502 Cristóbal Colón, al comienzo de su cuarto viaje, se topó con una canoa, procedente del Yucatán, cargada con «almendras de cacao, que tienen por moneda en la Nueva España y en Yucatán y en otras partes», según afirma Bartolomé de las

Casas. Aunque es falsa la tradición que asegura que el almirante trajo consigo una muestra a la Península, lo cierto es que mayas y aztecas eran por entonces grandes consumidores. Según el mito azteca, el cacao habría sido entregado por el dios Quetzalcoátl (la Serpiente Emplumada) como regalo a los hombres. Su valor era tal que, como hemos visto, sus granos se empleaban como moneda de cambio. Así fue en la América precolombina, pero Cervantes usó la expresión «estimar una cosa en un cacao» para indicar su insignificancia.

Si el origen de su consumo es oscuro, el de su nombre, que se documenta en

castellano en torno 1580, es controvertido, aunque se suele relacionar con la voz náhuatl *xocoatl*, de *xoco*, ‘amargo’, y *atl*, ‘agua’. Hay que tener en cuenta que entre los aztecas era consumido como bebida, aromatizado con diversas especias, y que hasta que los españoles decidieron incorporar al cacao el azúcar de caña que se cultivaba en Canarias y La Española su sabor era fuertemente amargo y picante.

El chocolate fue una bebida muy apreciada en España, especialmente por los eclesiásticos. La «pasta frailuna», como la llamó Galdós, era el principal ingrediente de los desayunos

sacerdotales al decir de Emilia Pardo Bazán: «Cuando el párroco volvía de misar, le aguardaba un chocolate hecho al modo conventual, con una onza de cacao mitad caracas y mitad guayaquil, macho y sin espuma, confortativo como él solo» (*La madre naturaleza*, 1887).

DRAE

En 1729, el *Diccionario de autoridades* da cabida al término dejando constancia de la forma de consumo de la época: «Bebida que se hace de la pasta llamada también chocolate, que se compone de cacao, azúcar, y canela (a que algunos suelen añadir vainillas y otros ingredientes)».

JUAN DE CÁRDENAS

No se debe excusar esta, ni las demás especies declaradas, de echarlas en el **chocolate**, porque [...], jamás hazen daño.

Primera parte de los problemas y secretos maravillosos de las Indias, 1591.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

A don Acisclo, mientras tomaba en la sacristía el **chocolate** del desayuno —decía misa a las nueve—, le rebosaba en el corazón la alegría del triunfo sobre aquella peligrosa encarnación de Satán.

La saga/fuga de J. B., 1972.

chotis

El chotis es el baile popular madrileño por excelencia, lo que podría hacernos pensar en un posible origen castizo. Pero esta hipótesis se aleja significativamente de la realidad. Recurramos, pues, a la etimología por sí, como ocurre con cierta frecuencia, pudiera proporcionarnos alguna pista.

¿De dónde procede el sustantivo *chotis*? Del alemán *schottisch*, ‘escocés’. ¿Y qué relación tiene el chotis con el alemán y Escocia? Pues más de la que parece, puesto que se trata en realidad de un baile de origen alemán, muy en boga a mediados del siglo XIX, que adaptó danzas campesinas escocesas

llegadas a territorio germánico tras pasar por el tamiz francés. Aparentemente nada demasiado madrileño, desde luego, salvo si atendemos a la fama de la ciudad como crisol integrador de gentes y costumbres foráneas.

La verdad es que el chotis no se conoció en la capital española hasta que, con el nombre de *polca alemana*, se bailó en el Palacio Real la noche del 3 de noviembre de 1850. De hecho, el término no se documenta en castellano hasta finales del siglo XIX, si bien el baile, con distintas peculiaridades, se conoce y practica en el área del Río de

la Plata y México, como en Madrid, donde fue adoptado por chulapos y chulapas, desde mediados de la centuria anterior.

DRAE

La edición decimosexta (1936) es la primera en que se recoge el término: «Baile por parejas, como la mazurca, pero más lento. Tuvo diversos nombres, entre ellos el de *polca alemana*, y se ejecutó de distintas maneras: la más común es dar tres pasos seguidos a la izquierda, tres a la derecha y vueltas».

MIGUEL DE UNAMUNO

En castellano apenas se ha hecho en versificación sino jotas, **chotis**, seguidillas,

vales, polcas, aurescus, etc., etc. Y juzgamos del ritmo más con los pies que con el oído.

Epistolario inédito, a Francisco de Cossío, 1914.

JUAN GOYTISOLO

[...] cruzando con ella la onda musical de un invisible transistor que emite a todo grito el aire pegadizo del **chotis** «Madrid».

Reivindicación del conde don Julián,
1970.

chovinismo

Aunque consustancial a cualquier nacionalismo más o menos radical, el chovinismo, ‘exaltación desmesurada de

lo nacional frente a lo extranjero’, se ha identificado tradicionalmente con Francia. Esto se debe al propio origen del término, un préstamo del francés empleado en todas las grandes lenguas europeas y que se documenta en español —en su variante *chauvinismo*, más fiel gráficamente al original— desde principios del siglo XX. Proviene de *chauvinisme*, voz que tiene como epónimo a Nicolas Chauvin, labrador y soldado de Napoleón, héroe popular, temerario en la batalla —sufrió la amputación de tres dedos y diecisiete heridas en combate—, ingenuo, fiel en su adhesión al emperador y a su patria... Aunque su biografía llegó a figurar en la

enciclopedia Larousse, todo parece indicar que se trata, en realidad, de un mito creado a principios del siglo XIX con fines políticos. Después, su figura alcanzó una enorme repercusión por el gran éxito del vodevil de los hermanos Cogniard *La cocarde tricolore* (1831), donde era caricaturizado. Pero a efectos lingüísticos poco importa que su existencia fuera real o inventada: Chauvin, persona o personaje, ha sido inmortalizado a través de la lengua, vinculado, eso sí, a un término despectivo.

La variante *chauvinismo* figura desde 1927 en el *Diccionario manual*, donde se define así: «Galicismo por patriotería». La forma *chovinismo* se incluye por primera vez en la vigesimoprimera edición, de 1992.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Un tiempo oscureciósele ante los ojos la cuestión hasta el punto de alistarse en la hueste del general Boulanger y de predicar un «**chauvinismo**» indelicado. Ciertamente que Francia ha recibido heridas en su gloria personal, y no sólo se ve amenazada como cultura, sino como Estado.

Personas, obras, cosas, 1904-1916.

LUIS MARTÍN-SANTOS

[...] toda pura ingeniosidad técnica permanecía inane y sólo la pedantería **chovinista** podía

hacer creer a los retrasados mentales de los liceos galicanos y a todos los otros mentecatos del ancho mundo que estuvieran haciendo gran novela todavía [...].

Tiempo de silencio, 1961.

chulo

El término *chulo* se documenta en la segunda mitad del siglo XVI como voz de germanía, la jerga propia de ladrones y delincuentes. Significaba entonces ‘muchacho’ y fue tomado del italiano *ciullo*, ‘niño’, acortamiento de *fanciullo* (como, en español, *chacho* de *muchacho*), y este, a su vez, diminutivo

de *fante* (del latín *infans*, -tis). «Señor chulo» llama un matasiete a un muchacho en el *Estebanillo González*.

Su recorrido, sin embargo, acababa de comenzar. Aproximadamente un siglo después había pasado ya al léxico general con el significado de ‘persona aguda y graciosa, pero desvergonzada’ y comenzó a emplearse para designar a hombres y mujeres de las clases populares de Madrid caracterizados por su presunción y afectación arrogante (hoy más conocidos como *chulapos*).

Estaban sentadas las bases, por tanto, para su evolución posterior, que en su

interpretación más negativa condujo a la acepción ‘proxeneta, hombre que vive de la explotación sexual de las mujeres’. Pero que, en paralelo, dio pie a un significado marcadamente positivo, como ‘bonito, atractivo, gracioso’. De hecho, en México y algunas áreas de Centroamérica la palabra se emplea en el sentido de ‘guapo, bien parecido’, que se ha mantenido, por cierto, en el término *papichulo*, ‘hombre que, por su atractivo físico, es objeto de deseo de las mujeres’.

DRAE

En el *Diccionario de autoridades* (1729), donde se incluye también como voz de germanía, la acepción principal del término se define así: «La persona graciosa, y que con donaire y agudeza dice cosas, que aunque se oyen con gusto, no dejan de ser reprehensibles, así por el modo, como por el contenido». En 1780 —año en que el cambio de definición permite diferenciar, siempre aplicado a persona, un sentido positivo ('gracioso, desenfadado') y otro negativo ('indecoroso, ruin')— se añade 'pícaro' y, ya en 1899, 'rufián'. Más tardías son las incorporaciones de la acepción madrileña (1947) y de 'bonito, atractivo' (1970).

ANÓNIMO

Díjome. —Pues vuesa merced, señor **chulo**, me alce este bigote, porque, donde no, saldré

como estoy a la calle y le quitaré a su amo los suyos a coces y a bofetadas.

*La vida y hechos de Estebanillo
González, 1646.*

CARMEN MARTÍN GAITE

A finales de siglo, «**chulo**» y ««guapo»» eran ya claramente adjetivos de elogio: «¡Ay qué chula! ¡Ay qué bella! ¡Ay qué maja! es esta pulidita tonada».

*Usos amorosos del dieciocho en
España, 1972.*

chusma

Génova, todavía hoy el primer puerto italiano, fue, como Venecia, con la que

mantuvo frecuentes disputas, una de las grandes potencias marítimas y comerciales del Mediterráneo en los siglos finales de la Edad Media. No resulta extraña, por tanto, la influencia italiana en términos relacionados con estos ámbitos.

Aunque a primera vista pueda no parecerlo, este es el caso de *chusma*, ‘conjunto de gente vulgar, de baja condición’. En efecto, el término proviene del genovés antiguo *ciüsma*, aunque su origen primero haya que buscarlo en el griego *kéleusma*, ‘canto de los remeros dirigido por el cómitre’ (un lejano término de comparación

podrían ser los cánticos que profieren hoy en sus entrenamientos los soldados estadounidenses). De la misma raíz, por cierto, proviene *saloma* o *zaloma*, ‘voz cadenciosa con que los marineros acompañan de forma simultánea su trabajo’.

Aunque hay algún caso anterior, en castellano se documenta profusamente en la primera mitad del siglo XVI —es interesante destacar que las tropas imperiales de Carlos I tomaron Génova en 1522, en el curso de las guerras italianas—, con el significado de ‘conjunto de remeros que servían forzados en las galeras reales’, de

donde, dada la condición social mayoritaria entre los galeotes, pronto se derivó su sentido actual.

DRAE

Como ocurre con cierta frecuencia, el *Diccionario de autoridades* (1729) proporciona información de interés para entender la evolución de la palabra: «Los galeotes, forzados y buenasboyas que reman en las galeras». || «Se toma también por la gente baja, soez e inútil, cuando se junta y congrega en número grande».

JERÓNIMO ZURITA

[...] y mandó matar a todos cuantos iban en las cinco galeras, y pasaron a cuchillo toda la **chusma**, que no dejaron sino a los que sabían

labrar los remos.

Anales de la corona de Aragón, 1562.

MARIO VARGAS LLOSA

—Tanto codearte con la **chusma** en la campaña electoral, te has contagiado —dijo el senador Arévalo—. No hagas esos chistes cuando discursées en el Senado, Landa.

Conversación en La Catedral, 1969.

cifra

Una cifra es un número dígito, es decir, un número que puede expresarse con un solo guarismo: los comprendidos entre el cero y el nueve, por tanto. Las cifras

que utilizamos son las arábicas, que se introdujeron en Europa en torno al siglo X a través de la España musulmana, aunque su origen es en realidad indio. Su aplicación, ligada a la del sistema posicional, en el que el valor del signo depende de su posición —lo que otorga valor al concepto del cero, ausente en la numeración romana—, supuso un avance crucial en el ámbito de las matemáticas.

El término que les da nombre se documenta en castellano en la segunda mitad del siglo XV. Proviene del latín medieval *cifra*, pero este fue tomado del árabe hispánico *ṣífr*, que deriva del

árabe clásico *ṣifr*, ‘vacío’, ya que se aplicó primero al cero y sólo después pasó a denominar al resto de guarismos. Precisamente de la latinización de la voz en *zephirum* viene nuestro *cero*. Los primeros que usaron los números arábigos en el Occidente latino fueron los reinos de la España cristiana (los primeros ejemplos conocidos, de códices conservados en El Escorial, datan del siglo X); pero todavía a principios del siglo XVII las cuentas de la Casa de la Contratación de Sevilla se seguían haciendo con los engorrosos números romanos.

Curiosamente, en el *Diccionario de autoridades* (1729) la primera acepción de *cifra* es la relativa a la criptografía, también muy temprana: «Modo u arte de escribir, dificultoso de comprender sus cláusulas, si no es teniendo la clave; el cual puede ser usando de caracteres inventados, o trocando las letras, eligiendo unas en lugar de otras; a que se suele añadir, quitar algunas letras, y suplir su falta con números: como en lugar de *a* poner un *4* u otro número. También puede ser enlazando las letras, que muchas veces son las primeras de los nombres y apellidos de las personas, que gustan traerlos grabados, pintados, o bordados, en armas, carrozas, reposteros, y en otras cosas». Sólo después se da cabida a la hoy más usual: «Se usa también en los números del guarismo: y así se expresa el millar, usando de la *M*».

JUAN ARCE DE OTÁROLA

Pero, entre otras, la más extraña **cifra** que yo he leído y refieren autores griegos y latinos es la de un Histreo, natural de Asia, en el tiempo que el rey Darío señoreaba a Asia.

Coloquios de Palatino y Pinciano,
c. 1550.

MARCOS AGUINIS

La Presidenta quedó un instante con la boca abierta, porque no esperaba una **cifra** tan elevada. Su rostro se llenó de luz. Miró a Buenaventura y ambos aplaudieron.

La cruz invertida, 1970.

clan

El término *clan*, ‘grupo unido por fuertes vínculos y con tendencia exclusivista’, es de uso relativamente reciente en español, ya que se incorporó a él en los años finales del siglo XIX. Remite a la peculiar forma de organización de la Escocia tradicional, que se estructuraba en grupos sociales teóricamente vinculados por parentesco, cohesionados por un jefe común, el territorio y un sentimiento de identidad que se manifestaba en símbolos externos como el apellido o el dibujo del tartán (tela de lana con cuadros o listas cruzadas de diferentes colores).

La palabra proviene precisamente del

gaélico *clann*, ‘hijos, descendencia’, aunque a través del inglés *clan*. Lo curioso del caso es que el origen del término, pese a que Roma no llegó a conquistar Escocia —que quedaba separada del resto de Gran Bretaña por el célebre muro de Adriano— ni Irlanda —de donde procede el gaélico—, parece estar en la voz latina *planta*, ‘planta, brote’. El gaélico carecía de *p*-inicial, lo que justificaría el cambio en la raíz.

DRAE

La voz se incorpora al diccionario en la decimoquinta edición (1925): «Nombre que en Escocia designaba tribu o familia, y

que por extensión se aplica a otras formas de agrupación humana».

PÍO BAROJA

Hoy mi mujer tiene demasiadas cosas en que ocuparse para corretear por el campo. Nuestro **clan** va aumentando y ella es la administradora. Yo le digo que es buen tirano, la dictadora inteligente, la representación del gobierno ideal para los perezosos.

Las inquietudes de Shanti Andía, 1911.

ARTURO AZUELA

En otras palabras, debemos dividir a nuestro **clan** en varias esferas, de acuerdo con diferentes concepciones del mundo... Tan elemental como esto.

El tamaño del infierno, 1973.

cliente

Si nos interrogaran acerca del significado de la voz *cliente* la mayoría de nosotros responderíamos sin dudar: ‘persona que utiliza los servicios de un profesional o empresa, o compra en una tienda, especialmente si lo hace con cierta frecuencia’. Y sin embargo esta es una acepción derivada relativamente reciente. El término procede del latín *cliens, -entis*, ‘persona que está bajo la protección de un patrón’. Desde los orígenes existió en Roma el vínculo jurídico del patronato, que establecía una relación entre patrón (en principio

miembros de las familias patricias) y cliente (fundamentalmente extranjeros y plebeyos). Así, los clientes —categoría a la que se incorporaron los esclavos libertos— debían a su patrón respeto y fidelidad, además de asistencia militar, mientras este se encargaba de protegerlos y defenderlos, cediéndoles en ocasiones una pequeña extensión de tierra.

El concepto fue cambiando paulatinamente, de modo que, a cambio de protección y dinero o alimentos, los clientes actuaban como aduladores de sus patrones, defendiendo en particular su seguridad y sus intereses electorales

y políticos. El número de clientes determinaba el prestigio social, estableciéndose verdaderas redes clientelares. Este fue el significado que asumió también el término en español cuando se incorporó a finales del siglo XV y mantiene todavía su vigencia en derivados como *clientelismo*, ‘sistema de protección y amparo con que los poderosos patrocinan a quienes se acogen a ellos a cambio de su sumisión y de sus servicios’, que, con connotaciones negativas, se utiliza sobre todo en el ámbito político.

El proceso de incorporación de las distintas acepciones al diccionario es reflejo de la evolución histórica del término en español. Así, en el *Diccionario de autoridades* (1729) sólo encontramos su significado primitivo: «El que está encomendado, y debajo de la confianza, tutela y patrocinio de otro a quien reconoce alguna superioridad». En 1869 se añade una acepción específica aplicada al derecho: «El litigante, con respecto del abogado», que se generaliza en 1899 a cualquiera que emplea los servicios de una profesional. Ya en 1956, y por extensión, se agrega ‘persona que acostumbra a frecuentar una tienda’.

JUAN DE SOLÓRZANO Y PEREIRA

El Patrono, que engaña a su **cliente** es detestable.

Política indiana, 1648.

JOSÉ RAFAEL POCATERRA

De un golpe, casándose Juan con la Irala, hija del mejor **cliente** y del peor acreedor, asoció a su suegro, amplió la firma en J. Echeandía y Compañía, tituló la modesta «Azucena» en «La Azucena Elegante» y sacó la familia de la trastienda [...].

Tierra del sol amada, 1918.

coche

Aunque con el tiempo y el desarrollo tecnológico ha acabado identificándose, al menos en España, con el automóvil, la palabra *coche* designaba en principio —

como es bien sabido— el carruaje tirado por caballos. La raíz está presente en la mayoría de las lenguas europeas y en castellano la voz se documenta a mediados del siglo XVI. No deja de resultar sorprendente, sin embargo, su origen, ya que se trata de uno de los escasos préstamos del húngaro.

Kocs es una localidad situada al noroeste de Budapest, en la ruta entre la capital de Hungría y Viena. Pues bien, en ella se desarrolló en el siglo XV un nuevo tipo de suspensión que hacía más cómodo y placentero el viaje en coche de caballos. Los carruajes de Kocs (*kocsi szekér*) alcanzaron una enorme

fama que se difundió a lo largo de la centuria siguiente por toda Europa. De este modo, la voz *kocsi* —la *i* final es una marca de genitivo presente también, por ejemplo, en *tokaji*, el célebre vino dulce de Tokaj—, que en España se adaptó como *coche*, paso a denominar de forma genérica a cualquier vehículo de ruedas tirado por caballos y destinado al transporte de personas.

DRAE

Así se define el término en el *Diccionario de autoridades* (1729): «Especie de carro cubierto y adornado, de cuatro ruedas, cerrado por los lados con vidrios o vaquetas, y sostenido sobre cuatro pilares

con correones de vaqueta, para que el movimiento sea más acomodado. Son varias las invenciones que se han introducido en la hechura, y figura, como también para la conveniencia y adorno. Tíranle mulas o caballos, guiados por cochero». Muy posteriores —bastante más que las realidades que designan— son el resto de acepciones, ya que hay que esperar hasta el suplemento de 1970 para que se haga una primera referencia, dentro de la acepción general, a los vehículos automóviles. Este uso, sin embargo, se documenta ya a finales del siglo XIX.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Iba un bufón en el **coche** entreteniéndole. Para ti se hizo el mundo (dije yo luego que le vi), que tan descuidado vives, y con tanto descanso y grandeza [...].

Sueño del mundo por de dentro, 1610.

JORGE LUIS BORGES

El barrio entero pudo ver y envidiar el **coche** y el *chauffeur* de la señora de Figueroa, que no las invitaba casi nunca, pero que recibieron con efusión, para que nadie sospechara que sólo se veían por muerte de un obispo.

El informe de Brodi, 1970.

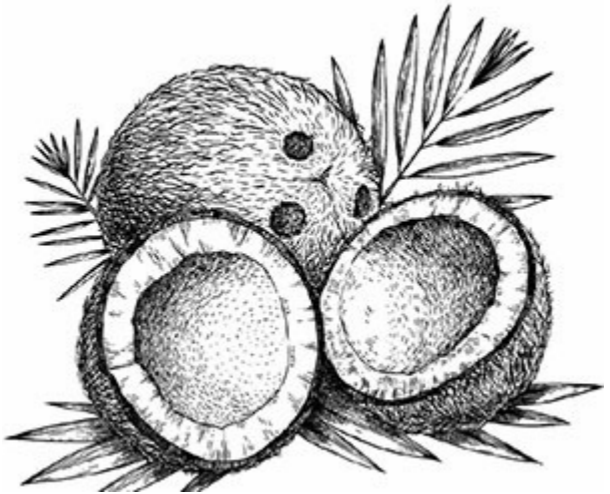
COCO

El coco, ese personaje imaginario invocado por los adultos para amedrentar a los niños, forma parte de los recuerdos infantiles de casi todos

nosotros. Aunque es muy probable que tenga un origen expresivo, la palabra, que adopta la forma *cuco* en algunas regiones de América, fue tomada del portugués, donde se documenta, aplicada a un fantasma que lleva una calabaza vacía a modo de cabeza, en el primer cuarto del siglo XVI.

De este término, y casi inmediatamente después —en España se usa ya en torno a 1525—, se deriva el nombre del fruto del cocotero, ya que la cáscara, con sus tres agujeros, semeja una cabeza con ojos y boca, como la del fantasma infantil. Al parecer fueron también los portugueses los que emplearon por

primera vez dicho nombre, al entrar en contacto con el cocotero en sus navegaciones por tierras del subcontinente indio.



El primer repertorio académico, el *Diccionario de autoridades* (1729), recoge ya las dos acepciones principales: «Fruta de un árbol de la India semejante a la palma, la cual antes le quiten la primera corteza (que es cabelluda y de color de castaño) es tan grande como un melón muy grueso. Tiene otra segunda corteza o cáscara muy fuerte, con tres agujeros, que forman una figura como de ojos y boca, y dentro incluye un meollo parecido al huevo de ganso, el cual es blanco, duro y dulce, y en medio se encuentra una concavidad llena de un licor mantecoso y agradable al gusto. Los indios hilan la primera cáscara para tejer de ella colchas tapetes y otras cosas que sirven a varios usos, y de la segunda labran vasos para beber». || «Figura espantosa y fea, o gesto semejante de la mona, que se hace para espantar, y contener a los niños».

Muy posterior es la acepción coloquial de *coco* como ‘cabeza’, que sólo se incorporó en la edición de 1992.

FRANCISCO JAVIER DE MOYA Y JIMÉNEZ

El fruto del **coco**, en extremo fresco y apetitoso, tiene un sabor parecido a la avellana, y el agua que encierra, además de ser muy agradable, tiene propiedades antiescorbúticas [...].

Las islas Filipinas en 1882: Estudios históricos, geográficos, estadísticos y descriptivos, 1883.

JUAN GARCÍA HORTELANO

—He venido a estar aquí, a tomar copas y a contemplar arbolitos y piedrecitas. ¡A eso he venido!, a ver sí te lo metes en el **coco**.

El gran momento de Mary Tribune,

colonia

Fue un italiano establecido en la ciudad alemana de Colonia, Giovanni María Farina, el que, en el año 1709, popularizó un agua perfumada basada en aceites esenciales de limón, naranja y bergamota, y en una mezcla secreta de hierbas. El éxito de esta loción, ligera y fresca para los estándares de la época —en la que triunfaban los cargados perfumes franceses—, fue tal que a finales de la centuria existían en la ciudad al menos quince fabricantes de

agua de Colonia, como pasó a ser conocida de forma genérica.

Sólo entrado el siglo XX el compuesto se abrevió en español como *colonia*. Aparentemente nada tiene que ver este término con la palabra homónima que designa el ‘conjunto de personas naturales de un territorio o país residentes en otro’ y el ‘territorio sometido al dominio de un Estado extranjero’, documentada ya en el siglo XV. Esta deriva del latín *colonia*, de *colōnus*, ‘labrador, habitante de una colonia’, y este del verbo *colĕre*, ‘cultivar’, pero también ‘habitar’, por la vinculación de la agricultura con el

territorio. Y, sin embargo, la realidad es que alguna relación existe entre ambas, puesto que la ciudad alemana fue una antigua colonia de Roma que se denominó *Colonia Claudia Ara Agrippinensium*, de ahí su nombre actual.

DRAE

La definición que encontramos en el *Diccionario de autoridades* (1729) es la siguiente: «Población o término de tierra que se ha poblado de gente extranjera, traída de la ciudad capital, u de otra parte. Los romanos llamaban también así a las que se poblaban de nuevo de sus antiguos moradores». Para encontrar el compuesto *agua de colonia* habrá que esperar hasta

1869 y ya en 1925, en la decimoquinta edición, se incorpora *colonia* como ‘agua aromática’.

VICENTE ESPINEL

Porque a lo que dice Paulo Hircio que hay desde Osuna a Munda concierta esta verdad, y con estar vivo hoy el coliseo grande y que muestra haber sido **colonia** de romanos.

Vida del escudero Marcos de Obregón,
1618.

EMILIA PARDO BAZÁN

Y adelantándose con los brazos abiertos, fue para abrazarla; pero ella, hurtando el cuerpo, le tendió una manecita fresca, recién lavada con agua y **colonia**.

Los pazos de Ulloa, 1886.

coloso

Aunque sólo tardíamente adquirió, por extensión, tales significados, el término *coloso* tiende a identificarse hoy con cualquier ‘persona o cosa de gran tamaño o extraordinarias cualidades’. Sin embargo, cuando se incorporó al español en el siglo XV, designaba exclusivamente la ‘estatua de enormes dimensiones’. Procede del latín *colossus*, tomado a su vez del griego *kolossós*, voz de origen religioso que se aplicó a las grandes estatuas egipcias.

El más célebre coloso de la Antigüedad

fue el de Rodas, una de las siete maravillas del mundo. Se trataba de una gigantesca estatua —según Plinio el viejo superaba los 32 metros de altura— del dios griego Helios, el Sol, protector de la isla, que fue erigida en bronce por Cares de Lindos en la bocana del puerto. Finalizada en 280 a. C., conmemoraba la victoria frente a Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono, en el curso de las disputas que siguieron a la muerte de Alejandro Magno, en las que Rodas contó con la alianza de Ptolomeo I. Su vida, sin embargo, fue efímera, puesto que un terremoto la destruyó en 226 a. C. Mejor suerte ha corrido el Coliseo de Roma, como acabó conociéndose el

anfiteatro Flavio, cuyo nombre parece tener una raíz común, quizá por la cercanía de una estatua colosal del emperador Nerón.

DRAE

La primera referencia al término se encuentra en la edición de 1780: «Estatua de una magnitud, que excede mucho a la estatura natural, como fue la de Rodas». Sólo en 1852 se añade la acepción figurada.



CRISTÓBAL DE VILLALÓN

Los siete milagros del mundo se vinieron a afamar: el **coloso** de Rhodas, que era aquella admirable estatua del sol.

Scholástico, c. 1539.

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO

Dejadle desplomarse. Que sucumba solo, como un **coloso**. Y el soberbio, en su foso, a su propia grandeza se derrumba.

Los mejores toreros de la historia,
c. 1966.

comicios

La palabra *comicios*, ‘elecciones’, deriva del latín *comitium*, ‘lugar donde

se reunía el pueblo, *asamblea*’, compuesto de *īre*, ‘ir’, y *com-*, ‘juntamente’; no deja de ser significativo que tanto *ambición* como *comicios* provengan de la misma raíz. En Roma, los comicios eran asambleas populares con poder legislativo y algunas competencias en materia religiosa y judicial. Existían distintos tipos y alcanzaron su máxima expresión en época republicana.

Se convocaban con al menos diecisiete días de antelación (esto es, tres días de mercado), de modo que existiera tiempo para el debate, y, una vez constituidos, se procedía a las votaciones, pero la

asamblea se disolvía de inmediato si alguien sufría un ataque de la «enfermedad sagrada» (la epilepsia). El principio que regía su funcionamiento era el de la democracia directa, aunque el voto estaba establecido en dos niveles: los individuos votaban en su sección (agrupados por curias, centurias o tribus, en función del tipo de comicios) y cada sección tenía un voto. Una de las funciones esenciales de los comicios era la elección de los magistrados, de los cargos públicos, lo que justifica la deriva semántica sufrida por la palabra en español, donde se documenta ya a finales del siglo XV. En época imperial, los comicios perdieron

gran parte de sus prerrogativas a favor del Senado, hasta acabar desapareciendo.

DRAE

El término, en su sentido clásico, se recoge en el diccionario de 1780: «Las juntas que tenían los romanos para tratar los negocios públicos». Muy posterior es la inclusión de la acepción hoy mayoritaria, ya que no se produce hasta la undécima edición (1869): «De algún tiempo a esta parte tiene uso esta voz con aplicación a actos y reuniones electorales».

PEDRO MEJÍA

Era tenida en Roma por tan grande pena la del destierro, que no se podía ninguno desterrar si

no fuese primero consultado el pueblo sobre ello y pasase por los **comicios**.

Silva de varia lección, 1540-c. 1550.

JULIO CORTÁZAR

Abnegados padres e hijos, ciudadanos que concurren a los **comicios** y leen los diarios más ponderados, funcionarios diligentes y muy queridos por sus jefes y compañeros [...].

Rayuela, 1963.

condón

Hasta hace unos años, se aceptaba sin apenas discusión que el término *condón*, tomado del inglés *condom*, tenía su epónimo en el doctor Condom, un

higienista británico del siglo XVII. Tal teoría era también defendida por la Real Academia Española, que señalaba que el médico británico era el inventor del preservativo. Este tiene en realidad una larga historia, como parece atestiguar el mito del rey Minos, que utilizaba un receptáculo fabricado con la vejiga de una cabra para retener su esperma y proteger a su amante. Sabemos, además, que Falopio había ideado una centuria antes una funda de lino para evitar el contagio de la sífilis. Condom, por tanto, habría sido el encargado de perfeccionarlo, por expresa petición del monarca Carlos II de Inglaterra. Sin embargo, la etimológica es una ciencia

muchas veces incierta y movediza, y hoy se pone en cuestión, incluso, la existencia del propio Condom.

En la actualidad se considera que el origen de la palabra es incierto y así se refleja en la última edición del diccionario académico; pero, entre las muchas existentes, está ganando adeptos la hipótesis que defiende un origen italiano, ya que en inglés se documentan también las formas *condam* y *quondam*, que algunos etimólogos relacionan con *guantone*, de *quanto*, ‘guante, preservativo’.

A pesar de que el término se emplea ya en el siglo XVIII, se incluye por primera vez en el *Diccionario manual* de 1989: «Preservativo, funda de goma».

NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN

Tú así del Soto a casa ve a atacarte;
mas yo quiero del todo asegurarte,
facilitando del **condón** el uso.

Feliz principio a esta artimaña puso
de un fraile la inventiva, que de un fraile
solo o del diablo ser invención pudo.

El arte de putear, c. 1771 – 1777.

GUILLERMO CABRERA INFANTE

Aunque el parque estaba limpio era un lugar
poluto, tal vez por las eyaculaciones, y no me
extrañaría que se viera un **condón** usado sobre
la yerba, como una flor si no del mal por lo

menos maloliente.

La Habana para un infante difunto,
1986.

corbata

La palabra *corbata* se documenta en español en la segunda mitad del siglo XVII y procede del antiguo *corbato*, ‘croata’, por llevarla originalmente los soldados de caballería croatas. Era en realidad poco más que un pedazo de tela, que los jinetes anudaban al cuello dejando colgar las extremidades sobre el pecho. Fue en Francia —con la llegada de mercenarios

croatas durante la guerra de los Treinta Años— donde se popularizó su uso. La voz deriva en última instancia del serbocroata *hrvat*, denominación que se dan a sí mismos los habitantes de Croacia.

Adoptada inicialmente por la aristocracia, la corbata tuvo desde sus orígenes un valor simbólico como manifestación externa de elegancia y estatus, a lo que contribuyó el propio Luis XIV, el Rey Sol, que fue muy aficionado a ella. A partir del siglo XVIII se popularizó en toda Europa, si bien su forma actual sólo empezó a insinuarse en la segunda mitad de la siguiente

centuria. El corte diagonal y la confección en tres partes —en boga a lo largo de todo el siglo XX— se deben al estadounidense Jesse Langsdorf, su inventor en 1926.

DRAE

Así se define el término en el *Diccionario de autoridades* (1729): «Adorno que se pone alrededor del cuello y pende hasta el pecho. Ordinariamente es de lienzo fino de diversas hechuras: lo más común es ser lisas, y algunas veces guarnecidas de encajes, o bordadas de oro, plata, seda o hilo».

JACINTO HEVIA BUSTOS

Venía en litera muy a lo título y presumiendo (con algún fundamento) un mozo de **corbata**, que tan extraña idea sería alguna fechoría o aventura de Don Quijote [...].

Vejamen al doctor Antonio Coronel,
1685.

FRANCISCO GARCÍA PAVÓN

Pascual vestía de pobre, con traje de pana, gorra y **corbata** antiquísima. Ambos iban bien despiertos, los brazos cruzados sobre el pecho, caras bravas, congestionadas e inexpresivas.

Los liberales, 1965.

D

dandi

El término *dandi*, ‘hombre que se distingue por su extremada elegancia y buenos modales’, se documenta en España a mediados del siglo XIX y proviene directamente del inglés *dandy*. El fenómeno del dandismo surgió en Inglaterra en el primer tercio del siglo XIX, vinculado a un grupo de jóvenes pertenecientes a la alta sociedad que se arrogaron la exclusiva del

dictado de la elegancia y el buen gusto, especialmente en la referente a la vestimenta. Su modelo por excelencia fue lord Brummell, amigo íntimo del príncipe de Gales, el futuro Jorge VI, y árbitro de la moda en la Inglaterra de la Regencia, cuyos excesos acabaron conduciéndole a la ruina económica y vital —hasta el punto de que, perseguido por sus deudas, murió en el exilio, en un asilo de caridad pública de Caen—.

El origen del término inglés es desconocido, aunque se documenta por vez primera en una balada de la frontera escocesa, donde *Dandy* se emplea como diminutivo de *Andrew* (costumbre al

parecer perdida en el resto de Gran Bretaña). Curiosamente, en español carece del valor peyorativo que de forma tradicional se le ha atribuido a otras voces de significado semejante, como *petimetre* (del francés *petit maître*, ‘pequeño señor, señorito’, que se empleó desde el segundo cuarto del siglo XVIII), *pisaverde* (por el andar como de puntillas, como el que atraviesa un jardín, término ya utilizado en el siglo XVI) o *lechuguino* (documentado en este sentido en el siglo XIX).

DRAE

El término *dandi* se registra por primera vez en el *Diccionario manual* de 1927: «Anglicismo por *petimetre*». Se incorpora al usual en 1936.

EMILIO ALCARAZ

Aguilar. —Celebro que me entiendas. ¿Cómo se llama el **dandi** de que tratamos? Responde.

Ciado. —Señor, se llama el vizconde de Octavio.

Un ente como hay muchos: comedia en dos actos, 1855.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Todavía puede comprenderse, no aguantarse el dandismo auténtico y posible, es decir, cuando el **dandi** puede serlo plenamente, cuando no es un cursi.

dédalo

El término *dédalo*, ‘laberinto’, se documenta en castellano en el siglo XVII. Como puede suponerse, alude al personaje mitológico, un artista que, como tantos otros, llevó un nombre parlante. En efecto, en Homero, aparte del nombre propio, existen otras formas de la misma raíz: dos adjetivos, el homónimo *dáidalos*, ‘ingenioso’, y *daidáleos*, ‘hecho con arte’, y un verbo, *daidállein*, ‘adornar’, ‘embellecer’.

El mito es bien conocido. Dédalo, el más célebre de los inventores atenienses, había tenido que refugiarse en Creta, donde erigió para el rey Minos el laberinto en que habría de ser encerrado el Minotauro, una intrincada red de pasillos que hacía imposible encontrar la salida.

Colaboró después con Ariadna para que Teseo diera muerte al monstruo, por lo que Minos decidió castigarlo y lo encerró, junto con su hijo Ícaro, en el laberinto que él mismo había diseñado. Pero el genio de Dédalo volvió a brillar, ideando ahora unas alas de cera y

plumas que les permitieron huir volando. Ícaro desoyó los consejos de su padre y se acercó demasiado al sol..., pero esa es ya otra historia.

DRAE

La voz se recoge por primera vez en la edición de 1869: «Por haberse llamado así el que según la fábula, hizo el laberinto de Creta, se suele dar a este nombre la misma significación que al LABERINTO en sus dos primeras acepciones».



NICOMEDES PASTOR DÍAZ

Entendimientos vulgares o extraviados llegan por este camino a la verdad y a la armonía; espíritus privilegiados, adelantando por el rumbo opuesto, se perdieron en un **dédalo** inextricable [...].

Los problemas del socialismo, 1848.

JUAN GOYTISOLO

[...] en la alternativa de subir hacia Nasería y la plazuela de la fuente o bajar hasta Cristianos y enfilarse hacia Sebu: perdiéndote en **dédalo** de callejas de la Medina [...].

Reivindicación del conde don Julián,
1970.

demagogia

La palabra *demagogia*, ‘práctica política consistente en atraerse el favor del pueblo mediante concesiones y halagos a sus sentimientos más elementales con el fin de conseguir el poder o mantenerse en él’, se documenta ya en el español de la segunda mitad del siglo XVIII. Se trata de uno de los muchos compuestos en que interviene la raíz griega *dēmos*, ‘pueblo’, y proviene directamente de *dēmagōgía*, ‘arte de conducir al pueblo captando su favor’.

Aparentemente, esta definición etimológica de la voz griega carece de las connotaciones negativas que ha adquirido en español, extremo que

parece corroborar la existencia de compuestos semejantes como *pedagogía*, el ‘arte de conducir a los niños’. Y, en efecto, por lo que podemos saber, en la Atenas anterior al siglo V un demagogo era, simplemente, alguien con grandes habilidades para tratar y dirigir a la ciudadanía, en particular por su persuasión y elocuencia oratoria.

¿Debemos suponer, por tanto, que el carácter peyorativo que hoy subyace en el término es una consecuencia de la experiencia histórica? Así parece, aunque esta experiencia debió de ser muy temprana, casi paralela a la institución de la democracia. A finales

del siglo V a. C. Aristófanes aplica en *Las ranas* el verbo correspondiente a un politicastro, Arquedemo el Legañoso, «que agita las masas [*dēmagoḗgei*] en los muertos de arriba [la acción transcurre en el infierno] y se lleva la palma de la villanía de allá». En el siglo IV a. C., Aristóteles —que tacha al demagogo de «adulador» del pueblo— cataloga la demagogia como una forma corrupta o degenerada de la República, y Polibio, en el siglo II a. C., la denigra, considerándola un paso previo a la tiranía de la muchedumbre u olocracia.

El término se incluye por primera vez en la séptima edición, de 1832; se define así: «Ambición de dominar en una facción popular».

JOSÉ MARÍA HEREDIA

El despotismo y la **demagogia**, la superstición y la aristocracia, los cortesanos y los conspiradores, todas las ridiculeces y crímenes políticos han sido blanco de sus tiros [...].

Juan Bautista Casti, Escritos literarios,
1838.

CARLOS MALPICA

Trabajo antes de techo debe ser la consigna de momento. Si en vez de trabajo bien remunerado se entregan casas, a eso se denomina **demagogia**.

El desarrollismo en el Perú, 1961-1971

demonio

En la cultura judeocristiana, como en la islámica, el demonio es equivalente al diablo, el ángel rebelado contra Dios y arrojado por ello al abismo. El término, que se documenta en castellano ya en la primera mitad del siglo XIII, hace referencia, además, a cualquier otro espíritu maligno. Por su origen remite, como tantos otros, a la Antigüedad clásica: procede del latín tardío *daemonium*, que fue tomado del griego bizantino *daimónion*, ‘genio, divinidad

inferior', diminutivo de *dáimōn*, 'dios, divinidad' (de *daío*, 'distribuir'). Lo curioso es que en Grecia este *dáimōn*, aunque no demasiado determinado —el concepto es algo oscuro y cambiante—, era fundamentalmente benéfico. Se trataba de divinidades menores, mediadoras entre los hombres y los dioses, ligadas al destino de cada cual, como el *genius* del hombre romano (→GENIO), una especie de ángel de la guarda. Y, en el ámbito filosófico, y particularmente en el pensamiento socrático, acaban identificándose, sin perder su sentido religioso, con el genio individual, una fuerza interior a la que se otorga carácter sobrenatural.

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1732): «Lo mismo que Diablo».

ANÓNIMO

Acaesció que un sancto obispo fue a ver sus horrios e alfolíes, e fallolos apenas medio llenos, e vido que estaba un **demonio** sobre un montón de trigo.

Ejemplos muy notables, c. 1450.

JULIÁN MARÍAS

Sócrates afirmaba la presencia junto a él de un genio o **demonio** (daímon) familiar, cuya voz le aconsejaba en los momentos capitales de su vida. Este daímon nunca lo movía a actuar, sino que, en ocasiones, lo detenía y desviaba una

acción.

Historia de la filosofía, 1941-1970.

derbi

En la localidad de Epsom, en el condado de Surrey, situado al sur de Londres, se celebra desde 1780 a principios de junio el Derby, la más célebre carrera hípica de Inglaterra, que reúne cada año a lo más granado de la sociedad británica. Su nombre procede del XII conde de Derby, Edward Stanley, promotor de la competición, y con el tiempo pasó a denominar cualquier carrera de caballos de

especial prestigio, en particular aquellas que se celebran anualmente y están reservadas a purasangres de tres años de edad. Después, por extensión, se empleó para designar el partido de fútbol de máxima rivalidad, especialmente cuando los contendientes son equipos de la misma área o región. Con estos significados pasó al español —y a otras muchas lenguas—, donde comenzó a emplearse, en su acepción hípica, en los años finales del siglo XIX, pero sólo se documenta en su forma adaptada en las décadas finales del XX.

El término se incluye por primera vez en la vigesimoprimera edición, de 1992: «Encuentro generalmente futbolístico entre dos equipos de la misma ciudad o ciudades próximas». En 2001 se agregaría la acepción de hípica.

CARLOS COELLO

[...] su ascensión al Mont-Blanc, un estreno en el Teatro Francés, una carrera de caballos en **Derby**, ¡cosa extraña en los que escuchan relaciones de viajes! no experimentábamos deseos de ver lo que Rafael había visto.

Cuentos inverosímiles, 1872-1878.

PRENSA

El equipo no debe descuidarse, pues se enfrentarán al Sevilla, un rival duro, aunque la inminencia del **derbi** con el Betis puede

«despistar» a los jugadores de Joaquín Caparrós.

El Mundo, 09/12/2004.

derecha e izquierda

El término *derecha*, que se documenta en castellano hacia la mitad del siglo X, procede del latín *directus*, ‘directo’; *izquierda*, por su parte, deriva del euskera *ezkerra*, ‘izquierda’, y su uso se remonta a mediados del siglo XII: la izquierda se relacionaba con el mal agüero, por lo que los términos que originariamente le daban nombre fueron sustituidos por eufemismos tanto en

griego (*euōnýmos*, ‘la del buen nombre’, o *aristerá*, ‘la excelente’) como en las lenguas romances (→SINIESTRO, usado en su sentido originario en el *Cantar de Mio Cid*, también acabó tomando en español un valor peyorativo). Pero lo que aquí nos interesa no es la acepción general de ambos términos, sino la política.

¿Por qué la izquierda se identifica con las ideas progresistas y la derecha con las más conservadoras? Pues bien, la cuestión se remonta a la época de la Revolución francesa, concretamente a la Asamblea Constituyente reunida en el verano de 1789 (fue instituida como tal

el 9 de julio), en la que sus miembros se agruparon por afinidades políticas: a la derecha del presidente de la cámara se situaban los monárquicos y conservadores, defensores del Antiguo Régimen, la nobleza y el alto clero, fundamentalmente; a la izquierda, los partidarios de la abolición del régimen feudal y señorial, y del proceso revolucionario en ciernes, procedentes, en su mayoría, de las clases medias y populares. Estaban sentadas las bases de la distinción universal entre derecha e izquierda, que, como puede comprobarse, terminológicamente fue resultado del azar.

DRAE

Sólo en la edición de 1925, la decimoquinta, se incluyen las acepciones políticas de ambos términos:

derecha: «Hablando de colectividades políticas, la parte más moderada o que en su doctrina guarda más respeto a las tradiciones».

izquierda: «Hablando de colectividades políticas, la más exaltada y radical de ella, y que guarda menos respeto a las tradiciones del país».

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

La burguesía alemana tiende, por eso, a una dictadura de las **derechas**. Y su actitud estimula en el proletariado la idea de una dictadura de las **izquierdas**.

Hilferding y la social-democracia

alemana. Artículos, 1923-1930.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

¿Por qué suponer que lo mejor está a la **izquierda**? Los nuevos ideales no eran ni zurdos ni siniestros.

El estafador se jubila, 1969.

despampanante

La palabra *despampanante*, ‘que causa admiración y asombro, generalmente por su belleza o buena presencia’, procede del antiguo participio activo de *despampanar*, ‘desconcertar, dejar atónito’, verbo que, pese a su larga

historia —se documenta ya a finales del siglo XIV—, presenta en la actualidad escasa vitalidad. En su origen se encuentra el sustantivo *pámpano*, del latín *pampĭnus*, ‘hoja de vid’. El significado literal del verbo, según señala Corominas, sería ‘quitar el pámpano o la pampanilla’, es decir, el taparrabos. De ahí la sorpresa. Y en este punto merece la pena recordar la función de la hoja de parra en la tradición iconográfica del arte cristiano, aunque en el relato bíblico las hojas que cubren las partes pudendas de Adán y Eva tras morder el fruto del pecado son, en realidad, de higuera, otro árbol, por cierto, genuinamente mediterráneo.

DRAE

El término se incluye por primera vez en la decimoquinta edición (1925): «Que despampana [desconcierta, deja atónita a una persona con lo que se le dice]».

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO

[...] e luego que una mujer se echa con un hombre e pierde la virginidad se cubre; e, si no tiene naguas, pónese una foja atada con unas cuerdas de algodón con que cubre su vergüenza, e llaman a aquella foja **pampanilla**.

Suma de geografía que trata de todas las partidas y provincias del mundo, 1519.

HUMBERTO R. MORENO-DURÁN

[...] el propio inquilino de San Carlos sintió que su hora llegaba y, atrapado por terribles

convulsiones, se lanzó gemebundo a los pies de la última y **despampanante** soberana de la belleza allí presente [...].

El toque de Diana, c. 1981.

días de la semana

El término *día*, ‘tiempo que la Tierra emplea en dar una vuelta alrededor de su eje, equivalente a 24 horas’, en la acepción que aquí nos interesa, procede del latín *dies*. Convencionalmente, los días se agrupan en semanas. El concepto de semana (del latín tardío *septimāna*), la división del tiempo en periodos naturales de siete días, fue empleado por

egipcios, caldeos y judíos, y se relaciona con la duración de las fases de la luna. En el ámbito judeocristiano, es manifiesto en el Génesis, en el que se identifica con el tiempo que tarda Dios en crear los cielos y la tierra, reservando el séptimo día para el descanso.

En Roma se adoptó el uso de la semana tardíamente, aunque en tiempos de Augusto estaba ya asentado. Cada uno de los días se consagraba a uno de los astros del firmamento, vinculados a su vez a una divinidad. De ellos proceden la mayoría de los nombres españoles actuales: *lunes* (del latín vulgar [*dies*]

Lunis, alteración del latín [*dies*] *Lunae*, ‘día de la Luna’), *martes* (del latín [*dies*] *Martis*, ‘[día] de Marte’), *miércoles* (del latín vulgar [*dies*] *Mercūris*, y este alteración del latín [*dies*] *Mercūri*, ‘[día] de Mercurio’), *jueves* (del latín [*dies*] *Iovis*, ‘[día] de Júpiter’), *viernes* (del latín [*dies*] *Venēris*, ‘[día] de Venus’). Distinto origen tienen *sábado* (del latín tardío *sabbātum*, este del griego *sábbaton*, tomado del hebreo *šabbāt*, y este del acadio *šabattum*, ‘descanso’), el día santo de los judíos, que en Roma estaba reservado a Saturno, y *domingo* (del latín tardío [*dies*] *dominicus*, ‘[día] del Señor’), el día sagrado de los

cristianos, dedicado en tiempos romanos al Sol.

Este es el orden (lunes-domingo) actual de los días de la semana según la norma internacional generalmente aceptada, pero de forma tradicional —como atestigua el registro histórico del propio DRAE— y en los calendarios litúrgicos cristianos la semana comienza el domingo, el día en que el Señor descansó después de haber iniciado la creación en lunes. En la Antigüedad tardía la Iglesia intentó sustituir los nombres de los dioses paganos por una serie numérica: *prima feria* (lunes), *secunda feria* (martes), *tertia feria*

(miércoles), *quarta feria* (jueves) y *quinta feria* (viernes). Esta innovación prendió en la península ibérica (una inscripción visigoda de Braga da fe de su uso), pero sólo triunfó en Portugal, donde hoy se sigue manteniendo la vieja terminología cristiana (*prima, segunda, terça feira*, etc.): una prueba más de que las áreas periféricas conservan arcaísmos desaparecidos en el centro.

DRAE

Recogemos aquí las definiciones de los distintos días de la semana incluidas en el *Diccionario de autoridades* (1734):

lunes: «El segundo día de la semana. Tomó el nombre de la Luna, a quien los egipcios

atribuían el dominio de la primera hora del día».

martes: «Tercer día de la semana. Tomó el nombre del planeta Marte, a quien los egipcios atribuían el dominio deste día».

miércoles: «Cuarto día de la semana. Tomo el nombre del planeta Mercurio, a quien los egipcios atribuían el dominio de la primera hora deste día».

jueves: «El quinto día de la semana. Tomó el nombre del planeta Júpiter, a quien los egipcios atribuían el dominio de la primera hora deste día».

viernes: «El sexto día de la semana, que tomó su nombre del planeta Venus».

sábado: «El séptimo y último día de la semana, día dedicado a la Virgen Nuestra Señora, por lo cual en las más partes no se come carne en este día, o sólo se permiten

los extremos, despojos, y grosura de las carnes. Entre los hebreos era el día de fiesta, en el cual cesaban de toda obra servil, aunque fuese necesaria para su intento. Fueses así mandado en memoria de los seis días de la creación del mundo, y de su adorno, y de que el séptimo cesó el Señor de esta obra».

domingo: «El primer día de la semana. Lat. *dies Dominica*, de donde tomó el nombre, por ser especialmente dedicado al Señor, y en memoria del misterio de la Resurrección de Cristo nuestro Salvador».

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

Ni es nuestro propósito averiguar qué relación pudo tener con el **sábado** de Israel el filívoro Saturno para suponerle propietario de dicho día, como a Venus del **viernes**, a Júpiter o Jove del **jueves**, a Mercurio del **miercoles**, *et sic de*

caeteris.

Opúsculos en prosa, 1843-1844.

NÉLIDA AGOSTO DE MUÑOZ

La distribución de los **días de la semana** se hace de acuerdo al carácter de los dioses. Algunos días son «femeninos», otros, «masculinos»; algunos, propicios; otros, peligrosos. **Lunes, martes y jueves** son días «femeninos», **miércoles, viernes y sábados** son «masculinos».

El fenómeno de la posesión en la religión «vudú», 1975.

dinero

El dinero es, de forma genérica,

cualquier medio de cambio o de pago comúnmente aceptado. Implica, por tanto, una superación del mero trueque y, en este sentido, se documenta desde antiguo. En origen, era el propio efecto empleado como dinero (oro y plata, fundamentalmente) el que avalaba su valor. En nuestro ámbito cultural, fueron los lidios, instalados en el área occidental de Asia Menor, los primeros en acuñar moneda en torno al siglo VII a. C., aunque la leyenda remita a la vecina Frigia, donde gobernaba el mítico rey Midas.

El término *dinero*, del latín *denarius*, ‘denario, moneda de plata romana’, se

documenta en castellano en el siglo XI. Esta moneda fue acuñada por primera vez a fines del siglo III a. C. y equivalía en principio a diez ases (*denario* deriva de *deni*, ‘cada diez’, y este de *decem*, ‘diez’) o cuatro sestercios. Su valor sufrió numerosas fluctuaciones en Roma, donde el áureo, primero, y el sólido de oro, después, fueron las monedas de mayor valor en época imperial. Sin embargo, el término actual deriva del denario acuñado por Carlomagno a fines del siglo VIII, cuando esta moneda de plata se convirtió en la base del sistema monetario, extendiéndose por todo Occidente. En la Península este sistema arraigó firmemente en la Corona de

Aragón y con menos vitalidad en Castilla, que por influencia árabe acabó adoptando el maravedí. Pero todavía el *dinar* del califato de Damasco testimonia el influjo que ejerció la moneda del Imperio romano en la numismática de los países adyacentes.

DRAE

Así se definen en el *Diccionario de autoridades* (1732) las acepciones del término que aquí nos interesan: «Nombre genérico que se da hoy día a la colección o agregado de cualquier especie de moneda». || «Moneda de cobre antigua en España. Sus especies y valor han sido varias y de dificultosa averiguación». || Se llama también cierta especie de moneda, que

aunque en algunas partes no la hay efectiva, se sirven de su nombre en las más plazas de comercio de la Europa, dividiendo las monedas principales de cada paraje en veinte sueldos, y cada sueldo en doce dineros: con que el dinero viene a ser una parte de las doscientas y cuarenta en que se supone dividida la tal moneda principal».

ALONSO DE CONTRERAS

Dije al patrón que los tomase y contase, y parecíale que tanto **dinero** nuevo y tan lejos de donde se hace no hubiese alguna tramoya.

Discurso de mi vida, 1630-1633.

MARIO VARGAS LLOSA

—Me ayudaste porque eres buena gente —dijo Fushía—. Lo mejor que he conocido, Aquilino. Si fuera rico te dejaría todo mi

dinero, viejo.

—Pero no eres, ni lo serás nunca —dijo Aquilino—. Y para qué me serviría ya tu **dinero**, si me moriré de un momento a otro.

La casa verde, 1966.

dinosaurio

Sus huesos fueron conocidos desde antiguo: parece que en el ámbito oriental se identificaron con los míticos dragones, mientras que en América del Sur se quiso ver en ellos restos de los gigantes descomunales de la Biblia. Genéricamente, Cuvier denominó en 1796 *megaterio*, ‘fiera grande’, a un

gigantesco animal americano cuyos restos acababan de ser enviados al Museo de Ciencias Naturales de Madrid, donde todavía hoy se conservan. En la década de 1820 se comenzaron a describir científicamente sus especies: así, recibieron nombre el iguanodonte (del griego, literalmente, ‘diente de iguana’, por la semejanza que su descubridor, el geólogo inglés Gideon Mantell, encontró entre sus dientes y los de las actuales iguanas) y el megalosaurio (compuesto también de origen griego que significa ‘lagarto grande’).

Fue entonces cuando el estudio de estos

reptiles fósiles, los mayores seres que han poblado la Tierra, y de los que derivan las aves actuales, centró el interés de los científicos occidentales. No obstante, habría que esperar hasta 1842 para que el paleontólogo inglés Richard Owen creara el término *dinosaurio*, del latín científico *dinosaurium*, y este de *dinosaurus*, formado sobre el griego *deinós*, ‘terrible’, y *saûros*, ‘lagarto’. La voz — que se documenta en español en la segunda mitad del siglo XIX— da nombre a un orden de reptiles de la era secundaria, que aparecieron en el Triásico, hace unos 230 millones de años, pero que vivieron su época de

esplendor en el Jurásico y el Cretácico, hasta que un acontecimiento no determinado, es posible que el impacto de un gran meteorito, provocara su extinción hace unos 65 millones de años.

DRAE

El término se incluye por primera vez en la decimosexta edición (1936): «Género de reptiles fósiles, a veces gigantescos, de cabeza pequeña, cuello largo, cola robusta y larga y extremidades posteriores más largas que las anteriores, y otros con las cuatro extremidades casi iguales, como el diplodoco».

GODOFREDO DAIREAUX

¿Quién resistiría sin temblar, el aspecto del formidable foróracos, ave de rapiña del tamaño de dos de los caballos actuales, si lo vieran elevarse en los aires, llevando entre sus garras un lagarto **dinosaurio** de veinte metros de largo [...]?

Los dioses de la Pampa, 1916.

JOSÉ LUIS SANZ

Tu cuarto abuelo nació a mediados del siglo XIX, en un momento en el que nadie —o sólo unos pocos naturalistas— había oído hablar de los **dinosaurios**.

Pequeña historia de los dinosaurios,
2012.

dólar

La moneda estadounidense, el dólar, patrón en las transacciones internacionales tras el final del Segunda Guerra Mundial, fue adoptada como unidad monetaria en Estados Unidos en 1786, si bien no comenzó a circular antes de 1794. La historia de su denominación es realmente interesante. Procede del inglés *dollar*, y este del bajo alemán *daler*, derivado a su vez de la voz alemana *Taler* (después *Thaler*). El término —que en España se adaptó como *tálero*— era una abreviación de *Joachimstaler*, moneda acuñada en Bohemia en la primera mitad del siglo XVI y que debía su nombre a la ubicación de la mina de la que procedía

la plata, situada en las inmediaciones de Sankt Joachimstal (literalmente, ‘Valle de San Joaquín’), la actual Jáchymov.

Esta moneda circuló, con distintos valores, en la totalidad de los Estados germánicos, así como en Suecia y Dinamarca. En la América anglosajona, recibió este nombre (*[Spanish] dollar*) el peso español, conocido también como real de a ocho, unidad monetaria de referencia en el Nuevo Mundo y en el área del Pacífico. Así que, cuando en Estados Unidos se formalizó su moderno sistema monetario, se decidió conservar el nombre de la moneda, cuyo valor inicial, de hecho, era equivalente al del

peso español de la época. En castellano el término se documenta ya a mediados del siglo XIX.



DRAE

La voz se incluye ya en la edición de 1899, la decimotercera, aunque el valor del dólar

ha cambiado mucho desde entonces: «Moneda de plata de los Estados Unidos, que vale cinco pesetas y cuarenta y dos céntimos».

PRENSA

Del cine saltó a la vida esta predilección, y ya no es extraño —como lo prueban nuestras fotografías— ver sonreír a algunas de las encantadoras *girls* del país del **dólar** junto al cachorro de un felino.

«Las fieras domesticadas», *La Esfera*.
Ilustración mundial, 23/8/1924.

RAMÓN TAMAMES

Todos los cálculos, hechos a principios de noviembre de 1971, se basan en el cambio 70 ptas. = 1 **dólar** de EE. UU.

Acuerdo preferencial CEE. España y

duende

La palabra *duende* es el resultado de la contracción de la antigua locución *duende [casa]*, ‘dueño de [la casa]’. Este fue, de hecho, el primer significado del término, puesto que se documenta ya en la primera mitad del siglo XIII. Tuvo, sin embargo, escaso éxito, mientras que la acepción derivada, ‘espíritu fantástico que se supone habita en una casa, causando en ella trastornos y estruendo’, ha perdurado hasta nuestros días con considerable vitalidad. Parece

que no empezó a emplearse hasta finales del siglo XV, pero la deriva semántica tiene su lógica, puesto que los duendes se caracterizan por su carácter entrometido y travieso, y tienden de alguna forma a «adueñarse» de los hogares en que viven: ya en las cartas de Plinio el Joven se habla de casas habitadas por espíritus.

En época reciente, la fascinación y el misterio vinculados a estos seres fantásticos —presentes, de una u otra manera, en todas las culturas— comenzaron a relacionarse en Andalucía, especialmente en el ámbito del flamenco, con la emoción

inexplicable que transmiten sólo ciertas personas, en particular algunos artistas, en determinadas situaciones. Hoy, este significado ha tomado carta de naturaleza, de modo que *duende* significa también, especialmente en esta región española, ‘encanto misterioso e inefable’.

DRAE

El *Diccionario de autoridades* (1732) recoge ya la acepción más extendida del término: «Especie de trasgo u demonio, que por infestar ordinariamente las casas, se llama así». La propia de Andalucía, sin embargo, no se incluye hasta 1956.

SEBASTIÁN DE HOROZCO

Cantemos una hazaña
que en Toledo aconteció,
la más nueva y más extraña
que hasta agora en España
en este tiempo se vio.
Dizíe la gente vulgar
mil cosas de un **duende** casa
mas por arte singular
le vino a verificar
don Diego muy a la rasa.

Cancionero, c. 1540-1579.

JOSÉ MARÍA MOREIRO

«La Polaca» no pasará a la historia como actriz dramática, sino por su estilo inimitable de bailar la rumba... «un nuevo estilo ye-yé», que no necesita vestidos de volantes para crear ese «misterio y **duende** del flamenco».

«La Polaca o la revolución de una

flamenca ye-ye»; *Los domingos de ABC*,
11/1/1970.

E

eco

La palabra *eco* se documenta en castellano en la segunda mitad del siglo XIII y proviene del griego *ēchṓ*, ‘sonido’, ‘eco’, a través del latín *echo*. Da nombre a un fenómeno acústico bien conocido desde antiguo, la repetición de un sonido al ser reflejadas sus ondas por un obstáculo, que fue personificado en la mitología griega por una hermosa y desdichada ninfa de las fuentes y los

bosques.

Eco —tal era también su nombre— estaba encargada por Zeus de encubrir sus aventuras amorosas entreteniendo con su animada charla a la poderosa Hera. Sin embargo esta, de naturaleza celosa y vengativa, acabaría descubriendo la estratagema de su esposo y condenando de por vida a Eco a repetir la última parte de las palabras que otros le dirigieran.

Perdido el don del habla, Eco se retiró a lo más profundo del bosque, donde se enamoró de Narciso. Pero, incapaz de explicitar este amor, se consumiría por

la indiferencia de aquel, hasta desaparecer por completo y quedar reducida a mera voz. Una voz, por cierto, especular, como reflejo, en claro paralelismo con la mirada de Narciso (→NARCISISMO), enamorado de su imagen, sobre sí mismo.

El triste hado de la ninfa tuvo también una vertiente literaria. Aristófanes se dio cuenta del efecto cómico que se podía conseguir con una continuada iteración de frases inconexas; en las *Tesmoforiantes* Eurípides, disfrazado de Eco para salvar a su pariente Mnesíloco, repite los versos que este recita, parodia de una escena de la

tragedia *Andrómeda*. Después, un manierismo poético fue hacer versos ecoicos. Al parecer, fue Ángelo Poliziano el primero que los compuso en lengua vulgar («*Che fai tu, Eco, mentr'io ti chiamo? – Amo*»).

DRAE

El término se recoge en el *Diccionario de autoridades* (1732), en el que se incluye ya alguna acepción figurada: «Sonido y repetición de la voz que se forma en los valles hondos, en las cuevas y bóvedas, donde hiriendo el aire por la repercusión, se duplican y multiplican las voces, y de nuevo resuenan». || «Metafóricamente se llama la memoria confusa de lo que pasó: como de la grandeza de Nínive, de los

imperios de los asirios, griegos, romanos, etc.».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Bien me parece a mí un escribano a caballo y un alguacil con capa y gorra honrando unos azotes, como pudiera a un bautismo, detrás de una sarta de ladrones que acotan; pero siento que cuando el pregonero dice: A estos hombres por ladrones, que suena el **eco** en la vara del alguacil y en la pluma del escribano.

Sueño del mundo por de dentro, 1610.

JUAN RULFO

Ni una gota de aire, sólo el **eco** de su ruido entre las ramas rotas. Desvanecido a fuerza de ir a tientas, calculando sus pasos, aguantando hasta la respiración.

El llano en llamas, 1953.

empecinarse

Juan Martín Díez, guerrillero y militar español (1775-1825), fue uno de los héroes populares de la guerra de la Independencia, en la que encabezó una partida de campesinos que hizo frente, con éxito considerable —fue inmortalizado por Goya y protagonizó, de hecho, uno de los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós—, a los ejércitos napoleónicos. Su defensa de la causa liberal le condujo al destierro después del Trienio Liberal y, cuando regresó a España, fue ajusticiado por orden expresa de Fernando VII.

Célebre por su tesón y terquedad, Juan Martín era más conocido como «el Empecinado», sobrenombre que daría origen al verbo *empecinarse*, ‘obstinarse’, documentado ya con este sentido en vida de su epónimo. Propiamente, su significado sería ‘llenarse de pecina o de pez’. Hay que tener en cuenta que Juan Martín era natural de Castrillo de Duero (Valladolid), cuyos habitantes eran llamados en la comarca «empecinados» por la abundancia de pecina (del latín *picīna*, terminación femenina de *picīnus*, de *pix*, *pīcis*, ‘la pez’) o cieno negruzco existente en el arroyo Botijas, que cruza

el pueblo.

DRAE

El término se incluye por primera vez, aunque como americanismo, en la decimoquinta edición, publicada en 1925: «Obstinarse, aferrarse, encapricharse».

BENITO PÉREZ GALDÓS

En esa dirección, a legua y media de distancia, hay una aldea llamada Cíbicas. Sabemos que a prima noche merodeaba por allí una cuadrilla de bandoleros. ¿Es ese el ejército que decís? ¿En qué os fundáis para asegurar que allí se han reunido los grupos disueltos del ejército **empecinado**?

Juan Martín el Empecinado, 1874.

FRANCISCO AYALA

[...] yo mismo lo eché a perder todo en un momento, y lo único que había conseguido era ofenderla más. ¿Para qué, pues, **empecinarse**? Desistir hubiera sido lo sensato.

El fondo del vaso, 1962.

enchufe

No existe consenso absoluto sobre el origen del término *enchufe*. Queda claro que deriva directamente de *enchufar*, pero la procedencia del verbo no resulta tan evidente. Es mayoritaria la opinión de que proviene de *ǧúf*, hipotética voz del árabe hispánico, y esta a su vez del

árabe clásico *ḡawf*, ‘vientre, cavidad interior’. Hay que tener en cuenta que el significado primitivo del término es ‘ajustar la boca de un caño o tubo en la de otro’, lo que casa bien con este supuesto origen, pero por otra parte su aparición en español es muy tardía, ya que no se documenta antes de la mitad del siglo XIX. Esta es una de las razones que pudo hacer pensar a Corominas que provenía de *chuf*, por el ruido que producen ciertas conexiones, como las de algunas tuberías de calefacción, ferroviarias...

El caso es que tanto el verbo como el sustantivo tuvieron rápida aceptación,

especialmente referidos a las conexiones eléctricas. Pero en paralelo, y ya en el primer cuarto del siglo XX, comienza a utilizarse *enchufar* en el sentido figurado de ‘combinar o enlazar un negocio con otro’. Y en la década de 1930, en particular durante la Segunda República, se emplea con naturalidad *enchufe* aplicado al ‘cargo o destino que se consigue por influencia política’, significado que con el tiempo se ampliaría hasta abarcar cualquier sinecura obtenida por amistad, influencia o recomendación. Por cierto, que parece que lo de enchufar —de donde proviene el uso posterior de *enchufe* como ‘recomendación,

influencia’— ha tenido más éxito del deseable, puesto que para denominar su práctica se ha generado un sustantivo despectivo específico: *enchufismo*.

DRAE

La primera aparición del término se produce en 1852: «El efecto de enchufar [meter unos cañones dentro de otros, como sucede con los de las estufas, y con los arcaduces de las cañerías]». Ya en 1936 se da cabida al enchufe eléctrico y a la acepción coloquial: «Cargo o destino que se obtiene por influencia política. Dícese por lo común del que se acumula sobre el empleo profesional». Después, en el *Diccionario manual* de 1984, se añadirá «Recomendación, influencia para conseguir estos cargos».

JUAN A. MOLINAS

El fondo del vaso está atornillado de costumbre por un **enchufe** que se pone en comunicación con el cilindro.

Tratado de maquinaria y de aparatos industriales, 1885.

ANTONIO FLORES

[...] Fíjese si habla que cuando yo estaba haciendo la mili en Segovia y me trajeron a Madrid por un **enchufe** va y sale en la televisión contándolo.

Entrevista de Paloma Barrientos,
Tiempo, 1/1/1990.

enciclopedia

Una enciclopedia es una obra que trata de compendiar, siguiendo un orden metódico, los conocimientos de las distintas ramas del saber humano. Lo curioso es que el término, que se documenta en español a mediados del siglo XV, procede de un error. En efecto, deriva del latín tardío *encyclopaedia*, y este del griego *enkyklopaideía*, lectura equivocada de *enkýklios paideía*, ‘educación en círculo, general’, una voz que ya aparece como sinónimo de *estudio* o *universidad* en la inscripción griega que, a la entrada de las Escuelas Mayores de Salamanca, decora la orla que ciñe la imagen de los Reyes Católicos (*He enkyklopaideía toîs*

basileûsi, ‘La Universidad a los reyes’, y *hoi basileîs têi encyklipaideíai*, ‘los reyes a la Universidad’).

Aunque se habían publicado con anterioridad obras de carácter enciclopédico —y especialmente la *Cyclopaedia* de Ephraim Chambers, que vio la luz en 1728— fue la gran *Encyclopédie* de Diderot y D’Alambert la que popularizó definitivamente este tipo de obras (la de Pierre Bayle se había llamado, más modestamente, *Dictionnaire historique et critique*). Su primer volumen, que salió de la imprenta en 1751, causó gran escándalo entre los sectores más conservadores de

Francia. La obra, en la que colaboraron figuras de la talla de Voltaire, Montesquieu o Rousseau, fue un vehículo para la difusión de las ideas de la Ilustración y, en general, de progreso. Consta de 28 volúmenes y su publicación —que en parte se llevó a cabo clandestinamente, puesto que entró en el *Índice de libros prohibidos* en 1759— se prolongó hasta 1772.

DRAE

El término se incluye en la primera edición, de 1780, aunque con una definición singular: «Ciencia universal». Sólo en 1869 se incorpora la acepción hoy más extendida.

R. 531143

ENCYCLOPÉDIE,

OU

R/15114

DICTIONNAIRE RAISONNÉ DES SCIENCES, DES ARTS ET DES MÉTIERS,

PAR UNE SOCIÉTÉ DE GENS DE LETTRES.

Mis en ordre & publié par M. *DIDEROT*, de l'Académie Royale des Sciences & des Belles-Lettres de Prusse; & quant à la *PARTIE MATHÉMATIQUE*, par M. *D'ALEMBERT*, de l'Académie Royale des Sciences de Paris, de celle de Prusse, & de la Société Royale de Londres.

*Tantum series juncturaque pollet,
Tantum de medio sumptis accedit honoris!* HORAT.

TOME PREMIER.



A PARIS,

Chez { *BRIASSON*, rue Saint Jacques, à la Science.
DAVID Talot, rue Saint Jacques, à la Plume d'Or.
LE-BRETON, Imprimeur ordinaire du Roy, rue de la Harpe.
DURAND, rue Saint Jacques, à Saint Landry, & au Griffon.

M. DCC. LI.

AVEC APPROBATION ET PRIVILEGE DU ROY.

FRANCISCO TERRONES DE CAÑO

Cuanto a las calidades adquiridas, si supiese todas las tres lenguas, latina, griega y hebrea, y aun la italiana; todas las artes y ciencias; al fin, una **enciclopedia** general, no le sobraría nada de todo ello.

Instrucción de predicadores, 1605.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Aureliano Segundo se entusiasmó tanto con los progresos de la hija que le compró a un vendedor viajero una **enciclopedia** inglesa en seis volúmenes y con numerosas láminas de colores [...].

Cien años de soledad, 1967.

enconar

La palabra *enconar*, ‘enfurecer, irritar el ánimo’, proviene del latín *inquināre*, ‘manchar, contaminar, corromper’, formado según Festo de *in-* y *cūnīre*, voz empleada en el sentido de ‘ensuciar los pañales, hacer las necesidades, defecar’. El verbo castellano, que se documenta en la primera mitad del XIII, mantuvo inicialmente el significado latino, aunque desde sus orígenes se utilizó también en el ámbito de la medicina con el significado de ‘inflamar una llaga o herida’ y, después, de ‘infectar’, que se ha conservado en

algunas áreas de América. Algo posterior es su más conocido significado actual, de origen metafórico, que data ya del siglo XIV.

De este verbo se derivan dos sustantivos: *enconamiento* y *encono*. Ambos conservan su vitalidad y se emplean con el sentido de ‘rencor, animadversión’. El primero se documenta casi en paralelo a *enconar*; mucho más tardío es *encono*, voz particularmente sonora que sólo se usa desde el primer cuarto del siglo XVIII. Por cierto, que muy probablemente estas voces estén emparentadas etimológicamente con *inquina*,

‘aversión, antipatía grande’, quizá derivada de *inquinar*, que habría entrado en español por vía culta.

DRAE

Así se definen las dos principales acepciones del término en el *Diccionario de autoridades* (1732): «Encruelecer, inflamar, poner de peor calidad la llaga o parte lesa del cuerpo». || «Metafóricamente vale irritar, exasperar y dar nuevo y mayor fomento a las pasiones y afectos del ánimo, para que se arraiguen más, y tomen mayor calor y desabrimiento».

ANTONIO VÁZQUEZ DE ESPINOSA

[...] y más dulce que las demás, la cual es medicinal, y más estimada que las demás. Las

picaduras de estas abejas dura el dolor y **enconamiento** de ellas más de un mes.

*Compendio y descripción de las Indias
Occidentales, 1738.*

ÁLVARO POMBO

«[...] son vidas distintas, cosas distintas, paralelas que nunca se encuentran». Pero este discurso sólo sirvió para **enconar** las cosas: Lupe se sentía estafada y era incapaz de tragarse semejantes justificaciones.

Una ventana al norte, 2004.

energúmeno

Hoy entendemos por *energúmeno* a la ‘persona furiosa o violenta’, pero no fue

este su significado original. La palabra entró en español en torno al año 1600 aplicada a la ‘persona endemoniada, poseída por el diablo’ (los *energúmenos* del Nuevo Testamento), de donde se habría derivado, por extensión, su sentido actual. Hay que tener en cuenta que tradicionalmente algunas enfermedades nerviosas y accesos de enajenación mental fueron interpretados como posesión (el *epilēptos* o ‘epiléptico’ es el «cogido» por un dios), y que entre los signos externos del apoderamiento del cuerpo por parte del diablo se incluían la conducta violenta y las convulsiones.

Etimológicamente, *energúmeno* proviene del latín tardío *energumēnus*, y este del griego *energoúmenos*, ‘poseído’, participio pasivo de *energeîn*, ‘mover, impulsar’. Queda patente, por tanto, su vinculación con *energía*, ya que ambas voces proceden en último término de *érgon*, ‘acción, trabajo’.

DRAE

El *Diccionario de autoridades* (1732) da ya cabida al término: «La persona que está espiritada o endemoniada». La acepción actual, sin embargo, sólo se incluye en la decimocuarta edición (1914).

JOSÉ FRANCISCO ISLA

Dígase la verdad: Carmona está **energúmeno** y poseído del mal espíritu de contradicción.

Cartas de Juan de la Encina, 1732.

LUIS LEZAMA LIMA

El Tinto daba gritos, saltaba como un **energúmeno**. Acercaba su cabeza al pecho de Foción, oía un ritmo breve, ligero, cuya onda se iba extendiendo con lentitud, como impulsada por el oleaje.

Oppiano Licario, 1977.

entusiasmo

La acción de los dioses o del diablo está presente en la interpretación de

numerosas actitudes y comportamientos humanos —y en las palabras que les dan nombre—, aunque el tiempo y la paulatina laicización de la sociedad nos hagan perder a menudo tal noción. Este es el caso de *entusiasmo*, ‘exaltación del ánimo originada por un vivo interés en algo o alguien’.

El término, que se documenta en español en los años finales del siglo XVI, proviene de latín moderno *enthusiasmus*, y este del griego *enthousiasmós*, propiamente ‘inspiración o posesión divina’, derivado de *enthousiázō*, ‘estoy inspirado por la divinidad’, que a su vez

procede de *éntheos*, ‘inspirado por los dioses’ (de *théos*, ‘dios’). El entusiasmo, por tanto, era en origen un sentimiento inspirado por un dios, un arrebató del entendimiento vinculado tradicionalmente a la profecía (el libro quinto de la *Farsalia* de Lucano contiene una admirable descripción del trance convulso que sufre Femónoe, la pitonisa de Delfos), el misticismo (sobre todo a partir del *Fedro* platónico) y la poesía (un epíteto del aedo fue, desde tiempos homéricos, *theîos*, ‘divino’, ya que se consideró que la inspiración divina provocaba un raptó de *manía* o *furor*, ‘locura’; de ahí que el arte griego representara a las bacantes y

los poetas con la boca abierta y la cabeza echada para atrás: los símbolos de la posesión divina). Y también al amor.

DRAE

La palabra se recoge en la primera edición del diccionario, de 1780: «Furor poético, fantasía, o idea expresada con dichos y voces extraordinarias, y en cierto modo preternaturales». Poco después, en 1781, esta definición se matiza: «El vigor o vehemencia con que hablan, o escriben los que son, o parecen inspirados».

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

Son sus temas comunes guapezas y vidas mal forjadas de forajidos y ladrones, violencias y

raptos de doncellas, crueles asesinatos, desacatos de templos, y otras tales maldades, que aunque contadas groseramente y sin **entusiasmo** ni aliño, creídas cual suelen serlo del ignorante vulgo [...].

Discursos forenses, 1791-1809.

ANTONIORROBLES

Así visitaron mil países, donde había niños blancos o negros, o amarillos con los ojos achinados, y era tal el **entusiasmo** con que se les recibía, que hasta los detenían para copiar las palabras de sus carteles.

La bruja doña Paz, 1964.

esclavo

Los cambios sociales y económicos que se produjeron en la mayor parte de Europa tras la caída del Imperio romano dieron pie a la paulatina sustitución de la esclavitud por la servidumbre, institución característica del régimen feudal. El término que da nombre a la condición de siervo, que implicaba una dependencia personal, hereditaria y ligada a la tierra, procede del latín *servus*, ‘esclavo’, voz que, con el afianzamiento de esta deriva semántica, acabaría por perder su antiguo significado.

Durante la Edad Media, fueron los pueblos eslavos de los Balcanes los que

en mayor medida surtieron de esclavos tanto a la Europa occidental como al Oriente mediterráneo. Este devenir histórico es el que justifica la formación de la palabra, que se documenta en la Península ya en el siglo XIII. La voz proviene, en efecto, del latín medieval *sclavus*, este del griego bizantino *sklábos*, derivado regresivo de *sklabēnós*, propiamente ‘eslavo’, y este, a su vez, del eslavo *slověninŭ*, nombre que se daba a sí mismo el pueblo eslavo.

Por cierto, que este mismo origen está detrás de la interjección de despedida *chao*. Como es bien sabido, su

procedencia es italiana, puesto que deriva de *ciao*. Pues bien, la voz italiana es resultado de la forma de pronunciar *schiaivo* —el equivalente de *esclavo*— en los dialectos del norte de Italia, donde era empleado como expresión de cortesía con el sentido de ‘servidor de usted’.

DRAE

Así se define, en sentido recto y figurado, la voz *esclavo* en el *Diccionario de autoridades* (1732): «El hombre o mujer que son siervos o cautivos, y no tienen libertad». || «Metafóricamente se llama el que se sujeta y rinde ciegamente a sus propios deseos y pasiones». || «*Es un esclavo*. Frase expresiva del que trabaja

mucho, y está siempre empleado, sin perdonar a cosa alguna: y con especialidad se aplica esta locución al que anda a todas horas cuidando de su hacienda y casa, no perdiendo ocasión para su conservación y adelantamiento».

JUAN RUFO

Tenía un caballero un **esclavo** que valía trecientos ducados, porque era mozo, leal, sano, de buen talle y razonable voz, y, con todo, era tanta su codicia, que le hacía en días caniculares trabajar al sol en una obra por dos reales cada día.

Las seiscientas apotegmas, 1596.

BERNABÉ TIERNO

Serán infinitas las situaciones en las que el niño y el adolescente sólo quieran dar

satisfacción plena a sus deseos sin ocuparse de la conveniencia o inconveniencia de sus actos, pero somos los padres y educadores quienes debemos exigirle autodisciplina desde los primeros años y procurar que no le sea nunca rentable ser **esclavo** de sus propios caprichos.

Vivir en familia, 2004.

esotérico

Con cierta frecuencia se confunden dos términos antagónicos de formación paralela: *esotérico* y *exotérico*. Sin embargo no existe duda posible si atendemos a su etimología. *Esotérico*, ‘oculto, reservado a los iniciados’, procede del griego *esōterikós*, derivado

de *esōtérō*, ‘más adentro’, de *ésō* (o *éisō*), ‘adentro’; por su parte *exotérico*, ‘público, accesible para la generalidad de las personas’, procede de *exōterikós*, creado a partir de *exōtérō*, ‘más afuera’, de *éxō*, ‘afuera’. Ambos entraron en el español por vía culta en la segunda mitad del siglo XIX.

En el ámbito griego, se considera esotérica, por antonomasia, la escuela filosófica pitagórica —hay que tener en cuenta que Pitágoras llegó a crear una auténtica congregación religiosa de tipo órfico—. Buen ejemplo de época posterior es la cábala judaica, que alcanzó gran desarrollo a partir de la

Edad Media. No obstante, con el tiempo lo esotérico se ha ido relacionando con lo no inteligible, lo no accesible a la mente, y, en sentido amplio, el esoterismo se ha identificado con las ciencias ocultas.

DRAE

El término se incluye ya en la edición de 1884, la duodécima. Se define así: «Oculto, reservado; lo contrario de *exotérico*. Dícese de la doctrina que los filósofos de la antigüedad no comunicaban sino a corto número de sus discípulos».



MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

[...] los estudiantes sevillanos solían recibir de sus maestros, a modo de préstamo clandestino, los dos volúmenes de Marchena, como si contuvieran la ultima ratio de la humana sabiduría y el misterio **esotérico**, sólo

revelable a los iniciados.

Historia de los heterodoxos españoles,
1880-1881.

EDMUNDO PAZ SOLDÁN

¿Y cómo se atreve a colocar un dato tan **esotérico** si pocos de sus seguidores saben quién es Pynchon? Pero no es para tanto, no es necesario saberlo todo para resolver crucigramas [...].

La materia del deseo, 2002.

esquirol

En los años finales del siglo XIX se estaban sentando en Cataluña las bases de lo que habría de ser una etapa

particularmente conflictiva desde el punto de vista social y laboral, y que tendría en la Semana Trágica de Barcelona su expresión más señalada. Aunque por entonces era conocida oficialmente como Santa María de Corcó, L'Esquirol (del catalán *esquirol*, 'ardilla') es el nombre tradicional de una población barcelonesa situada en la comarca de Osona, en las inmediaciones de Manlleu. En esta última localidad los obreros de la industria textil estaban en huelga, de modo que, con el fin de sustituirlos, los patronos decidieron contratar trabajadores locales en los pueblos cercanos. La mayoría de los que accedieron eran de L'Esquirol, por lo

que a partir de entonces el término pasó a denominar, despectivamente, al trabajador que no se adhiere a una huelga o que ocupa el puesto de un huelguista.

DRAE

El término se recoge por primera vez en 1803 con el significado regional de ‘ardilla’. Ya en la decimocuarta edición, de 1914, se añade la acepción general: «Obrero que sustituye a un huelguista».

PRENSA

Resume el presidente Cervera. Manifiesta que a consecuencia del artefacto encontrado de la puerta de la casa de un **esquirol**, ha sido hecho

prisionero un compañero huelguista por la denuncia de aquel, sin fundamento alguno.

Solidaridad Obrera. Periódico sindicalista, 4 de noviembre 1910.

JUAN GOYTISOLO

—¿Qué quieres hacer, entonces?

—La verdadera provocación ahora es ser **esquirol**.

Su tono hiriente no admitía réplica y Álvaro cortó la comunicación humillado.

Señas de identidad, 1966.

esquizofrenia

La esquizofrenia es una enfermedad mental (o grupo de enfermedades

mentales) caracterizada por la disociación de las funciones psíquicas, con alteración de la percepción de la realidad y afección de las emociones y la voluntad, de modo que genera una importante disfunción social. Incluida históricamente bajo el paraguas de la demencia precoz —se presenta con cierta frecuencia en la adolescencia o juventud temprana—, fue el psiquiatra suizo Eugen Bleuler el que, en 1908, le dio su nombre actual: en alemán, *Schizophrenie*, derivado del griego *schízein*, ‘escindir’, y *phrén*, *phrenós*, ‘mente’ (un compuesto semejante es *oligofrenia*, derivado de *olígos*, ‘poco’; compárese con *oligarquía*, ‘gobierno de

unos pocos’). Curiosamente, esta etimología ha contribuido a la confusión en torno a la enfermedad, al identificarla con otros dos trastornos totalmente independientes: la bipolaridad (un trastorno del estado de ánimo) y la personalidad múltiple (correspondiente al trastorno disociativo de personalidad). Bleuler, sin embargo, hacía referencia a la pérdida de la unidad de la personalidad producida por la disgregación de los procesos psíquicos.

DRAE

El término se recoge por primera vez en la edición de 1936, la decimosexta: «Grupo de enfermedades mentales correspondientes a la antigua demencia precoz, que se declaran hacia la pubertad y se caracterizan por una disociación específica de las funciones psíquicas, conduciendo, en los casos graves, a una demencia incurable».

GREGORIO MARAÑÓN

El concepto de la neurastenia sufre también una rápida evolución, desmoronándose por todos lados y pasando gran parte de los casos así diagnosticados clásicamente a incorporarse a otras enfermedades como el histerismo, estados melancólicos, **esquizofrenia**, parálisis inicial, neurosis diversas, insuficiencia suprarrenal, etc.

Manual de diagnóstico etiológico,

1943.

JOSÉ LUIS PINILLOS

Los nuevos fármacos pueden, en efecto, servir para ayudar a comprender mejor el proceso de la **esquizofrenia**, o para producir adictos y provocar la degradación y la muerte.

La mente humana, 1969.

estajanovismo

El estajanovismo fue un sistema de incentivación de la productividad laboral en los países socialistas. Se llevó a cabo en tiempos de Stalin y estuvo vinculado con el segundo plan quinquenal de la URSS (1933-1937).

Aunque basado también en las innovaciones tecnológicas, hizo hincapié sobre todo en la emulación entre trabajadores. De hecho, recibe su nombre de Alexéi Grigoriévich Stajánov (1906-1977), un minero soviético que el 31 de agosto de 1935 logró extraer en un pozo de Donetsk ciento dos toneladas de carbón en menos de seis horas, cuando la cantidad estándar era siete. Stajánov fue convertido en un héroe nacional — llegó a ser diputado en el Soviet Supremo— y su figura, como las de otros trabajadores modelo, fue promovida por los distintos medios de comunicación y propaganda soviéticos. Hoy, *estajanovismo* se usa

frecuentemente en sentido figurado, y en particular se emplea el adjetivo correspondiente, *estajanovista*, para hacer referencia al trabajador infatigable.

DRAE

El término se incluyó muy tardíamente, en la vigesimosegunda edición (2001): «Método ideado para aumentar la productividad laboral, basado en la iniciativa de los trabajadores».

OCTAVIO PAZ

Y, sobre todo, el empleo «racional» de la mano de obra y la economía dirigida significan, entre otras cosas, el trabajo a destajo

(**estajanovismo**), los campos de concentración, las labores forzadas, la deportación de razas y nacionalidades, la supresión de los derechos elementales de los trabajadores [...].

El laberinto de la soledad, 1950-1959.

RAMÓN AYERRA

[...] pero lo cierto es que la Reforma y la Contrarreforma, el puritanismo burgués y su conversión del tiempo y de todo lo demás en oro, el **estajanovismo** y la tristeza izquierdista, devastaron la alegría del vivir y definieron solemnemente «el dulce no hacer nada», la risa y el juego, como fuente de todos los vicios [...].

La lucha inútil, 1984.

estentóreo

El término *estentóreo* (no, como podrá comprobarse por su etimología, *ostentóreo*, que es resultado de un cruce con *ostentoso*, ‘llamativo por su grandiosidad, lujo o aparato’), se documenta por primera vez en castellano en el primer cuarto del siglo XVII. Se aplica al sonido, y especialmente a la voz, muy fuerte o retumbante. Su origen es literario, ya que procede del latín tardío *Stentorēus*, y este del griego *Stentóreios*, adjetivo que hace referencia a *Sténtōr* (de *sténo*, ‘yo gimo, yo trueno’), ‘Estentor’, personaje del

libro quinto de la *Iliada*, uno de los heraldos de los aqueos, conocido por su voz broncínea, tan potente como la de cincuenta hombres juntos (la exageración de la hipérbole sorprendió a algunos comentaristas homéricos, que llegaron a dudar de la autenticidad del verso 786, donde se dice tal cosa). Muy ufano debía sentirse Estentor de su voz, porque, según algunas tradiciones, tuvo la osadía de rivalizar con Hermes en un concurso de gritos. Su atrevimiento le costaría caro, ya que fue derrotado por el dios olímpico y condenado a muerte (tal fue también el destino de otro impertinente atrevido, Marsias, quizás el origen de la fábula estentórea, más

tardía). Ya Aristóteles usó el adjetivo de una manera proverbial («heraldo estentóreo»).



DRAE

El término se registra ya, con su significado actual, en la primera edición, de 1780: «S aplica a la voz muy alta y ruidosa».

LUCIO VICTORIO MANSILLA

Hasta donde era posible me daba por no apercebido de estas amabilidades, que llegaron a alarmarme seriamente cuando vi que un indio lo atropelló al padre Marcos, pechándolo con el caballo, en medio de un grito **estentóreo**.

Una excursión a los indios Ranqueles,
1870.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

Y el ruido fue tan súbito, redondo y **estentóreo**, que todo el mundo quedó en silencio, como en espera de consecuencias mayores.

La saga/fuga de J. B., 1972.

estraperlo

Hay palabras que alcanzan extraordinaria difusión en un corto periodo de tiempo y después —a menudo porque la realidad política, social o cultural ha cambiado— caen en el olvido. Este es el caso del término *estraperlo*, muy en boga tras la Guerra Civil para designar el comercio ilegal de los bienes de primera necesidad sometidos a racionamiento y el sobreprecio a él vinculado.

La palabra había surgido poco antes, durante la Segunda República. El

Straperlo (acrónimo de *D. Strauss* y *J. Perlowitz*, sus creadores) era una especie de ruleta fraudulenta que se intentó implantar en España, donde estaba prohibido el juego, entre 1934 y 1935. El negocio no llegó a fraguar y, como venganza personal, Strauss denunció las corruptelas de diversas personalidades vinculadas al Partido Radical de Lerroux, lo que provocó un gran escándalo político y la caída del Ejecutivo. De forma casi automática, la voz *estraperlo* se incorporó al léxico común del español para designar cualquier ‘práctica fraudulenta o ilegal’, aunque pronto, como hemos visto, acabara especializándose en un sentido

muy concreto.

DRAE

La palabra se recoge por primera vez en 1950, con estos significados: «Sobreprecio con que se obtienen ilícitamente artículos o servicios sujetos a tasa». || «Chanchullo». || *de estraperlo*. «Clandestinamente y con sobreprecio».

FRANCISCO GUERRA NAVARRO

Todos los pormenores del negocio (ante el cual, según fama, parecían menudos y honestísimos aquellos de las colonias, los tabacos, los trigos, los automóviles, los petróleos, el «**estraperlo**», el contrabando de guerra) corrieron por toda España con estrépito universal.

Los cuentos famosos de Pepe Monagas,
1941-1961.

ALFONSO ROJO

Eran los años del hambre, del **estraperlo**, de la pertinaz sequía y del cerco internacional. España vivía replegada sobre sí misma, excluida del Plan Marshall [...].

Matar para vivir, 2002.

estúpido

La voz *estúpido*, ‘tonto, de corto entendimiento’, es uno de los insultos más clásicos del español, pues se hace acreedor a este adjetivo por doble vía.

Por una parte, proviene del latín (como *imbécil*, de *imbecillis*, ‘débil, flojo’, y *necio*, de *nescius*, ‘ignorante’), donde, en origen, no se utilizaba con sentido peyorativo; *stupĭdus* era, propiamente, ‘aturdido, estupefacto’, aunque más tardíamente sí incorporara connotaciones negativas. Por otra, se trata de una palabra con larga tradición, puesto que, si bien el *Diccionario de autoridades* señala en 1732 que es «voz de poco uso», se documenta en nuestra lengua desde finales del siglo XVI.

Procede, en último término, del verbo latino *stupĕre*, ‘estar aturdido, paralizado’. A través de este queda

emparentado con un buen número de palabras del español actual, la mayoría de las cuales se relacionan de manera más o menos intuitiva con él por su forma y significado. Es el caso de *estupor* (del latín *stupor*, *-ōris*, ‘aturdimiento, pasmo’) o del compuesto *estupefacción* (del latín *stupefactio*, *-ōnis*, ‘estupor, asombro’), de donde se deriva, por cierto, *estupefaciente*. Sorprende más su vínculo con *estupendo* (de *stupendus*, ‘admirable, asombroso’), que ha conservado el valor positivo original de la raíz. Y es que algo formidable o maravilloso también tiene la capacidad de dejar pasmado o aturdido. ¿O acaso alguien lo

duda?

DRAE

Así se define *estúpido* en el primero de los repertorios académicos, el *Diccionario de autoridades* (1732). «Bruto, insensato y estólido».

ALFONSO DE LA TORRE

El entendimiento tanto era gozoso en mirarlas que non volvía la cara a otra cosa alguna, e ellas veyéndolo así estar e casi medio **estúpido** o pasmado, mandáronle que mirase la hedeficación oculta e la huerta no pisada por los omnes mortales.

Visión deleytable, c. 1430-1440.

ANA DIOSDADO

[...] y me juro a mí mismo que los toledanos hemos de dejarle en pañales... Pero cuando puedo reflexionar, me doy cuenta de que todo esto es **estúpido**, y de que hay algo más grande, más allá.

Los comuneros, 1974.

eutanasia

La eutanasia, ‘acto de poner fin a la vida de un paciente sin perspectiva de cura’, es una cuestión polémica que suscita todo tipo de debates éticos. Tradicionalmente se ha distinguido entre eutanasia activa (mediante la intervención directa y el uso de

fármacos letales) y eutanasia pasiva (a través de la suspensión del tratamiento médico o del soporte vital del paciente). La primera está prohibida en la mayoría de los países, mientras que se cuestiona la pertinencia del concepto de eutanasia pasiva cuando el tratamiento carece de virtud terapéutica. De hecho, en la actualidad esta es una práctica legal y éticamente aceptada de forma mayoritaria. Sea como fuere, el objetivo prioritario en todos los casos es evitar el sufrimiento del paciente. Y aquí es donde cobra sentido la etimología del término, que entró por vía culta en el primer cuarto del siglo XX, ya que proviene del latín científico *euthanasia*,

y este del griego *euthanasía*, ‘muerte buena, muerte dulce’, compuesto de *eu*, ‘bien’, y *thánatos*, ‘muerte’.

DRAE

La palabra se recoge por primera vez en el suplemento de la edición de 1947, la decimoséptima, aunque su definición es todavía muy general: «Muerte sin sufrimiento físico».

JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ

Nuestro cuerpo es ya lo único que nos pertenece. La **eutanasia** es tan legítima que está admitida en el derecho internacional.

La Venus mecánica, 1929.

PRENSA

La ley no despenalizará la **eutanasia** ni cubrirá legalmente el suicidio asistido, pero sí recogerá el deber médico de «respetar la voluntad del paciente» si este desea que cese el «tratamiento» que recibe.

«Francia aprueba una medida para “dejar morir” a los enfermos terminales», *La Razón*, 01/12/2004.

evangelio

La palabra *evangelio*, que se documenta en español ya a principio del siglo XIII, proviene del latín tardío *evangelĭum*, y este del griego *euangélion*, ‘buena nueva’, de *eu*, ‘bien, bueno’, y *ángelos*, ‘mensajero’. Propiamente, por tanto, el

evangelio es el mensaje que porta Jesucristo, la noticia de la redención del hombre por medio de la muerte del hijo de Dios. Queda clara su relación etimológica con *ángel*, del latín *angĕlus*, y este del griego *ángelos*, ‘mensajero, el que porta el mensaje’.

No obstante, desde muy pronto se aplicó también el término *evangelio* al relato de la vida y enseñanzas de Jesús, y en particular a cada uno de los libros canónicos que lo contienen, atribuidos tradicionalmente a san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan, y recogidos en el Nuevo Testamento. Aunque la mayoría de los especialistas

coinciden en que todos ellos fueron escritos en la segunda mitad del siglo I, el más antiguo parece ser el de Marcos, que habría sido, además, la fuente principal de la que se nutren los otros dos evangelios sinópticos, los de Marcos y Lucas. El de Juan parece posterior y muestra algunas discrepancias estilísticas, temáticas, cronológicas y topográficas. Curiosamente, la voz *evangelio*, en su significado de ‘buena nueva’, sólo aparece en dos de ellos, el de san Mateo y el de san Marcos.

Así se define el término en el *Diccionario de autoridades* (1732): «La vida, doctrina y obras maravillosas de nuestro señor Jesucristo, contenidas en los cuatro libros escritos por los cuatro evangelistas, que si bien en el número son cuatro, en la sustancia es uno solo, porque todos contienen una misma cosa. Es voz griega que vale ‘buena nueva’, cual en la realidad fue la de haber el hijo de Dios tomado carne humana y padecido muerte afrentosa por redimir al linaje humano, y abierto a los hombres las puertas del cielo: y como esto fue lo que los santos apóstoles anunciaron y predicaron, por este motivo se llamó *evangelio* su predicación».

ANÓNIMO

Ítem un libro de los prophetas que comienza: *Nemo*. Ítem un **evangelio** de Sant Iohan que

comienza: *Hic est Iohannis*. Ítem un grant salterio glosado que comienza: *Cum omnes prophetas*.

*Inventario de bienes de la catedral
[Documentos de los archivos catedralicio y
diocesano de Salamanca], 1275*

ÁNGEL PALOMINO

El cura, malagueño, hace algunas indicaciones en francés e inglés. Una niña francesa lee el **evangelio**; después un chico holandés lo lee en inglés.

Torremolinos, Gran Hotel, 1971.

F

facha

La palabra *facha*, ‘de ideología política reaccionaria’, es una acortamiento del italiano *fascista*, ‘partidario o seguidor del fascismo, el movimiento político y social totalitario surgido en Italia tras la Primera Guerra Mundial’, significado que tomó también el término originariamente en España. Pero remontémonos en el tiempo para encontrar sus verdaderas raíces.

El fascismo tiene su origen en los Fasci Italiani di Combattimento, milicias antisocialistas organizadas por Benito Mussolini en 1919 que agrupaban a excombatientes descontentos con la política gubernamental y la situación económica y social del país. Se inspiraban en los *fasci* (literalmente, ‘haces’) sicilianos del finales del siglo XIX, agrupaciones de agricultores y mineros de ideología socialista que reivindicaban mejores condiciones sociales y laborales. Además, las milicias mussolinianas, marcadamente nacionalistas, tomaron como símbolo las fascas, la insignia de los cónsules de la antigua Roma, que se componía de un

hacha rodeada de un haz de varas, con lo que su nombre se justifica por una doble vía, dado que el fascismo pretendió, políticamente, resucitar el Imperio romano.

Nada tiene que ver etimológicamente este *facha* con la acepción ‘aspecto, apariencia’, que proviene también del italiano, pero en este caso de *faccia*, ‘cara’.

DRAE

El término *facha*, en su acepción política, se recoge por primera vez en el *Diccionario manual* de 1984, donde se señala su carácter despectivo y se remite a

«fascista». Sólo se incluye en el DRAE en la edición de 2001.

CARLOS FISAS

¿De dónde vienen los nombres de «**fachas**» y «**cocos**», atribuidos a los pertenecientes a partidos de derechas o izquierdas respectivamente?

Historias de la Historia, 1983.

PRENSA

Actualmente en Cataluña si dices ¡Viva España! te llaman **facha** y si llevas una bandera española te rayan el coche.

«La hora catalana», *La Vanguardia*,
08/04/1994.

familia

La familia, ‘grupo de personas emparentadas entre sí, especialmente cuando viven juntas’, es, pese a la paulatina reducción de su tamaño, la unidad económica y social básica de nuestras sociedades. El término que le da nombre, que se documenta ya en el siglo XIII, procede del latín *familia*, pero en Roma, primitivamente, designaba al ‘conjunto de los esclavos y sirvientes de una persona’. De hecho, se deriva de *famŭlus*, ‘sirviente, esclavo’ (sentido que sí se ha conservado en la voz *fámulo*, hoy restringida al ámbito

literario o humorístico). Con el tiempo, sin embargo, fue cobrando un significado más amplio, hasta englobar al conjunto de los habitantes de la casa, sometidos a la autoridad del *pater familias*. Por cierto que, según una etimología tradicional, pero falsa, en el origen de estos términos se encontraría la raíz *fames*, ‘hambre’, entendiendo que el hecho de saciarla, de comer bajo un mismo techo, constituye el vínculo principal de la familia, sea esta parental o no.

DRAE

La voz *familia* se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1732). Su definición puede ofrecer alguna luz sobre la evolución del término: «La gente que vive en una casa debajo del mando del señor de ella». || «Se toma muy comúnmente por el número de los criados de alguno, aunque no vivan dentro de su casa». || «Significa también la ascendencia, descendencia y parentela de alguna persona: y así se dice, la familia de los Pachecos, de los Mendozas...».

CLEMENTE SÁNCHEZ DE VERCIAL

[...] llamó a su mugier e a sus fijos e mandó traher todo su thesoro ante ellos e mandolo echar sobre tapetes todo e mandó salir fuera a la mugier e a los fijos e a toda su **familia** fuera de la camara.

Libro de los exemplos, c. 1400-1421.

MARIO VARGAS LLOSA

Nacido y educado en una **familia** judía, condición que reivindicaba sin complejos de superioridad ni inferioridad, escribió un libro —*The thirteen tribe* (La tribu número trece)— que provocó la indignación de incontables judíos.

La verdad de las mentiras, 2002.

farándula

La palabra *farándula* se documenta en castellano a comienzos del siglo XVII con el sentido de ‘cuadrilla de comediantes ambulantes’. Designaba, en realidad, un tipo de compañía de

cómicos, de los varios que antiguamente recorrían, de pueblo en pueblo, el territorio peninsular. Esta en concreto estaba integrada por al menos siete hombres y tres mujeres, y contaba con un repertorio de entre ocho y diez comedias. Por extensión, pasó a designar prontamente la ‘profesión o ambiente de quienes se dedican al mundo del espectáculo, especialmente al teatro’.

Etimológicamente, el término tiene su gracia. Procede del occitano *farandoulo*, ‘farandola, danza provenzal en la que los bailarines, colocados en fila, corren dándose la mano’; también,

‘grupo de personas que ejecuta esta danza’. Según señala Corominas, este deriva a su vez del verbo *farandoulà*, ‘bailar la *farandoulo*’, que probablemente es una alteración de *brandoulà*, ‘oscilar, tambalearse’, por influencia de *flandrinà*, ‘haragarear’, ‘remolonear’. Por cierto que *flandrinà* proviene de *flandrin*, ‘persona alta y desgarrada’, ‘remolón, perezoso’, y este de *Flandres* (‘Flandes’), por la flema y la falta de garbo en el andar que se atribuía a sus habitantes. Así, casi sin quererlo, hemos llegado desde el mundo de la farándula a la idiosincrasia de los flamencos (y en este caso nos referimos a los habitantes de Flandes, claro).

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1732). La acepción que aquí nos interesa se define así: «La profesión de los farsantes».

AGUSTÍN DE ROJAS VILLANDRANDO

Sol. —Pues sabed que hay ocho maneras de compañías y representantes, y todas diferentes.

Ram. —Para mí es tanta novedad esa como esotra.

Rojas. —Por vida de Solano que nos las digáis.

Sol. —Habéis de saber que hay bululú, ñaque, gangarilla, cambaleo, garnacha, bojiganga, **farándula** y compañía.

El viaje entretenido, 1603.

MIGUEL ÁNGEL SABADELL

De sus bocas salen entonces vaticinios sobre políticos y personajes de la **farándula**, esos que en su mayoría son conocidos por ser portada de la prensa del corazón.

El hombre que calumnió a los monos,
2003.

faro

Los faros constituyen una referencia primordial para la navegación de cabotaje desde época griega y romana. Fueron estos pueblos los que comenzaron a levantar altas torres para alojar el fuego de las hogueras que había

de guiar a las embarcaciones durante la oscuridad o las tormentas. No sorprende, por tanto, el origen del sustantivo que les da nombre, que se documenta en castellano en el siglo XIII. En efecto, *faro* procede del latín *pharus*, adaptado del griego *pháros*, ‘faro, fanal’, de Pháros, ‘Faro’, isla cercana al puerto de Alejandría, en la que se construyó el más famoso faro de la Antigüedad.

El faro de Alejandría, de 120 o 130 m de altura, fue erigido por el arquitecto Sóstrato de Cnido en el siglo III a. C., en tiempos de Ptolomeo II Filadelfo. Considerado una de las siete maravillas

del mundo antiguo, era de mármol blanco y se dividía en tres secciones de grosor decreciente: la primera, cuadrada; la segunda, octogonal, y la tercera, redonda. Estaba rematado por una gran linterna en la que ardía una caldera alimentada con aceite, y su luz quedaba reflejada por espejos de metal pulimentado —hasta el punto de que sus rayos, según la leyenda, eran capaces de incendiar las naves enemigas—. Mantuvo su actividad hasta el siglo XIII, cuando fue destruido por un terremoto. El arabista Miguel Asín Palacios y el arquitecto M. L. Otero hicieron en 1933 una reconstrucción ideal del monumento a partir de la descripción que nos dejó

en 1165 el viajero andalusí Yusuf ibn as-Saih.

DRAE

«Torre alta, hecha de propósito para poner luces en su parte superior, que sirvan de guía a los navegantes», tal es la definición del término en el *Diccionario de autoridades* (1732).



ALFONSO X

Así que ni en la batalla que hizo después en los campos de Emacia o venció a Pompeyo, ni en la de la mar de Marsiella contra los griegos, ni en la del mar de **Faro** que es Alexandria la de Egipto.

Estoria de Espanna que hizo el muy noble rey don Alfonso, c. 1270.

ANTONIO GALA

Lorenzo. —Mi padre era farero.

Consuelito. —¡Huy, qué mascabrevas! Bueno, un **faro** y un campanario son casi iguales. Ya ve: ustedes a pararse; nosotros, a pender.

Los buenos días perdidos, 1972.

fauna

La palabra *fauna*, que se documenta en español tardíamente, a mediados del siglo XIX, designa el ‘conjunto de animales de un país, área o región’. El término, empleado originariamente para denominar la obra que contiene la descripción de animales, se popularizó tras la publicación de *Fauna suécica* (1746), del gran naturalista Carl von Linné.

¿Y de dónde procede? Pues del nombre de la diosa romana de la fecundidad, Fauna, esposa o hija de Fauno —según las versiones—. En cualquiera de las dos tradiciones, no puede decirse que se tratase de una mujer afortunada: como

hija, se negó a complacer los deseos incestuosos de su padre, y, como esposa, se bebió una garrafa de vino escondidas; en ambos casos, su acción le valió una buena azotaina con varas de mirto.

Fauna, a la que se asignaban cualidades proféticas y curativas, fue identificada más tarde con Bona Dea. Su culto, exclusivamente femenino, se celebraba de noche en casa de un magistrado con mando bajo la dirección de la mujer del prócer y de las vestales. Con este ritual secreto se relaciona una de las anécdotas más célebres de Roma. Su protagonista fue Publio Clodio, que

aspiraba a seducir a la segunda esposa de César, Pompeya, la nieta de Sila, y aprovechó una fiesta en honor de la diosa —reservada a las damas— para introducirse en su casa disfrazado de mujer. Su añagaza fue, sin embargo, descubierta, lo que provocó gran escándalo social y permitió a César repudiar a su esposa dejando para la historia una de sus célebres frases: «La mujer de César no sólo debe ser honesta, debe también parecerlo».

DRAE

El término se recoge por primera vez en la undécima edición (1869): «Obra que contiene la descripción de los animales de

una región». En la siguiente, de 1884, se incluye ya la acepción hoy más conocida.

JUAN VALERA

Lo más notable que allí hay, son los aerolitos, los fósiles y algunas otras producciones, tanto minerales como de la **fauna** de este imperio, que difícilmente pueden hallar en otros gabinetes.

Correspondencia, 1847-1857.

MIGUEL DELIBES DE CASTRO

Sociólogos y economistas se han dirigido desde hace lustros a las personas en este sentido, tratando de obtener información sobre lo que la sociedad estima que valen la naturaleza en general y la **fauna** silvestre en particular.

La naturaleza en peligro, 2001.

feromona

El concepto de feromona ha revolucionado en el último medio siglo el conocimiento de las sociedades animales. Se denomina así a la sustancia química emitida por un ser vivo que provoca en otros miembros de su especie determinados comportamientos. Algunas feromonas son segregadas por glándulas específicas y otras excretadas a través del sudor, la orina o los excrementos. Influyen en todos los comportamientos sociales: así, por ejemplo, intervienen en la orientación de los hormigueros, se emplean como señal

de alarma en las colmenas, para delimitar el territorio, reconocer jerarquías o reforzar lazos familiares en los mamíferos, y desempeñan un papel determinante en la atracción sexual y la reproducción.

Bien estudiadas en insectos sociales como las abejas o las hormigas, se han utilizado con éxito para controlar plagas y especies nocivas para la agricultura. Por lo que se refiere al ser humano, sin embargo, las investigaciones no son concluyentes. Su nombre, indudablemente sonoro, es un neologismo que se debe a Peter Karlson y Martin Lüscher, quienes lo idearon en

1959. Proviene del inglés *pheromone*, y este de la raíz del griego *phérein*, ‘llevar’, y la terminación de *hormone*, ‘hormona’ (de *hormôn*, participio presente de *hormân*, ‘excitar, mover’).

DRAE

Se ha incluido por primera vez en la vigesimotercera edición (2014): «Sustancia química cuya liberación al medio por el organismo, por ejemplo un mamífero o un insecto, influye en el desarrollo o en el comportamiento de otros miembros de la misma especie».

R. HUMBERTO MORENO-DURÁN

Curiosamente, siempre que entraba en acción

el penetrante hedor de la **feromona** —tan penetrante, uf, que incluso precipitaba las pérdidas de algunas de sus congéneres que se aprestaban sus meses— [...].

El toque de Diana, 1981.

PRENSA

El término **feromona** fue acuñado en 1959 por un grupo de científicos que estudiaba la comunicación química entre insectos.

El Mundo, 06/02/1997.

fetén

Aunque es un término que en la práctica ha caído en desuso, *fetén*, ‘bueno, estupendo’, vivió un largo periodo de

vitalidad en España a lo largo del siglo XX, especialmente a partir de la década de 1930. Parece claro que proviene del caló *fetén*, ‘mejor’, una variante de *feter* habitual entre los gitanos andaluces. El caló es el dialecto peninsular del romaní, la lengua de los gitanos, fuertemente influenciada por las lenguas romances con las que ha entrado en contacto. En la práctica, se trata de una lengua mixta, que superpone a la fonología y morfosintaxis de las lenguas romances el léxico romaní. En sentido inverso, son muchas las palabras que las lenguas peninsulares han tomado del caló, la mayoría coloquiales; el español, por ejemplo: *biruje*, *camelo*, *canguelo*,

cate, chalado, chaval, chingar, chungo, currar, endiñar, gachó, gili, menda, molar, mangar... Respecto a *fetén*, resulta curiosa su implantación en Argentina, donde se identifica con el lunfardo (el habla de las clases populares de Buenos Aires).

DRAE

Aunque se incorpora ya en el *Diccionario manual* de 1984 con el significado de ‘sincero, auténtico’, sólo se añade su significado más habitual, ‘bueno, estupendo, excelente’, en la vigesimoprimera edición (1992); en ambas se incluye la locución *la fetén*, equivalente a ‘la verdad’.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Sergio. —Y lo que te ha dicho Oshidori es la verdad.

Adelaida. —Pero, ¿la verdad **fetén**?

Sergio. —La verdad fetenísima.

Pantecosti (aparte). —(Las domina... Las domina, no cabe duda).

Usted tiene ojos de mujer fatal, 1932.

JAVIER PÉREZ DE SILVA Y PEDRO JIMÉNEZ HERVÁS

[...] recuperaba series infantiles y juveniles norteamericanas que estaban dentro del espíritu del programa, como «La pandilla», «Embrujada», o la versión **fetén** de «La familia Monster», con Ivonne de Carlo de vampiresa y Fred Gwyne como Herman Monster.

La televisión contada con sencillez,
2002.

filípica

A mediados del siglo IV a. C. era ya evidente que Filipo II de Macedonia — padre y antecesor de Alejandro Magno — estaba decidido a unificar la Hélade, sumida entonces en la decadencia política, bajo su poder. Contaba con un poderoso ejército y había desarrollado la falange, la formación militar de infantería destinada a dominar los escenarios bélicos del Mediterráneo hasta la aparición de las legiones romanas. Atenas se inclinaba por el pacto, pero Demóstenes opuso su brillante oratoria, logrando unir a los

partidarios de la guerra. Sus cuatro discursos contra el expansionismo de Filipo II se llamaron en latín *Philippicae (orationes)*, y el mismo nombre se dio después a las catorce *orationes* que lanzó Cicerón contra Marco Antonio, el lugarteniente de César: todas ellas son el origen del término español *filípica*, ‘censura o reprobación severas’, que se documenta ya en el siglo XVIII; una procedencia semejante tiene *catilinaria*, que viene de los discursos pronunciados por Cicerón contra Catilina. Se trata, sin duda, de piezas maestras de la oratoria, pero su resultado no fue demasiado positivo ni para Atenas, que, pese a su alianza con Tebas, fue aplastada en la

decisiva batalla de Queronea (338 a. C.) por el ejército macedonio, ni para Roma, que vio finalmente cómo se alzaba con el poder Octaviano. La suerte tampoco sonrió a los dos oradores: Demóstenes se suicidó ante el triunfo de Filipo, y Cicerón fue asesinado en una de las purgas ordenadas por el triunvirato.

DRAE

El término se incluye por primera vez en el suplemento de la octava edición (1837). Se define así: «Invectiva».

JOSÉ SOMOZA

Estaba aquí Farinelli, cuando ha entrado el padre Puga a hacerme presente que esperaba se suspendiesen las funciones de ópera, en atención a haber comenzado el tiempo cuadragesimal, y como es tan opuesto a estas fiestas profanas, nos lanzó una **filípica** contra ellas y sobre sus perjuicios en la cristiandad.

El Capón. Novela histórica nacional,
1844.

MAX AUB

—No, el que me tiene que perdonar eres tú. Pero te lo agradezco: a alguien le tenía que soltar esta **filípica**. Mejor que a nadie.

La gallina ciega. Diario español, 1971.

fisco

El término *fisco*, ‘erario, tesoro público’, procede del latín *fiscus*, que ya tenía este significado, aunque propiamente, y en origen, daba nombre a un cestillo de juncos o mimbres para guardar el dinero: todavía hoy se habla de «la cesta de la compra». En latín, el tesoro público era en principio el *aerarium* (‘erario’), que se guardaba en el foro, en el templo de Saturno; pero, en época imperial, parte del dinero de los impuestos y las rentas de las provincias controladas por el emperador pasaban directamente a los *fisci*, a los cestos respectivos. Había un cesto para cada ingreso (*fiscus Gallicus*, *Alexandrinus*, *Asiaticus*, ‘cesto de la Galia, de

Aleandría, de Asia', etc.), pero después, para abreviar, el tesoro personal del emperador fue conocido sencillamente como *fiscus*. Con el paso del tiempo, este *fiscus* fue incrementándose y, en época de Vespasiano, controlaba ya la mayor parte de los ingresos del imperio. Con él se sufragaban el Ejército, la Administración y las obras públicas, lo que justifica la deriva semántica del vocablo, aunque nunca se perdió la distinción entre *erario*, el tesoro público, y *fisco*, el tesoro personal del emperador. En castellano se documenta en la segunda mitad del siglo XIII. De la misma raíz proceden *fiscal*, *fiscalizar*,

confiscar y sus respectivos derivados.



DRAE

Se incluye el término en el *Diccionario de autoridades* (1732): «El erario público: y por antonomasia se entiende el del rey».

JUAN FERNÁNDEZ DE HEREDIA

Diciendo: lo que yo he aplegado en muchos años tu lo derramas e lo gastas dentro poco

tiempo, a la qual Tiberio respondie. Yo espero en Dios que a nuestro **fisco** moneda mientras que los pobres recibian almosna e los captivos sean redemidos.

Gran crónica de España, I. Ms. 10133
BNM, 1385.

PABLO NERUDA

La tontería alcanzaba a grados tan extremos que yo mismo fui víctima de ella cuando fundé, sin ninguna plata del **fisco** chileno, una revista primorosa. La titulé *Araucania* [...].

Confieso que he vivido, 1973.

flamenco

La voz *flamenco* tiene su origen en el

neerlandés *flaming*, ‘natural de Flandes’. Son muchas las teorías, algunas inauditas o disparatadas, que han intentado vincular históricamente este significado con los que adquirió el término con posterioridad, y en particular con el cante y el baile flamencos. Si atendemos a Corominas, los habitantes de Flandes se convirtieron tempranamente en España en prototipo de los pueblos del norte de Europa. Su tez sonrosada habría sido la causa, muy probablemente, del empleo del término aplicado a las aves palmípedas, de color semejante. Esto ocurrió pronto, en el siglo XIV. De hecho, y aunque hoy esta acepción ha caído en desuso, se

aplicó también la voz a las mujeres de cutis terso y coloreado, de donde habría pasado a significar ‘gallardo o de buena presencia’ —paso quizá no suficientemente explicado—. Este último sentido podría justificar el significado de ‘insolente o achulado’, todavía hoy en boga, y que se relacionaría con los gitanos o lo agitanado hasta dar en el cante y baile flamencos a mediados del siglo XIX. Es sólo una teoría, desde luego —la etimológica no es siempre una ciencia exacta—, y el origen del término *flamenco* aplicado al ave y el cante y el baile de los gitanos andaluces sigue siendo una incógnita, pero la cosa tiene

cierta lógica.

DRAE

El *Diccionario de autoridades* (1732) sólo recoge una acepción: «Ave que se cría en los lagos marítimos en las riberas del mar, algo mayor que la cigüeña». Curiosamente la acepción primera, que se documenta en España al menos en el siglo XIII, se añade posteriormente, en 1803: «El natural de Flandes y lo que pertenece a los estados de este nombre». Ya en 1925 se incorpora la propia del folclore andaluz: «Dícese de lo andaluz que tiende a hacerse agitanado. *Cante, aire, tipo flamenco*».

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

Nombró el rey a un **flamenco** que era deán de Bizancio —que después fue, según creo, arzobispo de Mesina— que tuviese cargo de ser chanciller entretanto que otra venía.

Historia de las Indias, c. 1527-1561.

PUNTO

«Paco estará ar llegá». Ahora llega y resulta ser lo menos parecido al mejor guitarrista del **flamenco** español; parece un «hippie»; señor Sánchez, parece un «hippie».

Paco, el de Lucía, 1974.

fulano

Y bien, ¿quiénes son fulano y mengano? Pues... nadie o, más bien, cualquiera.

Los sustantivos *fulano* (del árabe *fulān*, y este quizá del egipcio *pw rn*, ‘este hombre’) y *mengano* (quizá del árabe *man kān*, ‘quien sea’) se usan, precisamente, para aludir a una persona indeterminada o imaginaria. El mismo significado tienen *zutano* (de *citano*, derivado de *scitānus*, hipotética voz latina, y este de *scītus*, ‘sabido’) y *perengano* (probablemente cruce de *Pere* o *Pérez* y *mengano*), aunque estos términos son menos frecuentes y sólo completan una relación en la que ya intervienen los anteriores.

Fulano es la más antigua de estas voces, ya que se documenta en castellano en la

segunda mitad del siglo XII, también como adjetivo, función que perdió pronto. Posterior es su uso en otros contextos, en los que hace referencia a una persona determinada sin nombrarla y se emplea en sentido despectivo, Este valor se agudiza, además, en femenino, ya que *fulana* toma el significado de ‘prostituta’. Por cierto que es muy probable que estos usos peyorativos hayan favorecido el empleo, muy frecuente, del diminutivo en su acepción primitiva.

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1732): «Voz con que se suple el nombre de alguna persona, cuando se ignora cuál es, u de propósito no se quiere expresar». En 1869, en la undécima edición, se añade ‘persona indeterminada o imaginaria’. Sus otras acepciones sólo se incorporan en 1970 (‘despectivamente, persona determinada’) y 1984 (‘prostituta’).

PEDRO DE LUJÁN

No es mi parecer que ninguno con verdad ose ni pueda decir: «Yo entro en casa de **fulano**, y con su mujer como, burlo, parlo, y paso tiempo, porque es mucho mi señora amiga y devota».

Coloquios matrimoniales, 1550.

ADOLFO BIOY CASARES

[...] y yo, cuando el caballero no se comportó como tal, a renglón seguido procedo a castigarlo con toda esta fuerza que Dios me ha dado: a **fulano** le fracturo el cuello, a **zutano** la clavícula y a **perengano**, si se ofrece, tres costillas.

El gran Serafín, 1962.

ANTONIO GALA

Consuelito. —¡Huy, precioso! Pero qué dicharachero es usted... Como no me compran aguarrás me tengo que limpiar las manos en la cabeza. Pareceré una **fulana** a lo mejor.

Lorenzo. —¿Cómo?

Consuelito. —Una **fulana**, una zurriburri.

Los buenos días perdidos, 1972.

furia

Una vez más hay que remitirse a la Antigüedad clásica para buscar el origen de una palabra. La voz *furia* proviene directamente del latín *furia*, ‘delirio furioso’, ‘violencia’, derivada de *furere*, ‘delirar’, ‘estar furioso’, y se documenta ya a finales del siglo XIV.

Con el mismo término, aunque en plural, *Furiae* (‘Furias’), se denominaba en Roma a tres divinidades menores, personificación de la venganza y guardianas de las leyes morales, que se identificaban con las Erinis griegas (llamadas también, por eufemismo, Euménides, ‘benévolas’). Estas habían nacido de la sangre derramada por

Urano cuando Crono, materializando la venganza de su madre, Gea, cercenó sus testículos para destronarlo y ocupar su lugar como soberano del cosmos. La sangre fecundó a Gea dando lugar a las tres Erinis: Alecto, ‘la incesante’; Megera, ‘la envidiosa’, y Tisífone, ‘la vengadora del crimen’.

Las Erinis o Furias atormentaban hasta la demencia a los criminales, y en particular a quienes osaban atentar contra la propia familia, y fueron ellas las que hicieron enloquecer a Orestes tras el asesinato de su madre, Clitemnestra. Por su carácter infernal — habitaban en el inframundo— y

vengativo, inspiraban verdadero terror y se las representaba en forma de monstruos alados, portando látigos, antorchas y serpientes en los cabellos, con los ojos inyectados en sangre. Se dice que el miedo hizo abortar a varias mujeres atenienses al ver la representación de las *Euménides* de Esquilo.



DRAE

La voz se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1732): «La agitación violenta que causa en el ánimo cualquiera pasión». || «Significa también la actividad y violenta agitación de las cosas insensibles: como la furia del viento, del mar...». || «Significa asimismo priesa, velocidad y vehemencia con que se ejecuta alguna cosa».

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Ellas, que se vieron responder tan acerbamente, y tan fuera de aquello que primero se imaginaron, temieron la **furia** del Asturiano.

La ilustre fregona, 1613.

FRANCISCO GARCÍA PAVÓN

A partir de la manquedad, al excura le entró tal **furia** destructora, que colgó el manteo, se echó al campo, y cometió él sólo las más gruesas

tropelías historiadadas en aquel campo de San Juan.

Los liberales, 1965.

G

gabacho

La rivalidad histórica de España con Francia se manifiesta también en el léxico. Buena prueba de ello es la voz *gabacho*, término despectivo con el que se conoce a los franceses y que proviene del occitano *gavach*, vocablo de origen prerromano poco claro que significa ‘que habla mal’. El sentido propio de este término, sin embargo, era ‘buche de ave’, y también ‘bocio’, y se aplicaba a

los montañeses de las zonas occitanas septentrionales por la frecuencia con que se manifestaba esta enfermedad entre ellos. El bocio —agrandamiento de la glándula tiroides que origina una prominencia en la parte inferior del cuello— era endémico en la región por la ausencia de yodo en la dieta.

Se trataba, al parecer, de una zona pobre, de modo que muchos gabachos se trasladaban a España como chatarreros y vendedores de baratijas, ocupándose en los trabajos más duros. La voz se utiliza en castellano desde la primera mitad del siglo XVI, pero, si atendemos a los diccionarios académicos, no se

aplicó con carácter general a todos los franceses hasta dos centurias después. Curiosamente, por esas cosas de la lengua, el término ha cobrado nueva vitalidad en otros territorios, y en México se emplea hoy, como tradicionalmente *gringo*, para referirse de forma despectiva a sus vecinos del norte. Pero, en definitiva, bien pudiera ser otra herencia española, porque ¿no escribió Unamuno en 1899 que «en los pueblos del interior [de España] todo extranjero es *gabacho*, porque lo mismo les suena el francés que el inglés o el ruso»?

La voz se recoge con su significado primitivo en el *Diccionario de autoridades* (1734): «Soez, asqueroso, sucio, puerco y ruin. Es voz de desprecio con que se moteja a los naturales de los pueblos que están a las faldas de los Pirineos entre el río llamado Gaba, porque en ciertos tiempos del año vienen al reino de Aragón, y otras partes, donde se ocupan y ejercitan en los ministerios más bajos y humildes». En 1803 se incluye ya su acepción actual: «En estilo familiar y bajo se aplica a cualquier francés».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Un gato me dio disgusto,
que debe de ser **gabacho**,
porque el ramiau pronunciaba
como el que vende rosarios.

Poesías, 1597-1645.

ELADIA GONZÁLEZ

—Da-gue-go-ti-po —recalcó mientras desenrollaba un telón de manta con un hermoso paisaje.

—Una de dos, este pobre mequetrefe o es **gabacho** o no se ha sonado las narices [...].

Quién como Dios, 1999.

galimatías

Un galimatías es un ‘lío’ o ‘algo difícil de comprender por la falta de claridad de su expresión’. La palabra, que se documenta en España a mediados del siglo XVIII, proviene del francés *galimatias*, ‘discurso o escrito

embrollado’, y este podría haberse derivado del griego *katà Matthaïon*, ‘según Mateo’, por la manera en que el evangelista describe la genealogía que figura al comienzo de su evangelio. Esta, que no aparece en otros evangelios — aunque sí en el de Lucas—, tiene como función emparentar a Jesús con Abraham, el padre del pueblo judío, y con David, cumpliendo así los requisitos de la estirpe mesiánica establecida en el Antiguo Testamento.

Existen otras versiones sobre el origen del vocablo (también se hace derivar, por ejemplo, de la forma latina de José de Arimatea [*Joseph ab Arimathia*],

personaje del Nuevo Testamento, que habría dado lugar inicialmente a un hipotético *Barimatía*, ‘país exótico de lenguaje incomprensible’), pero esta es la más comúnmente aceptada en la actualidad y la que recoge la Real Academia Española en las últimas ediciones de su diccionario.

DRAE

El término se recoge por primera vez tardíamente, en la novena edición (1843): «Lenguaje oscuro por la impropiedad de la frase o por la confusión de las ideas. Es voz recientemente admitida».

FRAY FRANCISCO ALVARADO

Dos censuras me hace V. sobre esta descripción: la primera acerca del language, de que hasta ahora no ha usado ningún lego, y la segunda acerca del sentido, emplazándome ante todos los literatos del mundo, a que le saque estas **galimatías** en alguna de las proposiciones de Jansenio.

Cartas críticas del Filósofo Rancio,
1811-1813.

ARTURO AZUELA

Desde luego que esta será mi versión. Multipliquen ustedes y ya se imaginarán las versiones que después saldrán de todo este **galimatías...**

El tamaño del infierno, 1973.

ganga

La historia del término *ganga* resulta, en su humildad, muy representativa de la evolución, muchas veces caprichosa, de la lengua. En sentido recto una ganga es un ave semejante a la tórtola y el origen del vocablo que le da nombre es onomatopéyico, ya que reproduce el canto del ave. Este uso se documenta ya en el siglo XIII. En torno a la segunda mitad del siglo XVII, sin embargo, comenzó a emplearse en sentido figurado para hacer referencia a las cosas poco útiles o provechosas, puesto que la ganga es difícil de cazar y de desplumar, y su carne resulta dura. Suena a refrán una expresión del *Estebanillo González*: «temiendo que,

por haber intentado cazar gangas, no me enviase a cazar grillos». El último paso, el que ha dado en su significado actual, se debe al frecuente uso irónico del término, que acabó tomando el sentido contrario y aplicándose a la ‘cosa valiosa que se obtiene por poco esfuerzo o poco dinero’.

Aunque semánticamente pudiera relacionarse, nada tiene que ver el homónimo *ganga*, ‘materia que acompaña a los minerales en su extracción y que se separa por inútil’. Esta voz aparece en nuestra lengua en el siglo XIX y proviene del francés *gangue*, que a su vez se deriva del alemán *gang*,

‘filón de una mina’.

DRAE

Las definiciones del *Diccionario de autoridades* (1734) corroboran buena parte de lo dicho más arriba: «Ave del tamaño de la perdiz, que tiene las alas, cuerpo y cuello dorado muy hermoso, las piernas cortas y peludas, el pico ancho y más pequeño que el de la paloma. Llamose ganga del sonido que forma con su canto». || «Analógicamente vale lo mismo que *maula*, o cosa sin provecho o útil: y tal vez se toma en sentido contrario».

FADRIQUE DE ZÚÑIGA Y SOTOMAYOR

Capacho es buena carne, y no tengas por mala la corteza, ni sisón, ni **ganga**, como está dicho

atrás, con pensar que es carne de mala digestión, porque no lo es para aves de rapiña que son de gran calor [...].

Libro de cetrería de caza de azor, 1565.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

¡Si lo sabría él! Un policía catalán, disfrazado de viajante de comercio, pasó unos días en Castroforte; vendía paños de **ganga**.

La saga/fuga de J. B., 1972.

gas

El término *gas*, ‘cuerpo fluido de baja densidad cuyas moléculas tienden a expandirse indefinidamente’, fue acuñado por el médico y científico

flamenco Jan Baptista van Helmont, discípulo de Paracelso. Van Helmont (1577-1644) fue el primero en distinguir entre al aire y el gas, e investigó los distintos componentes del primero, identificando el anhídrido carbónico.

La voz es una alteración del latín *chaos*, ‘caos’, tomada del griego *cháos*, ‘vacío’, propiamente ‘abertura, agujero’. Con la palabra latina habían denominado ya alquimistas anteriores a los gases, y no se equivocaban, puesto que su inestabilidad molecular se acerca mucho, de forma conceptual, al estado de confusión y anarquía que teóricamente imperaba antes de la

ordenación del cosmos. En la *Teogonía* de Hesíodo, por cierto, la personificación del vacío y desgobierno primigenio es, precisamente, Chaos, engendrador del Érebo (el infierno) y la Noche, que darían lugar al Éter (el cielo) y el Día.

DRAE

En 1803, en el suplemento de la cuarta edición del diccionario, se incluye el término por primera vez: «Fluido elástico diáfano, que admite compresión y dilatación, en lo cual se parece al aire, y se distingue de él en otras propiedades como son no servir para la respiración ni para la combustión».

CECILIA BÖHL DE FABER (FERNÁN CABALLERO)

—General —contestó el duque—, para sostener el equilibrio en este nuestro globo es preciso que haya **gas** y que haya lastre.

La gaviota, 1849.

FELIPE LUCENAMAROTTA

Se han aislado más de 5000 sustancias en el tabaco en estado natural, en las partículas del humo, o en el **gas** producto de la combustión, muchas de ellas potentes carcinógenos.

Qué significa estar sano, 2002.

genio

La palabra *genio* procede directamente

del latín *genius*, ‘deidad menor encargada en Roma de la tutela personal’, derivado de *gignĕre*, ‘engendrar’. Estos diosecillos o espíritus, muy semejantes al *dáimōn* griego (→DEMONIO), eran protectores particulares de cada hombre desde su nacimiento —no de las mujeres, que contaban para ello con su propia *Iuno*— e intervenían en su destino, pero también cada hogar, tribu, ciudad o país tenía su propio genio. Al *genius* se le rendía culto y se le ofrecían sacrificios incruentos, en particular el día del nacimiento del varón.

Antecedente claro del ángel de la guarda

cristiano, estos genios pueden interpretarse también como representación del alma humana, de sus cualidades e inclinación natural, de forma que en castellano, donde se incorporó a mediados del siglo XV, el término acabó identificándose con la personalidad o el carácter de la propia persona. Muy posterior es la acepción ‘hombre de extraordinaria capacidad’, que sólo se documenta a principios del siglo XIX por influencia del francés, que a su vez se inspiró en el mismo uso — muy raro— del término en latín.

Así se define el término en el *Diccionario de autoridades* (1734): «La natural inclinación, gusto, disposición y proporción interior para alguna cosa: como de ciencia, arte o manufactura». En plural, se recoge la acepción propia de la antigua Roma: «Entre los gentiles eran unos espíritus o cuasideidades, a quienes atribuían el cuidado e influencia en la producción de las cosas, y suponían que a cada persona asistían dos, el uno para inclinarla a lo bueno, y el otro a lo malo. Esto viene a corresponder a los ángeles y demonios, que en algunos escritos, específicamente poéticos, se nombran buen genio, y mal genio». Habría que esperar hasta 1869 para que se incluyera la acepción ‘hombre de extraordinaria capacidad’.

LOPE DE VEGA Y CARPIO

Prometo a vuestra merced que me obliga a escribir en materia que no sé cómo pueda acertar a servirla, que, como cada escritor tiene su **genio** particular, a que se aplica, el mío no debe de ser este, aunque a muchos se lo parezca. Es **genio**, por si vuestra merced no lo sabe, que no está obligada a saberlo, aquella inclinación que nos guía más a unas cosas que a otras.

La prudente venganza, 1923.

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

[...] porque un día se la iba a llevar a Beethoven y le iba a decir escucha a tu nieta, a mí me negaste la filiación pero con ella no podrás hacer lo mismo porque ella también es un **genio**, como tú, papá [...].

Un mundo para Julius, 1970.

gitano

Sumidos históricamente en el enigma, los gitanos habitaban en origen en el noroeste de la India, pero parece que en el siglo XI la presión musulmana originó una primera corriente migratoria, que se desplazó hacia el oeste a través del Imperio bizantino. No obstante, fue en el siglo XV cuando tuvo lugar la gran diáspora del pueblo gitano, que se extendió entonces por toda Europa y el norte de África. Su llegada a la península ibérica a través de los Pirineos está bien documentada desde mediados de la centuria, pero es posible

que otros contingentes accedieran al sur peninsular desde el continente africano en sucesivas oleadas.

A pesar de este origen, se creyó inicialmente que procedían de Egipto, de modo que tomaron el nombre de *egiptanos*, de donde se deriva *gitano*, documentado en castellano ya en el siglo XVI. Por su carácter nómada y particular forma de vida, sufrieron desde época temprana persecución en toda Europa, y en España y Portugal, tras la publicación de sucesivas leyes restrictivas de sus usos y costumbres, se los conminó a renunciar a ellos o a abandonar el país «so pena de muerte»

en 1619. Muchos grupos, sin embargo, permanecieron en la Península, acentuándose desde entonces su nomadismo y carácter endogámico. Como prueba evidente de la marginación tradicional de los gitanos basta comprobar la definición de la voz en los principales diccionarios históricos. Valga como mero ejemplo la de Covarrubias, en 1611: «es una gente perdida y vagamunda, inquieta, engañadora, embustidora [embustera]». Cervantes, sin embargo, se interesó mucho por la gitanería, en cuyo mundo ambientó varias de sus obras.

La entrada en el *Diccionario de autoridades* (1734) abunda en la mencionada percepción negativa del pueblo gitano: «Cierta clase de gentes, que afectando ser de Egipto, en ninguna parte tienen domicilio, y andan siempre vagueando. Engañan a los incautos, diciéndoles la buena ventura por las rayas de las manos y la fisonomía del rostro, haciéndoles creer mil patrañas y embustes. Su trato es vender y trocar borricos y otras bestias, y a vueltas de todo esto hurtar con grande arte y sutileza».

LOPE DE RUEDA

[...] por no estar Acario ni Barbarina, padres de los niños, en casa, una gitana entra y hurta a Medoro, que así había nombre el mochacho, y deja en la cuna un **gitano**, hijo suyo, muy malo.

Comedia llamada Medora, 1545.

CHAVELA VARGAS

Y creo que no soy yo la única que piensa que existe esta relación entre Chavela Vargas y el mundo **gitano**. Tal vez por ello, sentí que Lola Flores era muy parecida a mí.

Y si quieres saber de mi pasado, 2002.

golfo

Aunque parezca mentira, la voz *golfo*, ‘pillo, sinvergüenza’, debe buena parte de su significado a los delfines, esos juguetones e inteligentes mamíferos marinos. Con este sentido, *golfo* se documenta tardíamente, en el último cuarto del siglo XIX, y procede, por

derivación regresiva, de *golfin*, antigua palabra castellana que se utilizaba ya en el siglo XIV con el significado de ‘salteador, bribón’. ¿Y de dónde procedía esta? Pues parece claro que se relaciona con otro *golfin*, resultado del cruce de la voz latina *delphin*, *-inis*, ‘delfín’, y *golfo*, ‘gran extensión de mar que se interna en la tierra entre dos cabos’, y que se usaba popularmente para designar a los delfines; de hecho, todavía hoy perdura en portugués: *golfinho*. Resulta muy probable que, pese a su buena fama —tradicionalmente han sido considerados animales mágicos y relacionados con travesías afortunadas—, los saltos sobre las aguas de estos

cetáceos fueran identificados con el asalto súbito del salteador.

Como ocurre en otras ocasiones, el femenino forma una acepción específica con connotaciones sexuales, ya que equivale a ‘puta, prostituta’. Nada tiene que ver, sin embargo —salvo en su influencia en la formación de *golfin*— el homónimo *golfo*, ‘gran extensión de mar que se interna en la tierra entre dos cabos’, ya que este proviene del latín vulgar *colphus*, derivado del griego *kólpos*, ‘seno de una mujer’.

El término se recoge por primera vez en la decimocuarta edición (1914): «Pilluelo, vagabundo, embaidor». La primera referencia al femenino *golfa* como ‘prostituta’ se produce en el *Diccionario manual* de 1984.

ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO

Abunda el **golfo** desta Corte insigne de tanta sabandija en sus honduras, que he venido a limpialla de figuras.

Las harpías en Madrid, 1631.

JUAN GARCÍA HORTELANO

Come y no te levantes y no hagas golferías, que eres tú muy **golfo**. Tú tenías que vivir con tu hermana y tu cuñado.

*El gran momento de Mary Tribune,
1972.*

JOSÉ ANTONIO GABRIEL Y GALÁN

Entonces entró Mariblanca en el dormitorio. Venía cubierta, la muy **golfa**. En su rostro se notaban las huellas de afeites y polvos ocultando el morado de los golpes.

El bobo ilustrado, 1986.

gorrón

No sorprende que *gorrón*, voz que se documenta en castellano ya en el siglo XVII con el significado de ‘persona que vive o come a costa de otra’, provenga de *gorra*, ya que es bien conocida la locución ‘vivir de gorra’. De modo que quien vive de gorra —

práctica que ha existido en todas las épocas— es un gorrón, un parásito, si utilizamos palabras algo más duras. Pero ¿de dónde procede una expresión como *vivir de gorra*? Pues parece que no hay duda de que la clave está en lo mucho que había de prodigar el gorrón los saludos, quitándose, como era costumbre, la gorra, que por entonces era prenda de gala, y realizando los aspavientos correspondientes. Esto de vivir de gorra —que como vemos tiene también su trabajo— era especialmente habitual entre estudiantes, casi siempre escasos de dinero, durante los siglos XVI y XVII, y la tradición popular lo relaciona en particular con los

capigorristas o *capigorrones* —así llamados por su atuendo, semejante al que todavía llevan hoy los universitariosingleses— que cursaban su carrera en Salamanca.

DRAE

La voz tiene entrada ya en el *Diccionario de autoridades* (1734): «Se llama el estudiante que en las universidades anda de gorra, y desta suerte se entremete a comer, sin hacer gasto».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Don Nabo, que, viento en popa
navega con tal bonanza,
que viene a mandar el mundo

de **gorrón** de Salamanca.

Poesía, 1597-1645.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

[...] y que si el deudor necesitaba comprar ropa, que lo hiciese al fiado, si encontraba quien se lo diese en tales condiciones, cosa que él dudaba, a juzgar por la mala fama que el deudor había adquirido en la ciudad, de **gorrón** sobre todo, puesto que sin tener dinero iba todas las noches al café y seguía fumando como un trabajador honrado y buen pagador.

La saga/fuga de J. B., 1972.

grifo

Con cierta frecuencia, el uso diario de

un vocablo nos familiariza con él de tal manera que no reparamos ni en las asociaciones más evidentes. Este podría ser el caso de *grifo*, que proviene del latín tardío *gryphus*, derivado del latín *gryps*, *gryphis*, y este, a su vez, del griego *grýps*, *grypós*, voz que remite a un animal mitológico bien conocido. El grifo se caracteriza por tener cuerpo, patas y cola de león, y alas y cabeza de águila, y parece tener su origen en la antigua Mesopotamia —vinculado a funciones de vigilancia, como guardián—, desde donde se difundió a Egipto, Anatolia y Siria, y después, a través de Creta y Grecia, a todo el Mediterráneo. En la Antigüedad clásica, los grifos eran

quienes vigilaban los tesoros, especialmente el oro de las montañas hiperbóreas. El término se documenta en castellano muy prontamente, en el siglo XIII, pero en su acepción hoy más usual, ‘llave situada en la boca de una cañería’, no empezó a utilizarse hasta el último cuarto del siglo XIX. Y, como puede imaginarse, tomó este nombre por la costumbre de adornar las espitas de las fuentes con la imagen del grifo, un animal fabuloso del que Ariosto derivó una montura portentosa: el *hipogrifo*, el ‘caballo grifo’.



La acepción mitológica se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1734), en el que se remite a *grypho*: «Animal fabuloso, que fingien tener la parte superior de águila y la inferior de león, con grandes y fuertes garras, cuatro pies y ligeras alas». En su acepción de ‘llave de una cañería’ se incluye en 1869, en la undécima edición.

ANÓNIMO

—Yo te lo diré —dijo la calandria—. Si tú supieras la piedra preciosa que yo tengo en mi cabeza, que es tan grande como un huevo de **grifo**, cierta soy que no me soltaras, que tú fueras rico para siempre jamás si me la sacaras [...].

Libro del caballero Cifar, 1300-1305.

ALMUDENA GRANDES

Hacía más de quince años que nadie vivía en aquella casa, más de quince años sin que nadie abriera un **grifo**, sin que nadie encendiera las luces, sin que nadie pusiera en marcha el calentador ni la cocina.

Los aires difíciles, 2002.

grima

La palabra *grima* significa hoy ‘desazón, inquietud’ y ‘dentera, sensación desagradable que se nota en los dientes’. Esta última es para algunas personas difícilmente soportable. Y sus razones tienen para ello, si atendemos al origen etimológico del término y a su primitivo significado.

La palabra española, que se documenta ya a finales del siglo XV, procede, según la teoría más comúnmente aceptada, de *grimms*, voz hipotética del gótico que significaría ‘horrible’. El gótico es la antigua lengua germánica hablada por los godos, que debió expandirse en la Península en el siglo V, con la llegada

de los visigodos. La existencia de esta raíz germánica parece atestigüarse por la presencia en el antiguo alto alemán de la voz *grimmi*, ‘terrible, hostil’, y en el nórdico de *grimmr*, ‘rabioso, impetuoso’. Y justificaría el primer significado del término en castellano, ‘horror, espanto’, que, convendremos, con el paso de los años ha quedado bastante atenuado —pese a que las sensaciones son siempre subjetivas— en sus usos más habituales.

DRAE

El término se define así en el *Diccionario de autoridades* (1734): «El horror y

espanto que se recibe de ver u oír alguna cosa horrenda y espantosa».

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

Ver las heridas que muchos tenían de los muertos y otros que aún no habían expirado fue una cosa de **grima** y espanto.

Historia de las Indias, c. 1527-1561.

JUAN MARSÉ

¿Ustedes han visto alguna vez la patita de un perro enterrado de mala manera asomando tiesa de debajo de la tierra? Es algo que da **grima**, de verdad de verdad se lo digo.

Rabos de lagartija, 2000.

grotesco

Algo *grotesco* es algo ‘ridículo y extravagante’. Pocos adjetivos resultan tan contundentes, aunque en realidad el término admita distintas interpretaciones y no necesariamente peyorativas. Intentemos, pues, ofrecer algo de luz sobre su procedencia. Su origen inmediato es italiano, puesto que proviene de *grottesco*, derivado de *grotta*, ‘gruta’; esta última voz procede del latín *crypta* a través del latín vulgar *crupta*, y este, a su vez, del griego *kryptḗ*, ‘cripta’, formado a partir de *krýptein*, ‘ocultar’.

Se incorporó al castellano en torno a 1550, aunque en aquella época equivalía

exclusivamente a *grutesco*, un motivo decorativo propio del Renacimiento que incorpora objetos diversos (vasijas, cornucopias, panoplias...), personajes fantásticos y animales quiméricos enlazados con follaje y otros elementos ornamentales. Se inspiraba en los descubiertos en «las grutas», como eran conocidas las ruinas de la *Domus Aurea*, el palacio construido por Nerón tras el gran incendio de Roma del año 64, en las que se encontraron en torno a 1480 salas subterráneas con espléndidos frescos. Sin embargo, y pese a su rápido éxito y difusión, este repertorio decorativo —que en España se convirtió en la base del plateresco— fue

frecuentemente denostado, en especial en ámbitos académicos, por su extravagancia y carácter ridículo, ilusorio o deforme, de donde, claro, se acabó derivando su significado actual.

DRAE

Tiene entrada por primera vez en la cuarta edición, de 1803: «Lo mismo que *grutesco* [adorno caprichoso de bichos, sabandijas, quimeras y follajes, llamado así por ser a imitación de los que se encontraron en las ruinas, o grutas del palacio de Tito]». Ya en 1843 aparece la acepción «Extravagante en el traje o en los modales», considerada familiar.

[...] en el ínterin nos fuimos a un café inmediato, que ciertamente es bastante aseado, y mui bien pintado al fresco en el gusto del **grotesco** de Rafael, donde encontramos mui buena Compañía [...].

Diario de viajes (viaje por Italia y Rusia), 1785-1786.

JUAN BENET

[...] acaso esperaba levantar un cierto aplauso (el que no había encontrado nunca con su verdadera vocación) como personaje **grotesco**, como reproducción de sí mismo bajo otra etiqueta, como último precio de venta de un artículo que no habiendo conocido suerte en el mercado durante treinta años no podía ser ofrecido más que como una obsoleta, superflua e hilarante curiosidad.

Un viaje de invierno, 1972.

gueto

Los judíos habían tendido a agruparse y aislarse del resto de las comunidades étnico-religiosas desde antiguo, pero en la Edad Media este aislamiento comenzó a ser obligado: cada ciudad tuvo su judería, el barrio hebreo. En 1516 se creó en Venecia —donde, como en el resto de Italia, los judíos habían vivido libremente y participado de forma decisiva en la vida económica— una auténtica ciudad segregada en el interior de la población. Cercada por muros, estaba formada por calles estrechas con edificios de considerable altura en los

que se hacinaban los judíos en condiciones precarias. Se denominó *ghetto*, término que se extendería por toda Europa para designar este tipo de barrios, que proliferaron en Italia y, después, en la Europa del Este. El origen último de la voz, sin embargo, plantea algunas incógnitas, aunque parece que procede del veneciano *ghetto*, ‘fundición’, de *gettare*, ‘fundir, colar metales’, por haberse instalado en el antiguo barrio de los fundidores. Otra teoría, no obstante, lo hace derivar de *borghetto*, diminutivo de *borgo*, ‘burgo, villa’.

Sea como fuere, la segregación de los

judíos fue desapareciendo paulatinamente tras la Revolución francesa y la implantación de los regímenes liberales. Sin embargo, el régimen nazi recuperó el concepto del gueto, recluyendo a los judíos de Europa oriental en barrios cerrados, convertidos en verdaderos campos de trabajo. Es bien conocido el levantamiento del gueto de Varsovia —que llegó a tener una población de 400 000 habitantes—, en la primavera de 1943, antes de ser demolido piedra por piedra por los alemanes. Hoy, el significado del término ha cambiado, tornándose más general, de modo que se denomina *gueto* ‘cualquier lugar en el que se segrega a

una comunidad marginada’.

DRAE

El término se recoge muy tardíamente, en el suplemento de la decimonovena edición, de 1970: «Barrio en que vivían o eran obligados a vivir los judíos en algunas ciudades de Italia y de otros países».

ERNESTO SÁBATO

[...] esa avidez que a un judío analfabeto llegado del **gueto** de Cracovia puede hacerle escuchar fervorosamente, durante horas, una exposición sobre la teoría de la relatividad sin entender una sola palabra.

Abaddón el exterminador, 1974.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Tendido en la camilla el paciente se vuelve más vulnerable, se rinde de antemano a la enfermedad, al examen del médico, al que ya ve al otro lado de la línea invisible, la línea definitiva que separa a los sanos de los enfermos, reclusos en el **gueto** de su miedo [...].

Sefarad, 2001.

guillotina


A pesar de que existían antecedentes de esta máquina, la guillotina es, por excelencia, el símbolo de la Revolución francesa, y muy particularmente del periodo del Terror. Pocas veces se produce una identificación tan inmediata

entre un objeto material y una época histórica.

Su nombre proviene del francés *guillotine*, y este de [*Joseph Ignace*] *Guillotin*, físico y diputado de la Asamblea Nacional, que fue su principal valedor. A Guillotin le movían motivos humanitarios, ya que consideraba el nuevo artefacto más rápido y eficiente, y, por lo tanto, menos doloroso. La guillotina acababa, además, con las diferencias en los métodos de ajusticiamiento por rango social —sólo la nobleza tenía entonces el privilegio de la decapitación—, creando, de acuerdo con el espíritu de la revolución,

un sistema «igual para todos».

La primera ejecución llevada cabo mediante esta máquina tuvo lugar el 25 de abril de 1792 y la nómina de quienes durante el Terror sufrieron sus rigores en la actual plaza de la Concordia de París es incontable, desde el monarca Luis XVI y su mujer, María Antonieta, hasta el propio hombre fuerte del régimen, Robespierre; pero no incluyó al inventor del artefacto, como comúnmente se dice. La incorporación del vocablo al castellano fue casi inmediata, puesto que se documenta ya en la década final del siglo XVIII.



DRAE

El primer diccionario académico que recoge el término es el suplemento de la octava edición, de 1837: «Máquina usada en Francia para cortar la cabeza de los reos».

ANTONIO DE CAPMANY Y DE MONTPALAU

Dícese que inventaron las bombas y las bayonetas. ¿Cuándo inventarán una cosa buena para consuelo del hombre? Ya inventaron la **guillotina** para abreviarle la muerte, cortando cabezas como quien descabeza mazorcas de maíz.

Centinela contra franceses, 1808.

LUIS CENCILLO

Eso sí, resultó más fácil gobernar eliminando

cabezas físicamente que armonizando personalidades en una convivencia social, aunque las cabezas de algunos de los introductores de la **guillotina** acabaron rodando a sus pies [...].

Método y base humana, 1973.

guiri

Puede sorprender, pero el término *guiri*, ‘extranjero, turista de habla no española’, proviene del vasco. Es, más concretamente, un acortamiento de *guiristino*, adaptación de ‘cristino’: la pronunciación del grupo *gr-* se facilitó mediante el desarrollo de una vocal de

apoyo —un fenómeno conocido con el nombre de *anaptixis* o ‘apertura, despliegue’, de la misma manera que, en el Siglo de Oro, de *Inglaterra* se hizo *Inglaterra*—. Con el nombre de *cristinos* se conocía en el siglo XIX a los partidarios de María Cristina, viuda de Fernando VII y regente, en el enfrentamiento que mantuvo en nombre de los derechos sucesorios de su hija, la futura Isabel II, con los carlistas, defensores de Carlos María Isidro de Borbón, hermano del rey, cuyas pretensiones abocaron al país a la Primera Guerra Carlista (1833-1840).

En el País Vasco y Navarra —

especialmente en las áreas rurales— se apoyó de forma muy mayoritaria la causa de don Carlos, asociado al absolutismo y los valores tradicionales, de modo que los cristinos o guiristinos, identificados ya con los soldados que defendían la causa liberal, fueron percibidos, despectivamente, como gente ajena, foránea o extranjera. Frecuentemente, la voz se utilizaba de forma abreviada, como atestiguan obras de Pardo Bazán, Pío Baroja o Galdós. El proceso de incorporación al español con su significado actual no está claro, pero, además de las propias connotaciones del término, que se empezó a utilizar en las zonas turísticas

en los años sesenta o setenta, podría haber influido en él su fonética.

DRAE

El término se incluye con su significado tradicional en la decimoquinta edición, de 1925: «Nombre con que, durante las guerras civiles del siglo XIX, designaban los carlistas a los partidarios de la reina Cristina, y después a todos los liberales, y en especial a los soldados del gobierno». En 1989 se incorpora «Extranjero, turista».

EMILIA PARDO BAZÁN

La guerra, aunque civil, se hacía sin saña ni furor; en los intervalos en que no se disparaban tiros, los destacamentos enemigos... se insultaban festivamente, llamándose *carcas* y

guiris.

La madre naturaleza, 1887.

PATRICIA ELÍA GOÑI

Jamila escuchaba con poco interés las explicaciones de su profesor en el patio de la mezquita de Ibn Tulún. Seguramente les dio un codazo de complicidad a sus dos amigas cuando vieron mi inconfundible pinta de **guiri**.

«En Egipto con Jamila, Hamirre y Abdel», *El País*, 08/03/2003.

gurú

El interés por la espiritualidad oriental, y muy en especial por prácticas como el yoga, ha favorecido en el último medio

siglo la implantación en español y otras lenguas occidentales de términos propios de culturas milenarias tradicionalmente ignoradas en Occidente. Uno de ellos es *gurú*, ‘maestro o jefe espiritual del hinduismo’, que proviene del sanscrito, lengua indoeuropea que sólo conserva su vigencia en los rituales litúrgicos de esta tradición religiosa.

Pues bien, *gurú* es una variante de *gurús*, propiamente ‘pesado, grave’, por oposición a *laghú*, ‘liviano, ligero’: de la misma raíz proceden el griego *barýs* (de donde *barí-tono* e *iso-baras*) y el latín *grāvis*. El *gurú* es, por tanto, una

persona con peso o conocimiento, concepto que se adapta como un guante al sentido figurado del término, considerablemente extendido en el español actual, de ‘maestro o autoridad en una materia determinada’. Por otra parte, algunas fuentes tradicionales del hinduismo señalan, metafóricamente, que el vocablo es un compuesto de *gu*, ‘oscuridad’, y *ru*, ‘que destruye’. Estos textos han provocado la circulación de una etimología popular sin valor científico, pero con fuerte carga simbólica en una cultura especialmente proclive a ella.

El término sólo tiene entrada en la vigesimosegunda edición, de 2001, en la que se incluyen ya sus dos principales acepciones.

RUBÉN DARÍO

La amistad epistolar que mantenía con madama Blavatsky, habíame abierto ancho campo en el país de los fakires, y más de un **gurú**, que conocía mi sed de saber, se encontraba dispuesto a conducirme por buen camino a la fuente sagrada de la verdad [...].

«El caso de la señorita Amelia»,
Cuentos, 1894.

FEDERICO HENRÍQUEZ GRATEREAUX

El resultado es una enorme pobreza interior que nos hace cada vez más vulnerables al discurso de cualquier «gurú». Da lo mismo que

el **gurú** sea político, económico, religioso o sexual. En todos los casos somos manipulados como marionetas.

Empollar huevos históricos, 2001.

H

harakiri

El harakiri, el suicidio ritual japonés mediante la sajadura del vientre, es la expresión de un mundo estrictamente reglado basado en normas de honor. Tiene su origen en el Japón feudal del siglo XII, donde empezaba a imponerse el sogunato —el gobierno militar del sogún en teórica representación del emperador—, y estaba reservado a los señores o daimios y a la nobleza

guerrera a su servicio, los samuráis. Podía ser resultado de una condena a muerte, pero con frecuencia se realizaba voluntariamente por cuestiones de honor o lealtad al señor (a quien se acompañaba así en la muerte).

Don Rodrigo de Vivero, gobernador saliente de Filipinas, describió así la ceremonia en 1609: «En tal ocasión [condena de muerte], es acto positivo de su nobleza juntar los deudos, los amigos y caballeros y hacerles un parlamento de que sean testigos de que mueren con osadía y sin rendirse al temor y encargándoles sus hijos y sus deudos; y luego echan mano a la *catana* que traen

ceñida y córtanse por medio, con tanta braveza o impiedad que suele quedar el medio cuerpo a una parte, alabando los circunstantes y convidados esta hazaña bestial y bárbara [...]».

El término procede del japonés *harakiri*, de *hara*, ‘vientre’, y *kiri*, ‘corte’; sin embargo esta es una expresión coloquial tradicionalmente rechazada en Japón, donde se prefiere *seppuku*, de idéntico significado (ambas se escriben en japonés con los mismos caracteres, pero dispuestos en orden distinto). En español, donde el término se documenta desde el primer cuarto del siglo XX, se usa a menudo en sentido figurado, con el

significado de ‘suicidio, acción que destruye o perjudica gravemente a quien la realiza’, aunque esta acepción no se recoge todavía en el diccionario académico.

DRAE

El término se recoge por primera vez, aunque con la grafía *haraquiri*, preferida hasta ahora, en la decimonovena edición (1970): «En el Japón, suicidio ritual que consiste en darse muerte abriéndose el vientre de un tajo».

ANTONIO DÍAZ CAÑABATE

Pero volviendo a lo de los japoneses, a mí me parecen unos místicos terribles; creen en la

divinidad, en las delicias de la otra vida y así no hay manera... Además, lo del **harakiri**, ¡caramba! [...].

Historia de una tertulia, 1952.

MANUEL LEGUINECHE

A los nipones sólo les quedaba, sin víveres ni municiones, tirarse por un precipicio o hacerse el *seppuku*, más conocido en Occidente como «**haraquiri**».

La tierra de Oz. Australia vista desde Darwin hasta Sidney, 2000.

hecatombe

Una *hecatombe* es una ‘desgracia o catástrofe de grandes dimensiones’. El

origen del término es griego, aunque se introdujo en castellano en el siglo XVI a través del latín *hecatombe*. Este, a su vez, procede de *hekatómbē*, voz que en la Grecia clásica significaba, literalmente, ‘sacrificio de cien reses vacunas’, de *hekatón*, ‘ciento’ (de ahí, aunque adaptado arbitrariamente, el formante *hecto-*: *hectárea*, *hectogramo*, *hectolitro*), y *boûs*, ‘buey’. Muy pronto, sin embargo, la palabra extendió su significado, de modo que comenzó a hacer referencia a todo gran sacrificio, independientemente del número de víctimas y del tipo de animal que se inmolará: en la *Iliada* Peleo sacrifica cincuenta corderos al río Esperqueo y en

la *Odisea* los pilios ofrecen ochenta y siete toros a Apolo.

En Atenas, las hecatombes se llevaban a cabo en honor de Apolo y Atenea durante el mes de hecatombeón (el primer mes después del solsticio de verano), en torno a julio, y coincidiendo con las Panateneas —las principales fiestas religiosas de la ciudad, célebres por el friso del Partenón, atribuido a Fidias, que reproduce la procesión—. En castellano, como en otras lenguas romances (e incluso en inglés), pasó a designar, por extensión, ‘gran mortandad, matanza’ y sólo después, ya en época reciente, tomó su significado

hoy más extendido.



DRAE

El término tiene entrada en el *Diccionario de autoridades* (1734): «Sacrificio de cien reses de una misma especie, que hacían los griegos y gentiles, cuando se hallaban afligidos de algunas plagas. Por lo regular era

de cien bueyes, cien puercos, ovejas, etc., para lo cual, según Julio Capitolino, se erigían otros tantos altares de césped, y se ejecutaba a un mismo tiempo por otros tantos sacerdotes». Ya en la edición de 1899 se añade ‘matanza’, mientras que sólo en 1992 se incorpora ‘desgracia, catástrofe’.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

[...] o porque con cient animales, en sacrificio que le ofrecían, se aplacaba; por lo cual tiene nombre de **hecatombe**, que significa en griego ciento, según dice Servio en el 6.º de las Eneidas.

Apologética historia sumaria,
1527-1550.

ÁLEX GRIJELMO

«**Hecatombe** del Real Madrid en el Bernabéu»,

titula *El País* en su primera página el 5 de diciembre de 1999, tras la derrota del equipo blanco en su propio campo frente al Zaragoza por ¡1 - 5! No se trata de ninguna muerte de personas, sino de un desastre deportivo. La palabra **hecatombe** hace honor a lo sonoro de la derrota.

La seducción de las palabras, 2000.

hermafrodita

El hermafroditismo, la presencia normal y funcional de ambos sexos en un mismo individuo, es un fenómeno natural extendido en numerosas especies animales. Nada tiene que ver con el estado de intersexualidad del ser

humano —considerado patológico—, que se caracteriza por la ambigüedad de los órganos genitales y la presencia de tejido testicular y ovárico en las gónadas. El término *hermafrodita*, que se documenta en el siglo XVI, proviene del latín *hermaphroditus*, y este, a su vez, del griego *hermaphróditos*, ‘hermafrodita, andrógino’, un compuesto de Hermes y Afrodita, dioses que desempeñan un papel importante en la génesis del mito. En efecto, si atendemos al relato de Ovidio (*Metamorfosis*), Hermafrodito era hijo de Hermes y Afrodita. Fue criado por las náyades del monte Ida y, convertido ya en un joven de

extraordinaria belleza, decidió viajar y conocer mundo. Un día de fuerte calor se zambulló en el lago donde habitaba la ninfa Salmácide y esta cayó rendida a sus encantos. Hermafrodito la rechazó destempladamente, pero Salmácide se aferró a él, suplicando a los dioses que les hicieran inseparables. Atendidos sus ruegos, los dos cuerpos se fundieron en uno solo, dando origen a un nuevo ser de doble naturaleza, representado generalmente con rostro asexuado, cuerpo de mujer y atributos masculinos.

DRAE

El término se recoge ya en la edición de 1780



«La persona que tiene los dos sexos de hombre y mujer, que por otro nombre se llama andrógono. Traen los autores varias opiniones del motivo, o causa para esta monstruosidad, por extensión se dice de otras cosas».

JUAN HUARTE DE SAN JUAN

Y, con esto, eran impotentes para engendrar; y si algún hijo varón les nacía, o salía eunuco o **hermafrodita**.

Examen de ingenios para las ciencias,
1575-1588.

MARÍA JOSÉ VILLAVERDE

La *femme fatale* representa el submundo de la castrante sociedad victoriana, una sociedad caracterizada como **hermafrodita** [...].

«Sexo y carácter. En el centenario de Weininger», *El País*, 4/X/2003.

hermético

La voz se aplicó inicialmente a todo lo relacionado con la doctrina de carácter alquímico, astrológico, filosófico y místico atribuida a Hermes Trismegisto ('tres veces grande'), nombre griego de

Tot, el dios egipcio de la sabiduría. Con el tiempo, esta divinidad fue convirtiéndose en la tradición popular en un rey mítico, mago de capacidades excepcionales, y como tal se incorporó a la cultura griega. Su figura quedó vinculada a numerosos escritos de carácter esotérico que ejercieron notable influencia en Occidente.

Es precisamente el nombre de este personaje legendario el que está en el origen del término aquí tratado, que procede del latín medieval *hermeticus*, derivado del latín tardío *Hermes [Trismegistus]*. Lo curioso es cómo asumió su más extendido significado

actual, para lo cual hay que remontarse al sello hermético, empleado para el cerramiento de vasijas y así llamado por obtenerse por fusión de la materia de que está formado el vaso, por tanto mediante un procedimiento químico conocido únicamente por unos pocos (lo que justifica la referencia a Hermes). Sólo después el adjetivo se generalizó para calificar cualquier cerramiento que impide el paso del aire u otro fluido.

DRAE

La primera aparición del término se produjo en 1803, en la cuarta edición: «Junto con el nombre *sello* es el cerramiento de una vasija por su

extremidad, hecho con la misma materia de que ella es». Ya en 1884 se incluye la acepción filosófica, y en 1903 la que puede considerarse hoy acepción principal: «Dícese de lo que cierra una abertura de modo que no permita pasar el aire ni otra materia gaseosa». Su significado figurado: «Impenetrable, cerrado, aun tratándose de cosas no materiales», se recoge en 1925, en la decimoquinta edición.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

[...] y algunas de las leyendas de Hermes, a quien identificaron con su Christos antes que hubiesen venido los neoplatónicos a apoderarse del mito **hermético** para atribuirle libros, ni los alquimistas a suponerle inventor de la piedra filosofal.

Historia de los heterodoxos españoles,
1880-1881.

FRANCISCO UMBRAL

Todos reían siempre con esta salida de Lozoya. Con ellos está hace algún tiempo Ricardo Uría, actor y judío, un hombre de dos metros, sombrío e irónico, lúcido y **hermético**, que hiciera teatro con García Lorca en La Barraca.

Leyenda del César visionario, 1991.

hipopótamo

Pese a su aspecto calmado y a su condición de herbívoro, el hipopótamo es un animal feroz. Puede llegar a pesar cuatro toneladas y vive en los lagos y ríos africanos, donde pasa sumergido gran parte del día. Los más recientes

estudios genéticos, de hecho, parecen emparentarlo directamente con los cetáceos. No era esta, lógicamente, la idea existente en la Antigüedad. Así, los griegos lo llamaron *hipopótamos*, de *hippos*, ‘caballo’, y *potamós*, ‘río’; literalmente, por tanto, ‘caballo de río’. De esta voz se deriva la española (documentada ya en el siglo XVI), a través del latín *hippopotāmus*.

Heródoto, el padre de la historia, afirmaba que los egipcios rendían culto al hipopótamo. Y así era, en efecto. Aunque, en realidad, el hipopótamo macho era sobre todo temido. Se consideraba una encarnación del mal y

estaba ligado al dios Seth. Como tal, era enemigo del faraón —encarnación terrestre de Horus—, por lo que son muchas las representaciones de los monarcas egipcios dando caza a hipopótamos. El hipopótamo hembra, por el contrario, tenía atributos benévolos y, asociado a la diosa Tauret, se consideraba protector de la maternidad.

DRAE

Así se define el término en el *Diccionario de autoridades* (1734): «Animal feroz que se cría en los grandes ríos, y particularmente en el Nilo. Tiene dos uñas hendidas como el buey: el cuello, crin y

espalda de caballo, y relincha como él. Tiene el rostro romo, la cola torcida, y los dientes como los colmillos del jabalí. Dicen pretende tener acceso con su madre, y si el padre lo defiende le hace rostro, y le mata si puede».

JUAN DE PINEDA

Y esta es la raíz de las letras jeroglíficas que con figuras de animales significan grandes sentencias, como dije del león, y como la cigüeña significa la misericordia, y el **hipopótamo** la rigurosa justicia.

*Diálogos familiares de la agricultura
cristiana, 1589.*

MIGUEL SEGUÍ

Una descripción que encaja plenamente con la de esa bestia, y que podría ser perfectamente

capaz de matar a cualquier **hipopótamo** o elefante que se le cruzase en el camino.

Los últimos dinosaurios vivos. Tras la pista de un mundo perdido, 2002.

histeria

La histeria ha sido considerada tradicionalmente una enfermedad específica de la mujer, como pone de manifiesto el origen de su nombre, que procede del cultismo francés *hystérie*, formado en el siglo XVIII a partir del griego *hystéra*, ‘útero, matriz’. De hecho, la vinculación del útero y las enfermedades nerviosas se remonta a

época griega, e Hipócrates relaciona ya la matriz con los ahogos o sofocos. La justificación no deja de ser curiosa: el útero errante. Si atendemos al testimonio de Platón en el *Timeo*, el útero, «si permanece sin producir fruto mucho tiempo después de pasada la sazón conveniente, se irrita y se encoleriza; anda errante por todo el cuerpo, cierra el paso al aire, obstruye la respiración [...] y engendra mil enfermedades».

En época medieval, la histeria —o alguna de sus manifestaciones— fue identificada con la posesión satánica y la brujería, y condenada en ocasiones con la hoguera. La relación de la

enfermedad con la ausencia de relaciones sexuales había quedado establecida desde antiguo, y ya Galeno recomendaba para su cura provocar el orgasmo de la mujer —el paroxismo histérico, como sería llamado después—. Este fue el «tratamiento» de moda desde finales del siglo XVIII. Y también el origen del vibrador. Con posterioridad, los estudios de Charcot, primero, y Freud, después, comenzaron a aportar algo de luz sobre el tema, que en época victoriana había llegado a convertirse en una auténtica epidemia, en particular porque casi cualquier manifestación «anómala» era catalogada como síntoma de histeria. Hoy, en su

sentido tradicional, la histeria ha desaparecido de los manuales médicos, pero su nombre permanece ligado a los prejuicios históricos sobre la mujer y su sexualidad.

DRAE

El término no se recoge en el diccionario hasta la decimonovena edición, de 1970, si bien se remite a *histerismo*. Este término se define así: «Enfermedad nerviosa, crónica, más frecuente en la mujer que en el hombre, caracterizada por gran variedad de síntomas, principalmente funcionales, y a veces por ataques convulsivos». || «Estado pasajero de excitación nerviosa producido a consecuencia de una situación anómala».

EMILIA PARDO BAZÁN

«No seas de estos cobardes vacilantes de la presente generación, impregnada de la mujer, de su piedad, de sus lágrimas, de su **histeria**. Se varón».

La Quimera, 1905.

ALBERTO MIRALLES

Mercán. —[...] Recuerde que este es un país exaltado, sentimental y propenso a la **histeria**. No sólo será un levantamiento militar, sino civil.

El último dragón del Mediterráneo,
2002.

holocausto

La voz *holocausto* proviene del latín tardío *holocaustum*, ‘sacrificio con quema total de la víctima’, y este del griego *holókauston*, de *hólos*, ‘entero’ (como en *holó-grafo*, ‘enteramente autógrafo’), y *káiō*, ‘yo quemo’. Tal fue también el significado que asumió inicialmente en castellano, donde se documenta ya en el siglo XIII. Aunque fue practicado por griegos y romanos, este tipo de sacrificio ritual, que se ofrecía a diario en el templo, era propio del pueblo judío (en hebreo se denominaba *olah*, ‘ascendente’, porque la víctima ascendía en forma de humo) y tenía como objetivo hacer manifiesta su consagración a Dios.

Los conceptos de ‘víctima’ y de ‘completitud’ subyacen también en el significado hoy mayoritario de *holocausto*, ‘gran matanza de seres humanos, en particular cuando esta se produce por razones políticas, religiosas o étnicas’. Por antonomasia, el término se identifica con el exterminio judío llevado a cabo de forma sistemática por el régimen nacionalsocialista alemán durante la Segunda Guerra Mundial. Se calcula que en este periodo, y especialmente entre 1941 y 1945, cuando se puso en marcha la Solución Final, fueron asesinados seis millones de judíos —muchos de ellos en las

cámaras de gas—, en el que ha sido el mayor genocidio de la historia de la humanidad. En hebreo se denomina la Shoah, ‘la Catástrofe’.

DRAE

Su significado más tradicional se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1734): «Sacrificio especial, en que se consumía enteramente toda la víctima, por medio del fuego». || «Figurativamente se toma por la misma víctima: y así se dice que Cristo se ofreció en holocausto a su Eterno Padre por los pecadores». La acepción ‘gran matanza de seres humanos’ se recoge por primera vez en el *Diccionario manual* de 1989.

FRAY HERNANDO DE TALAVERA

[...] y el profeta dice en el salmo: sacrificio y ofrenda no quise, **holocausto** y por pecado no pediste, que eran dos maneras de sacrificios. Y entonces dice Jesucristo: a he que vengo a dar otra ley y a redimir padeciendo.

Católica impugnación del herético libelo maldito y descomulgado, 1487.

PRENSA

La Europa de hoy está marcada por las experiencias de los regímenes totalitarios del siglo XX y por el **holocausto**, la persecución y exterminio de los judíos europeos en el que el régimen nacionalsocialista involucró también a las sociedades de los países conquistados.

El País, 04/06/2003.

hostia

El cruce de culturas y tradiciones es manifiesto en todos los pueblos de Europa, y en particular en los mediterráneos. También en el ámbito sagrado. Esto explica el origen de un vocablo como *hostia*, ‘hoja de pan ázimo empleada en el sacrificio de la misa’, que se utiliza en castellano desde la primera mitad del siglo XIII. Se trata, en efecto, de una voz pagana, ya que en latín designaba la ‘víctima de un sacrificio’, aunque acabaría remitiendo exclusivamente a las de pequeño tamaño. Con la extensión del

cristianismo en Roma, algunos de los términos propios de los ritos paganos fueron aplicados a la liturgia de la nueva religión. Uno de ellos fue *hostia*, que adoptó un valor simbólico, el del cuerpo de Cristo, «cordero de Dios» ofrecido en sacrificio para el perdón de su pueblo: con este valor empleó ya la palabra el papa Gregorio Magno en el siglo VI.

No hay seguridad sobre el origen de la voz latina; según Ovidio, provendría de *hostis*, ‘enemigo’, por la vieja tradición de ofrecer a los vencidos en sacrificio a los dioses. Sin embargo, es posible que se derive de *hostīre*, un verbo de

significación incierta: según unos, ‘igualar’; según otros, ‘herir, lastimar’. Esta última acepción, por cierto, se adaptaría como un guante a su empleo actual, malsonante, como ‘golpe fuerte’. No obstante, se trata de una mera coincidencia. En español son varios los usos vulgares del término, que se emplea frecuentemente como interjección. Esta ha sido considerada tradicionalmente blasfema, por lo que a menudo se ha sustituido —y se sigue sustituyendo— por el eufemismo *ostrás*.

DRAE

En 1734, el *Diccionario de autoridades* recoge diversas acepciones del término. Dos son las que aquí nos interesan: «La res que se ofrecía como víctima en sacrificio, quitándole la vida en el ara». || «En el sacrificio incruento del altar, se llama el cuerpo sacrosanto de nuestro señor Jesucristo, encerrado por un modo inefable debajo de las especies de pan y vino, el cual se ofrece al Eterno Padre todo los días por nosotros». Sólo en el *Diccionario manual* de 1984 se incorporan los usos vulgares y malsonantes.

DON JUAN MANUEL

E hablaré primero en el sacramento del cuerpo de Dios, que es el sacramento de la **hostia** que se consagra en el altar.

El conde Lucanor, 1325-1335.

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

—¡Ah! ¿Conque esas tenemos? ¿Usted cree que arrancamos las confesiones a punta de pistola o a **hostia** limpia?

—Hay quien sólo con entrar en comisaría ya se caga en los pantalones y firma hasta su propia orden de fusilamiento.

La soledad del mánager, 1977.

I

idiota

Aunque sólo en época reciente haya adquirido su sentido actual, *idiota*, como otros insultos, tiene su origen en las lenguas clásicas. El término proviene del latín *idiōta*, y este fue tomado del griego *idiōtēs*, ‘hombre privado o particular’. En la antigua Grecia, y en especial a partir del siglo V a. C., el siglo de Pericles, en el que se estableció la democracia ateniense,

existía una opinión negativa de quienes no participaban en la cosa pública, de aquellos ciudadanos que defendían exclusivamente sus intereses particulares dejando a un lado la política. Paulatinamente, por tanto, el término debió de ir adquiriendo un valor peyorativo del que carecía en principio. Este es ya evidente en latín, lengua en la que significa ‘zafio, ignorante’. Con este significado se incorporó al castellano en la primera mitad del siglo XIII. Sólo una centuria después empezó a emplearse en inglés para designar el retraso mental, pero fue en el siglo XIX cuando se generalizó como término médico, hasta acabar remitiendo a la deficiencia

mental severa. De aquí se deriva, como puede suponerse, su significado más habitual hoy día, ‘tonto, de corto entendimiento’.

DRAE

El término se recoge ya en 1734, en el *Diccionario de autoridades*: «El ignorante, el que no tiene letras». En 1884, en la duodécima edición, se define por primera vez como «Falto de entendimiento, imbécil».

FRAY ANTONIO DE GUEVARA

De verdad, si en mi mano fuese, yo antes daría la vida a un búbalo simple que a un **idiota** malicioso, porque aquel animal vive en utilidad de muchos y sin daño de alguno, y el hombre

idiota vive en daño de todos y sin provecho de alguno.

Libro áureo de Marco Aurelio, 1528.

JUAN GOYTISOLO

¿[...] buscando rabiosamente entre tanto la humillada, y torpe silueta del niño **idiota**: pasmado, hidrocéfalo, con la estólida boca abierta?: ausente, ausente [...].

Reivindicación del conde don Julián,
1970.

infierno

El término *infierno*, documentado en castellano a mediados del siglo XII, proviene del latín *infernum*, de *inferus*,

‘de abajo, subterráneo’. Pese al origen latino de la palabra, el infierno, como lugar al que van las almas de las personas que mueren en pecado, es un concepto propio del cristianismo — aunque presente en otras religiones orientales—. La mayor parte del Antiguo Testamento fue escrito en hebreo, mientras que el griego es la lengua del Nuevo Testamento, de modo que en la Biblia se emplearon hasta cuatro voces diferentes para referirse al infierno: Hades, Tártaro, Sheol y Gehena.

El Hades es, en la cultura grecorromana, la morada común de los muertos;

habitado por las almas errantes, se accedía a él cruzando la laguna Estigia gracias a los servicios del barquero Caronte. Con posterioridad, el orfismo y la filosofía griega (Platón, sobre todo) introdujeron la idea del juicio tras la muerte. Las almas condenadas iban al Tártaro, el profundo abismo rodeado por un río de fuego (el Flegetonte) que en origen servía de prisión a los titanes, vigilados por los *hecatonquires*, ‘los seres de cien brazos’. A pesar de la distancia conceptual, es este inframundo clásico el que parece haber influido más decisivamente en el imaginario cristiano del infierno, forjado sobre todo en la Edad Media a partir de los *Diálogos* del

papa Gregorio Magno. De hecho, es escasa en este aspecto la tradición judía, donde el Sheol, el lugar de los muertos, se concebía inicialmente como prolongación sombría de la vida; a él se superpone posteriormente la Gehena, interpretada sobre todo como lugar de purificación.

DRAE

Así se define la voz en el *Diccionario de autoridades*, de 1734: «Lugar debajo de tierra, o cóncavo dentro de ella». || «Se llama por antonomasia el lugar de los condenados, que está en lo más bajo de la tierra o en el centro de ella».

JUAN DE TIMONEDA

—Decí, compadre, si decís que os queréis ahorcar, porque estáis condenado para el **infierno**, pues sabéis que allí no hay sino penas y tormentos, necedad me parece a mí ir temprano a penar.

Buen aviso y portacuentos, 1564.

MIGUEL ÁNGEL SABADELL

Su fábrica estaba situada en Hiroshima, a cinco kilómetros del centro de la explosión de la bomba atómica, y cuando notó que se levantaba un viento candente, corrió, primero hacia el mar y después hacia el río que rodeaba su ahora destruida fábrica. Lo cruzó a nado sólo para descubrir que allí también había llegado el **infierno**.

El hombre que calumnió a los monos,
2003.

ínfulas

A menudo los objetos incorporan una función simbólica, asumen connotaciones que exceden su puro valor material y conforman un lenguaje no verbal determinado culturalmente. Es el caso, por ejemplo, de los uniformes o las insignias, de la corona o el cetro, todos ellos expresión de autoridad o poder. Entre estos objetos simbólicos se incluía la ínfula (o las ínfulas), pese a que hoy hayamos perdido conciencia de ello. Se trata de un tocado de lana blanca del que cuelgan lateralmente dos cintas, y era empleado por los

sacerdotes y por algunos reyes de la antigüedad como atributo de dignidad e inviolabilidad. Es, además, el antecedente de las dos cintas —también llamadas *ínfulas*— que penden de la parte posterior de la mitra episcopal. No resulta difícil, por tanto, entender el proceso que condujo al término a asumir su significado hoy día más habitual, ‘vanidad pretenciosa’. El origen de la palabra (que se confunde ocasionalmente con *ínsula*: «tiene muchas ínsulas», se oye de vez en cuando por ahí) es latino, puesto que proviene de *infŭla*, y se documenta en español ya en el siglo XV, aunque su significado figurado corresponde a la

centuria siguiente.

DRAE

«Adorno de lana blanca, a manera de venda, con dos tiras caídas a los lados, con que se ceñían la cabeza los sacerdotes de los gentiles y los suplicantes y que se ponía sobre las de las víctimas. Usábanlo también en la antigüedad algunos reyes». || «Presunción o vanidad». En 1936 se incorpora la acepción de la mitra episcopal.



ALFONSO DE PALENCIA

Infula. Es venda o faja sacerdotal blanca a manera de mitra, de que de cada parte penden vendas [...].

Universal vocabulario en latín y en romance, 1490.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Empezamos a jugar con pelotas de trapo y alcancé a ser un buen portero, pero cuando pasamos al balón de reglamento sufrí un golpe en el estómago con un tiro suyo tan potente, que hasta allí me llegaron las **ínfulas**.

Vivir para contarla, 2002.

inmolar

El significado de *inmolar* es ‘sacrificar una víctima a la divinidad’. ¿De dónde proviene? Pues bien, algo consustancial a cualquier sacrificio es el ritual y es precisamente uno de los elementos de este ritual el que dio origen a la formación del término. Su procedencia es latina, y en concreto deriva de *immōlāre*, voz que se usaba con idéntico significado y que se formó a partir del sustantivo *mola*, ‘harina sagrada utilizada en los sacrificios’. Esta harina, tostada y mezclada con sal (*mō la salsa*), se espolvoreaba sobre la cabeza de la víctima antes del sacrificio.

La palabra se documenta en castellano

desde el siglo XV y, como verbo pronominal, asumió posteriormente un significado algo diferente: ‘ofrecer la vida por alguien o por una causa’. Es frecuente que, con este sentido, se le anteponga, el prefijo *auto-*. Sin embargo, la inmolación la lleva cabo siempre uno mismo y voluntariamente, por lo que *autoinmolarse* resulta redundante.

DRAE

El término se recoge ya en 1780, en la primera edición del diccionario: «Sacrificar, matando alguna víctima, que en la ley antigua era acto de religión; y también le tenían por tal los gentiles en culto de sus

falsos dioses». || «Figuradamente se dice del sacrificio sagrado de nuestra religión; y así se dice que Cristo nuestro bien fue inmolado por los pecados de los hombres. Y también de otras acciones correspondientes a la acepción de sacrificar o sacrificarse en sentido moral y figurado, aunque así es poco frecuente».

GABRIEL LOBO LASSO DE LA VEGA

Habíale con instancia suplicado que el inhumano, cruel y torpe vicio de **inmolar** sangre humana se dejase y que de todo punto lo evitase.

Mexicana, 1588-1594.

MARÍA SEOANE

La aventura siniestra de esos militares dispuestos a **inmolar** a jóvenes soldados sin

instrucción militar, sin pertrechos y mal alimentados en una guerra inútil en el Atlántico Sur [...].

Argentina. El siglo del progreso y la oscuridad, 1900-2003.

J

jamón

El préstamo, la adopción de palabras de otros idiomas, constituye un fenómeno natural entre las lenguas. Unas veces, estos préstamos sirven para designar realidades nuevas o desconocidas hasta entonces en el ámbito de la lengua de acogida; con frecuencia, sin embargo, son simplemente resultado de un proceso de mimetismo debido al prestigio social o cultural de la otra

lengua en un momento histórico determinado. Este es el caso de la voz que da nombre a algo tan genuinamente español como el jamón. El término es en realidad un galicismo que se incorporó al castellano en el siglo XVI: procede, en efecto, del francés *jambon*, derivado de *jambe*, ‘pierna’. A su vez, el portugués *presunto* se tomó del italiano *prosciutto*. ¿Y cómo llamábamos entonces al jamón? Pues, aunque nos lo comiéramos con igual deleite —que para estos menesteres la lengua no influye tanto—, lo llamábamos *pernil*, del latín *perna*, ‘pierna, especialmente de animal’, como se sigue haciendo en catalán, por ejemplo.

DRAE

El término se define en el *Diccionario de autoridades* (1734) de esta manera: «La lunada o nalgada del puerco».

FRANCISCO DELICADO

—Ven acá, come, pues que veniste tarde, que milagro fue quedar este bocado del **jamón**. Corta y come, y beberás.

Rampín. —Ya he comido, no quiero sino beber.

La lozana andaluza, 1528.

ÁLVARO CUNQUEIRO

Peleaba cubriendo a su amo por la espalda, y le gustaba gritar su nombre en las batallas. Sabía de arroces y le gustaba el **jamón** en dulce, y en beber prefería el soave.

jaque

El jaque, en →AJEDREZ, es la jugada en la que se amenaza directamente al rey del contrario. Si este no puede evitar ser capturado, se habla de *jaque mate*, jugada que pone fin a la partida. La palabra, que se documenta a finales del siglo XIII, procede del árabe clásico *šāh*, y este del pelvi *šāh*, ‘sah, rey de los persas’. El pelvi es la forma escrita del persa, de modo que el término reproduce buena parte de los avatares

del juego hasta su llegada a Europa.

El mismo origen tiene la voz *escaque*, ‘cada una de las 64 casillas del tablero de este juego’, que primero se empleó con el significado de ‘ajedrez’. El paso de *šāh* a *escaque* resulta anómalo, pero probablemente se deba a una mala interpretación fonética durante el bajo latín, cuando se utilizó la grafía *sc-* para representar el sonido *š*. De ese *scaccum* latino (en cuya formación pudo influir también el germánico *skâk*, ‘robo, botín’) procedería *escaque*, es posible que a través del occitano o el catalán (donde el ajedrez se llama *escacs*).

DRAE

Se da entrada al término por primera vez en 1817, en la quinta edición: «En el juego del ajedrez es el lance en que con esta voz se da aviso siempre que el rey está herido de alguna pieza o trebejo del contrario, para que se libre y aparte para evitar el que llaman mate, con que se acaba el juego».

LUIS MILÁN

Dijo don Francisco Fenollet: Señor don Luis Milan, jugador debéis ser de ajedrez, que dais **jaque** a uno y mate a otro; a Joan Fernández dijistes mochuelo, y a mí que me entiendo de cantos de mochuelos.

El cortesano, 1561.

PRENSA

Sin embargo, según relató su mamá, Marjorie Álvarez, el ruso Krapivin rehusó inclinar el rey (señal de derrota) y obligó al nacional a recorrer toda la distancia hasta darle **jaque mate**.

Torneo Aeroflot de ajedrez, *La Nación de Costa Rica*, 19/02/2004.

jauja

«¡Esto es jauja!», suele decirse para expresar la gran prosperidad o abundancia de cualquier cosa. Ahora bien, ¿qué es eso de Jauja? Pues un valle del Perú famoso por la riqueza de su territorio. Allí estableció Pizarro el 25 de abril de 1534 la ciudad de Jauja, que

fue la capital española hasta la fundación de Lima un año después. Y allí se establecieron Pizarro y sus hombres tras salir de Cuzco, disfrutando en este tiempo de su buen clima y de las bondades del territorio. Algo más de una década después estas fueron loadas de forma hiperbólica por Lope de Rueda en un célebre paso, *La tierra de Jauja*, donde los protagonistas llegan a afirmar que en la ciudad «hay un río de miel y otro de leche» y «pagan a los hombres por dormir». Se habían establecido, pues, las bases para el mito de la legendaria abundancia del país, verdadero paraíso terrenal, probablemente promovido

intencionadamente para atraer a nuevos colonos y soldados.

DRAE

Aunque el lema se recoge en 1884, la acepción que aquí nos interesa sólo se incorpora en 1925, en la decimoquinta edición: «Nombre con que se denota todo lo que quiere presentarse como tipo de prosperidad y abundancia».

ALONSO BORREGÁN

[...] caballeros en la toma y muerte de Atabalipa fuéronse el camino Real hacia **Jauja** por que Diego de Agüero que fue a ver la tierra escribió del tesoro que en **Jauja** había visto en el adoratorio de los indios [...].

Crónica de la conquista del Perú,

CARLOS FUENTES

Robles abrió los ojos y apagó el fósforo antes de encender el puro:

—¿Dolor? ¿Cuál dolor? Aquí estamos en **jauja**, amigo. Pregúntele usted a un europeo si esto no es el paraíso.

La región más transparente, 1958.

jeroglífico

El término *jeroglífico* designa un tipo de escritura que se caracteriza por representar, en general, ideas o palabras por medio de figuras, y no a través de signos fonéticos o alfabéticos. Se

documenta en castellano ya en el siglo XVI y se deriva del desusado *hieroglífico*, tomado del latín tardío *hieroglyphicus*, pero su origen último es griego. Concretamente, procede de *hieroglyphikós*, de *hierós*, ‘sagrado’, y *glýphein*, ‘cincelar’, ‘grabar’, puesto que la escritura egipcia decoraba, fundamentalmente, las superficies de templos y tumbas.

La escritura jeroglífica se remonta al menos al año 3000 a. C. y fue indescifrable hasta el siglo XIX. En su conocimiento resultó clave la piedra de Rosetta —que se conserva en el Museo Británico, en Londres—, localizada en

esta región egipcia por las tropas de Napoleón Bonaparte. Se trata de un fragmento de una antigua estela de granito que contiene tres versiones de un decreto del faraón Ptolomeo: una en jeroglíficos egipcios, otra en escritura demótica —sistema alternativo de escritura del antiguo Egipto— y una tercera en griego, lo que permitió al lingüista francés Jean-François Champollion descifrar en 1822 la escritura jeroglífica y determinar que, en contra de lo que se pensaba, muchos jeroglíficos poseían un valor fonético.

Se recoge ya en la edición de 1780, aunque con la grafía *geroglífico*: «Expresión del concepto, y lo que se quiere decir por figuras de otras cosas que se ofrecen a la vista; como la palma lo es de la victoria, y la paloma del candor del ánimo». Como ‘pasatiempo o juego de ingenio’ se añade en 1899.

FERNÁN GONZÁLEZ DE ESLAVA

En esta puerta está un águila con dos cabezas, que significa las dos naturalezas de Cristo en un supuesto, y el matrimonio que contrajo con nuestra naturaleza. Tenía este **jeroglífico** la letra siguiente [...].

Coloquio dieciséis del bosque divino,
1578.

ROSA CHACEL

[...] el desvelo me crispaba en una tensión que no amenazaba llanto, que me ponía ante la oscuridad como ante un **jeroglífico** que era forzoso descifrar [...].

Autobiografía de mis primeros diez años, 1972.

jinete

La palabra *jinete* se introdujo en castellano en el último cuarto del siglo XIII. Y no por casualidad. ¿Qué pasó entonces? Pues que un contingente de los Zeneta, una confederación de tribus bereberes del norte de África conocida por la cría de caballos y el

dominio de la equitación, acudió a la Península en apoyo de los nazaríes del reino de Granada. Y, en efecto, el término, que inicialmente significó ‘soldado de a caballo que pelea con lanza y adarga, y estribos cortos’, proviene del árabe hispánico *zanáti*, gentilicio de *Zanāta*, ‘Zeneta’.

Entre estos zenetas —algunos de los cuales ya se habían establecido en al-Ándalus como mercenarios en época del califato— destaca muy especialmente la dinastía de los meriníes o benimerines, quienes, tras tomar Fez y Marrakech, establecieron un gran imperio en el Magreb en sustitución de los almohades

e intervinieron en el sur peninsular, donde, desde su feudo de Algeciras, llegaron a reconquistar Gibraltar y a sitiar Tarifa antes de sufrir la decisiva derrota del Salado (1340).

DRAE

El término se recoge, aunque con la grafía *ginete*, en el *Diccionario de autoridades* (1734): «El soldado de a caballo que pelea con lanza y adarga, y lleva encogidos los pies con estribos cortos, que no pasan de la barriga del caballo». || «Se llama también el que sabe montar bien un caballo, y es diestro en el manejo de él».

ANÓNIMO

Señor, sepades que el infante don Manuel, mío padre, que Dios perdone ovo dado en Aspe a Çuleman el **Ginete** un heredamiento que lo oviesse e lo toviesse en sus días.

Recomendación de Don Juan Manuel a favor de su canciller, a quien había dado un heredamiento en Elche, 1305.

ANGÉLICA GORODISCHER

Los clavicordios se interrumpieron en medio de la trigésima sonata. Un **jinete** entraba a galope tendido en el patio de honor.

Bajo las jubeas en flor, 1973.

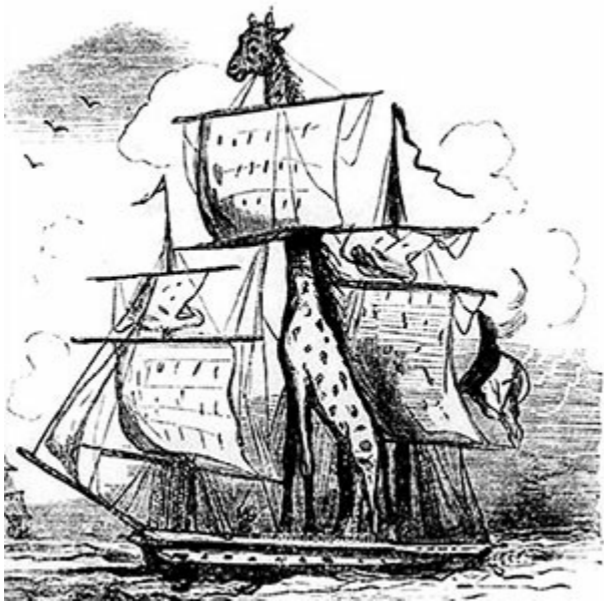
jirafa

La jirafa, ese mamífero rumiante de

cuello largo y esbelto que habita en las sabanas africanas, es el animal terrestre más alto —puede acercarse a los seis metros— y uno de los más sorprendentes. Su nombre proviene del árabe clásico *zurāfah* o *zarāfah*, aunque se incorporó al castellano a través del italiano *giraffa*. Se documenta en nuestra lengua en la segunda mitad del siglo XVI; antes, sin embargo, se habían utilizado otros nombres directamente tomados del árabe, como *zarafa* (segunda mitad del siglo XIII), *azor(r)afa* (siglos XIII-XIV) y *azoraba* (hacia 1300). Ruy González de Clavijo, que vio cómo un embajador del califa de Bagdad llevaba un ejemplar como

presente a Tamerlán, la llamó *jornusa*, haciendo una notable descripción del animal.

Mayor fue el periodo de vigencia de la denominación *camello pardal*, que todavía hoy figura en el diccionario académico. Este compuesto proviene del término latino *camēlopardālis* (nombre científico de la especie), que deriva a su vez del griego *kamēlopárdalis*, de *kámēlos*, ‘camello’, por la longitud del cuello de estos animales, y *párdalis*, ‘leopardo’, por el característico dibujo de su piel.



DRAE

El término se recoge en la primera edición del diccionario, de 1780: «Lo mismo que

camello pardal [cierto animal parecido en parte al camello y en parte al pardo]».

RUY GONZÁLEZ DE CLAVIJO

Había [tenía] el cuerpo tan grande como un caballo, y el pescuezo muy luengo, y los brazos mucho más altos que las piernas... Y el pescuezo había delgado, como ciervo, y las piernas había muy cortas según la longura de los brazos...; y las ancas había derrocadas de yuso [hacia abajo], como el búfano [búfalo]; y la barriga, blanca; y el cuerpo, de color dorado y rodado de unas ruedas blancas y grandes; y el rostro había como de ciervo... y los ojos muy grandes y redondos, y las orejas, como de caballo; y cerca de las orejas tenía dos cornezuelos pequeños, redondos, e lo más de ellos cubiertos de pelo... Y tan alto había el pescuezo..., que... encima de un árbol tan alto alcanzaba a comer las hojas de él, que las

comía mucho. Así que hombre que nunca lo hubiese visto, le parecía cosa maravillosa de ver.

Embajada a Tamerlán, 1406.

juanete

Un *juanete* es el ‘hueso del nacimiento del dedo grueso del pie, cuando sobresale demasiado’. El término, que se documenta ya a principios del siglo XVII, se formó a partir del diminutivo o despectivo de *Juan*, entendido como nombre común entre la gente rústica, pues se atribuía a la gente de campo ser juanetuda.

Curiosa es su relación con la voz *galindo*, harto extendida como antropónimo, Sin embargo, es también un adjetivo, hoy en desuso, que significa ‘torcido, engarabitado’. Se aplicaba particularmente a los pies, de modo que el *pie galindo* era el pie deforme, con figura de garabato, y, por extensión — por metonimia—, se utilizó como apodo para designar a la persona que lo tenía con el significado de ‘el juanetudo’.

DRAE

El término tiene ya entrada en el *Diccionario de autoridades*, de 1734: «El hueso del nacimiento del dedo grueso del

pie, que en algunos sobresale mucho: y por semejanza se llaman así los huesos altos de las mejillas, cuando se descubren mucho, por estar flaco el sujeto».

FRANCISCO DE QUEVEDO

[...] y levantando las faldas que le han alzado otras veces, descubrió dos pies pequeños, horros de todo **juanete**; piernas de buena persona y proporcionado vientre [...].

Poesías, 1597-1645.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

[...] el rostro cuadrado, obtuso, mongólico, con mejillas de **juanete**, ojos de gato montés y un mostacho, lustroso y compacto, como de ébano, que pendía buen trecho por entrambas

extremidades.

Tigre Juan, 1926.

juerga

Convendremos en que no viene mal una buena juerga de vez en cuando. Siempre que no interfiera en el trabajo, claro. Y es que *juerga* y *trabajo* son palabras difícilmente compatibles, como se encarga de atestiguar la etimología de la primera. La voz *juerga*, ‘diversión bulliciosa’, nació en Andalucía en la segunda mitad del siglo XIX en relación con el esparcimiento vinculando el cante y el baile flamencos. Y no deja de

resultar curiosa su procedencia, ya que se trata de una variante de *huelga*, voz bien conocida que, sin embargo, en origen significó ‘tiempo que alguien está sin trabajar’ y, también, ‘placer, regocijo, diversión en un lugar ameno’.

Y si seguimos tirando del hilo veremos que *huelga* deriva de *holgar*, ‘descansar, estar ocioso’ y ‘divertirse, disfrutar’, que, a su vez, proviene del latín tardío *follicāre*, ‘resoplar, respirar’, puesto que esto es lo que se hace para tomar aliento cuando se descansa tras un gran esfuerzo. Con el término latino se relaciona también, por cierto, el antiguo *folgar*, una de cuyas

acepciones era ‘tener ayuntamiento carnal’. En resumidas cuentas: la juerga por un lado y el trabajo por otro.

DRAE

La voz se recoge por vez primera en la decimocuarta edición, de 1914, remitiendo a *huelga* («Recreación que ordinariamente se tiene en el campo o en un sitio ameno»). Ya en 1936 se añade una segunda acepción: «En Andalucía, diversión bulliciosa de varias personas, acompañada de cante y baile flamencos».

BENITO PÉREZ GALDÓS

Villalonga. —Y el corruptor de las personas graves y sesudas como yo. Este fue el que me arrastró a la **juerga** de anoche, de que le

hablaba a usted hace un momento.

Novela en cinco jornadas, 1889.

ANTONIO DÍAZ CAÑABATE

La **juerga** resultó de aúpa. Avisaron a la Juncal para que llevara a unas amigas. El Merluzo estaba a sus anchas. Vino. Cante. Mujeres. Jayeles en la buchaca.

Paseíllo por el planeta de los toros,
1970.

K

kermés/quermes

La voz *kermés* (o *querμές*), ‘fiesta popular, al aire libre, con bailes, rifas y concursos’, ha tenido especial arraigo en algunos países de América. Proviene del francés *kermesse*, y este del neerlandés medio *kercmisse*, ‘misa de iglesia’. Las kermeses tienen su origen en la actual Bélgica y el norte de Francia durante la Baja Edad Media, vinculadas en origen al patrón local,

aunque con el tiempo fueron perdiendo su carácter religioso. En el siglo XVII se convirtieron en tema recurrente de la pintura de género flamenca.

Nada tiene que ver este término con *quermes* (o *kermes*), que hace referencia a un insecto parecido a la cochinilla que vive en la coscoja y cuya hembra forma en este árbol unas agallas de las que se obtiene un pigmento rojo grana empleado como tinte. Esta es una palabra de origen oriental, ya que proviene del árabe hispánico *qármaz*, y este del árabe clásico *qirmiz*, tomado del persa *kirm e azi*, ‘grana, cochinilla’. Está directamente emparentado con

carmesí, ‘rojo grana’, que se deriva del árabe hispano *qarmazí*, ‘del color del quermes’, aunque es probable que esta voz fuera adoptada por el castellano a través de otra lengua (quizá el catalán).

DRAE

En la primera edición del diccionario, publicada en 1780, se recoge *kermes*, desde donde se remite a la variante *karmes* (ya incluida también el *Diccionario de autoridades*): «El gusanillo que se engendra del coco de la grana, por lo cual se llama carmesí la tintura de este color, mudando la *k* en *c* fuerte; y en las boticas la confección hecha de dicha grana se llama *confección de alchermes*, o *alquermes* [...]; pero mejor *alkermes*». Muy posterior

es la introducción de *kermés*, ‘fiesta’, que, contemplado como barbarismo, se incorpora por primera vez en el *Diccionario manual* de 1927 (sólo se incluiría en el DRAE en 1984).

NICOMEDES PASTOR DÍAZ

La Australia y la Sajonia no han podido arrebatarnos aún a nuestros rebaños la primacía de sus vellones de seda: en el nopal de nuestros setos anida a millares el preciado **kermes** que ha reemplazado a la púrpura.

A la corte y a los partidos, 1846.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

El Infierno, un calderón de aceite al bando donde los pecadores se achicharran como boquerones: El Cielo, una **kermés** sin obscenidades, a donde, con permiso del

párroco, pueden asistir las Hijas de María.

Luces de Bohemia, 1920-1924.

L

laberinto

El término *laberinto*, que se documenta en castellano en la segunda mitad del siglo XIV, procede del latín *labyrinthus*, y este del griego *labýrinthos*, que ya tenía idéntico significado. Resulta muy conocida la relación de la palabra con el mito del Minotauro (→DÉDALO). El que este se ubique en Creta no es una mera casualidad, ya que el toro era objeto de culto en la isla. Y es que la

mitología, como se encargaría de demostrar Arthur Evans, no es, en muchos casos, sino una reinterpretación legendaria de la historia y la realidad.

Antes que él se había trasladado a Creta con el objetivo de excavar el palacio de Minos Heinrich Schliemann —quien había descubierto Troya basándose en las descripciones homéricas, y después Micenas y Tirinto—, pero no llegó a vivir lo suficiente. Fue Evans, por tanto, el encargado de descubrir, en los primeros años del siglo XX, el grandioso palacio de Cnosos y proyectar algo de luz sobre los orígenes de la cultura griega. Sus más de diecisiete mil

metros cuadrados se escalonaban intrincadamente en la ladera de una colina y albergaban más de mil estancias de todo tipo. Por las investigaciones de Evans tenemos noticias detalladas de la cultura minoica, que tuvo su apogeo en torno a 1600 a. C., época que se correspondería, por tanto, con el mito de Minos y el laberinto. ¿Es Cnosos el mítico laberinto? Muy probablemente, sí.

DRAE

El término se recoge en la primera edición del diccionario, de 1780. Se incluyen ya sus tres principales acepciones: «Lugar compuesto de varias calles, o encrucijadas

de difícil salida, sin socorrerse de algunas señales puestas a trechos, con que se distinga el camino por donde se entró». || «Cualquier cosa, o figura, difícil de entenderse sin particular explicación, o con unos principios, que sirvan como el hilo para desembarazarse en el laberinto». || «*Anat.* La segunda cavidad del oído interno, que está cavada en el huso petroso».

ALFONSO DE VALDÉS

No me metáis ahora en ese **laberinto**, a mi ver más peligroso quel de Creta. Dejemos algo para otro día.

*Diálogo de las cosas acaecidas en
Roma, 1527-1529.*

ÁLVARO POMBO

Sintió que aquel «queda obligado» equivalía en

su caso, para él, a: queda liberado de todo lo que no sea el verdadero y puro Fabián Ponce. Esto significaba librarse también del **laberinto** psicológico donde Isabel de la Hoz le había metido.

Una ventana al norte, 2004.

lacónico

Una persona lacónica es aquella que se expresa de manera breve y concisa. Vamos, una persona de pocas palabras. El término, que se registra en castellano con este significado en el primer cuarto del siglo XVII, proviene del latín *Laconicus*, y este del griego *Lakōnikós*,

‘propio de Laconia’. Laconia o Lacedemonia era en la antigua Grecia una región del Peloponeso. Su capital era Esparta, la rival histórica de Atenas. Como es bien conocido, los espartanos se caracterizaban por su fortaleza militar, por su disciplina férrea y por su austeridad, pero no por su elocuencia. Los niños pasaban a depender del Estado desde los siete años y recibían una instrucción muy rígida que comprendía el aprendizaje de la lectura y la escritura, así como de algunos rudimentos matemáticos. El resto de la actividad diaria se centraba en la educación física y la formación militar. La sociedad lacedemonia, volcada en la

guerra, dejó de lado la poesía, las artes y la filosofía, cerrándose sobre sí misma. Resulta más que evidente que no se daban las condiciones para la eclosión de un verbo florido, pero sí para que estos rudos soldados pronunciasen sentencias muy cortas y afiladas: *Apophthégmata Lakōniká* ('Apotegmas lacedemonios') fue el título de una obra de Plutarco; y de ahí vino el *laconismo* —«lo breve, si bueno, dos veces bueno»— preconizado en el siglo XVII.

DRAE

El término se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* (1734). Se define así: «Breve, conciso y compendioso. Dícese siempre del estilo, aludiendo al modo que tenían de hablar los lacedemonios, los cuales afectaban concisión en su estilo».

BALTASAR GRACIÁN

[...] en un epíteto se cifra tal vez un concepto, una alusión o una crisis, y hállanse algunos tan relevantes, que pasan los términos de su esfera. El estilo **lacónico** los tiene desterrados en primera ley de atender a la intensión [...].

Agudeza y arte de ingenio, 1642-1648.

EDUARDO GALEANO

Desde las gradas del Capitolio, Doris pronunció un **lacónico** discurso. Señalando el pórtico del Capitolio, dijo:

—Esto se está convirtiendo en una casa de putas.

Y se fue.

Bocas del tiempo, 2004.

leotardo

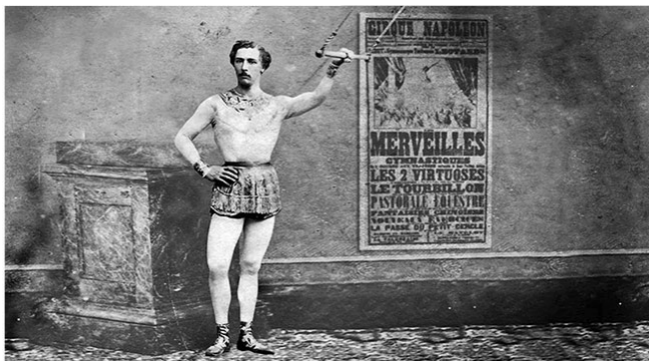
El francés Jules Léotard revolucionó el arte de la acrobacia en la segunda mitad del siglo XIX al inventar el trapecio volante. Aunque murió muy joven, a los 28 años —no por un accidente, sino al parecer por la viruela—, se hizo inmensamente popular. Su nombre ha pasado a la historia de la acrobacia, pero también a la de la moda. Para

realizar con más libertad y seguridad sus actuaciones y, de paso, exhibir su musculatura ante las damas, Léotard popularizó una vestimenta muy ceñida, sin costuras, que le cubría todo el cuerpo. Es el antecedente de las mallas o maillots usados por los gimnastas y bailarines (denominados *leotards* en inglés), pero también el de los leotardos, prenda a modo de pantalón ajustado, generalmente de lana, que cubre de los pies a la cintura.

DRAE

El término no se recoge hasta la vigésima edición, de 1984: «Prenda a modo de braga que se prolonga por dos medias, de modo

que cubre y ciñe el cuerpo desde la cintura hasta los pies».



FRANCISCO UMBRAL

Ese estado de gracia es que no tiene precio y el sobre es un inocente soborno que ayuda a llegar a fin de mes y comprarle otro **leotardo** a la niña casadera, que anda con el culo al aire (entre otras cosas porque le gusta).

«El Sobre», *El Mundo*, 22/11/1994.

ALEXÁNDER OBANDO BOLAÑOS

Frente a él había una hermosa estatua de un chico volando por los aires. Llevaba un **leotardo** plateado con estrellas azules y parecía tener uno de los brazos lisiados.

El más violento paraíso, 2001.

lesbiana

La palabra *lesbiana*, ‘mujer homosexual’, deriva de *lesbio*, ‘de Lesbos’, por alusión a Safo, poetisa griega de los siglos VII-VI a. C. Safo — como su contemporáneo Alceo, otro de los grandes poetas líricos de la época— era natural de esta isla del Egeo situada

en la costa oeste de Asia Menor, y en ella fundó una célebre escuela de poesía a la que asistían las jóvenes lesbianas. Aunque son pocos los versos que nos han llegado, su obra poética alcanzó un enorme éxito: Catulo tradujo al latín una de sus odas más bellas, compuestas en un género de estrofa que, en su honor, se llamó *sáfica*. Su poesía canta a la naturaleza, al amor y a la belleza, a la pasión desbordante, manifestada en el deseo o los celos. Aunque de ninguno de sus poemas puede desprenderse de manera explícita que mantuviese relaciones sexuales con sus discípulas —tradicción que parece partir de Anacreonte—, su nombre ha pasado,

directa e indirectamente, a designar el amor entre mujeres. A *lesbianismo* se suma así una voz como *safismo*, más culta pero de idéntico significado. En 1894 Pierre Louis recreó la Mitilene del siglo VI a. C. y los amores de Bilitis con Mnasídica, una joven conocida por un verso de Safo, en las *Chansons de Bilitis*, unas poesías supuestamente autobiográficas a las que puso música Debussy en 1897.

DRAE

La palabra se recoge por primera vez en 1884, en la duodécima edición, como sinónimo de *lesbio*, ‘de Lesbos’. Sólo en

1984 se incorpora su significado hoy más usual.

CONDE DE NOROÑA

¡Ay! Si Apolo me hubiera
La cítara **lesbiana** concedido
Y en el pecho sintiera
Hervir con llama ardiente
El pítico furor, ¡cuán atrevido
Con descubierta frente
Mi débil voz alzara
Para que en ambos polos resonara!

Poesías, 1799-1815.

CHAVELA VARGAS

Este tiempo maldito... La gente es asquerosa.
Esto digo y eso pienso. Soy **lesbiana**, soy
mujer. Parece un delito. Quizá lo sea, no me he
aprendido las leyes. Siento que la gente me

rechaza porque soy borracha y lesbiana [...].

Y si quieres saber de mi pasado, 2002.

M

macarrónico

El adjetivo *macarrónico* (del italiano *maccheronico*, tomado a su vez del dialectal *macarron*, ‘error garrafal’, propiamente ‘hombre débil, bobo’, y relacionado con el nombre de la pasta, según Corominas) se documenta en castellano en torno a 1565. Hoy se aplica a la lengua ‘usada de forma defectuosa o incorrecta’. Inicialmente hacía referencia sólo al latín, y en

particular al que, mezclado con romance, se empleaba de forma burlesca. Este tuvo enorme popularidad a principios del siglo XVI gracias a un género literario que —en parte por influjo de la literatura goliardesca— se desarrolló por entonces en Italia: la macarronea. El diccionario académico la define así: «Composición burlesca, generalmente en verso, que mezcla palabras latinas con otras de una lengua vulgar a las cuales da terminación latina». Las primeras se deben al paduano Tifi degli Odassi, autor de *Macaronea* (publicada hacia 1488), pero fue el humanista Teofilo Folengo (1491-1544) el que alcanzó mayor éxito

con este “latín de cocina”, como era también llamado, en la parodia ingeniosa de todos los géneros literarios».

DRAE

La voz se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1734): «Epíteto que se aplica a las composiciones burlescas, en que se confunde el latín con el romance: y por extensión se aplica también al latín que está lleno de solecismos y voces inventadas».

ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA

A la que ambos iban en esto emparejaron con don Quijote, que, yéndoles aguardando, había encontrado lo con dos mancebitos estudiantes que iban a Alcalá, con quienes había trabado

plática, hablándolos en un latín **macarrónico** y lleno de solocismos [...].

Don Quijote de la Mancha, 1614.

MANUEL LONGARES

Pero, gran pudorosa, expresaba en un francés **macarrónico** sus emociones artísticas así como el principio rector de su existencia, *la musique avant toute autre chose*, del que sinceramente se creía autora.

Romanticismo, 2001.

mamotreto

El origen de la palabra *mamotreto* no deja de ser sorprendente, pues proviene del latín tardío *mammothreptus*, y este

del griego *mammóthreptos*; literalmente, ‘criado por su abuela’, y de ahí, ‘gordinflón, abultado’, por la creencia popular de que las abuelas, por sobreprotección, crían niños gordos. El término, documentado en el latín de los siglos XII (Pedro Cantor) y XIII (Diego García, el canciller de Alfonso VIII) con el valor de ‘niño de teta’ —interpretándose *mamma* como si fuera una voz latina—, se usaba ya en castellano, con el significado de ‘libro o legajo de gran tamaño’, a principios del XVI. Después, por extensión, pasó a designar cualquier ‘objeto grande que constituye un estorbo o es de escasa utilidad’.

Con este último sentido es sinónimo de *armatoste*, voz también sonora pero de procedencia incierta. No obstante, parece clara su relación con el catalán antiguo *armatost*, ‘aparato con que se armaban las ballestas’, probablemente compuesto de *armar* y *tost*, ‘pronto’. Este fue también su significado original en castellano, pero, al dejarse de emplear la ballesta por el desarrollo de las armas de fuego, el viejo aparato se tornó inútil y embarazoso, dando lugar al significado actual del término.

DRAE

A pesar de que, más de un siglo antes



Covarrubias ya le daba a la palabra el significado primitivo citado en el texto, e *Diccionario de autoridades* (1734) la definió así: «El libro o cuaderno que sirve para apunta

y anotar las cosas, que se necesitan tener presentes para ordenarlas después». Habrá que esperar hasta 1869 para que se añada la acepción ‘libro o legajo de gran tamaño’ y sólo en 1984, en la vigésima edición, se registró como ‘objeto grande e inútil’.

FRANCISCO DELICADO

Quiere decir **mamotreto** libro que contiene diversas razones o copilaciones ayuntadas.

La lozana andaluza, 1528.

MARCOS AGUINIS

Entonces agrega puntapiés hasta llenarme de moretones. ¿Contra quién quería protegerme? ¿Contra Juan? ¡Pobre **mamotreto**! Juan partiría tu cara hinchada de un solo golpe, como una sandía madura.

La cruz invertida, 1970.

mandarina

La voz *mandarina*, ‘fruta semejante a la naranja, aunque algo más dulce y pequeña, y de piel generalmente fácil de separar’, se documenta en español en la segunda mitad del siglo XIX. Deriva del portugués *mandarim*, y este del malayo *mǎntāri*, que a su vez es alteración del sánscrito *mantrinah*, ‘consejero, ministro de Estado’. Su origen se sitúa en las zonas tropicales de Asia y su nombre se debe, muy probablemente, a la semejanza del color de la fruta con el de la vestimenta de los mandarines, los altos funcionarios de la administración

imperial china. Estos constituían una élite dirigente clave en la estructura y el gobierno del imperio. Eran seleccionados, sobre el principio teórico del mérito, mediante una oposición —en vigor desde el siglo VII hasta principios del XX— inspirada en el confucianismo. Su lengua, basada en los dialectos del norte, se llamó también *mandarín* y acabó convirtiéndose en el fundamento del chino moderno.

Pero volvamos a las mandarinas. En 1650 el marqués almirante don Vasco Luis de Gama envió a Vicente Nogueira, residente entonces en Roma como criado del cardenal Sacchetti, «naranjas de la

China», una fruta nunca vista en la Ciudad Eterna. «Todos desean ver este milagro de tener una naranja cuya cáscara verde se coma y cuyos gajos no tengan un sabor amargo», le escribió Nogueira que, nada más recibirlas, las envió en presente a cardenales y prelados. El éxito que tuvieron fue inenarrable: «El cardenal Barberini se volvió loco cuando mi criado se las puso encima de la mesa». Y añadió el portugués: «No se ha perdido pepita que no se sembrase; y están [todos] con gran curiosidad y esperanza de injertos». El epistolario, por desgracia, no da más noticias sobre la suerte de esas simientes.

DRAE

La voz *mandarín* se incluye en la edición de 1817: «En la China y otros reinos, el que tiene a su cargo el gobierno de alguna ciudad o la administración de justicia». En 1884 se recoge ya *naranja mandarina*: «Variedad más pequeña que la común, muy olorosa y que suelta la cáscara fácilmente». La voz *mandarina* tiene entrada en 1899: «Dícese de la lengua sabia de la China»; se remite, además, a *naranja mandarina*.

JOSÉ DE ACOSTA

Esta llaman la lengua **mandarina**, que ha menester la edad de un hombre para aprenderse [...].

Historia Natural y moral de las Indias,
1590.

JOSÉ DANTÍN CERECEDA

Las principales especies de naranjo son: el dulce (*Citrus aurantium* L.) [...]; el agrio, como el cajel (*C. vulgaris* Riss o), y la **mandarina** (*C. nobilis*).

Agricultura elemental española, 1933.

mapa

Si el mundo es un pañuelo, como se dice habitualmente, ¿qué podemos esperar de su representación en el plano, eso que hemos dado en llamar *mapa*? Pues nada muy diferente, si atendemos al origen etimológico del término. La palabra *mapa*, en efecto, procede del bajo latín

mappa, ‘mapa’, y este del latín *mappa*, ‘servilleta, pañuelo’, por el lienzo que se empleó antiguamente para hacerlos.

La voz se documenta ya en el siglo XIII, en principio como parte del compuesto *mapamundi*: según los poemas medievales, un *mapamundi* ilustraba la tienda de Alejandro Magno, como correspondía a quien se disponía a conquistar el mundo todo. Fueron los griegos los que sentaron las bases de la moderna cartografía (de *charta*, ‘mapa’, y *-graphía*, ‘escritura, representación gráfica’). Figura clave, ya en el siglo II d. C., fue Ptolomeo, quien perfeccionó las formas de representación terrestre y

elaboró un estudio detallado de las tierras que se extienden entre el occidente de Europa e Indochina, dando una extensa lista de las latitudes y longitudes a que se encontraban las principales ciudades y accidentes geográficos. Ptolomeo, sin embargo, se equivocó en los cálculos de medición de la Tierra, pues los tomó de Posidonio y no de su maestro Eratóstenes, que había sido increíblemente preciso. Estos datos erróneos, difundidos a lo largo de la Edad Media (y pasando de Roger Bacon a Pedro d'Ailly), contribuyeron decisivamente al descubrimiento de América, puesto que Colón, deformando sus informaciones e interpretando a su

manera la medida que había dado al grado terrestre el geógrafo árabe Alfragano, dedujo que las dimensiones del globo terráqueo eran bastante menores de las reales y su viaje hacia las Indias, por tanto, mucho más breve.

DRAE

El término tiene entrada ya en el *Diccionario de autoridades*, de 1734: «La descripción geográfica de la Tierra, que regularmente se hace en papel o lienzo, en que se ponen los lugares, mares, ríos, montañas, y otras cosas notables, con las distancias proporcionadas, según el pitipié que se elige, señalando los grados de longitud y latitud que ocupa el país que se describe».

MANUEL LEDESMA

Julio César, aquel famoso emperador y espantoso capitán, [...] no conquistara tantas [tierras] si no las viera dibujadas en el **mapa mundi** que inventó Anaximandro.

Discurso sobre las ciencias matemáticas, 1592.

DANIEL ROBERTO ALTSCHULER

En este **mapa** detallado de una parte del océano Atlántico se ven picos de más de 2000 metros de altura sobre el fondo marino y se aprecian con claridad fracturas ortogonales [...].

Hijos de las estrellas, 2002.

maquis

El origen último de la voz *maquis* hay que buscarlo en el italiano *macchia*, ‘campo cubierto de maleza’ (en el ámbito de la ecología, de hecho, se denomina *maquia* a la vegetación de monte bajo mediterránea). Del término italiano se deriva el francés *maquis*, nombre que recibió la resistencia durante la ocupación alemana de Francia en la Segunda Guerra Mundial.

¿Y de dónde viene este significado? ¿Cómo se produce este salto geográfico y semántico? El nexo parece ser una isla del Mediterráneo, Córcega. El corso está emparentado con el toscano, lengua que sirvió de base al moderno italiano, y

la isla es célebre por su rebeldía tradicional frente al poder centralizador francés. Allí los bandidos y prófugos se guarecían en la zona más densa de matorral, de la *macchia* (en castellano *mancha* tiene un significado parecido: ‘conjunto de plantas que pueblan algún terreno, diferenciándolo de los colindantes’) o el *maquis*, para huir de la justicia. Como consecuencia, comenzó a utilizarse la expresión *prendre le maquis* (algo así como ‘echarse al monte’), de modo que este fue el nombre que tomaron los grupos franceses que luchaban contra el poder nacionalsocialista y el Gobierno colaboracionista de Vichy ocultándose

en áreas boscosas o de sierra.

En la resistencia francesa participaron un buen número de españoles, lo que facilitó la adopción del término también en la Península, donde en la posguerra pasó a denominara la guerrilla de resistencia antifranquista. Esta tuvo su época de esplendor tras el final de la Segunda Guerra Mundial y, especialmente, tras la frustrada invasión del valle de Arán (1944), y se mantuvo activa —pese a la presencia posterior de grupos aislados— hasta la primera mitad de la década de los cincuenta.

El término se recoge por primera vez en 1984, en la vigésima edición: «Persona que, huida a los montes, vive en rebeldía y oposición armada al sistema político establecido». || «La misma organización de esa oposición».

JORGE GUILLÉN

Los chicos han estado en Saboya, suponemos que en el «**maquis**». Hoy se encuentran en París, con Renée, con Grand'Maman y con Claudie, que ha pasado tres semanas con ellos.

Correspondencia (1923-1951).

VV. AA.

En los sistemas agroforestales tienen importancia los matorrales o los **maquis**, que permiten el desarrollo de las poblaciones de abejas y la producción de miel.

*Los sistemas agrarios mediterráneos
como modelo agroecológico, 2002.*

maratón

La maratón es la carrera atlética de fondo con más tradición. Sus 42,195 m forman parte del moderno programa olímpico desde los primeros juegos, celebrados en Atenas en 1896, en los que, por cierto, el vencedor fue un griego, Spiridón Louis, que se convertiría en un auténtico héroe nacional. El origen de esta prueba, y del término que le da nombre, es bien conocido, pero resulta difícil resistir la

tentación de recordarlo.

Corría el año 490 a. C. cuando las tropas persas de Darío I el Grande — que amenazaba con incorporar Grecia a su gran imperio, el mayor conocido hasta entonces— desembarcaron en la llanura de Maratón. Milcíades, tras esperar en vano los refuerzos espartanos, que demoraron su presencia por motivos religiosos, salió a su encuentro al frente de las huestes atenienses. Pese a que el número de sus efectivos era muy inferior, la estrategia del general griego, que debilitó deliberadamente el centro de su ejército para reforzar las alas, dio sus frutos y la

batalla se convirtió en una verdadera matanza. Con ella se puso fin a la primera guerra médica. La gran victoria fue representada en un cuadro pintado por Micón y Paneno en la Estoa Pecile, uno de los principales edificios del ágora de Atenas.

Según la tradición, Milcíades quiso informar inmediatamente a Atenas, de modo que envió a un correo, el soldado Fidípides. Este corrió hasta la extenuación y logró salvar los más de cuarenta kilómetros que separan Maratón de la capital del Ática, pero falleció, víctima del esfuerzo, después de transmitir la buena nueva:

neníkĕkamen ‘hemos vencido’. En su honor comenzó a disputarse el certamen atlético. Hoy se suele decir «la maratón», con género femenino, por sobreentenderse *carrera*; pero *Maratón*, el topónimo, es un masculino; y así se empleó en la primera documentación.

DRAE

Sólo se incorpora la voz en el suplemento de la decimonovena edición, de 1970: «Carrera pedestre de resistencia practicada por deporte en una longitud que ha variado entre los cuarenta y los cuarenta y dos kilómetros setecientos cincuenta metros. Hoy está fijada en cuarenta y dos kilómetros ciento noventa y cinco metros».

|| «Por ext., designa algunas otras competiciones deportivas de resistencia».

ELENA QUIROGA

Ser hija de María no puede ser un premio de conducta, ni obtener la medalla en un **maratón**. Se es o no se es [...].

Escribo tu nombre, 1965.

PRENSA

Unos 29 000 atletas participarán el próximo domingo en la **maratón** de Londres.

El Universal, 17/04/1988.

margarina

La mantequilla siempre ha sido un producto caro y con gran demanda, especialmente en los países del centro y norte de Europa, en los que se utiliza para cocinar, como alternativa a los aceites vegetales. Este fue el motivo por el que en el año 1869 el emperador francés Napoleón III convocó un concurso en busca de una grasa alternativa, barata y duradera, para alimentar a la tropa y a las clases populares.

El ganador fue el químico Hippolyte Mège-Mouriés, quien presentó una emulsión de grasa de buey, leche y agua que patentó con el nombre

oleomargarine, acortado después como *margarine*. Pero lo que resulta más llamativo es que este nombre, derivado del griego *márgaron*, ‘perla’ (recuérdese el bíblico «echar margaritas a los cerdos»), procede de un error científico, puesto que se inspiraba en el que había recibido originalmente, por el brillo nacarado de sus cristales, el ácido margárico, en teoría aislado por Michel Eugène Chevreul en grasa de cerdo en 1813 y que resultó ser un compuesto de ácido esteárico y ácido palmítico. En español, la voz se documenta ya en el último cuarto del siglo XIX.

Se da entrada al término por primera vez en la decimotercera edición, de 1899: «Substancia grasa de consistencia blanda, que se encuentra en los aceites y mantecas».

GABRIEL DE LA PUERTA

Ya hemos dicho que las materias grasas conocidas con los nombres de aceites, grasas, mantecas y sebos, son mezclas de los principios oleina, **margarina** o palmitina y estearina.

Manual de química orgánica, 1882.

ÁNGEL VÁZQUEZ

No, mira, mi bueno, me llevo dos termos, uno para la jarira y otro para el té. Y cuando me paro en un bacalito, compro galletitas o pan con **margarina**, y ya está la cena.

La vida perra de Juanita Narboni,
1976.

marrano

Entre los «pueblos del libro» los cristianos son una excepción. Tanto el islam como el judaísmo prohíben el consumo de cerdo, considerado un animal impuro. El término *marrano*, ‘cerdo’, se relaciona precisamente con esta tradición. Proviene, en efecto, del árabe hispánico *muḥarrám*, y este del árabe clásico *muḥarram*, literalmente, ‘declarado anatema’. En español este uso se documenta de forma temprana, en

la segunda mitad del siglo X.

Algo más de dos siglos después, a principio del siglo XIII, la palabra cobra un nuevo significado abiertamente peyorativo. Por entonces comienza a aplicarse de manera sarcástica a los musulmanes y, especialmente, a los judíos conversos, puesto que el consumo de cerdo —al que muchos, por costumbre inveterada, se negaban— era considerado una prueba definitiva de la sinceridad de sus sentimientos religiosos. Covarrubias, a principios del siglo XVII, define el término así: «Marrano es el recién convertido al cristianismo, y tenemos mal concepto

d'él por haberse convertido fingidamente». El castigo de los criptojudíos o marranos, vistos con odio y recelo por los cristianos viejos, fue en origen el objetivo prioritario de la Inquisición española, establecida en 1478 por los Reyes Católicos e implantada por primera vez en Sevilla en 1480.

DRAE

Así se define la voz en el *Diccionario de autoridades*, de 1734: «Lo mismo que cochino». || «Usado como adjetivo significa lo mismo que maldito u descomulgado».

Posteriormente, ya en 1869, se incluye 'persona sucia', y en 1884, 'persona que

actúa de manera baja o con ruindad'. Sólo en 1936 se incorpora la acepción despectiva aplicada a los judíos.

ANÓNIMO

A esto respondemos que nos plaze dello, e entendemos que es razón e derecho, e por ende ordenamos que qualquier que llamare **marrano**, o tornadizo, u otras palabras injuriosas, a los que se tornaren a la fe católica [...].

Cortes de Soria, 1380.

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

Tal vez obra de un **marrano**, arrendador de rentas reales, según la violencia con que acusa a los clérigos de defraudadores.

Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen, 1973.

martingala

Una *martingala* es un ‘medio hábil y engañoso para conseguir algo’. La palabra se documenta en castellano en la primera mitad del siglo XVI y procede del francés *martingale*, al parecer alteración de *martigale*, ‘de Martigues’, pueblo de la Provenza. Esta localidad, denominada Lo Martegue en occitano, era célebre por su aislamiento, y sus habitantes tenían fama de gente singular tanto en las costumbres como en la forma de vestir.

Parece claro que en el origen está la

expresión *à la martingale*, aplicada a unas calzas con una abertura en la parte trasera, cubierta por una pieza levadiza de tela, que permitía satisfacer sin gran despliegue de vestimenta las súbitas necesidades fisiológicas. Era algo a un tiempo ingenioso y extravagante, en consonancia con la reputación de los naturales de Martigues, y ese parece haber sido también el significado que tomó la expresión aplicada a la forma de practicar determinados juegos —en particular, en juegos de azar, a la apuesta del doble de lo perdido en la mano anterior—. De ello se habría derivado después, a finales del siglo XIX y asimismo por vía del

francés, su significado actual como ‘artimaña, astucia’.

DRAE

La voz tiene ya entrada en el *Diccionario de autoridades* de 1734: «Parte del arnés que cubría las entrepiernas». Sólo en 1925, en la decimoquinta edición, se incluye la acepción de ‘artimaña’, la única habitual hoy en día.

FRANCÉS DE ZÚÑIGA

El duque hizo lo que Su Majestad mandó y fue al tablado vestido desta manera: un tabardo frisado que llegaba hasta las rodillas y las mangas hasta el suelo, unas botas borzeg[u]ís, unas calzas de **martingala**, un compañero que parecía cabeza de labrador [...].

*Crónica burlesca del emperador
Carlos V, 1525-1529.*

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

Tenían sus gabinetes de prensa e imagen, se editaban cuatricromías finas como incensarios: «Estos somos, ejemplares, auténticos». Nadie se daba cuenta de la **martingala**. «El poder y el dinero fascinan, son un tapabocas de primera», decía el Bodri.

Un infierno en el jardín, 1995.

mastodonte

El mastodonte es un mamífero fósil emparentado con los elefantes; tenía el cuerpo cubierto de abundante pelo,

como el mamut lanudo, pero era más musculoso, con menos joroba, de tamaño ligeramente inferior y colmillos más rectos. El término que le da nombre es un neologismo acuñado a principios del siglo XIX por el naturalista francés George Cuvier y documentado en español a mediados de esa misma centuria. Se trata de un compuesto formado por *mastós*, ‘mama, teta’, y el griego *odoús*, *odóntos*, ‘diente’, por la forma en que se proyectaban cónicamente sus molares, con puntas redondeadas que recuerdan la forma de los pechos femeninos. Los mastodontes aparecieron en Eurasia en el Mioceno, hace unos 20 millones de años, y

migraron después a América, donde desaparecieron al final de la última glaciación, hace unos 10 000 años, coincidiendo con la extinción masiva de la megafauna en el continente. Por las dimensiones de la mayoría —los más grandes podían llegar a medir cuatro metros de altura y superar las seis toneladas— la voz pasó a designar tempranamente cualquier ‘persona o cosa grande y voluminosa’.

DRAE

El término tiene entrada en la edición de 1869: «Nombre que han puesto los americanos al gran cuadrúpedo fósil, parecido al elefante, cuyos esqueletos se

han hallado a orillas del Ohío. Encuéntranse también con abundancia en Siberia, y los rusos dieron al animal a que pertenecían el nombre de *Mammoth*; pero ha prevalecido el primero. El nombre científico es *mastodon giganteum*. Conviene con el elefante en tener la nariz prolongada, en forma de trompa, en los grandes colmillos de marfil, de que está armada su mandíbula inferior, en la carencia de dientes o colmillos propiamente dichos, y en fin, en tener cinco dedos». Ya en 1984 se incorpora la acepción figurada.

JOSÉ ECHEGARAY

Así la naturaleza en su evolución geológica crea los grandes monstruos, el ictiosaurio, el plesiosaurio, el **mastodonte**, el elefante, y también parece que se detiene, y aun dijérase que retrocede y toma por otro camino, porque

la magnitud dio de sí todo lo que podía dar y busca nuevos organismos menos colosales, pero de vida más inteligente.

Ciencia popular, c. 1870-1905.

ENRIQUE ESPINOSA

Los cuatro, trabajosamente por falta de espacio, se acodan de espaldas a la barra — Raúl y Raimundo con sus copas rescatadas— atentos al desarrollo del desmadre. Los empleados siguen en la puerta y el **mastodonte** del puro sin puro, sobre el teléfono.

Jesús el bisabuelo y otros relatos,
1995.

mausoleo

La palabra *mausoleo*, ‘sepulcro monumental y majestuoso’, proviene del latín *Mausolēum*, ‘sepulcro de Mausolo’, sátrapa que gobernó Caria bajo el poder aqueménida — estableciendo de hecho una monarquía independiente— entre 377 y 353 a. C. El término se documenta en castellano en la segunda mitad del siglo XV, aunque curiosamente desde la primera mitad de la centuria había circulado la deformación *mauseolo*, que acabaría desapareciendo, pese a que se recoja todavía en el diccionario de la Real Academia.

Fue su esposa y sucesora, Artemisia II,

quien hizo construir el gran monumento funerario en honor de Mausolo, considerado una de las siete maravillas del mundo. Este fue proyectado por Sátiro de Paros y Píteo, y estaba situado en la ciudad de Halicarnaso, en el suroeste de la península de Anatolia, en la actual Turquía, que Mausolo había embellecido y convertido en capital de su reino. El sepulcro, decorado con bajorrelieves debidos a Escopas (este), Leócares (oeste), Briaxis (norte), y Timoteo (sur), era un edificio de grandes dimensiones, de unos 45 metros de altura y cuatro cuerpos: sobre una base maciza cuadrangular, se alzaba un edificio decorado con 36 columnas

jónicas rematado por una cubierta piramidal escalonada y un carro triunfal. Fue derruido por un temblor de tierra, pero en el siglo XV los caballeros hospitalarios reutilizaron sus piedras en el castillo de Bodrum, actual denominación de Halicarnaso. El nombre se aplicó después a los majestuosos enterramientos de Augusto y de Adriano (el castillo de Santángelo) en Roma.

DRAE

El término se registra por primera vez en 1803, en la cuarta edición: «Sepulcro magnífico y suntuoso. Tórnase del que hizo fabricar Artemisia a su marido Mausolo, que



fue una de las siete maravillas del mundo».

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

[...] se casó con su hermana Artemisa, de la cual fue tan querido y amado que después de muerto, sus huesos y carne ceniza hechos, mezclados con ciertas cosas aromáticas, se lo bebió con agua todo, y hizole aquel tan suntuosísimo sepulcro que llamó **mausoleo** y fue una de las siete maravillas del mundo.

*Apologética historia sumaria,
1527-1550.*

MARÍA DEL MAR ZÚÑIGA

En este país hay grandes historias amorosas, como la del emperador que, cautivado por una mujer, mandó construir un **mausoleo** para que su amor se inmortalizara: el Taj Mahal, está en Agra, no puedes irte sin verlo.

Como un asta de toro, 2001.

mecenas

El término *mecenas*, ‘persona poderosa que protege y apoya económicamente a uno o más artistas’, se documenta en español en la segunda mitad del

siglo XVI y se deriva del nombre de Gayo Cilnio Mecenas (c. 69 - 8 a. C.). Este noble romano, miembro de la clase ecuestre más descendiente de la realeza etrusca, fue consejero del emperador Augusto y, por su inteligencia y astucia, figura clave en su gobierno, pero su nombre ha quedado ligado a la historia de la literatura por el apoyo y protección que brindó a los jóvenes poetas de su época, entre los que se cuentan Virgilio, Lucio Vario Rufo o Propertio. De esta suerte, Mecenas se convirtió en el mejor artífice de la propaganda imperial.

Particularmente estrecha fue su relación

con Horacio, al que llegó a regalar una finca en las colinas de la Sabina. Por cierto que Horacio desdeñó una oferta de Augusto para convertirse en su secretario personal, al parecer por su vocación epicúrea, que lo mantuvo alejado de la pompa cortesana, igual que a Virgilio. El propio Mecenas se dedicó a la literatura, aunque con escaso éxito, y sus contemporáneos, en especial Séneca, criticaron el amaneramiento de su obra, que se limita a algunos diálogos y poesías, hoy conocidas sólo en fragmentos. Se le atribuye asimismo la invención de algunos signos de estenografía, En los últimos años, su relación con el emperador se fue

entibiando, según parece, por los escarceos amorosos de su mujer, Terencia, con Augusto. Hombre de carácter aprensivo y melancólico, herencia quizá de su origen etrusco, Mecenas llevó una vida lo más regalada posible. Fueron famosos los jardines de su morada en el monte Esquilino de Roma; desde su torre contempló Nerón el incendio de Roma.

DRAE

El término se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* (1734): «Príncipe o caballero que favorece, patrocina y premia a los hombres de letras».

GASPAR GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS

Poco le valiera a Augusto César su buena intención y el ser amigo de buenos ingenios, si no tuviera al lado un **mecenas** que se los encaminara.

Noticia general para la estimación de las artes, 1600.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

En poco tiempo se convirtió en el centro de reunión de periodistas, escritores y políticos jóvenes. Rondón carecía de experiencia en el negocio, pero aprendió pronto, y con un entusiasmo y una generosidad que lo convirtieron en un **mecenas** inolvidable.

Vivir para contarla, 2002.

medusa

La voz *medusa* se define de forma habitual como «animal marino». En realidad, y propiamente, no se trata de un animal, sino de una de las dos formas de organización —la otra es el pólipo— que adoptan un gran número de cnidarios en generaciones alternantes. Pero no es esta la cuestión que aquí nos interesa, sino la relativa al origen del término, que se documenta en español a mediados del siglo XIX. Procede de un personaje mitológico bien conocido, Medusa (en griego *Médousa*), a quien se representa frecuentemente con una

copiosa cabellera formada por serpientes que recuerda la figura del animal —permítasenos la licencia—, caracterizado por su forma de sombrilla y sus grandes tentáculos colgantes. Medusa era la única mortal y la más peligrosa de las tres Gorgonas, esos monstruos infernales que habitaban en los confines del mundo occidental, puesto que su mirada tenía la capacidad de petrificar a cualquier ser vivo. Pese a todo, Perseo, protegido por el yelmo de Hades, que lo hacía invisible, y sirviéndose de su escudo como espejo para observarla indirectamente, cortó su cabeza con una pequeña cimitarra mientras dormía y la ofreció a Atenea,

que adornó con ella la égida. De la sangre de Medusa brotaría su descendencia: Pegaso, el caballo alado, y el gigante Crisaor.



DRAE

Se da entrada al término por primera vez en 1899, en la decimotercera edición: «Animal marino de la clase de los acalefos, con el cuerpo en forma de campana o de casquete esférico, provisto de tentáculos y adornado, por lo común, de colores vivos».

ALFONSO GÓMEZ DE ZAMORA

Gorgonas fueron tres hermanas, Estelione e Suriale e **Medusa**, que tenía cabeza de sierpe, que todas tres un ojo tenían que cuando ver querían eran de tanta virtud que luego se tornaban piedras.

Morales de Ovidio, 1452.

AGUSTÍN JESÚS BARREIRO

Si los dactilomeridios crecen por igual, vienen a constituir alrededor del gastromeridio una especie de campana o sombrilla contractil y el

zoide formado por aquel conjunto recibe el nombre de **medusa**.

Historia natural. Los celenterados,
1926.

melancolía

El término *melancolía*, ‘tristeza o abatimiento vago y profundo’, procede del latín tardío *melancholĭa*, y este del griego *melancholía*, propiamente ‘atrabilis, bilis negra’, compuesto por *mélas*, ‘negro’, y *kholé* ‘bilis’. Se documenta en castellano a finales del siglo XV, aunque desde mediados del XIII circuló, con el mismo

significado, *malenconía*, variante que se explica por metátesis de las vocales y disimilación consonántica, y que acabaría desapareciendo.

Ahora bien, ¿qué es eso de la atrabilis o bilis negra? Pues, según las teorías hipocráticas, uno de los cuatro humores del organismo (→AMARILLO). Y, más en concreto, un humor espeso y acre segregado por el páncreas que sería responsable directo de esa tristeza indefinida que denominamos *melancolía*, así como de la hipocondría y algunos tipos de manía. Del término *atrabilis*, del latín *atra*, ‘negra’, y *bilis*, ‘cólera’ (como se ve, todos los caminos

conducen a Roma), se deriva, por cierto, la voz *atrabiliario*, aplicada a la persona de genio destemplado y violento. Sin embargo, no todo lo vinculado con la melancolía es necesariamente negativo, al menos si atendemos a las reflexiones de Aristóteles, que relaciona el carácter melancólico originado por el exceso de bilis negra con el don de la genialidad. La melancolía se atribuyó al influjo del planeta Saturno (de ahí que *saturnino* signifique ‘triste, taciturno’). Durero la representó en un grabado justamente famoso.

El término se recoge por primera vez en 1780, en la primera edición del diccionario usual: «Uno de los cuatro humores del cuerpo humano, que la medicina llamó primarios. Es frío y seco, y se engendra de la parte más grosera del quilo, y es como borra, o heces de la sangre. Sirve de alimentar las partes del cuerpo, que tienen su mismo temperamento, como el bazo, los huesos, etc.». || «Tristeza grande y permanente, procedida de humor melancólico, que domina y hace que el que la padece no halle gusto, ni diversión en cosa alguna».

JUAN DE OTAROLA

A la tierra, que es el más bajo y vil elemento, frío y seco, corresponde la **melancolía**, que es el peor humor.

Coloquios de Palatino y Pinciano,

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

El cura salió a entretener al duque en tanto que se hacía hora de comer, y en el discurso de su plática preguntó el cura al duque si era posible saberse la causa de su **melancolía**, porque sin duda de una legua se echaba de ver que estaba triste.

*Novelas ejemplares. La señora
Cornelia, 1613.*

mes

La palabra *mes*, proviene del latín *mensis* y se documenta a mediados del siglo XII. La voz latina está

emparentada, en su raíz indoeuropea, con el griego *mḗn*, ‘luna’, puesto que el →CALENDARIO original romano era lunar; tenía, además, sólo diez meses.

Cronológicamente, el primer mes romano era *martius* (*marzo*), de *Mars*, ‘de Marte’, porque estaba consagrado al dios de la guerra. Iba después *aprīlis* (*abril*), voz de origen incierto que se ha relacionado con Afrodita a través del etrusco *Apru*. El siguiente, *māius* (*mayo*), se vincula sin certeza a Maia, la diosa de la floración. El cuarto mes era *iūnius* (*junio*), que parece derivar de Juno, esposa de Júpiter y diosa del matrimonio. No cabe duda sobre el

origen de *quint̄ilis*, ‘quinto’, y *sext̄ilis*, ‘sexto’, pero estos términos fueron ya sustituidos en la propia Roma por *iūlius* (*julio*), denominación que adoptó el *mensis quint̄ilis* en honor de Julio César, y *augustus* (*agosto*), que debe su nombre al emperador Octavio Augusto. El séptimo mes era *september* (*septiembre*), derivado de *septem*, ‘siete’. Y seguían después *octōbris* (*octubre*), de *octo*, ‘ocho’; *november* (*noviembre*), de *novem*, ‘nueve’, y *december*, de *decem*, ‘diez’.

Entre los siglos VIII y VII a. C. se añadieron dos nuevos meses: *iānuārius* (*enero*), dedicado a Jano, antigua deidad

de doble rostro, dios del principio y del final, y *februārius*, de *Februo*, divinidad asimilada a Plutón, a la que estaban consagrados los ritos de purificación que se celebraban en este tiempo. Estos meses eran inicialmente los últimos del calendario. El primero, *martius*, marcaba el inicio de las campañas militares con la designación de los cónsules. Pero en el año 153 a. C. las campañas de Hispania exigieron un cambio en el calendario político que acabaría perpetuándose: se adelantó entonces dos meses la elección de los cónsules, convirtiendo *iānuārius* en el primer mes del año.

DRAE

La voz *mes* —y los nombres de los distintos meses— se recogen ya en el *Diccionario de autoridades* (1726-1739). En ese mismo diccionario se incluyen también las acepciones ‘menstruación’ y ‘sueldo de un mes’.

JUAN MANUEL

E acaesció que un día, estando en Córdoba en el **mes** de febrero, cayó una nieve. E quando Ramayquía la vio, comenzó a llorar.

El conde Lucanor, 1325-1335.

JORGE LUIS BORGES

El hecho sucedió en la estancia Los Alamos, en el partido de Junín, hacia el sur, en los últimos días del **mes** de marzo de 1928.

micHELÍN

Hay imágenes que trascienden lo meramente publicitario y se convierten en iconos, en señas de identidad de una comunidad. Así ha ocurrido, en España, con el toro de Osborne o el hombre-botella, genuinamente andaluz, de Tío Pepe. Y, también, desde luego, con Bibendum, nombre con el que se conoce el símbolo de la compañía francesa de neumáticos Michelin. Son diseños de éxito, modelos de estudio en las

escuelas de publicidad y mercadotecnia.

Ahora bien, en lo que aquí nos atañe, el lenguaje, el caso del muñeco de Michelin resulta particularmente interesante. Creado en 1898 por los hermanos André y Édouard Michelin y el cartelista Marius Rossillon, conocido por O'Galop, reproduce una figura de apariencia humana —no especialmente estilizada— a través de la superposición de neumáticos. Y estos, en particular llamativos en la zona ventral, han sido identificados popularmente con los pliegues formados en el cuerpo humano por el exceso de grasa, que han tomado el nombre de la compañía: *michelin*. No

cabe duda de que la identificación ha resultado particularmente afortunada, y la voz, además de notable vitalidad, tiene ya considerable solera, puesto que se documenta en torno a 1950.



DRAE

Se da entrada al término por primera vez en 1992, en la vigesimoprimera edición: «Pliegue de gordura que se forma en alguna parte del cuerpo».

ALEJANDRO GÁNDARA

No hay nada que hacer con ellos. Basta con entenderles y dejarles, mientras lavan la ignominia de un **micHELÍN** anárquico.

La media distancia, 1984.

CLARA OBLIGADO

¿Por qué demonios ese tío buenísimo tuvo que poner su mano justo justo sobre el **micHELÍN**? Y ella, ¿no tenía nada mejor que hacer que pisarlo? Qué vida, todo le sale mal.

miniatura

Comúnmente se entiende hoy por *miniatura* cualquier ‘objeto que reproduce otro en tamaño muy reducido’, pero poco tiene que ver este significado con el origen etimológico del término. En efecto, la palabra, que se documenta en castellano ya en el siglo XVII, proviene del italiano *miniatura*, y este de *miniare*, del latín *miniāre*, ‘pintar en rojo’, derivado a su vez de *minium*, ‘minio’, porque inicialmente se aplicaba a la operación

de pintar el título de un libro o de alguno de sus capítulos con minio (‘óxido de plomo en forma de polvo, de color rojo’): de ahí también *rubricare*, ‘pintar en rojo’, y *rubrica*, ‘título en rojo’, palabras que en español tomaron con el tiempo un significado totalmente diferente.

Por extensión, pronto comenzaron a llamarse *miniaturas* las imágenes que ilustraban los manuscritos. La iluminación de manuscritos —que se caracteriza por el pequeño tamaño de las imágenes— floreció en la Edad Media, vinculada, como es sabido, a los centros monásticos, pero desapareció

rápidamente tras la difusión de la imprenta. El término *miniatura*, sin embargo, se aplicó entonces a cualquier pintura de pequeñas dimensiones y, de forma figurada, asumió el significado más extendido en la actualidad ('pequeñez, tamaño pequeño o reducido'). Aunque es muy probable, claro está, que en este proceso influyera la semejanza formal de la palabra con la raíz latina presente en *minus*, *minor* y *minimus*, que en español ha dado lugar a voces como *menos*, *menor*, *mínimo* o el prefijo *mini-*, fácilmente identificable, por etimología popular, en *miniatura*.

La voz se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1734), donde se define así: «Pintura, que se ejecuta sobre vitela o papel cerio, a manera de iluminación, pero ejecutado el claro y oscuro, punteado y no tendido». Sólo en el suplemento de la edición de 1970 se incluye la acepción figurada: «Pequeñez, tamaño pequeño o reducido».

ANTONIO PALOMINO Y VELASCO

Fue sin duda excelente en pintar de **miniatura** y porcelana, y especialmente en retratos pequeños fue muy primoroso.

*El Parnaso español pintoresco
laureado, 1724.*

BENITO PÉREZ GALDÓS

Ya no le quedaba más que su colección de

retratos de hembras hermosas, en los cuales había desde la **miniatura** delicada hasta la fotografía moderna en que la verdad suple al arte [...].

Tristana, 1892.

moneda

Hay quien dice que el vil metal (→DINERO) es capaz de corromperlo todo. Y puede que no ande desencaminado, al menos si atendemos al origen del nombre de una de sus más conspicuas manifestaciones: la moneda. El término, que se documenta en castellano ya en el siglo XII, procede del

latín *monēta*, voz que ya tenía este significado en época romana, pero que propiamente se utilizaba como sobrenombre de la diosa Juno. Esta, en efecto, tenía la advocación de Juno *Monēa*, es decir, ‘la Avisadora’, puesto que los graznidos de los gansos que habitaban en su templo dieron la señal de alarma cuando los galos, en el 387 a. C., intentaron asaltar el Capitolio — donde estaba entonces situado— tras saquear la ciudad. Y la razón de la deriva semántica es simple: junto al templo de Juno erigido mucho después, en el 345 d. C., en el lugar donde hoy se alza la iglesia de Santa María en Araceli, se instaló una gran ceca o

fábrica de acuñación de moneda, la principal de Roma: de decir *ad Monetae*, ‘junto (al templo) de Moneta’, se pasó a la expresión más braquilógica todavía *officina Monetae*, ‘taller de Moneta’. Muy cerca se situaba el templo de Saturno, donde se localizaban los depósitos del tesoro público. Y es que, como se ve, y aunque sea tangencialmente, ni lo más sagrado parece quedar al margen de los asuntos pecuniarios.

DRAE

Así se define el término en el *Diccionario de autoridades* (1734): «Pieza de oro, plata u cobre, regularmente en figura

redonda, acuñada con las armas o insignia del rey, príncipe o república, que tenga la soberanía o derecho de fabricarla, para el uso, trato y comercio».

ANÓNIMO

Se ha de saber que en las leyes en que se establecen penas en maravedíes, estos han de ser en **moneda** de oro, ya que así lo estableció el rey Alfonso porque la moneda que circulaba entonces era de oro.

Leyes de estilo, c. 1310.

JUAN DRAGHI LUCERO

Hablaban los dos, ponderando a sus pingos favoritos y haciendo ostentación de **moneda** reluciente.

Las mil y una noches argentinas, 1953.

monicaco

El término coloquial *monicaco* se utiliza con valor despectivo para referirse al ‘hombre de escasa valía o importancia’. Se documenta en la primera mitad del siglo XVIII y su origen tiene cierta gracia, ya que al parecer proviene del cruce entre *monigote* y *macaco*. El uso de *monigote*, ‘muñeco o figura humana ridícula’ y, también, ‘persona de escasa valía, y en particular la que se deja manejar por otros’, es muy anterior, y está atestiguado a finales del siglo XVI. Su etimología plantea ciertos interrogantes, aunque suele aceptarse

que deriva de un hipotético *monagote*, despectivo de *monago* ('monaguillo'). Respecto a *macaco*, 'mono de mediano tamaño que habita principalmente en Asia', entró en castellano a través del portugués, aunque su origen es bantú (obsérvese el viaje de la palabra de un continente a otro). Se emplea a menudo con carácter despectivo, y no sólo en América, pese a lo que señala el diccionario académico.

A la vista de tales datos, convendremos en que resulta sorprendente el uso de una voz como *monicaco*, cargada de connotaciones peyorativas, para dirigirse cariñosamente a los niños. No

es un caso único, desde luego, pero sí muy llamativo. Y es que en la interpretación del lenguaje intervienen multitud de factores, y uno de ellos —y no menor— es el contexto, la situación comunicativa, objeto de estudio de una disciplina específica, la pragmática.

DRAE

El término se recoge por primera vez en la decimotercera edición, de 1899, donde remite a «homicaco [‘hombre pusilánime y de mala traza’]». Sólo en 2010 se ha incorporado una referencia al uso afectivo.

RAMÓN DE LA CRUZ

Zaina. —Le quiero

y él me quiere y me requiere.

Mandinga. —Pues yo vengarme prometo,
matando a ese **monicaco**
antes que me infame.

*Los bandos de Lavapiés o La venganza
del Zurdillo, 1776.*

JUAN MARSÉ

En cualquier caso, tú de ningún modo podías oírlo, porque no estabas aquí ni allá ni en ninguna parte, **monicaco**, aún no habías salido del cascarón.

Rabos de lagartija, 2000.

mono

El origen de la palabra *mono*, ‘simio’,

que se documenta en el siglo XIII, está sujeto a cierta controversia. No hay duda sobre su procedencia inmediata: la voz femenina *mona*. De hecho, así se conoce todavía al único simio que vive en libertad en la Península y, por ende, en Europa, el macaco de Gibraltar, aunque Colón empleara una expresión diferente, *gatos paulos*, tomada de Marco Polo, para designar los monos del Nuevo Mundo. A partir de aquí, sin embargo, nada hay seguro. Se suele aceptar que se trata de un acortamiento de *maimona*, femenino de *maimón*, ‘mico’. Y este término, común en las lenguas romances medievales, según Corominas, provendría del árabe

maimûn, ‘afortunado, feliz’; al parecer, y siguiendo al mismo autor, porque se creía que estos primates eran originarios del Yemen o Arabia Feliz. Otras teorías, sin embargo, señalan un uso eufemístico, una antífrasis (figura que consiste en designar personas o cosas con voces que significan lo contrario de lo que se quiere decir), puesto que los monos para los árabes eran animales de mal agüero.

También hay quien cuestiona la teoría, generalmente aceptada, de que la acepción ‘gracioso, bonito’ procede de la anterior y tiene, por tanto, un origen etimológico común. En principio, sin embargo, no resulta difícil admitir que

estos animales y sus monerías puedan resultar graciosos y, por extensión, bonitos, aunque no haya resto de estas connotaciones positivas en un sinónimo como *simio* (del latín *simius*) ni en sus derivados.

DRAE

La voz, en sus dos principales acepciones, se define así en el *Diccionario de autoridades* (1734): «Animal muy parecido al hombre, de mediano tamaño, y que remeda o imita mucho sus acciones. Díjose de *monos* griego, que significa ‘sólo’, porque habita comúnmente en los desiertos y soledades». || «Cosa pulida, delicada y graciosa. Es voz de estilo familiar».

ANÓNIMO

Mas como el árbol fuese grande e alto sin ramas hasta la mitad, de manera que el **mono** no lo podía cercar ni saltar encima en el árbol, él se fue a una casa que era cerca de aquel nogal.

Esopete ystoriado, 1482.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

Quien estuvo fue mi hermana Clotilde, que se trajo de la audiencia un rosario muy **mono**. Pero también estuvo el Canónigo.

La saga/fuga de J. B., 1972.

monosabio

Los monosabios son los mozos que auxilian al picador en la plaza de toros. Loayudan a montar, a levantarse cuando se cae, sujetan la montura en la suerte de varas y, en otros tiempos, eran los encargados de retirar a los caballos heridos y, en su caso, rematarlos. Tan curioso nombre se remonta a 1847 — hasta entonces eran conocidos como *chulos*—, cuando llegó al Teatro Cervantes de Madrid un espectáculo en el que los protagonistas eran los Monos Sabios, una cuadrilla de monos amaestrados procedentes de Gibraltar que llevaban a cabo diversas habilidades. Su triunfo en la capital española fue clamoroso y el de su

nombre en la castiza plaza de Las Ventas, también. La vestimenta de los monos era muy semejante a la de los auxiliares de los picadores (blusa de color rojo y gorrilla), de modo que en el tendido cinco comenzó a utilizarse esta denominación. Y la cosa, qué duda cabe, tuvo éxito.

DRAE

El término, todavía como compuesto pluriverbal, se recoge por primera vez en el suplemento de la decimoséptima edición, de 1947: «El adiestrado en varios ejercicios para exhibirlo en circos y barracas». || «*Taurom*. Mozo que cuida del caballo del picador y le presta servicio en la plaza».

MIGUEL MIHURA

En esto se oía trotar un caballo, y subido en él llegaba el director de orquesta, con su **monosabio** subido en las ancas, que era el que llevaba en un capacho las batutas.

—¡Ole! ¡Ole! —decía la gente.

Mis memorias, 1948

DANIEL TAPIA BOLÍVAR

Siendo niño entró de **monosabio** en la plaza de Madrid, actuando en ese puesto durante ocho años.

Historia del toreo (I). De Pedro Romero a «Manolete», 1992.

morfina

La morfina, un alcaloide del opio empleado en medicina por sus virtudes narcóticas y analgésicas, fue obtenida en forma de cristales por el farmacéutico alemán Friedrich W. A. Sertürner en 1806. A él se debe su nombre: en francés, *morphine*, de *Morphée*, ‘Morfeo’, dios griego del sueño, e *-ine* ‘-ina’, ya que produce un intenso sopor—valga recordar en este sentido que la planta de la que se obtiene el opio es, precisamente, la *adormidera*—, provocado por depresión del sistema respiratorio, circulatorio y digestivo.

Morfeo es uno de los mil hijos de Hipno, el Sueño. Se lo representa con

alas, que bate rápida y silenciosamente, y es el encargado de inducir el sueño y aparecerse en él con las distintas formas humanas (de ahí su nombre, derivado de *morphē*, ‘forma [engañosa]’). A pesar de que su presencia en la mitología griega es poco relevante —se trata, probablemente, de una creación de época alejandrina—, ha dejado huella en el léxico español, donde, además de *morfina*, que se documenta en nuestra lengua ya en el segundo cuarto del siglo XIX. es frecuente emplear la expresión «caer en los brazos de Morfeo», esto es, ‘dormirse’.

El término se recoge por primera en la undécima edición, de 1869: «Álcali vegetal amargo, que se trae del opio».

VICENTE DE LA FUENTE

Es como el opio, la **morfina** y otros venenos, que, por perjudiciales que sean, hay que tomarlos a veces.

Historia eclesiástica de España,
1855-1875.

SALVADOR DE MADARIAGA

Don Antonio, no estoy para burlas. Si no estuviera amodorrado por la **morfina**, él te diría quién es.

¡Viva la muerte! Tragedia moderna en tres actos, 1974.

mosaico

El *mosaico*, ‘obra decorativa realizada en suelos o muros uniendo pequeños trozos de piedra, terracota o vidrio de distintos colores’, es una de las manifestaciones artísticas más características de Roma. La técnica tiene su origen en Mesopotamia, en torno al siglo IV a. C., y alcanzó gran desarrollo en Grecia en el periodo helenístico; en Pérgamo aparece ya un tipo muy imitado después: el *asárōtos oîkos*, ‘la casa sin barrer’, que muestra los restos de la comida esparcidos por el suelo. En el Imperio romano el

mosaico alcanzó por doquier una implantación inusitada: en todas sus provincias se han encontrado representaciones magistrales de alegorías o de escenas tomadas de la mitografía o de la vida cotidiana. Después, el arte bizantino, con sus grandes mosaicos dorados, prolongó el esplendor de esta «obra de las musas» (→MUSEO). Tal es, en efecto, el significado literal de la expresión *opus musivum*, empleada en latín para referirse al mosaico, un término técnico (con variantes como *musium* o *musēum*) que se utilizó sólo a partir del siglo III d. C. y que, sorprendentemente, no tiene correspondencia en griego. Sin embargo,

la voz castellana, que se documenta a mediados siglo XVI, no deriva de ella, sino del bajo latín [*opus*] *mosaicum*, de significado equivalente (propiamente, por lo tanto, ‘[obra] de las musas’). Durante un tiempo, convivió con la variante *musaico*, que circulaba ya con anterioridad. Nada tiene que ver, sin embargo, el homónimo *mosaico*, ‘de Moises’, que se deriva directamente del griego *Mōsaikós*, aunque hay quienes quieren ver la influencia de este en el paso de la *u* a *o*.

DRAE

La voz tiene entrada, como *obra mosaica*, en el *Diccionario de autoridades* (1734). Se define así: «Obra taraceada de piedras de varios colores, con que se forman imágenes y figuras».

JUAN DE PINEDA

[...] y así se llaman emblemas las obras de taracea y de **mosaico** que de muchas piececillas tienen labores, como en sillas y en cofrecillos de regalos se usan poner.

*Diálogos familiares de la agricultura
cristiana*, 1589.

FRANCISCO CALVO SERRALLER

Se regresó entonces a una técnica artística muy desarrollada por los romanos, que se había utilizado hasta entonces con propósitos meramente decorativos en pavimentos y

muros: el **mosaico**.

Historia del arte, 1997.

murciélago

Estos mamíferos voladores son animales con tradicional mala fama, probablemente por su apariencia poco agraciada, por sus hábitos nocturnos y porque algunas especies se alimentan de sangre. Pero dejemos de lado este tipo de cuestiones para centrarnos en su nombre. Para empezar: ¿se llama *murciélago* o *murciégalo*? En la lengua culta sólo se utiliza hoy la primera voz, mientras que *murciégalo* es percibido

como vulgarismo. Y, sin embargo, si damos marcha atrás en el tiempo veremos que las cosas no son como parecen. En efecto, *murciélago*, que se documenta a mediados del siglo XIII, es en realidad el resultado de una metátesis, un simple cambio de orden en las sílabas de *murciégalo*. El término etimológico es este último, que se deriva del latín *mus*, *muris*, ‘ratón’ (el término *mur* se empleó para denominar a este roedor durante toda la Edad Media: recuérdese la vieja fábula «del mur de Guadalajara y el mur de Monferrado» —el ratón de campo y el ratón de ciudad— en el *Libro de buen amor*), y *caecus*, ‘ciego’, con un sufijo

átono *-alo* que Menéndez Pidal considera herencia prerromana; en definitiva, *ratón ciego*.

En murciélagos, según la mitología, fueron convertidas las hijas de Minias, el rey de Orcómenos, que se negaron a aceptar el culto de Baco. Y, por cierto, Homero dio el nombre de *trízein* (un verbo onomatopéyico: ‘decir tri tri’) tanto al chillido que lanzan esos animales como a los sonidos que emiten las almas de los difuntos: señal de que asemejaba la forma física de los ‘nocturnos’ (*nykterídes*) a la que tiene, tras la muerte, la ‘mayoría’ que duerme la noche perpetua.

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades*, de 1734, pero la definición, desde la perspectiva actual, resulta sorprendente: «Ave muy semejante al ratón, que tiene cubierto el cuerpo de pelo en lugar de pluma, dos orejas, y dos pies, guarnecidos de agudas uñas, con las cuales se ase a las paredes y árboles, quedando colgado de ellas para descansar del vuelo. Las alas son grandes y de una membrana muy sutil. Pare, y cría sus hijos con la leche de sus pechos, y cuando vuela los lleva abrazados o asidos de sus tetas».

ANÓNIMO

El **murciélag** es más animal ya que ave, según los manjares que come, y sus propiedades, de

noche anda.

*Documentos sobre judaizantes,
1464-1492.*

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ

Colgaban de las paredes pieles de caimán, de jaguar y de serpientes. Un **murciélago** pendía del techo y una lechuza acechaba desde una horqueta.

La galera de Tiberio, 1938.

museo

El término *museo*, ‘lugar en el que se guardan y exponen al público objetos artísticos, científicos o de interés cultural’, se documenta en español en la

segunda mitad del siglo XVI. Procede del latín *musēum*, propiamente, ‘lugar consagrado a las musas’ y, también, ‘edificio dedicado al estudio’, y este del griego *Mouseîon*, de idéntico significado. Así, Filóstrato pudo llamar a Atenas «museo [= escuela] de la Hélade». Un *museo* hubo en la Academia platónica y en el Perípato aristotélico, pero el término se aplicó por antonomasia al museo erigido en Alejandría por Ptolomeo Soter, el general de Alejandro Magno y fundador de la dinastía de los Laguidas, un edificio que unía a las funciones de santuario las de centro de estudio y enseñanza. Su hijo, Ptolomeo Filadelfo,

el protector de Calímaco y Teócrito, fundó en él la célebre biblioteca. En el museo había en tiempo de Estrabón un paseo flanqueado de árboles, una gran casa, en la que comían a expensas del rey todos los estudiosos (los «filólogos» o «filósofos»), y una sala abierta (la *exedra*), en la que se celebraban las discusiones. Sus miembros estaban exentos de impuestos y recibían un sueldo del erario: todo un ejemplo para nuestros gobernantes. Las materias cultivadas fueron tanto las ciencias (Matemática, Astronomía, Geografía, Medicina) como las letras (Gramática y Filología).

Las musas, por cierto, eran las nueve diosas, hijas de Zeus y Mnemósine, que presidían las artes liberales: la lírica y la música (Euterpe) —con la que mantenían especial vinculación, de ahí su nombre, derivado del griego *mousikḗ [téchnē]*, ‘[arte] de las musas’—, la danza (Terpsícore), la poesía épica (Calíope), la comedia (Talía), la tragedia (Melpómene), los himnos y la elocuencia (Polimnia), la historia (Clío) y la astronomía (Urania).

DRAE

La palabra se recoge ya en *Diccionario de autoridades*, de 1734: «El lugar destinado

para el estudio de las ciencias, letras humanas y artes liberales». || «Se toma también por el lugar en que se guardan varias curiosidades, pertenecientes a las ciencias: como algunos artificios matemáticos, pinturas extraordinarias, medallas antiguas, etc.».

FERNANDO DE MENA

Y diría bien si os dijese que aquella ciudad es como un **museo** o colegio consagrado a las musas [...].

Traducción de la Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea de Heliodoro, 1587.

RAÚL FERRERO

La sociedad que organice nuevamente la producción sobre la base de la asociación libre

o igualitaria de los productores, colocará toda la maquinaria del Estado en el lugar que entonces le corresponderá: el **museo** de antigüedades [...].

Ideología marxista, 1974.

N

narcisismo

El término *narcisismo*, ‘aprecio excesivo del aspecto físico, de las cualidades o los actos de uno mismo’, se documenta en español en torno a 1900 —unos años antes había empezado a emplearlo el psicólogo francés Alfred Binet— y alcanzó particular difusión a través de la obra de Freud. Se relaciona, como puede imaginarse, con el mito de Narciso. Este, hijo del río Cefiso y de la

náyade Liríope, era un joven beocio de gran belleza que había desdeñado el amor de la ninfa Eco, quien iría consumiéndose hasta convertirse en roca (→ECO). Pero la arrogancia de Narciso acabaría siendo castigada por Némesis, la diosa de la venganza. Y así, al llegar un día a una fuente, el joven contempló su imagen reflejada en las aguas y cayó enamorado de sí mismo. Un amor, desde luego, de consumación imposible. Fascinado por su imagen, se mantuvo frente a ella, sin atreverse a beber por miedo a hacerla desaparecer, hasta caer presa de la desesperación y arrojarse a las aguas, ahogándose. Se cuenta que, incluso en el Hades, Narciso siguió

contemplando su imagen en las aguas de la laguna Estigia. En vez de su cuerpo, sus hermanas encontraron una flor, el narciso (voz que deriva del latín *narcissus*, y este del griego *nárkissos*), símbolo para los antiguos de la muerte prematura.

DRAE

La palabra se recoge por primera vez en la decimosexta edición, de 1936: «Manía del que presume de narciso [‘el que cuida demasiado de su adorno y compostura, o se precia de galán y hermoso, como enamorado de sí mismo’]».

MIGUEL DE UNAMUNO

Sólo en vista del reflejo del público, por limitado que le tengamos, juzgamos de nuestra obra. No hay que caer en **narcisismo** ni en amielismo.

Epistolario inédito, 1902.

MANUEL LEGUINECHE

Bandadas de sociólogos y antropólogos, y algunos jóvenes llenos de **narcisismo** moral, han caído ya sobre el *outback* para someter a estos aborígenes, los primeros australianos y ahora los últimos [...].

La tierra de Oz. Australia vista desde Darwin hasta Sidney, 2000.

negocio

El término *negocio* tiene diferentes significados relacionados entre sí, aunque el más común es el de ‘ocupación o trabajo, especialmente aquel en que se persigue un beneficio económico’. Se documenta en castellano en la primera mitad del siglo XIII y procede del latín *negotium*, un derivado de *otium*, ‘reposo, descanso’, formado mediante la anteposición del adverbio negativo *nec*: literalmente, ‘no ocio’. Si atendemos a la etimología, por tanto, el negocio es lo opuesto al ocio, aunque el *otium* latino pudiera estar consagrado a las letras o a las artes. Del mismo modo, el *otiosus dies*, ‘día de descanso’, se opone al *dies negotiosus*, ‘día

laborable'. Son estas, por cierto, cuestiones que no está de más recordar, incluso recurriendo al latín, en estos tiempos de tanto ajetreo, en los que la ociosidad —pese a ser catalogada como la madre de todos los vicios— constituye un verdadero privilegio.

DRAE

El término se recoge ya, aunque con significado muy general, en el *Diccionario de autoridades* (1734): «Término genérico con que se significa cualquiera ocupación, empleo o trabajo».

ANÓNIMO

Llegaron los parientes y amigos del

carpentero: por que el **negocio** era tan público que no se podía disimular.

Exemplario contra los engaños y peligros del mundo, 1493.

FRANCISCO AYALA

Y a vuelta de vueltas se producían protestas de amistad, ofrecimientos de un empleo «digno de ti» o de participación en algún **negocio**, porque, «lo que yo digo, hoy por ti y mañana por mí».

La cabeza del cordero, 1949.

nicotina

La nicotina es el principal alcaloide del tabaco, aislado en 1828. Su nombre

proviene del francés *nicotine*, y este deriva del nombre de Jean Nicot de Villamain, diplomático que introdujo y propagó el tabaco en Francia. Nicot — autor, además, de uno de los primeros diccionarios del francés— fue entre 1559 y 1561 embajador en Lisboa, donde se desplazó con el fin de negociar el matrimonio de la princesa Margarita de Valois y el rey Sebastián. En este tiempo envió tabaco en polvo a Francia para combatir, usándolo como rapé, los dolores de cabeza que atormentaban a algunos miembros de la familia real. A raíz de ello, la propia Catalina de Medici impulsó la moda de su consumo en la alta sociedad francesa. Casi dos

siglos después, Linneo daría el nombre del diplomático a un género de plantas, *Nicotiana*, de las que el tabaco (*Nicotiana tabacum*) es la más conocida.

La primera mención del tabaco aparece en el *Diario* de Colón el 6 de noviembre de 1492: dos hombres enviados como exploradores por el almirante «hallaron... mugeres y hombres con un tizón en la mano, yerbas para tomar sus sahumeros». A principios del siglo XVII su cultivo y explotación habían alcanzado tal importancia que la corona española decidió establecer un control sobre su venta. Perjudicados por esta

medida, los habitantes de Barinas (Venezuela), un importantísimo centro de exportación, pidieron en 1622 licencia al rey para poder «vender y navegar el dicho su tabaco por estos reinos, pagando los reales derechos de salida y entrada». Sin éxito, claro.

DRAE

El término se incluye por primera vez en la undécima edición, de 1869: «Álcali vegetal que se extrae de la nicociana, o sea planta del tabaco».



GABRIEL DE LA PUERTA

La acción tóxica de la **nicotina** nos explica los

efectos del tabaco en los fumadores, especialmente en los que no están habituados.

Manual de química orgánica, 1882.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Me acuerdo con ternura y pena de Gregorio, el maestro Puga, [...] y me pregunto si seguirá rondando los bares de funcionarios del centro, si estará vivo todavía y seguirá alimentando el sueño de un estreno sinfónico, acodado en una barra con su traje decente y ya más bien ajado y sucio, el cigarrillo entre los dedos color de **nicotina** [...].

Sefarad, 2001.

notas musicales

No hay demasiado que contar sobre el término *nota*, ‘cada uno de los signos que se usan para representar los sonidos musicales’, puesto que procede del latín *nota*, que tenía idéntico significado, ‘señal, marca, signo, nota’. Ahora bien, ¿de dónde vienen los nombre de las notas musicales? Se los debemos al monje benedictino Guido d’Arezzo, considerado el padre de la moderna notación musical —fue también el creador del tetragrama, antecedente del actual pentagrama—, quien se inspiró para ello en la estrofa inicial del himno de San Juan Bautista: «UT queant laxis REsonare fibris / MIra gestorum FAMulituum, / SOLve polluti LABii

reatum...». Sólo seis, porque en el siglo XI la escala, el hexacordo, sólo tenía seis sonidos, y la séptima nota era considerada siniestra o diabólica (por su tendencia a entrar a formar parte de combinaciones disonantes). Su nombre actual, *si*, que añadió Anselmo de Flandes en el siglo XVI, proviene de las iniciales de las dos primeras palabras del cuarto verso de la misma estrofa: «Sancte Ioannes». Una centuria después, en el XVII, el musicólogo italiano Giovanni Battista Doni cambiaría la primera nota, *ut*, por *do*, para facilitar el solfeo.

Las notas del hexacordo (*ut, re mi, fa sol, la*), se recogen ya en el *Diccionario de autoridades* (1732-1739). También se incluye entonces *si*, que se define así: «En la música es voz introducida por los modernos, y añadida después del *la*, para facilitar el sistema de Guido Aretino, que se componía de hexacordos, y reducirlo a heptacordos». En el suplemento de la edición de 1837 se incorpora por primera vez *do*: «Primera voz de la escala musical, que en el sistema moderno se sustituye al *ut*».

BENITO JERÓNIMO FEIJOO

[...] en una disertación escrita en forma de carta a *Monsieur* de Moz, muestra que esta práctica es antiquísima, porque de Alypio, músico antiguo, que floreció, según *Monsieur* Brossard, muchos años antes de Christo,

quedó, dice, una obra en que las **notas musicales** están puestas sobre una línea sola.

Suplemento de el Theatro crítico, o adiciones y correcciones, 1740.

TERESA DE LA PARRA

Bueno, una especie de canción que en **notas musicales** viene siendo:

—¡Mi, do, re, sol!... (un cuarto) ¡Sol, re, mi, do! (otro cuarto) ¡Do, si, la, mi!... etc., etc.

Ifigenia. Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba, 1924-1928.

novela

La palabra *novela* procede del italiano *novella*, que significaba ‘relato

novelesco breve' y, propiamente, 'noticia'. Esta voz, que tiene su origen en el latín *novella*, femenino de *novellus*, 'novedoso', derivado a su vez de *novus*, 'nuevo' (compárese con *nuevas*, 'noticias'), hace referencia en Italia a partir del siglo XIII a un género literario que tenía como características más reseñables el uso de la prosa y la brevedad de las narraciones, y que culmina con el *Decamerón* de Bocaccio a mediados del siglo XIV. En España, donde se documenta en la primera mitad del siglo XV, el término, antes de asumir su significado actual, se utilizó también en este sentido. La realidad es que este nuevo género ejerció notable influencia,

junto con el *roman* francés — inicialmente en verso—, y en particular la obra de Chrétien de Troyes, creador en la segunda mitad del siglo XII del modelo cortés, en la formación de la novela moderna. Así parece atestiguar, al menos, etimológicamente, puesto que para referirse al género novelesco se usa *roman* en francés y alemán, y *romanzo* en italiano, pero *novela* en español y *novel* en inglés.

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1734), con esta definición: «Historia fingida y tejida de los

casos que comúnmente suceden, o son verosímiles». || «Se toma asimismo por ficción o mentira en cualquier materia».

JUAN DE VALDÉS

También *cuento* es equívoco, porque decimos *cuento* de lanza y *cuento* de maravedís, y *cuento* por **novela**.

Diálogo de la lengua, 1535-1536.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

—¿Te das cuenta? Estamos viendo la luna por el otro lado. Quiero decir: una **novela** de detectives, al revés. Durante trescientas páginas el detective busca inútilmente al criminal.

El estafador se jubila, 1969.

O

obelisco

Elemento identificativo de la arquitectura egipcia, el obelisco es un monolito de piedra de sección cuadrada, con frecuencia adornado con escritura jeroglífica, que se adelgaza a medida que gana en altura. Algunos autores antiguos —Plinio entre ellos— asociaron su forma con los rayos del sol y concluyeron que habían sido erigidos en honor de una de las principales

deidades del panteón egipcio, Ra, cuyo nombre era, precisamente, una de las denominaciones del astro rey. En consecuencia, atribuyeron al término *obelisco* un origen egipcio y el significado de ‘rayo’. En realidad, el término latino *obeliscus* (del que procede la voz castellana, documentada a finales del siglo XV) se deriva del griego *obelískos*, diminutivo de *obelós*, ‘asador’, una suerte de espetón donde se ensartaban las viandas para ser cocinadas. Fue, por tanto, por una cuestión de similitud formal por lo que los griegos otorgaron tal denominación a estas construcciones, que los faraones egipcios disponían, habitualmente

emparejadas, en la entrada de sus templos más significativos, normalmente para celebrar el jubileo (los treinta años) de su gobierno. Los emperadores romanos (Augusto, Calígula o Domiciano, por ejemplo) adornaron sus ciudades, especialmente Roma y Constantinopla, con obeliscos egipcios. Los modernos siguieron su ejemplo: dos obeliscos llevados de Heliópolis a Alejandría por el prefecto romano Publio Rubrio Bárbaro se encuentran actualmente en Londres y en Nueva York.



El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1737), donde se define así: «Pirámide de piedra sobre base cuadrada, la cual erigida perpendicularmente, sirve de adorno en algún lugar público: y por lo regular se hallan grabados en ella jeroglíficos o inscripciones, como se ve en los que hay en Roma. Debe ser su altura muy grande respecto de su base, porque desde esta ha de ir adelgazando muy poco a poco hasta la punta, y ha de ser hecho de una sola piedra».

LUIS GÁLVEZ DE MONTALVO

No faltaba el **obelisco** de Semíramis, a manera de pirámide, salvo que era todo de una pieza, y en él por números señalados sus ciento y cincuenta pies en alto, y noventa y seis en circuito [...].

El pastor de Fílida, 1582.

LUIS CENCILLO

Precisamente estos caballeros son los que propagan la cultura megalítica, no se sabe si en dirección norte-sur o sur-norte, ni si el **obelisco** es un menhir cualificado tras una larga evolución [...].

Método y base humana, 1973.

obús

Un *obús* es, en su acepción más extendida, un ‘proyectil, especialmente el hueco de forma cilindrocónica, disparado con una pieza de artillería’. Propiamente, sin embargo, el término hace referencia a un tipo de pieza de artillería cuya longitud de tubo en relación al calibre se sitúa entre el cañón y el mortero. Se documenta en español a finales del siglo XVIII y proviene del francés *obús*, tomado del alemán *Haubitze*, y este, a su vez, del checo *hofnice*, que remitía primitivamente a una especie de

catapulta. Se trata de uno de los escasos chequismos presentes en el español (→PISTOLA y ROBOT). Aunque puede empezar a hablarse de los modernos obuses en los últimos años del siglo XVII y su uso se extendió rápidamente en los ejércitos, su papel fue en especial importante en la Primera Guerra Mundial. Y tiene su razón de ser, puesto que fue esta una guerra de posiciones y para atacar las trincheras, protegidas frontalmente, se requería artillería con trayectoria menos tensa — más parabólica— que el cañón, de tubo más largo.

El término se recoge por vez primera en la edición de 1832, la séptima del diccionario usual: «Especie de mortero largo de 7 a 9 pulgadas de diámetro, montado sobre cureña y con cuñas por delante, el cual se emplea tanto en las funciones campales, como en el ataque y defensa de las plazas, para arrojar granadas».

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

Ví cañones de dos tiros, el tercio más grueso es un **obús**, y los otros dos forman el cañón.

Viaje a Italia, 1793-1797.

SALVADOR DE MADARIAGA

Ha caído un **obús** en nuestra radio y no quedan ni las astillas.

¡Viva la muerte! Tragedia moderna en

océano

La palabra *océano* se documenta en español ya a finales del siglo XIII, y designa tanto la ‘extensión total de agua salada’, que representa casi el 71% de la superficie terrestre, como cada una de sus grandes divisiones, esto es, los océanos Atlántico, Pacífico e Índico, a los que se añaden dos menores, el Ártico y el Antártico. Proviene del latín *Oceānus*, que deriva, a su vez, del griego *Ōkeanós*. Este era, en la primitiva Grecia, el nombre del extenso

río anular que rodeaba la tierra conocida: Alejandro Magno, durante su fantástico viaje en un carro conducido por grifos, vio el mundo a vista de pájaro y comparó el globo terráqueo a una parva ceñida por una gigantesca serpiente. Sólo mucho después, cuando mejoraron los conocimientos geográficos, pasó a designar específicamente el Atlántico, donde se hallaba el palacio de Océano ya desde los tiempos homéricos. Lo personificaba el mayor de los Titanes, hijo de Urano y de Gea, y esposo de Tetis (*Thēthýs*, no *Thētis*, la madre de Ulises), la divinidad femenina y fecundadora del mar. Tuvo con ella Océano, a quien se representaba

como un anciano barbado, a menudo con pequeños cuernos y acompañado de algún monstruo marino, abundante descendencia, puesto que fueron padres de la totalidad de los ríos y las Oceánides, las ninfas del mar. En el siglo XV se creó del nombre un adjetivo: de ahí que se dijese *mar oceána*.

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* de 1737, donde se define así: «Aquel grande y dilatado mar, que rodea toda la tierra. Divídese en cuatro partes principales, u océanos particulares: el océano Atlántico o mar del Norte, el océano Pacífico o mar del Sur, el océano Hiperbórico, y el océano Austral, los cuales

se subdividen en otras partes menores, cuyos nombres se toman de las tierras que bañan con sus olas».

DIEGO ORTÚÑEZ DE CALAHORRA

[...] Que pocos días ha que fue avisado que el emperador Alicandro, padre de la infanta Lindabrides, viene contra él, y trae consigo casi toda la paganía de la grande Asia, y casi todas las naciones de las orientales ínsulas que se hallan en el **océano**.

Espejo de príncipes y caballeros. El caballero del Febo, 1555.

MIGUEL DELIBES DE CASTRO

Durante los pocos años en los que los dodos sobrevivieron a la «época de los descubrimientos» debieron ser un menú

habitual en las rutas del **océano** Índico.

Vida. La naturaleza en peligro, 2001.

ogro

El término que da nombre al malo por excelencia de los cuentos infantiles, el ogro, ser gigantesco que devora carne humana, es de procedencia francesa y comenzó a emplearse en castellano en la segunda mitad del siglo XVIII. Afortunadamente, lo terrorífico del aspecto y los hábitos de esta despiadada criatura, relacionada con las mitologías del norte de Europa, parece estar en proporción inversa a su grado de

inteligencia, y así lo atestiguan las narraciones tradicionales de Perrault o los hermanos Grimm.

Pero volvamos a la cuestión que aquí nos atañe: el vocablo francés, *ogre*, deriva, por su parte, del latín *Orcus* (de donde procede también *orco*, tan de moda en nuestros tiempos), divinidad infernal que se identifica con Plutón, señor del inframundo, correspondiente al griego Hades. En la actualidad se acepta de forma mayoritaria este origen etimológico, pero tradicionalmente se asoció el término a otro tipo de «demonios», al menos para el imaginario colectivo medieval, los

húngaros o magiares, que asolaron Europa con sus correrías en los siglos IX y X, y cuyo nombre antiguo era *Ogur*. Nada extraño, si pensamos que en el siglo XIII los tártaros fueron llamados *tártaros* por asociación con el Tártaro, el infierno de los griegos.

DRAE

El término se recoge por vez primera en la duodécima edición, de 1884: «Gigante que, según las mitologías y consejas de los pueblos del norte de Europa, se alimentaba de carne humana».



VIRGINIA AUBER NOYA

Aunque Bernardo no posee el salvaje exterior de un **ogro**, su hipócrita fisonomía, que recuerda la de un gato en acecho, su oblicua mirada y su encendida cabellera me causaron un escalofrío de espanto [...].

Ambarina: historia doméstica cubana,
1858.

JUAN BAUTISTA RIVAROLA MATTO

La amábamos como a la vida, velábamos por ella, era nuestro orgullo, nuestra razón de ser. Pero vino la guerra, como el **ogro** de los cuentos.

Yypora, 1970.

ojalá

La palabra *ojalá* es una interjección empleada para expresar el deseo de que se cumpla algo. Se trata de uno de esas voces que demuestran hasta qué punto el

árabe y los ocho siglos de dominación musulmana han influido en el léxico del español y del portugués (*oxalá*). En efecto, la voz, que se documenta en castellano a finales del siglo XV, deriva del árabe hispánico *wa šá lláh*, literalmente, ‘si Dios quisiera’, del árabe clásico *law šā’ allāh* (y no de *in šā’ allāh*, expresión con la que existe una pequeña diferencia de matiz, puesto que la partícula *law* introduce una condición irreal). Pero dejando al margen estas disquisiciones filológicas, lo que resulta incontestable es que, sin ser demasiado conscientes, cuando utilizamos la interjección invocamos a Dios —en realidad, a Alá, pero viene a

ser lo mismo, puesto que este no es sino el nombre árabe de Dios y el que emplean los cristianos árabes para referirse a él—, poniendo en sus manos el cumplimiento de nuestra aspiración.

DRAE

El término se recoge por primera vez en la quinta edición, de 1817: «Quiera Dios, así sea. Úsase siempre para expresar el deseo que tenemos de que suceda alguna cosa que se apetece o pide con ansia».

FRAY LUIS DE LEÓN

La cual forma de preguntar en la lengua hebrea es oración de ánimos deseosos y vale tanto como **ojalá**, pluguiese a Dios.

Exposición del Cantar de los cantares,
c. 1561.

MARIO VARGAS LLOSA

El señor Gates estuvo en Madrid hace algunos meses, y visitó la Real Academia Española, con la que Microsoft ha echado las bases de lo que, **ojalá**, sea una fecunda colaboración.

La verdad de las mentiras, 2002.

orégano

El orégano es una hierba aromática que se utiliza como condimento habitual en la cocina mediterránea y, de manera específica, resulta muy apreciada por la

gastronomía italiana. En castellano, el término, derivado del latín *ōrīgānum*, y este a su vez del griego *oríganon*, se documenta ya a mediados del siglo XIII.

Según la doctrina tradicional, el vocablo griego es un compuesto de *óros*, ‘montaña’, y *gános*, ‘resplandor’, ‘orgullo’, por lo que podría traducirse literalmente por ‘orgullo de las montañas’, quizá por lo agradable de su aroma y sus efectos potenciadores del sabor. Desgraciadamente, esta bella y poética etimología es falsa: la palabra probablemente es un préstamo de otra lengua.

Aunque de forma más prosaica, el célebre refrán «No todo el monte es orégano» se encarga también de subrayar las cualidades de la hierba, a la que no sólo se atribuyen propiedades culinarias, sino también, ya desde antiguo, beneficios digestivos y el alivio de afecciones reumáticas o circulatorias.

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «Planta de olor subido, que produce las hojas como las del hisopo, y la copa dividida en diversas partes, y encima de los tallos una simiente no apiñada. Llámase este orégano heracleótico; pero hay otras especies,

como el orégano onitis, que tiene las hojas más blancas y la simiente a manera de racimillos muy juntos. El orégano salvaje tiene las hojas del orégano, y unos ramillos sutiles, largos de un palmo, encima de los cuales produce unas copas como las del eneldo, y las flores blancas. Su raíz es sutil e inútil. Hay demás de esto el orégano cabruno, llamado en griego *tragorigano*, que es una mata pequeña, semejante al serpol sylvestre».

ABRAHAM DE TOLEDO

Y si les hace sentir sed por el cansancio que tengan, tomen vino añejo y cuezan en él semillas de clavo o de jengibre, o de **orégano** o de raíz de espadaña [...].

Moamín. Libro de los animales que cazan, 1250.

MIGUEL DELIBES

Así es muy cómodo, que, mientras, vosotros, ¡hala!, todo el monte es **orégano**, lo que os da la gana.

Cinco horas con Mario, 1966.

ornitorrinco

Hablamos de un mamífero peculiar; tanto que, a pesar de alimentarse de la leche materna, nace de un huevo. Semejante a una nutria, pero provisto en el extremo de su boca de un morro parecido al de un pato, este ‘pico de ave’, traducción literal de su nombre griego, *ornitho-*, ‘pájaro’, y *rhýnchos*,

‘hocico, morro’, pertenece al orden de los monotremas, criaturas que poseen un único orificio de evacuación corporal, el mismo para el tracto urogenital y digestivo. Anomalía o maravilla de la naturaleza, el ornitorrinco tiene patas palmeadas y vive en los ríos y lagos de poca profundidad de Australia y Tasmania. Fue descubierto a finales del siglo XVIII, y su nombre, que se deriva en castellano del latín científico *ornithorhynchus*, no se atestigua en nuestra lengua hasta la centuria siguiente.

Una curiosidad. Cuando, a la muerte de Unamuno, Ortega hizo la semblanza del

difunto (1937), estableció una singular comparación entre la personalidad arrolladora del gran vasco y el prehistórico animal australiano: «Cuando entraba en un sitio [...], no había [...] otro remedio que [...] ponerse en corro en torno a don Miguel, que había soltado en medio de la habitación su yo, como si fuese un ornitorrinco». El parangón, que tiene su pizca de malevolencia, revela a las claras que Ortega consideraba a Unamuno como una reliquia del pasado. Pero lo más singular es que, muy probablemente, la metáfora la tomó prestada Ortega del propio Unamuno, que en 1933, definiendo el ‘zarrabete’,

escribió: «No es ni acordeón, ni violín, ni organillo. Una especie de ornitorrinco». Esto es, un fósil.

DRAE

La voz se recoge por primera vez en la edición de 1914: «Mamífero de Australia, del tamaño próximamente de un conejo, de cabeza casi redonda y mandíbulas ensanchadas y cubiertas por una lámina córnea, por lo cual su boca se asemeja al pico de un pato; pies palmeados, sobre todo en las extremidades torácicas, y cuerpo y cola cubiertos de pelo gris muy fino. Se alimenta de larvas de insectos y pececillos que coge dentro del agua».

IGNACIO BOLÍVAR

Los ovarios son asimétricos por atrofia del izquierdo en el **ornitorrinco**, y el aparato vector se compone de las trompas, el útero y la vagina [...].

Zoología, 1909.

MANUEL LEGUINECHE

Por eso, la fauna presenta ejemplares únicos como el canguro, el koala, el **ornitorrinco**, las lagartijas o las ardillas voladoras.

La tierra de Oz, 2000.

oscilar

Es en la segunda mitad del siglo XVIII cuando se registra por vez primera el

uso en la lengua castellana del vocablo ‘oscilar’. Este procede del latín *oscillāre*, ‘balancearse’, en cuya composición podría intervenir *oscillum*, ‘columpio’, que propiamente, sin embargo, es un diminutivo de *os*, *oris*, ‘boca’ y, también, ‘cara’. Ahora bien, ¿cómo se establece la relación entre estos términos y la idea de vaivén, de movimiento que sigue un ritmo más o menos regular? Pues en este caso hay que remitirse a la costumbre romana de colocar, colgadas de las ramas de los pinos, máscaras en honor a Baco. Estos *oscilla* (‘boquitas’ o, mejor, ‘caritas’), fabricados con corcho, tenían la condición de ofrenda destinada a

propiciar el favor del dios sobre el viñedo (así lo asegura Virgilio en las *Geórgicas*, que es nuestra principal fuente sobre este rito). Pues bien, Servio, el gran comentarista de Virgilio, asoció la imagen de estos adornos mecidos por el viento con la idea del columpio, a fin de establecer una relación entre ellos y la fiesta ateniense de la *Aiora*, ‘el columpio’ (Erígone, presa de dolor por la muerte de su padre Icaro, se ahorcó, y el ejemplo de su suicidio cundió entre las jóvenes atenienses; para atajar esa locura colectiva, el oráculo ordenó establecer la fiesta de la *Aiora*, en la que se columpiaban primero doncellas,

sustituidas después por muñecas). Es más que probable que los *oscilla* nada tengan que ver con la *Aiora*; pero la etimología de *oscillāre* apuntada por Servio no deja de ser sugerente y poética.

DRAE

El término se recoge por primera vez en la cuarta edición, de 1803, por más que su definición no resulte fácilmente comprensible: «Hacer el funepéndulo, perpendículo, o volante su movimiento de vibración».

JOSÉ EUSEBIO CARO

Sólo se oía susurrar el viento,

Y **oscilar**, cual un péndulo, tu aliento
Con plácida igualdad.

Poesías completas, 1825-1853

ESTHER TUSQUETS

[...] prendida en un ramo de rosas rojas o en la cola de un gato callejero, un cachito si no más de la luna, y las tres maestras dejan **oscilar** sus tres cabezas, y en cada una de las cabezas arden dos pupilas rojizas y pequeñas de dragón [...].

El mismo mar de todos los veranos,
1978.

ostracismo

Derivada del griego *ostrakismós*, la palabra *ostracismo*, que se documenta

en castellano a mediados del siglo XVI, podría definirse como ‘apartamiento o exclusión de una persona’. En origen, sin embargo, el término designaba el destierro político al que los antiguos griegos sometían a sus gobernantes cuando consideraban que no habían respondido a las expectativas depositadas en ellos y que su presencia en la ciudad podía representar un peligro para la comunidad. Se diferenciaba del exilio en que el ostracismo no entrañaba confiscación de bienes.

Sobre pequeños fragmentos de barro cocido con forma de concha —de ahí

óstrakon, de la misma raíz que *óstreon*, ‘ostra’—, los ciudadanos de la polis señalaban al que, en su consideración, había sucumbido a los privilegios de una autoridad ejercida sin control ante sus iguales, cometiendo algún delito de gravedad. Y aquel cuyo nombre aparecía escrito en 6000 tejas —el número de votos requerido para la condena— sufría la deshonra de la expulsión por un periodo de tiempo de diez años, disponiendo de diez días para abandonar la ciudad.

Fue una práctica instituida por Clístenes, el gran legislador ateniense de finales del siglo VI a. C., para evitar el gobierno

de los tiranos. Pero, como toda estrategia política es susceptible de manipulación, lo que en un principio fuera instrumento de control se transformó a menudo en método infalible para derribar al rival. Al ostracismo fueron condenados grandes políticos atenienses, como Temístocles o Cimón. El primero en sufrirlo, según una tradición mítica, fue Teseo.



DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «Destierro político por espacio de diez años, que usaban los griegos con aquellas personas que tenían gran poder y crédito, a fin de que no aspirasen a quitar la libertad al gobierno: y a veces para quitar los celos y envidia de los inferiores. Temístocles fue uno de los que lo padecieron». En 1869 se hace referencia por primera vez al uso figurado, aunque circunscrito al ámbito político.

PEDRO MEJÍA

Y, pasado el donaire presente, convirtiose la risa en indignación y corrimiento, de tal manera que nunca más fue otro desterrado por **ostracismo** en Atenas ni dieron más sus votos, temiendo otra burla como esta.

Silva de varia lección, 1540-c. 1550.

FÉLIX ULLOA

Las fuerzas progresistas, democráticas o revolucionarias de izquierda, fueron proscritas y perseguidas, su exclusión llegó a institucionalizarse en los sistemas normativos y, los esfuerzos organizativos de sus personeros, tuvieron como precio, la cárcel, el exilio, la muerte y cuando menos, el **ostracismo** social.

El dinero y la democracia. Un caso de estudio, 2004.

P

pabellón

A finales del siglo XV llega al castellano, a través del francés *paveillon*, el vocablo *pabellón*, que tiene su origen último en el latín *papilio*, *-ōnis*. Este término se utilizaba ya en época del Imperio romano para designar la mariposa (un insecto que evita mencionar la literatura clásica por su parecido con las almas de los muertos, tal como se las representaban los

antiguos) y, además, un tipo de tienda de campaña, que tomó ese nombre al desplegarse como lo hacen las alas de una mariposa (la explicación remonta a san Isidoro). En estos *papiliones* dormían apretadamente diez legionarios: lo que se llamaba un *contubernium* (palabra esta, *contubernio*, que adquirió después un sentido peyorativo, equivaliendo a ‘conspiración’: recuérdese el famoso contubernio de Munich, tan aireado en tiempo de Franco).

De este significado se derivan todos los demás del término. Ya en el siglo XVII, *pabellón* se empleó en nuestra lengua

con el significado de ‘emparrado’ y, después, de ‘edificio aislado que forma parte de un conjunto mayor’. Por otra parte, la disposición a modo de colgadura de la tienda de campaña se asoció, desde época temprana, a los doseles que sirven de adorno a lechos y tronos, y a partir de esta acepción se incorporó a la palabra otro significado, el de ‘bandera de una nación, especialmente la que ondea en los navíos’, introducido en el castellano de la primera mitad del siglo XVIII. No queremos olvidar, finalmente, una última acepción, puesto que también hablamos de *pabellón auricular* cuando queremos referirnos a la oreja.

DRAE

Estas son las acepciones recogidas en el *Diccionario de autoridades*, de 1737: «Especie de tienda de campaña, de hechura redonda por abajo, y que fenece en punta por arriba». || «Se llama también una especie de colgadura de la misma hechura de la tienda de campaña, que sirve en camas, adorno de tronos, etc.». || «Se llama asimismo una bandera grande con las armas de la corona, la cual lleva la capitana, o el navío que comanda en alguna escuadra». || «Por extensión figurada, se llaman los emparrados, glorietas de los jardines, copas de los árboles, y otras cosas semejantes». Posteriormente, en la octava edición del diccionario usual, de 1837, se incluye como edificio, y ya en 1899 se añade el pabellón auricular.

CRISTÓBAL DE VILLALÓN

[...] como Dares supo que yo estaba en su real se levantó muy presto de una silla donde estaba razonando con sus capitanes y principales de su ejército, y me salió a recibir a la puerta de su tienda y **pabellón** [...].

El Cróton de Cristóforo Gnofoso,
c. 1553-1556.

PÍO BAROJA

En un apartado para niños, próximo al bulevar Jourdan, jugaban estos, acompañados de las niñeras. Chicos mayores daban vuelta en el tiovivo, en una plazoleta próxima al **pabellón** del parque.

Susana y los cazadores de moscas,
1938.

pagano

A finales del siglo XI encontramos ya en castellano el término *pago* con el significado de ‘distrito agrícola’, procedente del *pagus* latino. Pues bien, de este *pagus*, ‘pueblo, aldea’, se deriva en latín *paganus*, que en nuestra lengua formaría ‘pagano’, voz documentada a mediados del XIII. Hallamos tres significados para esta última palabra en latín: ‘campesino’, miembro de un *pagus*; ‘civil’, por oposición a militar (desde época de Augusto los soldados se reclutaron en la burguesía ciudadana, lo que degradó aun más la condición

social de los labriegos), y, por último, ‘gentil, no cristiano’, acepción introducida a lo largo del siglo IV por los obispos cristianos. La primera documentación en este sentido data del año 365. Poco después, Paulo Orosio dirigió su historia universal, continuada hasta el año 417, *contra los paganos* (Arnobio, a finales del siglo III, había empleado con el mismo valor *contra las naciones* [‘contra los pueblos’ en el sentido que tiene en griego *éthnos*, ‘pueblo’, un término del que, a su vez, se derivó *ethnikós*, ‘pagano’]).

Pero ¿de dónde proviene la asociación de *pagano* con *gentil*? Del hecho,

habitual en la etapa en que se populariza tal acepción, de que los habitantes de ámbitos rurales se mostraran reticentes a aceptar la nueva religión —que penetró con mayor facilidad en entornos urbanos— y en su lugar siguieran aferrándose a creencias relacionadas con cultos ancestrales vinculados a los ciclos de la naturaleza. El término resultó finalmente asociado a los seguidores de cualquier creencia relacionada con el politeísmo de griegos y romanos, y adquirió una connotación despectiva, propia de quienes consideraban aceptables únicamente las convicciones de judíos, cristianos y musulmanes.

DRAE

La voz tiene ya entrada en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «El que vive en la campaña, o en el campo, que no goza del derecho de ciudadano». || «Se toma también por el infiel no bautizado, y que está fuera del gremio de la Iglesia católica». Se incluye también otra acepción: «Se toma también por el que paga o contribuye», pero esta nada tiene que ver etimológicamente, puesto que se deriva de *pagar*.

JUAN MANUEL

E trata de cómo se prueba por razón que ninguno, christiano nin **pagano** nin hereje nin judío nin moro nin omne del mundo, non pueda decir con razón que el mundo non sea criatura de Dios.

El conde Lucanor, 1325-1335.

FEDERICO RODRÍGUEZ

Y se degrada en la medida en que se deja invadir por los antivalores: lo injusto, lo feo, lo plebeyo, lo **pagano**.

Introducción a la política social, 1979.

palacio

De introducción temprana en castellano (finales del siglo X), el vocablo *palacio* procede del latín *palatium*, denominación originaria de una de las siete colinas de Roma, relacionada por los antiguos con la ciudad de *Pallantion* en Arcadia, donde nació el rey Evandro, el mítico aliado de Eneas. Evandro

fundó a su llegada al Lacio una ciudad a la que, en recuerdo de *Pallantion*, llamó *Palatium*. De ahí el nombre de este monte, vinculado también, según la leyenda, con los gemelos Rómulo y Remo, puesto que en él habría tenido el primero de ellos por morada una modesta cabaña.

Pues bien, fue este el lugar elegido por el emperador Augusto para erigir su hogar. Sobran ejemplos a lo largo de la historia del intento por parte de los gobernantes de establecer vínculos sólidos con los elementos legendarios y simbólicos relacionados con el surgimiento de los pueblos sobre los que

dominan. En este caso, se trataría de propiciar la recuperación de la pureza originaria del espíritu romano al instalarse el máximo gobernante en el solar fundacional de Roma.

Ya en época republicana se levantaban sobre la citada colina las *domus* de la nobleza, entre ellas la del padre del propio Augusto, quien, cuando alcanzó el poder, compró a los aristócratas diversas propiedades para edificar su residencia privada. Esta práctica fue continuada por sus seguidores en el poder, que terminaron de convertir el área en un complejo palaciego de grandes dimensiones, conocido muy

pronto como *palatium*: Ovidio empleó ya con esta nueva acepción el antiguo topónimo, que después pasó a significar ‘corte’, aunque el emperador no estuviera en Roma. Entonces, para distinguirse del *palacio* residencia de los césares, el monte pasó a llamarse *Palatino*.

DRAE

Así se define el término en el *Diccionario de autoridades* (1737): «La casa en que hacen su residencia los reyes».

ANÓNIMO

[...] díjole donzel yo te ruego
que me digas quién es este caballero

que anda por el **palacio** o si
es de aquesta tierra. El donzel dijo que
non era de aquella tierra
más que era
de Cornualla e que había nombre Tristán [...].

Cuento de don Tristán de Leonís,
c. 1313-c. 1410.

EDUARDO GALEANO

Al cabo de mil días, un cuartelazo bombardeó
el **palacio** de gobierno, empujó a la muerte a
Salvador Allende, fusiló a muchos más y salvó
a la democracia asesinándola.

Bocas del tiempo, 2004.

pamela

Es este un término que se documenta en nuestra lengua en la segunda mitad del siglo XIX, por influencia de una popular obra literaria, *Pamela, o la virtud recompensada* (1740), del inglés Samuel Richardson. La protagonista que da nombre a la novela, dechado de virtudes y honradez, portaba un característico sombrero de amplias alas que, asociado al personaje, tomó prestado el sustantivo propio.

La novela, de contenido moralizante y con características formales propias del género epistolar, obtuvo un éxito inmediato entre las clases medias gracias a la sencillez de la trama y del

lenguaje, que sirvieron al autor para transmitir su enseñanza: la defensa de la honestidad, el recato y la moderación, y el respeto escrupuloso de las convenciones como cualidades propias de las clases burguesas, frente a las costumbres licenciosas de aristócratas y poderosos. Símbolo de todo ello es el tocado de la protagonista, que, hoy, despojado ya de toda connotación moral, se ha convertido, paradójicamente, en icono representativo de la elegancia femenina. Hubiese sido de esperar una acentuación esdrújula, *pámela*; pero bien sabido es que en castellano tiende a prevalecer el acento llano.



*Pamela going to Service?
Attended by her Father & Mother.*

DRAE

El término se recoge por vez primera en la decimoquinta edición, de 1925: «Sombrero

de paja, bajo de copa y ancho de alas, que usan las mujeres, especialmente en verano».

EMILIA PARDO BAZÁN

Por más precauciones que tomó, no pudo evitar que se humedeciese los pies, ni que se dejase jirones del encaje de su **pamela** en un álamo.

El cisne de Vilamorta, 1885.

CARLOS RUIZ ZAFÓN

Francisco Javier, ataviado de marinero en su primera comunión y púrpura de humillación, caminaba casi a rastras de doña Yvonne, que para la ocasión había decidido desempolvar una **pamela** a conjunto con un vestido de pliegues y guirnaldas [...].

La sombra del viento, 2001.

pánfilo

La palabra *pánfilo* remite al nombre propio latino *Pamphilus*, protagonista de un poema amoroso en forma dialogada y con rasgos satíricos escrito en latín en el siglo XII: *Pamphilus, seu de amore*. La obra, bien conocida en España, donde se denominó *Pánfilo, o sobre el amor*, alcanzó notable popularidad durante la Edad Media y está vinculada por distintos motivos con el *Libro de buen amor* y *La Celestina*.

En esta comedia elegíaca, donde no falta el enredo, Pánfilo, perdidamente

enamorado de Galatea, acude en primera instancia a Venus en busca de consejo, para abandonarse finalmente a la mediación de la alcahueta, que sabrá sacar partido de su condición para manipularlo en su propio beneficio. Las voces griegas que intervienen en la formación del nombre propio, *pan-*, ‘todo’, y *philos*, ‘amante’, permiten caracterizar, en efecto, como pánfilo, ingenuo en exceso o demasiado bondadoso a aquel que confía en todos y todo lo ama, sin distinguir el engaño.

Con esta voz se relaciona etimológicamente *panfleto*, tomado del inglés *pamphlet*, ‘folleto, libelo

difamatorio'. Y es que la palabra inglesa deriva, al parecer, de la forma anglo-latina *Panfletus*, diminutivo popular con que era conocido el *Pánfilo*. A partir del tono de sátira y burla dominante en la comedia de referencia, el término habría sido empleado para designar opúsculos y libelos, y en general escritos de contenido crítico.

DRAE

El término se recoge ya en la primera edición del diccionario académicos, de 1780: «El sujeto demasiadamente pausado, dejado, flojo y tardo en sus operaciones».

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI

Con esta confianza decía Eufrosina a sus amigas:

—¿Qué les parece, niñas? ¿Cuándo pensaban venir a mi casa a enojarse ni a convertirse? El **pánfilo** del Nariguetas nos ha puesto de vuelta y media con sus burlas [...].

La Quijotita y su prima, c. 1818.

CLARA OBLIGADO

El griego había estado de viaje y reaparecía ahora, cuando nadie lo esperaba, sonriente y **pánfilo**. Le gustaban los hombres jóvenes, sobre todo en la cama, aunque no durante demasiado tiempo.

Salsa, 2002.

pánico

En el primer cuarto del siglo XVI se registra en castellano la utilización del término ‘pánico’, que procede del latín *panicus*, y este del griego *Panikós*. Hace referencia en sentido amplio a todo lo relacionado con el dios Pan y, de manera específica, caracteriza el miedo cerval, un terror extremo generado, precisamente, por este dios.

¿Por qué esta divinidad arcádica, protectora de los pastos y los rebaños de los montes e inclinada a aficiones tan refinadas como la música —la flauta es uno de sus atributos, junto con el bastón para guiar a los animales—, acabó vinculándose a la inquietud exagerada o

el pavor? Representado habitualmente con los rasgos de un macho cabrío en la parte inferior de su cuerpo y pequeños cuernos sobre su cabeza, su proverbial incontinencia sexual le llevaba a espiar a las ninfas, a las diosas y a cuantas jóvenes de carne y hueso se aventuraban a transitar por su territorio. Con todo, no fue esta costumbre la responsable de su fama aterradora, que más bien deriva de los sonidos misteriosos e inquietantes característicos de esa naturaleza salvaje en la que se movía y que, al parecer, él se encargaba de producir.

Tales ruidos amenazadores creaban entre quienes los escuchaban una

turbación que se contagiaba de unos a otros y que iba creciendo hasta desembocar en verdadero espanto, como sucedió a los persas en la batalla de Salamina, al menos en la isla de Psitalía, consagrada al dios. Por otra parte, la Arcadia del Peloponeso, lejos de ser el paraíso imaginado por la poesía bucólica, constituye un paisaje agreste, sombrío y muy montañoso, lleno de recodos y congostos (*bássai* en dórico: de ahí el topónimo Basas, donde se alza el famoso templo de Apolo); en esos estrechos valles, que no en vano llamó «tenebrosos» la *Canción de Roldán*, es fácil representarse a Pan infundiendo un miedo pánico.

DRAE

En 1737, el *Diccionario de autoridades* da ya entrada al término: «Adjetivo que se aplica al miedo grande, temor excesivo, extrema cobardía, sin motivo o razón que lo deba causar».

CARLOS DE GÓNGORA Y SIGÜENZA

Hacer esto en este tiempo me pareció preciso para desvanecer el terror **pánico** con que se han alborotado cuantos han visto el cometa [...].

Libra astronómica y filosófica, 1690.

ENRIQUE BUENAVENTURA

La tropa portuguesa se desbanda,
han masacrado un oficial,
cunden el **pánico**, la alarma,

corre la sangre por el muelle,
gotea sobre la plancha de metal
del puente del barco acorazado [...].

Vida y muerte del fantoche lusitano,
1974.

papa

Durante la primera mitad del siglo XIII, el vocablo *papa* se utilizaba ya en castellano con el significado de ‘pontífice’. Deriva del latín tardío *papa* o *papas*, emparentados, a su vez, con el griego *papâs*, ‘obispo, sacerdote, papa’, que se empleaba como término de respeto para dirigirse a las dignidades

eclesiásticas.

Con la misma raíz etimológica —y habitual en castellano también en esa fecha—, la voz familiar para llamar al padre posee correspondencias muy similares en numerosas lenguas, como *ata* en túrquico (por ejemplo, *Átila*, ‘el Padrecito’, o el sobrenombre *Ata-türk*, ‘Padre de los turcos’, dado a Mustafá Kemal). Como curiosidad, cabe señalar que alteró su acentuación, convirtiéndose en aguda, por influencia francesa; concretamente, este desplazamiento de la sílaba tónica parece tener su origen en Madrid en el siglo XVIII, y el foco inicial podría ser la

corte borbónica. Por tanto, la acentuación llana, pese a ser percibida hoy como popular, es la más fiel etimológicamente.

Nada tienen que ver los parentescos anteriores con la palabra homónima que designa la patata: *papa* es una voz quechua con la que en un principio, en torno al siglo XV, se denominó en la Península a otro tubérculo, la batata, y que tan sólo a partir del siglo XVIII identificaron los españoles con su referente actual. Tampoco existe ninguna relación con la expresión popular *ni papa*, ‘nada’, derivada en este caso de un término latino diferente, *pappa*,

‘comida de niños’ (→SOPAPO).

DRAE

Así se definen las acepciones que aquí interesan en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «El sumo pontífice romano, vicario de Cristo, sucesor de san Pedro en el gobierno universal de la Iglesia católica, de quien es cabeza visible. Diósele este nombre, que significa ‘padre’, por serlo universal de todos los fieles». || «Es también la voz de que usan los niños cuando empiezan a hablar, para nombrar a su padre, y también llaman así al pan». || «Se llama también a las sopas blandas que se dan a los niños, y por extensión se dice de cualquier sopas muy blandas». || «Ciertas raíces que se crían debajo de la tierra, sin hojas y sin

tallo, pardas por de fuera y blancas por de dentro».

ANÓNIMO

[...] muertos e presos e a Corradín
mismo prisieron e mandol
Carles descabezar e a muchos
altos omnes con él.
E después a poco tiempo
murió el **papa** Clemente.

Gran conquista de ultramar, 1293.

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

[...] pero ¡es tan bonita!, ¡tan juguetona!, ¡canta
tan bien!, ¡baila con tal gracia! que su **papá** se
pasma mirándola.

*Panorama matritense, Escenas de
1832.*

paraíso

El uso en castellano de la palabra *paraíso*, con el significado de ‘jardín del Edén’, se documenta ya en la primera mitad del siglo XII. El término procede del latín *paradīsus*, y este del griego *parádeisos*, ‘jardín, paraíso’, aunque su origen último se encuentra en el avéstico *pairidaēza*, con el que, aplicado a los jardines de la realeza persa, se designaba un cercado de forma circular.

Sobre aquel «amenísimo huerto» habría situado Yahvé al hombre recién

creado..., hasta que desobedeció la orden divina de evitar el fruto prohibido del árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. El relato bíblico de la expulsión de Adán y Eva del paraíso es bien conocido, pero la ubicación de este fue objeto de controversia en la Edad Media. Plantado en la cima de un monte altísimo, fue situado por los padres de la Iglesia al este del mundo, y allí, junto a la India, lo representan los mapas de los Beatos. Por esta razón, los cristianos supusieron que la huella de la pisada de Buda era en realidad la pisada de Adán; y, así, el monte de Sri Lanka donde se encuentra la reliquia fue llamado *pico de Adán*.

Por la misma razón, al navegar supuestamente hacia el este por el poniente, Colón creyó encontrarse cerca del edén, sintiendo su benéfico influjo en el verdor de la flora, la bondad del clima y la perpetua juventud de sus habitantes.

Pero volviendo a cuestiones más terrenales, la voz, aplicada también al cielo en el cristianismo, asumió, por extensión, el significado de ‘lugar agradable y de gran belleza’ y, figuradamente, el de ‘lugar especialmente favorable para algo o alguien’ (de lo que es buen ejemplo la expresión *paraíso fiscal*). Además, y

puesto que el paraíso se sitúa tradicionalmente en lo más alto, se empleó, con clara intención irónica, para nombrar la parte más elevada de los teatros a la italiana, denominada también *gallinero*.

DRAE

La voz se recoge ya en *el Diccionario de autoridades* de 1737: «Huerto amenísimo adonde Dios puso a nuestro primer padre Adán, luego que le crio. [...] Llámase frecuentemente *paraíso terrenal*». || «Se toma asimismo por la gloria de los bienaventurados o el cielo, como lugar de todas las delicias». || «Por translación se llama también cualquier sitio o lugar ameno, u otra cosa deliciosa».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Tiempo es de perdonar agravios, y advierta vuesa merced que mi pecado y el de Adán tienen parentesco en muchas cosas, pues si a él le echaron del **paraíso** por una manzana, a mí por muchas peras.

Carta a una monja, c. 1605.

MIGUEL ÁNGEL SABADELL

Como todos sabemos, el bonito mito del Génesis dice que eso ocurrió cuando Dios nos arrojó fuera del **paraíso** por comer la fruta prohibida del árbol del conocimiento.

El hombre que calumnió a los monos,
2003.

parchís

Este juego de entretenimiento nació en la India, donde sigue siendo muy popular, y, casi con total seguridad, fueron los británicos quienes, con algunas variaciones, lo introdujeron —con el nombre de *parcheesi*— en Occidente. Es suficientemente conocido, de modo que su descripción resulta innecesaria. Se practica sobre un tablero con fichas de colores que avanzan de casilla en casilla, de acuerdo con la tirada del dado. Antiguamente, el centro del tablero representaba el trono del emperador y las fichas eran, en realidad, doncellas.

Desde el punto de vista de la etimología,

el término, que se documenta en castellano a mediados del siglo XX, deriva del hindi *pacīsī*, de *pacīs*, que significa ‘veinticinco’. ¿Y por qué veinticinco? La explicación es sencilla: esa era la puntuación más elevada que se podía obtener en cada tirada. En la época en que surgió el juego, se utilizaban a modo de dados las conchas de un molusco gasterópodo llamado *cauri*, tan apreciadas por su belleza, blancura y brillo que se utilizaron como moneda en el África occidental y en el océano Índico. Se lanzaban seis en total y, en función de cómo cayeran sobre el tablero, se avanzaba un determinado número de casillas: el máximo, un salto

de veinticinco, se obtenía cuando, tras lanzarlos al aire, la totalidad de los cauris quedaban boca abajo.

DRAE

Se da entrada al término por vez primera en la decimonovena edición, de 1970: «Juego que se practica en un tablero con cuatro salidas en el que cada jugador, provisto de cuatro fichas del mismo color, trata de hacerlas llegar a la casilla central. El número de casillas que se ha de recorrer en cada jugada se determina tirando un dado».

CAMILO JOSÉ CELA

Doña Celia cogió el **parchís** del trincherero del comedor, se lo pasó a los novios y se puso a cavilar. A doña Celia le da pena, y también

cierto temblor al bolsillo, el pensar que el cariño de los tortolitos puede ir cuesta abajo [...].

La colmena, 1951-1969.

ARTURO PÉREZ-REVERTE

El fandango duró hasta el recuento de las once. Hubo **parchís**, que era el juego taleguero por excelencia, y latas de conservas, y pastillas para animarse el chocho [...].

La Reina del Sur, 2002.

pascua

La palabra *pascua* deriva del latín vulgar *pascua*, y este de la voz también latina *pascha*, procedente, a su vez, del

griego *páscha*, que la habría tomado del hebreo *pesah*, donde significa ‘paso, tránsito’. En castellano se documenta en los últimos años del siglo XI.

Entre los judíos, el término designa la fiesta con la que este pueblo conmemora su salida del cautiverio egipcio, tal como relata el Éxodo, una fiesta que dura siete días y en la que se prepara una comida sujeta a un estricto ritual. Para los cristianos, la Pascua —también llamada Pascua Florida— recuerda la resurrección de Jesús al tercer día de su crucifixión; forma parte, por tanto, de la Semana Santa, y se identifica con la jornada en que Jesús resucitado se

aparece a sus discípulos en Galilea. Pascua hebrea o cristiana, en ambas es clara la alusión al concepto de *tránsito* antes señalado: tránsito del cautiverio a la libertad en el caso de los judíos, de la muerte a la vida en el caso del cristianismo. La celebración cristiana ha dado origen a dos expresiones antagónicas: de la penosa agonía de Cristo procede «hacer la pascua a alguien»; del alborozo de la fiesta, estar «alegre como unas pascuas».

Como curiosidad etimológica, cabe mencionar que la introducción de la *u* en el vocablo se habría producido por analogía con la voz latina *pascua*, plural

de *pascuum*, que designa un lugar de pasto para los animales, probablemente como resultado de una confusión, al identificar el final del periodo de ayuno con la Pascua de Resurrección que cierra la Semana Santa.

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «La fiesta más solemne de los hebreos, que celebraban a la mitad de la luna de marzo, en memoria de la libertad de la cautividad de Egipto». || «En la Iglesia católica se llama la solemne fiesta de la resurrección del Señor, que se celebra, por disposición de la misma Iglesia, el domingo inmediato después del 14 de la luna de marzo». || «Por extensión

se llaman las solemnidades del nacimiento de Cristo nuestro bien, del reconocimiento y adoración de los Reyes Magos, y de la venida del Espíritu Santo sobre el colegio apostólico».

JUAN ARCE DE OTÁROLA

[...] como al escudero de Ávila, que en nueve años nunca le dejaron de hacer una ejecución en cada **pascua**; y después, en acercándose la **pascua**, le temblaban las carnes.

Coloquios de Palatino y Pinciano,
c. 1550.

RUBÉN BAREIRO SAGUIER

[...] con la condición de que se casaran y vivieran cristianamente: el bautismo-la confirmación-la comunión de los hijos-la misa-el matrimonio-el viernesantoayuno-la

pascua florida-la extremaunción-las novenas-
los diezmos.

Ojo por diente, 1972.

pasmo

La voz *pasmo*, cuyos significados más habituales hoy son ‘estupor, asombro o sorpresa extremos que dejan en suspenso el pensamiento o el habla’ y ‘enfriamiento que causa dolor de huesos y otras molestias’, se documenta en castellano ya en la primera mitad del siglo XV. Proviene del latín vulgar *pasmus*, ‘parálisis pasajera producida por un enfriamiento’, derivado del latín

spasmus, ‘espasmo, convulsión’, y este, a su vez, del griego *spasmós*, de *spân*, ‘tirar de’. Es una de las pocas palabras griegas en que el grupo consonántico que comienza por /s/ ha perdido la consonante inicial en vez de apoyarla en una /e/ (fenómeno, por otra parte, también frecuente en las voces que se incorporan actualmente del inglés: *sprint* > *esprint*; *spray* > *espray*).

En el caso de *pasmo*, la *s-* inicial se perdió ya en el latín tardío, pero, derivado del mismo vocablo griego, se emplea en español *espasmo*, ‘contracción brusca e involuntaria de los músculos’, voz tomada directamente del

latín clásico *spasmus*. Este tipo de dobles resultan bastante usuales en nuestra lengua, y se producen porque uno de los términos se ha introducido por vía culta en una época tardía (es el caso de *espasmo*, propio de la terminología médica), evitando así la natural evolución de la palabra.

DRAE

Así se define el término en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «Suspensión o pérdida de los sentidos y del movimiento de los espíritus, con contracción o impedimento de los miembros». || «Metafóricamente vale admiración grande, que ocasiona una como suspensión de la razón y el discurso». || «Se toma también

por el objeto mismo que ocasiona la admiración o suspensión».

FRAY ANTONIO DE GUEVARA

El amor nuevo en la sangre nueva que retoñece en la primavera de la juventud es ponzoña que luego se derrama por las venas, yerba que luego prende en las entrañas, **pasmo** que luego torpece los miembros [...].

Libro áureo de Marco Aurelio, 1528.

ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE

El estupor se marca en el rostro de Esteban. Su **pasmo** le deja sin habla. Balbucea turulato:
—¿Yo?... Pero yo... Si es que yo...

*Paseillo por el planeta de los toros,
1970.*

pasquín

A mediados del siglo XVI se registra en castellano por vez primera el uso del término *pasquín*, ‘escrito de contenido crítico, satírico’. Procede esta voz del italiano *Pasquino*, nombre popular de una estatua antigua —obra helenística del siglo III— hallada en Roma, sobre la que las gentes comunes fijaban libelos destinados a expresar sus quejas, a protestar contra gobernantes y gentes principales. De ahí que estos textos terminaran denominándose *pasquines*.

Según afirma una tradición, el personaje

representado en el mármol —en realidad, Menelao sosteniendo el cuerpo de Patroclo— se parecía a Pasquino (un zapatero, según unos; un maestro de escuela, según otros), quien vivía en el barrio donde fue instalada la obra, en las cercanías de la plaza Navona; al parecer, este gozaba de alguna proximidad a los círculos cortesanos y a las altas dignidades de la curia, lo que le convertía en conocedor de noticias succulentas y le otorgaba cierta libertad para expresarse, protegido como estaba por amigos poderosos. Lo cierto es que, por una u otra razón, la escultura comenzó a denominarse Il Pasquino, asentándose la costumbre de colocar

sobre ella los escritos citados. Amparados en el anonimato —como hoy sucede con frecuencia en las redes sociales, por cierto—, los autores de estos textos podían mostrarse osados en sus comentarios, libres del miedo a ser castigados por aquellos sobre los cuales vertían sus protestas, que con frecuencia se dirigieron contra los propios papas.

DRAE

La voz se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «La sátira breve con algún dicho agudo, que regularmente se fija en las esquinas o cantones, para hacerla pública».



CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA

El acto más fino de la prudencia consiste, a mi ver, en no entremeterse con las acciones de príncipes, cediendo a la obediencia la curiosidad. ¡A cuántos despeñó una agudeza! ¡Cuántos perecieron con lazo o cuchillo, por el gusto de un **pasquín**!

El pasajero, 1617.

ANTONIO BUERO VALLEJO

Crisanto se dirige en seguida al portal y entra en él. Roque repara en el **pasquín**, lo arranca y permanece junto a la esquina.

Un soñador para un pueblo, 1958.

patochada

Con el significado de ‘cosa o dicho

disparatado', 'payasada' o 'necedad', los registros más antiguos en castellano de *patochada* datan de la primera mitad del siglo XVI. La palabra tiene, por tanto, larga tradición, y Quevedo y el propio Cervantes, en la segunda parte del *Quijote*, ya hicieron uso de ella. Es voz de etimología incierta, pero se considera de creación expresiva y resulta intuitiva su relación con el sustantivo *pata*, en su acepción de extremidad. Más aún cuando este sólo se aplica a la anatomía humana en expresiones coloquiales y se identifica más propiamente con los animales, seres desprovistos de la capacidad de raciocinio. *Patochada* se vincularía, de

esta manera, con voces coloquiales de carácter despectivo como *patoso*, ‘torpe’ o ‘que pretende ser chistoso sin conseguirlo’; *metepatas*, ‘persona que dice o hace algo inoportuno o poco adecuado’, o *patán*, ‘hombre grosero y maleducado’, entre otras.

DRAE

El término tiene ya entrada en el *Diccionario de autoridades*, de 1737: «Disparate, necedad, despropósito, o dicho grosero y basto. Díjose del nombre Patán».

GONZALO CORREAS

[...] estudiantada, la copia de estudiantes, y la acción propia de estudiante, como **patochada**,

bobería, y necesidad o vellaquería.

Arte de la lengua española castellana,
1625.

ÁLVARO POMBO

Pues si tanto respeto usted nos tiene, ¿a qué me cuenta esta **patochada**? Para escuchar, mire usted, no me parece que esté esta tarde yo en la actitud apropiada, no, no lo estoy.

Una ventana al norte, 2004.

perogrullada

Aproximadamente a principios del siglo XVII comienza a utilizarse en castellano la voz *perogrullada*, ‘afirmación tan obvia que resulta una necesidad’. Deriva

del nombre de un personaje inventado, *Pero Grullo*, que se documenta así a mediados del XVI, pero aparece ya una centuria antes como *Pero Grillo*. El primer elemento que interviene en su composición es un antropónimo equivalente a *Pedro* con amplio uso en la Edad Media —es, de hecho, el origen del patronímico *Pérez*, ‘hijo de Pero’—. Su diminutivo designa, convertido en sustantivo común (*perico* o *periquito*), una especie de papagayo, animal charlatán por excelencia que repite con su insustancial parloteo lo que escucha. Respecto al segundo de sus nombres, está vinculado a otro animal, la grulla, un ave lenta de movimientos, torpe en

sus andares, como lento o corto de entendederas sería el citado Pero. Ya tenemos caracterizado, por tanto, al personaje, que popularmente se asoció al bobo, aquel que decía obviedades —*verdades de Perogrullo* o *perogrulladas*— como si de sesudas afirmaciones se tratase.

DRAE

Así se define la voz en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «La verdad o especie, que, por notoriamente sabida, es necesidad y simpleza el decirla. Es voz inventada. Llámase comúnmente *verdad de Perogrullo*».

BENITO JERÓNIMO FEIJOO

Plenitudo est forma a vacuitate remota. Esto sólo quiere decir que lo lleno no está vacío, lo qual no es más que **perogrullada**.

Cartas eruditas y curiosas, en que por la mayor parte se continúa el designio de el Theatro Crítico universal, impugnando, o reduciendo a dudosas, varias opiniones comunes, 1750.

JUAN VICENTE MELO

[...] dará a conocer mucha de la mejor música escrita hasta entonces y guiado por la certeza de que el arte no es oficial sino que, simplemente, es arte o no, **perogrullada** que no ha dejado de causar desasosiegos [...].

Notas sin música, 1990.

petróleo

La degradación de materia orgánica derivada de plantas y animales por efecto de la presión y la temperatura origina de manera natural una sustancia untuosa e inflamable, compuesta por hidrocarburos, que se encuentra en algunas formaciones geológicas de especiales características: el petróleo. La voz que da nombre a este verdadero «oro negro» se documenta en nuestra lengua ya en la etapa final del siglo XVI; procede del bajo latín *petroleum*, y este del latín *petra*, que significa ‘piedra’, y *oleum*, ‘aceite’. Aunque el «aceite de

pedra» que brotaba del interior de la tierra ya era conocido en época antigua —según diversas fuentes, el compuesto se encontraba en abundancia en el área mesopotámica, lo que no resulta en absoluto sorprendente—, no lo fue con su apariencia habitual en nuestros días, fruto de su destilación, sino en bruto: lo que los griegos llamaron *ásphaltos* o betún duro (muy famoso fue en la Antigüedad clásica el obtenido del mar Muerto, que por eso se llamó lago *Asphaltites*: restos de la destrucción de Sodoma y Gomorra), y *naphtha* o betún líquido. Similar al betún o la brea, se empleaba para calafatear embarcaciones, para embalsamar los

cuerpos o tratar las pieles, con fines terapéuticos y constructivos y, ya en tiempos tan remotos, como combustible.

DRAE

En 1737, el *Diccionario de autoridades* daba ya entrada al término: «Aceite que resuda de unas piedras, por lo que se le dio este nombre. Es muy medicinal y parecido a la que llaman *nafta blanca*».

DIEGO ÁLAVA DE VIAMONT

[...] y encima se pondrá algodón mojado en aceite de enebro, óleo **petróleo** o en agua ardiente, después un poco de azogue, y por esta misma orden se acabará de cargar [...].

El perfecto capitán, 1590.

CARLOS FUENTES

La nacionalización del petróleo le dio a la naciente industria mexicana combustible barato. Cárdenas sentó las bases del desarrollo capitalista en México. La burguesía mexicana ni se lo reconoció ni se lo agradeció.

En esto creo, 2002.

piropo

El término *piropo*, ‘expresión de alabanza o elogio, especialmente la que ensalza la belleza de la mujer’, procede del latín *pyrōpus*, ‘aleación de cobre y oro de color rojo brillante’, y este del griego *pyrōpós*, ‘semejante al fuego’,

‘de color encendido’, de *pȳr*, ‘fuego’, y *ōps*, ‘aspecto’: con oro, plata, marfil y piropo, «que imita las llamas», supone Ovidio que estaba adornado el palacio del Sol.

Inicialmente, y desde mediados del siglo XV, la palabra denominaba en español, donde entró por vía culta, a una variedad de piedra preciosa, granate o rubí, cuyas cualidades definitorias son precisamente el color rojo y la intensidad de su brillo. No resulta difícil imaginar, por tanto, los motivos de la deriva semántica posterior del término, ligado ya a principios del siglo XVII en poesía y tratados retóricos a conceptos

como el fuego o la pasión, la brillantez o la belleza. El piropo, es, además, como piedra preciosa, algo que se obsequia o regala a la mujer. Y así, en el siglo XIX se emplea ya abiertamente con el significado de ‘requiebro o galantería destinados a una dama’, significado que después se ampliaría, haciéndose más general.

DRAE

La primera edición del diccionario usual, de 1780, recoge ya el significado propio de la mineralogía: «Piedra preciosa, que por otro nombre se llama carbunco». Años después, en 1843, se añade, en plural, la acepción hoy más habitual: «Lisonjas, requiebros».

AGUSTÍN DE ROJAS VILLANDRANDO

[...] quando todo el mundo entero
se acrisola en tu crisol
y quitan la luz al sol
para darla a tu lucero,
el carbunclo radiante,
el topacio y el **piropo**, el amatista, el crysopo,
la esmeralda y el diamante.

El natural desdichado, 1603.

ENRIQUE JARAMILLO LEVI

[...] la verdad es que me sentí chiquilla
inexperta sorprendida por un halago rotundo,
mucho más que un simple **piropo** o intento de
seducción.

Luminoso tiempo gris, 2002.

pírrico

La palabra, que no parece documentarse en español hasta el siglo XX, procede del griego *Pyrrikós*, ‘de Pirro’, por alusión al rey de Epiro, uno de los grandes generales de la Antigüedad. Convocado por los tarentinos, Pirro desembarcó en el sur de la península itálica en 280 a. C. con la idea de liberar a los griegos del sur de Italia de la amenaza de Roma; contaba para ello con un gran ejército que incluía elefantes, potente arma de guerra desconocida por los romanos. Asegura la tradición que tras resolver a su favor la primera batalla, en Heraclea — beneficiándose del desconcierto generado por los paquidermos en las

huestes enemigas, que llamaron a los proboscídeos *bueyes de Lucania*—, el general griego pronunció una frase célebre: «Si ganamos otra victoria como esta, estamos perdidos», que da idea de la gran cantidad de efectivos que hubo de sacrificar. Con todo, volvió a enfrentarse a los romanos en Áusculo (279 a. C.), donde, a pesar de vencer nuevamente a los dos cónsules, las terribles mermas sufridas por sus tropas forzaron su retirada a Tarento y su paso ulterior a Sicilia. Pirro, por tanto, no vio cumplidos sus objetivos en Italia, pero su empresa ha dejado huella en la lengua y, así, la expresión *victoria pírrica* designa cualquier ‘triunfo que se torna

en fracaso a la luz del sacrificio empleado'. El adjetivo, además, ha asumido el significado figurado de 'insignificante, de poco valor o insuficiente'. El griego cuenta con otra expresión parecida: *Kadmeîa níke* 'victoria cadmea', esto es, 'tebana', porque en Tebas, la ciudad fundada por Cadmo, murieron los dos hermanos, Eteocles y Polinices, que contendían por el poder: la lucha, pues, quedó en tablas.

Otra cosa es la *pírrica* (*pyrrhíche*), una especie de danza de espadas bailada al son de una flauta y que se consideraba un entrenamiento esencial para el soldado; en Esparta la practicaban los

niños desde los cinco años de edad. La «saltación pírrica» está mencionada ya en las obras de Rodrigo Caro.

DRAE

La voz se recoge por primera vez en la decimonovena edición, de 1970: «Dícese del triunfo o victoria obtenidos con más daño del vencedor que del vencido». Sólo en 2014 se incorporó la acepción figurada.

JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI

Cayeron como ratones. Uno de ellos rodó por el cantil y a poco más va al agua. Resultó una victoria **pírrica** la de los santurzanos, merced a la astucia de Joselín.

El Chiplichandle. Acción picaresca,

ANDRÉS OLLERO TASSARA

Ch. von Ferber considera que su cumplimiento supondría un triunfo **pírrico** de los sociólogos, que privaría a sus estudios de toda función social [...].

Derecho y sociedad, 1973.

pistola

Tradicionalmente, se ha vinculado el término *pistola*, ‘arma de fuego corta’, que se documenta en castellano ya a finales del siglo XVI, con la ciudad italiana de Pistoia, en la Toscana, donde se manufacturaban dagas o puñales y,

según algunas fuentes —no contrastadas—, habrían surgido las primeras armas de fuego cortas. Hoy, sin embargo, hay coincidencia en buscar su origen en el alemán *Pistole*, a su vez derivado de la voz onomatopéyica checa *pišt'al*, que designaba una pequeña flauta, como un caramillo (lo que no deja de ser singular, puesto que son muy pocas las voces españolas de origen checo, entre ellas →OBÚS y ROBOT). Es muy probable que las primeras pistolas, semejantes a un arcabuz reducido, recordasen, por su forma y tamaño, a este instrumento musical. El hecho es que la pistola, que inicialmente carecía de cargador —la munición se introducía

por la boca— y permitía, por tanto, un solo disparo, tuvo gran aceptación, y muy especialmente en la caballería de los ejércitos, ya que sus reducidas dimensiones y su ligereza la hacían especialmente apta para su manejo con una sola mano.

DRAE

EL término se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «Arma de fuego pequeña y corta, de que usan los soldados de caballería, trayéndolas dentro de unas fundas, pendientes del arzón de la silla».

LOPE DE VEGA CARPIO

[...] un rayo del cielo mismo,

la pólvora de un barril,
el alquitrán de un navío;
una **pistola** francesa,
una daga de tres filos,
un cuchillo de Malinas [...].

La Arcadia, 1598.

RUBÉN BAREIRO SAGUIER

Se asustó del sonido de su propia voz. Apretó
más fuerte la empuñadura de la **pistola**.

Ojo por diente, 1972.

plagio

La voz latina *plāgium*, de donde viene el término castellano *plagio*, designaba en la antigua Roma un delito, relacionado

con el comercio fraudulento de esclavos, que consistía en vender los ajenos como si fueran propios o en comprar como tales a hombres libres, a sabiendas de su condición. El vocablo tiene su origen en el griego *plágios*, que significa ‘oblicuo’, ‘trapacero, engañoso’. Y no cabe duda de que estos últimos conceptos subsisten, connotativamente, en español, donde *plagio* se aplica, en el ámbito del pensamiento y de la creatividad, al acto de adueñarse de una obra ajena permitiendo que se considere de autoría propia. Los antiguos distinguieron entre imitación y plagio, pero los límites entre ambos conceptos fueron muy tenues; de

«robo» (*furtum*) fue acusado el propio Virgilio, por poner el ejemplo más significativo. Con este significado — presente en Roma, en el siglo I, en el término *plagiarius*, ‘plagiario’, que fue empleado en este sentido por el epigramatista Marcial—, el término se documenta en la lengua castellana ya en la segunda mitad del siglo XVIII. Años después cobró en gran parte de América un significado especial, que de alguna manera viene a ponderar la gravedad del plagio: ‘secuestro de una persona para obtener rescate’.

El término se recoge ya en la cuarta edición, de 1803: «El hurto o apropiación de libros, obras o tratados ajenos».

ANÓNIMO

Plagiator es hombre enaziado que engaña los mozos chicos e los siervos ajenos e liévalos a vendelos. E es así dicho a **plagio**, esto es, ‘de tuerto’, porque non anda carrera derecha mas engañando.

Las etimologías romanceadas de San Isidoro, p. 1450.

JUAN PABLO FORNER

Aunque Apuleyo fue platónico, no deben atribuírsele estas palabras. Su libro *De Mundo* le copió literalmente del que anda en nombre de Aristóteles, callando el **plagio**, y aun apropiándose el libro.

política

La política, la intervención en la «cosa pública», era uno de los fundamentos de la antigua sociedad griega. Ya Platón consideraba al hombre como un ser eminentemente social, y Aristóteles lo define, en este mismo sentido, como «animal político» (*zôon politikón*). Si nos remitimos al modelo ideal del primero —que tan complicado se ha demostrado llevar a la práctica—, el objetivo del Estado es, sobre la base de

la ética y la justicia, formar hombres virtuosos e imponer el bien común sobre los intereses privados. Esta última es una idea recurrente en la filosofía griega: los asuntos del Estado son, en última instancia, los propios de los ciudadanos.

En un tiempo en que la política, y especialmente sus representantes, los políticos, no viven sus mejores días, no está de más volver los ojos atrás y recordarlo. El término que les da nombre, tan denostado hoy día, se documenta ya en castellano a finales del siglo XIII. Procede del latín *politĭcus*, y este del griego *politikḗ*, ‘perteneciente

al gobierno', pero, propiamente, 'relativo a la ciudad', de *pólis*, 'ciudad'. Como es bien sabido, las polis griegas eran en realidad ciudades-estado, lo que ofrece algo de luz sobre el origen etimológico de la voz.

DRAE

La voz se recoge en el *Diccionario de autoridades* de 1737, con esta definición: «El gobierno de la República, que trata y ordena las cosas que tocan a la policía, conservación y buena conducta de los hombres». || «Se toma también por la cortesía y buen modo de portarse».

ALFONSO DE LA TORRE

La tercera manera de vida es segunt qu'el omne es omne. E segund aquesta, le conviene usar e comunicar con los otros omnes e le conviene las virtudes morales por ordenar a sí mesmo e a su casa, e para ordenar el estado que ha de tener en el lugar do vive. E aquesta tal vida es llamada vida **política**.

Visión deleytable, c. 1430-1440.

ENRIQUE TIERNO GALVÁN

Entre otras razones, porque la opinión pública europea se contradecía, en cuanto al caso español, con la **política** exterior de sus gobiernos.

España y el socialismo, 1966-1974.

popurrí

Más que curioso resulta el origen del término *popurri*, ‘mezcla de varias cosas distintas’ y, en particular, ‘composición musical formada por fragmentos de varias obras’. Su procedencia hay que buscarla en el francés *pot pourri*, literalmente, ‘olla podrida’. Y es que la voz francesa es un calco de la que da nombre a este plato de la gastronomía española, en el que a la carne, el tocino y las legumbres, ingredientes básicos de la olla, se les añaden jamón, aves, embutidos y otras viandas. El caso, por cierto, recuerda a la vieja costumbre nacional —por fortuna cada vez más arrinconada— de exportar materias primas para

importarlas después manufacturadas a precio muy superior.

El proceso se atestigua porque la voz *olla podrida* está documentada en castellano en torno a 1540, mientras que los primeros registros del *pot pourri* francés corresponden a la segunda mitad de esa misma centuria. Ya adaptada como palabra española, *popurrí* se registra mucho después, a finales del siglo XIX. Respecto al origen del término adjetival de *olla podrida*, no hay certeza absoluta, pero suele aceptarse, sin fundamento, que proviene de *pod(e)rida*, cuyo significado sería ‘poderosa’. Covarrubias, que también

recoge este posible origen, pensaba, sin embargo, que se denominaba así «en cuanto se cuece muy despacio, que casi lo que tiene dentro viene a deshacerse». Según Corominas, se trata de una acepción figurada del verbo *podrir*: como se puede decir «un ribazo podrido [= rebosante] de caracoles».

DRAE

La voz se incluye por vez primera en el *Diccionario manual* de 1927: «Olla, pucher español». || «fig. Miscelánea». Sólo se incorpora al diccionario usual, en la acepción de ‘composición musical’, en 1947.



MIGUEL DE CERVANTES

Y Sancho dijo: «Aquel platonazo que está más adelante vahando me parece que es **olla podrida**, que, por la diversidad de cosas que en tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que no sea de gusto y de provecho».

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, 1605.

ANALYDIA VEGA

La «madre» sabía tocar y, sin hacerse rogar demasiado, se sentó al piano para regalarles un **popurrí** de deliciosos valeses.

Falsas crónicas del sur, 1991.

pordiosero

La frase repetida de algunos mendigos

solicitando caridad en nombre de Dios: «Una limosna, por Dios», está en el origen de esta palabra. En efecto, *pordiosero*, ‘que pide limosna’, voz que ha ido tornándose abiertamente despectiva, proviene de manera directa de la expresión *por Dios*, esto es, ‘por caridad’, a la que se añadió el sufijo *-ero*, que indica oficio, ocupación o cargo. Es sinónimo, por tanto, de *mendigo*, *mendicante* y *limosnero*. El término se documenta en castellano por vez primera en el último cuarto del siglo XVI, pero, aunque es algo posterior, no nos resistimos a incluir aquí una célebre letrilla satírica compuesta por Quevedo en torno al año

1600: «pero, pues da calidad al noble y al pordiosero, / poderoso caballero es don dinero». Pese al paso de los años, poco más se puede añadir.

DRAE

El término se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «El pobre mendigo, que pide limosna implorando el nombre de Dios, de donde se formó esta VOZ».

ANÓNIMO

Y en último extremo entra la mendiguez y hacerse uno **pordiosero**, pues se sacan de tales romerías estas veneras —como dice el refrán—; quien gasta sin propósito viene a demandar a propósito.

*Segunda parte de la vida del pícaro
Guzmán de Alfarache, 1602.*

MARIO MENDOZA

El hombre saca unas monedas y se las entrega con disgusto, como si estuviera regalando una limosna a un **pordiozero** andrajoso y maloliente.

Satanás, 2002.

primavera

La primavera, ‘estación del año comprendida entre el invierno y el verano’, simboliza, especialmente en las sociedades agrarias, el renacimiento de

la vida, la resurrección, tan fundamental en los cultos de Osiris y Atis; por ese germinar universal los antiguos dataron en el equinoccio de primavera la creación del mundo. Es el tiempo, en la mitología griega, en que Perséfone, prisionera de Hades en el inframundo durante seis meses, vuelve junto a Deméter, su madre, diosa de la agricultura o la tierra fecunda. La voz que le da nombre, que no se documenta hasta el último cuarto del siglo XIV, proviene del latín vulgar *prima vera*, y este del latín *primum*, ‘el primero’, y *ver*, ‘primavera’. Literalmente, por tanto, la ‘primera primavera’.

Los romanos distinguían cuatro estaciones, denominadas *ver* ('primavera'), *aestas* ('verano'), *autumnus* ('otoño') e *hiems* ('invierno'), representadas en numerosos mosaicos. Aunque, según Ovidio (*Metamorfosis*), las estaciones aparecieron sólo en la Edad de Plata, pues antes los hombres vivían en una perpetua primavera. Ya en romance, fueron llamadas *verano*, *estío*, *otoño* e *invierno*. En época tardomedieval, sin embargo, se añadía una quinta estación, la *primavera* (el primer verano, esto es, la primera primavera, como hemos visto). Covarrubias, en su célebre

diccionario de 1611, define la voz así: «Del nombre latino *primum ver*, que es la entrada del verano». Y Cervantes, en la segunda parte del *Quijote*, escribe: «La primavera sigue al verano, el verano al estío, el estío al otoño, y el otoño al invierno, y el invierno a la primavera, y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua». A partir del siglo XVII, sin embargo, *primavera* iría desplazando a *verano* para referirse al tiempo de la floración, y *verano* a *estío*, conformando la terminología actual del ciclo de las estaciones.

Así se define ya la voz en el *Diccionario de autoridades*, de 1737: «Una de las cuatro estaciones o tiempos en que se divide el año, que empieza desde el equinoccio de marzo, y dura hasta el solsticio de junio».

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Para él todos los tiempos del año le eran dulce y templada **primavera**; tan bien dormía en parvas como en colchones.

La ilustre fregona, Novelas ejemplares,
1613.

JORGE LUIS BORGES

Para alimentar ese error, procuré andar siempre sin armas. Una mañana de **primavera**, al rayar el día, nos invadieron bruscamente los hombres-monos.

El informe de Brodie, 1970.

profeta

La palabra *profeta*, que se documenta en castellano en torno a 1200, proviene del latín *prophēta*, y este del griego *prophētēs* (emparentado con el verbo *próphēmi*, más tardío: ‘yo predigo, pronostico’, de *pro-*, ‘antes’, y *phēmi*, ‘yo digo’). En la Antigüedad clásica, los profetas eran quienes anunciaban los oscuros oráculos de los dioses. Actuaban, por tanto, como intérpretes, pero también como mensajeros, papel este último que se atribuye asimismo un poeta como Píndaro en relación con las musas que lo inspiran. El hombre que

predice el porvenir, como Calcante y Tiresias, recibió en Grecia otro nombre: *mántis*, ‘adivino’. Con el tiempo, sin embargo, los dos términos acabaron por confundirse.

Será el mencionado sentido de mensajero el que se transmita a las religiones monoteístas a través de la traducción griega de la Biblia de los Setenta. En ella se emplea el término *profeta* para traducir *nabî*, voz hebrea de origen oscuro que viene a identificarse como ‘el que habla en lugar de Dios’. Cobra aquí especial relevancia la inspiración o revelación, y así, para judíos, cristianos y

musulmanes, el profeta es, ante todo, un emisario de Dios, el portavoz de una verdad revelada.

DRAE

El término se recoge en la primera edición del diccionario usual, de 1780: «El que posee y tiene el don de profecía». || «El sujeto que por algunas señales conjetura y anuncia el fin que tendrá alguna cosa».

ANÓNIMO

Dize el **profeta** Malachías: «Ponet todos los vuestros diezmos en un hórreo, dize el Señor, e derramaré sobre vos mi bendición en abundancia e abriros he las puertas del cielo».

Ejemplos muy notables, c. 1450.

DIANA ARIAS Y CLAUDIA VARGAS

Para el islam, el verde es el color de la salvación, es el símbolo de la riqueza, tanto espiritual como material; el **profeta** Mahoma vestía un manto verde.

La alimentación por el color, 2003.

proletario

La voz *proletario* procede del latín *prolētarius*, ‘pobre’, derivado a su vez de *prolē*, ‘prole’. Según la opinión tradicional, así fue llamado el hombre que, por carecer de cualquier otro bien, contribuía al Estado sólo con sus hijos. Los antiguos (Varrón, Cicerón, Aulo

Gelio y Festo), sin embargo, entendieron unánimemente por proletarios a los ciudadanos que podían tener hijos y tenían un censo no superior a los 1500 ases, por lo que estaban exentos de impuestos; muy rara vez fueron llamados a filas en época republicana, y ello en circunstancias excepcionales —una guerra, por ejemplo—. Esta explicación, aceptada por Theodor Mommsen, parece más lógica que la que han dado al nombre otros estudiosos modernos: ‘los hijos de ciudadanos que antes poseían tierras’, ‘los desheredados’ (Max Weber, trayendo curiosamente a colación el español *hidalgo*, ‘hijo de algo’) o ‘la juventud en edad viril’

(Arthur Rosenberg).

El término se documenta en castellano a finales del siglo XV, su uso fue anecdótico hasta que Marx y Engels lo retomaron en el *Manifiesto comunista*, en 1848, para hacer referencia, en el ámbito del sistema capitalista, al trabajador, al miembro de la clase obrera en cuanto que carece de medios de producción propios y, para subsistir, se ve obligado a vender su fuerza de trabajo por un salario. La obra, que, como es bien sabido, consideraba inevitable —con gran optimismo antropológico— el triunfo final del proletariado en la lucha de clases, tuvo

gran influencia y se cerraba con una frase que alcanzó enorme difusión: «¡Proletarios de todos los países, uníos!». El mismo origen tiene el término *proletariado*, para cuya escala más baja Marx acuñó un compuesto famoso, *Lumpenproletariat*, ‘el proletariado de los descamisados’, abreviado coloquialmente en *lumpen*.

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* de 1737, pero con una acepción que no prosperó: «Adjetivo que se aplica al autor de poca nota». Se incluye en 1884 una definición singular: «Individuo de la clase indigente». Pero sólo un siglo

después, en 1984, se incorpora «Obrero, persona que vive de un salario».

JUAN ARCE DE OTAROLA

[...] los franceses tenían por tanta ignominia ser pobres que, aunque uno fuese generoso y noble de sangre, le trataban como a vil y a plebeyo y lo llamaban «**proletario**» y ponían delante a los ricos, que llamaban «asiduos».

Coloquios de Palatino y Pinciano,
c. 1550.

RAÚL FERRERO

En efecto, Marx preconizó el internacionalismo **proletario**, es decir la solidaridad horizontal de los trabajadores de todo el mundo, a diferencia del nacionalismo, que consiste en la solidaridad vertical dentro de cada país [...].

proxeneta

La palabra *proxeneta*, que designa a la ‘persona que obtiene beneficio económico de la prostitución de otra’ — en resumidas cuentas, y en palabras menos finas, a un chulo o, como era llamado antaño, un rufián—, se documenta con este significado de forma tardía, en el último cuarto del siglo XIX. Proviene del latín *proxenēta*, que se usó con el significado de ‘mediador, intermediario’, ‘comisionista’, y este, a

su vez, del griego *proxenētēs*. Y si seguimos tirando del hilo llegamos al verbo *proxenéo*, ‘ejercer de protector o de mediador’, de *próxenos*, ‘especie de cónsul, persona que introducía y protegía a sus conciudadanos en una ciudad extranjera’, voz formada por el prefijo *pro-*, ‘delante de’, y *xénos*, ‘extranjero’.

Hay, como se ve, dos conceptos que se mantienen a lo largo de la cadena evolutiva del término, el de *mediación* y —aunque de forma más tenue y torticera— el de *protección*, y uno que se pierde, el de *foráneo*, *extranjero*. Y sin embargo, curiosamente, dada la

estructura de la prostitución en los países ricos, donde es ejercida fundamentalmente por mujeres extranjeras de regiones más pobres, parece que este último, siquiera indirectamente, esté cobrando nueva vigencia.

El término pudo introducirse en español a través del francés *proxénète*; recuérdese que también fue costumbre española llamar *madame* a la encargada de un burdel, como si el término francés acrecentara el morbo. En la Sevilla del Siglo de Oro las meretrices, recluidas en la *mancebía*, estaban sometidas al control y jurisdicción del llamado *padre*

de la mancebía, un cargo nombrado por el concejo, ante quien rendía cuentas de su actuación. Hoy están totalmente a la intemperie.

DRAE

Se da entrada a la voz por vez primera en la decimotercera edición, de 1899: «Alcahuete [persona que solicita o sonsaca a una mujer para usos lascivos con un hombre, o encubre, concierta o permite en su casa esta ilícita comunicación]».

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Y al oír aquello, me maravillé en extremo, y pensé: «¡Vaya, ualahí!, ¡oh maese Moin!, ¡hete aquí ahora solicitado para **proxeneta** de una mujer con otra mujer!».

Traducción de *Las mil y una noches*,
c. 1916.

JUAN BONILLA

Su futuro parecía no tener vuelta de hoja: puta en las calles de Madrid a merced del capricho de algún **proxeneta** que la protegiera obligándola a cambio a ejercitar las aberraciones que le impusieran sus clientes.

El que apaga la luz, 1994.

pucherazo

La palabra *pucherazo*, ‘fraude electoral que consiste en alterar el resultado del escrutinio de los votos’, proviene, como es evidente, de *puchero*, la olla para

hacer las puches, es decir, las gachas... Pero no nos adentremos en asuntos culinarios. Lo que aquí interesa es cómo el puchero acabó relacionándose con el fraude electoral. Y no hay que remontarse a tiempos lejanos, aunque, por costumbre, tengamos la tentación de hacerlo. La cosa tiene su origen en la Restauración, época, por cierto, de gran adelanto en este tipo de tejemanejes. El pucherazo era en principio uno de los métodos de adulteración electoral empleados para garantizar el turnismo, la alternancia pactada entre el partido liberal y el partido conservador. El sistema, sustentado en la estructura caciquil y, por tanto, especialmente

productivo en las áreas rurales, era sencillo: se manipulaban algunas papeletas de la votación y se guardaban en un recipiente, con frecuencia un puchero, incorporándose —lo que se llamaba «volcar el puchero»— en el proceso de recuento si era necesario. El método, qué duda cabe, ha quedado obsoleto, pero el término, usado de forma más o menos propia, mantiene toda su vigencia.

DRAE

La palabra tiene entrada por vez primera en la decimoquinta edición, de 1925: «Golpe dado con un puchero». || «fam. Fraude electoral que consiste en computar votos

no



emitidos en una elección».

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR

El vocabulario español se enriquece con términos procedentes de la práctica caciquil, tales como *alcaldada*, que define el abuso de autoridad, o **pucherazo**, utilizado para describir gráficamente un determinado fraude electoral.

Breve historia de España, 1994.

GONZALO LÓPEZ ABA

—Mira, «Matu», Rosa no saca en ningún caso más del diez por ciento de los votos —le respondió Chaves en un arrebato de enfado por la acusación de que era objeto—. Será porque vais a dar un **pucherazo**.

*El relevo. Crónica viva del camino
hacia el II Suresnes del PSOE. 1996-2000,
2002.*

pupila

La palabra *pupila*, ‘abertura situada en el centro del iris por donde penetra la luz’, proviene de la forma latina *pupilla*, diminutivo de *pupa* utilizado propiamente con el significado de

‘niña’ o ‘huérfana menor de edad que queda bajo la tutela de un adulto’. Ya en Roma empezó a emplearse también con el de ‘pupila del ojo’, uso que queda atestiguado en Lucrecio (siglo I a. C.) y, después, en Plinio (siglo I d. C.), y es que el iris, y en concreto la pupila, actúa, con determinadas condiciones lumínicas, como un espejo, reflejando la imagen exterior. Puede aparecer en ella, por tanto, una diminuta figura humana — normalmente la del propio interlocutor — identificada de forma popular con una niña o muchacha. De lo asentado de la imagen deja constancia la existencia de la alternativa *niña del ojo*, que tiene idéntico origen y significado. Y es que

la metáfora está presente en lenguas de todo el mundo, sin ninguna relación entre sí (así, por ejemplo, en griego antiguo: *kórē*, el femenino de *koûros*, ‘muchacho’). El término, por cierto, se documenta en castellano ya a mediados del siglo XV.

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «Lo mismo que *niña de los ojos* [abertura pequeña en las túnicas del ojo, redonda u ovalada, por donde pasan los rayos de la luz, y haciendo refracción en el humor cristalino, forman o pintan la imagen del objeto en la retina, y así se hace la visión]».

ALFONSO DE PALENCIA

Pupila es el punto que esta en la meytad del ojo, do consiste la fuerza de la vista do parecen pequeñas imágenes. Así que los chiquitos se llaman pupilos. Llama se **pupila** por ser pura como son las niñas.

Universal vocabulario en latín y romance, 1490.

TOMÁS ELOY MARTÍNEZ

Tendría la desvergüenza de las mujeres públicas en la cama, a las que tanto les da refocilarse con un habitué del burdel como con una mascota doméstica u otra **pupila** de la casa.

Santa Evita, 1995.

Q

quimera

Nuestros sueños son, en muchos casos, quimeras, ideas concebidas por la imaginación como posibles o verdaderas, sin serlo. Pero ¿quién no ha acariciado en algún momento de su vida alguna de ellas? El término que les da nombre, que entró en castellano por vía culta en el siglo XV, proviene del latín *chimaera*, y este del griego *chímaira*, ‘animal fabuloso’. En la mitología

grecorromana, Quimera era un monstruo que vomitaba fuego, con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de dragón. Es decir, una bestia irreal, una aberración concebida por la siempre fértil mente humana. De hecho, el arte cristiano hizo de ella en época medieval un símbolo del espíritu del mal. Según el mito, Quimera, que assolaba las tierras de Licia (Asia Menor), nació de la unión de la viperina Equidna y Tifón, y —atendiendo a algunas versiones— dio vida a la Esfinge y al León de Nemea. La mató el héroe Belerofonte con la ayuda de Pegaso, el caballo alado. Así que la cosa no terminó mal: Virgilio colocó a Quimera en su infierno. Para

algunos moralistas, el monstruo simbolizó la prostitución; otro tanto se dijo de las sirenas.



DRAE

El término tiene entrada en la primera edición del diccionario usual, de 1780, pero con un significado que no ha sobrevivido: «Pendencia riña, o contienda». Ya en la cuarta edición, d

1803, se añade «Lo que se propone a la imaginación como posible, o verdadero no siéndolo». La acepción mitológica se incorpora años después, en 1822.

SEBASTIÁN DE OROZCO

Las que piensan ser hermosas
aquellas menos lo son,
aunque procuran con cosas
aparentes y engañosas
hermosear su facción.
Y al que bien lo considera,
finalmente es la mujer
una llamada **quimera**,
que ni es cosa, ni era,
y la de más ser, no ser.

Cancionero, c. 1540-1579.

JUAN BENET

[...] qué había en su habitual manera de vivir que tanto les dolía, qué era lo que aborrecían de sus costumbres, qué les embargaba —sin llegar a representarlo— como una **quimera** irrealizable.

Un viaje de invierno, 1972.

quisquilloso

Una persona quisquillosa es aquella que se fija demasiado en detalles y pequeñeces, y en particular la que se siente ofendida o molesta por cuestiones de este tenor. El término se documenta tardíamente, a mediados del siglo XVIII. Ahora bien, ¿procede, como podría

pensarse, de *quisquilla*? Pues... sí, o por lo menos este término influyó en su formación. A fin de cuentas, las quisquillas o camarones, si por algo se caracterizan —además de por su sabor—, es por su pequeño tamaño. Además, y pese a que en la actualidad ha caído casi en desuso, *quisquilla* significa también ‘pequeñez, dificultad menor’. Esta voz deriva del latín *quisquilia*, ‘menudencias’. Más difícil es determinar cómo se formó *quisquilloso*. Resulta muy tentadora la teoría esbozada por Corominas, según el cual sería una alteración de *cosquilloso* (de *cosquillas*), voz que se usaba desde el siglo XVI con un significado muy

semejante («Muy delicado de genio y que se ofende con poco motivo», según la definición del diccionario académico), por influjo, eso sí, de *quisquilla*. Y es que, aunque en algunas ocasiones las cosas no son como parecen, en la mayoría de los casos, sí.

DRAE

El término se recoge por vez primera en la cuarta edición, de 1803: «El que se para en quisquillas: el nimiamente delicado en el trato común».

JOSÉ FRANCISCO ISLA

Como fray Blas vio que el colegial estaba un poco avinagrado y tenía ya alguna noticia de su

genio vivo y **quisquilloso**, no se atrevió a replicarle.

Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, 1758.

RAMIRO A. CALLE

Tres décadas después soy menos **quisquilloso** y no me dejo ganar por escrúpulos hipocondríacos y, así, salto desde la barca al centro del lecho del río, sumergiéndome en sus aguas cenagosas [...].

Viaje al interior de la India, 2001.

R

rebeca

La película *Rebeca* (1940), basada en una novela de Daphne du Maurier, alcanzó, como todos los filmes de su director, Alfred Hitchcock, un enorme éxito comercial. Se trata de la primera rodada por Hitchcock en Estados Unidos y obtuvo dos Óscar, a la mejor película y la mejor fotografía en blanco y negro, además de otras nueve candidaturas. Sus protagonistas eran Lawrence Olivier y

Jean Fontaine. La actriz —que curiosamente no daba vida a Rebeca, aunque su sombra planea sobre ella a lo largo de toda la película, generando, sin estar presente, una atmósfera particularmente turbadora— vestía una chaqueta de punto, ligera, sin cuello y con botonadura que empezaba a la altura de la garganta. Tal es el origen del nombre de esta prenda, que vivió a partir de entonces —en España la película se estrenó en 1942— su particular época dorada.

DRAE

El término se recoge por vez primera en 1984, en la vigésima edición, cuatro décadas después de que se popularizara.

CARMEN MARTÍN GAITE

Estropeáis los conjuntos más bonitos por plantarles una **rebeca** encima. Encima de la blusa de seda natural, nada, mujer.

Entre visillos, 1958.

JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

La encontré a la salida de la iglesia y lo primero que me llamó la atención es que bajo el velo, la falda larga y la **rebeca** de devota, seguía teniendo el mismo aspecto de fresca [...].

El río de la luna, 1981.

regate

El término *regate*, ‘movimiento rápido del cuerpo para esquivar algo o a alguien’, tiene una larga y complicada historia. En los primeros textos en los que se documenta el sustantivo se habla de «comprar» o «vender a regate». Efectivamente, a la misma familia pertenece *regatón*, ‘revendedor’ (la forma más antigua, atestiguada desde 1252), y *regatear*, ‘revender’, ‘debatir comprador y vendedor el precio de un artículo’ (documentada desde 1445).

Durante el regateo se produce un

constante tira y afloja entre el comprador y el vendedor, tratando cada uno de llevarse la mejor tajada. Así se comprende que, por analogía con tantos dimes y diretes, tantos dares y tomares, surgiese finalmente la expresión *dar*, *hacer un regate*, ‘hacer un quiebro’.

En la segunda mitad del siglo XVI (en Juan de Timoneda, por ser más exactos) apareció el verbo *recatear*. ¿A qué se debe este cambio de *c* por *g*? La solución puede estar en la confusión que se produjo entre *regate* y *rescate*, dos palabras muy semejantes y relacionadas entre sí. La evolución de *rescate* a ‘compra’ se había completado ya a

finales del siglo XV: en 1479 los Reyes Católicos prohibieron a sus súbditos ir a Guinea «a fazer rescate [‘trueque’, ‘compra’] de oro». Por consiguiente, también *rescatar* se empleó con el valor de ‘hacer trueques’, ‘comprar’: un indio —escribe Colón en 1492— se acercó a las carabelas «a rescatar un ovillo de algodón». No es inverosímil pensar que este *rescatar* prestara su *c* a *regatear*, con el apoyo de otras palabras como *recatar*.

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «El movimiento pronto que se hace hurtando el cuerpo a una

parte y a otra» || «Metafóricamente vale escape o efugio en alguna dificultad, estudiosamente buscado».

ANÓNIMO

[...] en los lugares de la comarca está vedada la saca del pan, e a esta causa cargan todos los de fuera que conpran a **regate** en esta villa e su tierra, que acordaron e acordaban [...].

*Libro de acuerdos del concejo
madrileño, 1498-1501.*

ELENA QUIROGA

—Usted —dijo a Carola—, que apenas habla en los recreos, le entra la comezón en clase. Las voy a separar. Haga el favor de salir.

Salió dando un **regate** ante mi pupitre.

Escribo tu nombre, 1965.

república

La república es aquella forma de organización del Estado en la que los ciudadanos eligen a su máxima autoridad, bien directamente, bien a través de delegados, por un periodo de tiempo determinado. La voz proviene del latín *respublica*, literalmente, ‘la cosa pública por antonomasia, el Estado’. Este significado ha pasado también al español, donde el término se documenta en la segunda mitad del siglo XIV, y, así, en el Siglo de Oro Cervantes habla en la *Galatea* de «república gobernada de príncipe tan

prudente» (en un nivel semántico inferior, asumió asimismo el sentido de ‘colectividad’: «la república de las abejas» es expresión de fray Luis de Granada).

Pero, en paralelo, la palabra se aplicó, antonomásticamente, al tipo de gobierno vigente en Roma desde la caída del último rey etrusco, Tarquinio el Soberbio, hasta el establecimiento del Imperio. Como es sabido, en la antigua Roma la república se opone, fundamentalmente, al imperio. Sin embargo, en época moderna —en la que la república tiene como modelos los regímenes surgidos de las revoluciones

estadounidense y francesa— se establece esta oposición con la monarquía, en cuanto que el jefe del Estado (el presidente de la República) es elegido por voluntad popular expresada a través de sufragio, mientras que la institución monárquica es hereditaria.

DRAE

La voz tiene ya entrada, con sus significados fundamentales, en el *Diccionario de autoridades* (1737): «El gobierno del público. Hoy se dice del gobierno de muchos, como distinto del gobierno monárquico». || «Se toma también por la causa pública, el común o su

utilidad». || «Por extensión se llaman también algunos pueblos».

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

[...] celadores prudentísimos tiene nuestra **república** que, considerando que España cría y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios, hallarán a tanto daño cierta, presta y segura salida.

El coloquio de los perros. Novelas ejemplares, 1613.

LOLA BECCARIA

Entonces se exiliaba durante un tiempo bajo el jergón y aquel rectángulo que cubría la estructura de la cama devenía en **república** independiente, donde él gobernaba sin injerencias.

La luna en Jorge, 2001.

restaurante

Si atendemos al diccionario de la Real Academia, la voz *restaurante* procede del antiguo participio activo de *restaurar*, ‘reparar, renovar, recuperar’ (verbo derivado del latín *restaurāre*); literalmente, por tanto, su significado sería ‘que restaura’. Sin embargo, la influencia del francés resulta evidente. Más aún cuando nos movemos en el ámbito de la gastronomía, donde nuestros vecinos del norte han sido quienes tradicionalmente «han cortado el bacalao». En Francia se documenta la voz *restaurant*, con el significado de

‘alimento o remedio reconstituyente’, desde el siglo XVI, y a principios del XIX se aplica ya al ‘establecimiento donde se sirven comidas y bebidas’. La voz española, por tanto, parece ser un calco semántico. Y este se documenta ya a finales del siglo XIX. Ligeramente posterior —de principios del XX— es la forma *restorán*, que responde a la fonética del francés. Ahora bien, esto no quita para que podamos presumir del restaurante más antiguo del mundo, o al menos del que figura como tal en el *Libro Guinness*, el madrileño Casa Botín, fundado en 1725. Y también, claro está, de algunos en los que mejor se come.

DRAE

La voz *restaurante*, como participio activo del verbo *restaurar*, se recoge ya en la cuarta edición, de 1803. En su acepción actual se hará esperar hasta 1925: «Establecimiento donde se sirven comidas».

BENITO PÉREZ GALDÓS

[...] vestía con esa sencillez airosa de las mujeres extranjeras que se ganan la vida en un mostrador de tienda elegante, o llevando la contabilidad de un **restaurante**.

Fortunata y Jacinta, 1885-1887.

MANUEL TOHARIA

Típica receta castellana, de la que no nos sentimos inventores aunque desde luego no la

hayamos probado en ningún **restaurante** ni leído en ningún libro.

El libro de las setas, 1985.

retrete

La palabra *retrete* procede del occitano o catalán *retret*, que era propiamente el participio correspondiente a *retraído*, pero que tomó el significado de ‘cuarto pequeño e íntimo’. En castellano se documenta ya a principios del siglo XV. Así, y aunque hoy pueda resultar sorprendente, en un vocabulario de 1490 Alfonso Palencia define *sanctuarium*, sin ninguna ironía, como

el «logar o retrete en que se obran cosas sanctas». Tal era también el significado del término en el siglo XVIII, como atestiguan los distintos diccionarios académicos. Después, se identificaría ese cuarto íntimo y retirado con el recinto destinado a satisfacer las necesidades fisiológicas, y, por extensión, tomó más tarde este nombre el recipiente utilizado para ello.

La voz es un buen ejemplo de cómo el léxico se va adaptando a las nuevas realidades —el inodoro o váter no comenzó a extenderse hasta la segunda mitad del siglo XIX, antes se utilizaban las letrinas, situadas generalmente en el

exterior de la casa por el mal olor que desprendían—, ya sea mediante la adopción de nuevos términos, ya, como ocurre aquí, ampliando los significados de los ya existentes. En este caso, además, probablemente por las connotaciones de la nueva acepción, el significado primitivo acabó perdiéndose.

DRAE

El término se recoge, en su acepción primitiva, en el *Diccionario de autoridades* (1737): «Cuarto pequeño en la casa o habitación, destinado para retirarse». Ya en 1803 se incorpora un nuevo significado: «El cuarto donde se tienen los

vasos para exonerar el vientre», y sólo en el suplemento de la edición de 1970 se añade la acepción ‘váter o inodoro’.

GARCÍA DEL PILAR

[...] le prendió e le mandó echar unos grillos a los pies, e le mandó meter en un **retrete** entre dos paredes, que estaba junto a su recámara [...].

Relación de la entrada de Nuño de Guzmán, que dio García del Pilar, su intérprete, 1531.

RUBÉN BAREIRO SAGUIER

Tengo aquí los aullidos, el olor insoportable del **retrete** cercano, del sudor acumulado, de la promiscuidad.

Ojo por diente, 1972.

reuma

La palabra *reuma* (o *reúma*), documentada en castellano a finales del siglo XIII, resulta ortográficamente conflictiva: puede escribirse con o sin tilde, aunque la forma etimológica es sin ella, con diptongo, por tanto.

El término proviene del latín tardío *rheuma*, ‘flujo’, y este del griego *reúma*, de *rhéō*, ‘yo manó, fluyo’. Fue empleado por Hipócrates para designar cualquier alteración del flujo de los humores (→AMARILLO), entre los que, por su recurrencia, tuvo particular

consideración el catarro o resfriado común. Según se encarga de recalcar Fernando Navarro, su significado era ya indeterminado en griego, como lo es hoy en español, si atendemos a que *reuma*, en el ámbito médico, se considera una voz imprecisa y ambigua (así se afirma, por ejemplo, en el diccionario de la Real Academia Nacional de Medicina). Se trata del nombre genérico de una serie de afecciones diversas que afectan a huesos, articulaciones, músculos y tendones, originando dolor y trastornos funcionales. De *reuma* derivó en castellano *romadizo* (siglo XIII), sobre el que, a su vez, se formó el verbo *romadizar* (siglo XIV).

El *reûma* griego, por su parte, es uno de los elementos que integraron, junto con *haîma*, ‘sangre’, el hipotético compuesto del bajo latín *haemorrhœuma*, literalmente ‘flujo de sangre’, que con influencia del artículo árabe *al-* acabaría dando lugar a *almorrana*, voz documentada ya en 1350 con la que se denomina eso que más finamente se llama *hemorroides*.

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «Fluxión o corrimiento». En su sentido más moderno, se incluye por vez primera en la edición de

1843; se remite en ella a *reumatismo*, que se define así: «Enfermedad inflamatoria, móvil y periódica con dolores vivos en las partes musculares y fibrosas del cuerpo, que se aumentan con el movimiento y la presión».

ALFONSO DE PALENCIA

Arteriaci son los que tienen **reuma** en la garganta.

Universal vocabulario en latín y en romance, 1490.

VÍCTOR CHAMORRO

—¿No ves como cojeas? —grita ella triunfal.
—Tengo **reuma** a la rodilla —contesta el otro, desconcertado.

El muerto resucitado, 1984.

robot

La palabra *robot*, ‘máquina programada para realizar automáticamente operaciones y movimientos propios de las personas’, es otra de las voces españolas de origen checo (→ PISTOLA y OBÚS). Concretamente, procede de *robota*, ‘trabajo, prestación personal, en particular la de los siervos de la gleba’, aunque entrara en nuestra lengua a través del inglés *robot*. El término fue utilizado por el escritor Karel Čapek en una de sus obras de teatro, *R. U. R.* (*Robots Universales Rossum*), donde daba nombre a un androide que

ejecutaba las tareas normalmente reservadas a los humanos. La obra, estrenada en Praga en 1921, tuvo gran éxito internacional, lo que facilitó la difusión del vocablo. Desde entonces el desarrollo de la robótica ha sido espectacular, pero el interés general por los robots se relaciona, fundamentalmente, con la literatura y el cine de ciencia ficción, en los que se pone de manifiesto tanto la fascinación como el temor hacia seres carentes de cualquier sentimiento. Ello se manifiesta también en el lenguaje, donde *robot* ha desarrollado un significado derivado, generalmente cargado de connotaciones negativas: ‘autómata, persona que se

comporta como una máquina’.



DRAE

La voz se recoge por vez primera en la decimonovena edición, de 1970: «Ingenio electrónico que puede ejecutar automáticamente operaciones o movimientos muy varios». || «Autómata».

JOSÉ MARÍA CAGIGAL

El impacto del maquinismo, de la locomoción mecánica, del **robot**, de la energía atómica, del computador, no puede aguantar el lento proceso evolutivo de las especies [...].

El deporte en la sociedad actual, 1975.

DANIEL RODRÍGUEZ CALAFAT

[...] incluye un pequeño kit para construir un minirobot, describe los pasos para construir un **robot** tipo «Stiquito» controlado desde el puerto serie de un ordenador.

Informática avanzada al alcance de todos, 2004.

rocambolesco

El adjetivo *rocambolesco*, que se

documenta en castellano en el segundo cuarto del siglo XX (en francés se atestigua el uso de *rocambolesque* hacia 1900), se aplica a aquellos acontecimientos o sucesos que, encadenados con otros, resultan extraordinarios, exagerados o inverosímiles. Alude a Rocambole, protagonista de una larga serie de novelas escritas por Pierre Alexis Ponson du Terrail y publicadas entre 1957 y 1971 como folletín en diversos diarios franceses. Aventurero justiciero y ladrón caballeresco, Rocambole vive en ellas todo tipo de peripecias e intrigas. Su éxito convirtió a Ponson du Terrail, autor prolífico y de fértil

imaginación, en el escritor francés más popular de su tiempo e inmortalizó a su héroe —hoy literariamente casi olvidado— a través del lenguaje. Pocos personajes han tenido ese honor: con el mismo sufijo cabe citar los adjetivos *celestinesco*, *donjuanesco* y *quijotesco* (Cervantes prefirió decir *quijotil*).

DRAE

El término se recoge por vez primera en el *Diccionario manual* de 1985, y se incorpora definitivamente al usual en la edición de 1992.

FERNANDO SAVATER

¿Por qué Larga espada no iba a ser capaz de

morir con una calumnia contra Zero en los labios, para torturar con la duda y la confusión al hermano de su víctima? Era lo más obvio, lo menos **rocambolésco**.

Caronte aguarda, 1981.

MARIO VARGAS LLOSA

En aquella civilización ágrafa, de léxico liliputiense, en la que prevalecerían acaso sobre las palabras los gruñidos y la gesticulación simiesca, no existirían ciertos adjetivos formados a partir de las creaciones literarias: quijotesco, kafkiano, pantagruélico, **rocambolésco**, orwelliano, sádico y masoquista, entre muchos otros.

La verdad de las mentiras, 2002.

romero

La voz *romero*, cuyo uso se atestigua ya a finales del siglo XII. procede del bajo latín *romaeus*, y este del griego bizantino *rōmaîos*, literalmente, ‘romano’, nombre que se aplicaba en el Imperio de Oriente a los occidentales que lo cruzaban en peregrinación a Tierra Santa, y que posteriormente paso a designar a los peregrinos de Santiago y de Roma, y de cualquier otro santuario.

La tradición de la peregrinación a Tierra Santa, cuya vía principal fue Bizancio, se remonta a tiempos de Constantino. Aunque en el siglo VII Palestina cayó en manos de los árabes, que comenzaban

entonces su gran expansión, el califato abasí de Bagdad se caracterizó por su tolerancia. Esta terminó en el siglo XI con los turcos selyúcidas, que impidieron o dificultaron la peregrinación a los Santos Lugares. Fue este hecho el que condujo al papa a hacer el llamamiento a la guerra santa que desembocaría en la Primera Cruzada (1095-1099), origen del Reino Latino de Jerusalén. Pero esta es ya otra historia.

Durante algún tiempo, *romero* alternó con *romeo*, voz que parece ser anterior, puesto que se documenta a mediados del siglo XII.

Etimológicamente nada tiene que ver, sin embargo, con el homónimo que designa a la planta aromática, que deriva del latín *ros maris*, literalmente, ‘rocío de mar’; su resultado romance, un hipotético *romarino*, y de ahí, por cruce con *romero*, *romerino*, fue considerado un diminutivo y rehecho en *romero*; como de *Conchita*, que viene del latín *Concepta*, esto es ‘(la Virgen) concebida (sin mancha)’, se sacó equivocadamente *Concha*, nombre que tiene otras connotaciones menos santas.

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «Adjetivo que se aplica al peregrino que va en romería a algún santuario, con bordón y esclavina».

ANÓNIMO

El rey Apolonio, un noble cavallero,
senyor era de Tiro, un recio cabdalero:
ese fue vuestro padre, agora es palmero,
por tierras de Egipto anda como **romero**.

Libro de Apolonio, c. 1240.

GERARDO DIEGO

¿Adónde vas, **romero**,
por la calzada?
—Que yo no soy **romero**,
soy santiaguero.

«El santiaguero», *Ángeles de Compostela*, 1940-1961.

S

sabotaje

El *sabotaje* es, propiamente, el ‘daño o deterioro deliberado de instalaciones o servicios, como procedimiento de lucha social o política’ y, de forma figurada, la ‘obstrucción del desarrollo o la evolución de algo, como un proyecto’. La voz procede del francés *sabotage*, y esta de *saboter*, verbo que desde el siglo XIX aparece asociado a acciones relacionadas con la realización

descuidada del trabajo y, también, a su obstaculización o deterioro. Hay que buscar su origen en *sabot*, ‘zueco’, alteración de *savate*, ‘chancla, zapatilla’, palabra de la misma raíz que *zapato* (que, por cierto, tiene origen incierto, aunque podría derivar del turco *zabata*).

Nada sencillo, como se puede comprobar. Y, además, ¿cómo se relacionan semánticamente los zuecos con el sabotaje? Pues la verdad es que no se sabe, por más que tradicionalmente se adujera, de forma popular, que estos eran empleados por los obreros para estropear o atrancar la

maquinaria. Más elaborada parece la teoría que relaciona el origen del término con el sabotaje de las vías férreas, puesto que *sabot* significa también ‘calce’, y la manipulación de estos puede originar el descarrilamiento de las locomotoras. Se documenta en español desde el primer cuarto del siglo XX.

DRAE

El término tiene entrada por vez primera en la decimotercera edición, de 1936: «Daño o deterioro que para perjudicar a los patronos hacen los obreros en la maquinaria, productos, etcétera». En el

suplemento de la edición de 1970 se incorpora la acepción figurada.

JOSÉ INGENIEROS

Una de las mayores dificultades que la República de los Soviets ha tenido que vencer ha sido la resistencia pasiva, el **sabotaje** realizado al principio en contra de ella por los antiguos maestros y profesores [...].

Los tiempos nuevos, 1921.

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

El carnicero Claudio lanzaba los tejos; se le cruzaban el perro y los niños y tuvo que interrumpir la tirada.

—Llama a ese bicho, tú. No nos hagáis **sabotaje**, ahora, valiéndote del perro.

El Jarama, 1956.

sacramento

En el ámbito de la religión católica el sacramento es el signo sensible instituido por Cristo por el que las personas reciben un efecto interior y espiritual de santificación o de gracia. Son siete: bautismo, confirmación, penitencia, eucaristía, unción de enfermos, orden sacerdotal y matrimonio. Coinciden en ellos las iglesias orientales, pero no las protestantes, que hacen hincapié en su condición de signos exteriores de la fe y, en general, aceptan sólo dos: el bautismo y la eucaristía, establecidos

por el propio Jesucristo en las Sagradas Escrituras.

La voz que les da nombre, que entró en castellano por vía culta en el primer cuarto del siglo XIII, procede del latín *sacrāmentum*. Este era, propiamente, el juramento de fidelidad de los soldados romanos, realizado de forma solemne ante las divinidades paganas; pero también se llamó *sacrāmentum* al dinero que, en un litigio ante un magistrado, depositaban en el erario las dos partes pleiteantes en previsión de poder perder la causa. Romper el juramento constituyó siempre un delito capital para los romanos, al revés que para los

griegos.

El término latino se deriva, a su vez, del adjetivo *sacer, sacra, sacrum*, ‘santo, augusto’, y del verbo *sacrāre*. De esta raíz proceden dos grupos de palabras emparentadas también semánticamente: los cultismos *sacro, sacristán, sacristía, sacerdote*, a los que se suman un buen número de compuestos (*sacrificio, sacrosanto, sacrilegio*), y las voces patrimoniales *sagrado, consagrar, sagrario*.

DRAE

El término se recoge, con distintas acepciones, en el *Diccionario de*

autoridades de 1739: «Es una especial medicina, que sana el alma y le da gracia». || «Por antonomasia, significa a Cristo sacramentado en la hostia; para mayor veneración se dice *santísimo sacramento*». || «Vale también lo mismo que *misterio*». || «Se toma también por la obligación y vínculo del juramento».

JUAN MANUEL

E hablaré primero en el sacramento del cuerpo de Dios, que es el **sacramento** de la hostia que se consagra en el altar.

El conde Lucanor, 1325-1335.

MARCOS AGUINIS

—¿Olvida que la confesión es un **sacramento**? Usted no la estimula: casi diría que la ignora.

La cruz invertida, 1970.

salario

La palabra *salario*, ‘remuneración económica que se percibe regularmente por un trabajo’, se documenta en castellano en el siglo XIII y procede del latín *salarium*, un derivado de *sal*, ‘sal’. Ahora bien, ¿qué relación puede tener la paga o sueldo con la sal? Para encontrarla hay que remontarse a la antigua Roma. El primer testimonio que relaciona ambos conceptos remite a época arcaica, ya que los soldados que custodiaban la Vía Salaria, la principal ruta de acceso de la sal, que unía Roma con Castrum Truentinum, la actual Porto

d'Ascoli, en el Adriático, recibían parte de su remuneración en sal. Esta era por entonces un producto valioso, especialmente por sus propiedades para la conservación de alimentos, y se consideraba un bien necesario para todo hombre. Así pues el *salarium* era, propiamente, la 'ración de sal', pero también la 'parte de la paga o asignación destinada a comprarla'. Con el tiempo, sin embargo, el término fue ampliando su significado y comenzó a emplearse como sinónimo de *estipendio* (del latín *stipendium*, 'sueldo, contribución económica'), *sueldo* (del latín tardío *solīdus*, 'cierta moneda de oro') o *emolumento* (del latín

emolumentum, ‘sueldo, paga’, propiamente, ‘ganancia del molinero’). En principio, el erario pagó el sueldo de todos los funcionarios, de rango senatorial o equestre, que tuviesen que cumplir su cargo fuera de Roma (un procónsul cobraba un millón de sestercios al año); después, dos profesiones —los médicos y los profesores de las artes liberales— recibieron también salario del Estado: salud y enseñanza pública, lo que hoy preocupa tanto a los ciudadanos.

Se da entrada al término en el *Diccionario de autoridades* de 1739: «Aquel estipendio o recompensa que los amos señalan a sus criados por razón de su empleo, servicio u trabajo». || «Se llama también el estipendio, que se da a todos los que ejecutan algunas comisiones, o encargos, por cada día que se ocupan en ellos, o por el tiempo que emplean en fenecerlos».

PEDRO MANUEL JIMÉNEZ DE URREA

Y así llegué a la puerta, y el portero me abrió y demandóme que le pagase su renta y **salario**. Yo, no sabiendo qué era, díjele que qué le debía.

Jardín de hermosura, 1516.

LORENZO SILVA

Salimos con él a la calle y antes de separarnos

deslizo en sus manos una propina generosa, que es posible que sea igual o superior a su **salario** de los cuatro días anteriores. Para nosotros apenas representa un esfuerzo.

Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos, 2001.

santiamén

Un *santiamén* es un ‘instante’, un ‘tiempo muy breve’. Se trata de una de las muchas voces del español que tienen su origen en la liturgia católica. Concretamente, procede de las dos últimas palabras de la frase latina «In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.

Amen»), que normalmente se acompaña de la señal de la cruz. Con ella — aunque ahora en español— se da fin a diversas oraciones, y es comprensible que el ansia por acabar el rezo, que en ocasiones puede resultar monótono, conduzca a abreviar las últimas palabras, eliminando la pausa entre ellas y convirtiéndolas, a efectos fonéticos, en una sola. El término se documenta en castellano en el segundo cuarto del siglo XVI. Desde el origen fue empleado específicamente en la locución *en un santiamén*, que significa ‘enseguida, en muy poco tiempo’. Y así, en un santiamén, se termina este artículo. O, si se prefiere, en un abrir y cerrar de ojos,

en un suspiro o, más coloquialmente, en un pispás.

DRAE

Se recoge ya el término en el *Diccionario de autoridades* de 1739: «Espacio brevísimo».

JAIME DE HUETE

Está bien,
hago la cruz + en la fren
porque el diablo no me empeza
y ármome en un **santiamén**
todo de pies a cabeza.

Comedia vidriana, 1535.

JUAN GOYTISOLO

[...] el mecanismo de captura está en marcha y te vistes y aseas en un **santiamén**: el embolsado tesoro impera sobre la mesa de la cocina y cuidadosamente lo depositas en el bolsillo izquierdo de la americana [...].

Reivindicación del conde don Julián,
1970.

sambenito

En la actualidad se entiende por *sambenito* el ‘baldón o descrédito que pesa sobre alguien’, pero es este un uso metafórico. En origen, el sambenito era una prenda utilizada por los penitentes cristianos para hacer público el arrepentimiento de sus pecados.

Sin embargo, fue a partir del último cuarto del siglo XV, fecha en que los Reyes Católicos instauraron en España la Inquisición, cuando la voz y la prenda a la que daba nombre alcanzaron verdadera difusión. Se llamó entonces *sambenito* a un capote o escapulario bendecido —con la cruz de San Andrés en el caso de los penitentes que se habían reconciliado con el Santo Oficio abjurando de sus errores, con llamas y símbolos alusivos al infierno en el de los convictos a los que esperaba la hoguera— que estaban obligados a vestir como escarnio público, junto con un gran gorro cónico o corozza, todos

aquellos condenados por el Santo Oficio.

Cumplida la sentencia, eran colgados en la iglesia parroquial correspondiente lienzos con los nombres y datos de los condenados —de ahí lo de *colgar el sambenito*—, para infamia de los reos y sus familiares. La verdad es que es difícil imaginar mayor descrédito y deshonra, al menos para la mentalidad de la época. La infamia se transmitía hasta la cuarta generación a efectos jurídicos. El baldón, sin embargo, pervivió durante mucho más tiempo en la memoria del pueblo: al conde-duque de Olivares le refregó Quevedo su

lejana estirpe judaica por ser descendiente del converso Lope Conchillos, un secretario de Fernando el Católico.



DRAE

«La insignia de la Santa Inquisición, que pone sobre el pecho, y espaldas del penitente reconciliado, a modo de capotillo amarillo con cruz roja en forma de aspa. Díjose *sambenito* de *saco bendito*, abreviado con alguna variación el nombre; y parece viene de que en la primitiva Iglesia los que hacían penitencia públicas se vestían de unos sacos, o cilicios, estos los bendecía el obispo, o el sacerdote, estaban a las puertas de las iglesias, hasta haber cumplido su penitencia». || «Por extensión significa el letrero, que se pone en las iglesias con el nombre, y castigo de los penitenciados con un aspa roja encima». || «Metafóricamente se toma por la nota, o infamia que queda por alguna acción».

FRAY TORIBIO DE BENAVENTE

En México estaba un reconciliado, y como traía **sambenito**, viendo los Indios que era

nuevo traje de ropa, pensó uno que los Españoles usaban aquella ropa por devoción en la Cuaresma [...].

Historia de los indios de la Nueva España, 1536-1541.

JESÚS ALVIZ ARROYO

[...] cuando entre miles de hombres y mujeres venidos de todo el reino, salgáis de las cárceles a empellones, con la afrenta del **sambenito**, entre alabarderos para evitar que la santa ira de dios dé cuenta de vosotros [...].

Un solo son en la danza, 1982.

sarcófago

Se denomina *sarcófago* al sepulcro, en

particular cuando es de piedra o tiene decoración, y especialmente al construido en la antigüedad. El origen etimológico del término resulta muy descriptivo, ya que proviene del latín *sarcophāgum* (la primera documentación de la palabra empleada como un sustantivo, que se encuentra en Juvenal, puede ser un masculino o un neutro), y este del adjetivo griego *sarkophāgos*; propiamente, ‘que come carne’, de *sárx sarkós*, ‘carne’, y *phageîn*, ‘comer’. La formación del vocablo es de una lógica aplastante, porque la carne, como materia orgánica, acaba descomponiéndose más pronto que tarde, pero es que, además, si

hacemos caso de Plinio el Viejo —que a su vez se hace eco de Eratóstenes—, se denominaba así en la antigua Grecia una piedra calcárea muy porosa obtenida en las cercanías de Aso, en la Tróade, en Asia Menor, en la que los cadáveres se consumían en cuarenta días. Después esa piedra «carnívora» habría cedido su nombre, por metonimia, al sepulcro construido con ella. Según Albrecht Dieterich, en cambio, el adjetivo se habría aplicado primero a la Hécate *sarkophágos*, es decir, a la diosa infernal que, de creer a los himnos órficos —escritos en época muy tardía, desgraciadamente—, chupa la sangre y devora a los muertos, y sólo más tarde

se habría extendido a la tumba. Sea como fuere, *sarcófago*, como otros términos formados a partir del elemento compositivo *sarco-*, es un cultismo, y se documenta en España a principios del siglo XVII.

DRAE

El término se recoge por vez primera en la tercera edición, de 1791: «Lo mismo que *sepulcro*». || «Piedra, que según Plinio, tiene tal actividad, que consume todos los cuerpos».

FRANCISO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

En los pésames ha de encadenarse la palabra «singultos» por «sollozos», «atros» por

«lutos», «**sarcófago**» por «sepultura». La palabra «sepelido» no se olvide.

La culta latiniparla, 1629.

GUILLERMO DÍAZ PLAJA

[...] generalmente llenos de tierra y que tienen un sentido conmemorativo o funerario, y que encierran algún **sarcófago** o alguna reliquia [...].

«Ceylan: excursión tierra adentro», *ABC*,
28/VII/1974.

semáforo

El recurso a las bases compositivas cultas (raíces griegas y latinas) para formar compuestos que designan nuevas

realidades es un fenómeno particularmente habitual en el ámbito de la tecnología y de la ciencia, y en especial a partir del siglo XVIII. Este es el caso de *semáforo*, formado por el término griego *sêma*, ‘señal’, y *-foro*, elemento compositivo que significa ‘que lleva’, adaptado del griego *phéro*. Sin embargo, el término, que se documenta en español en la segunda mitad del siglo XIX, no hacía referencia en origen a los aparatos que hoy conocemos, utilizados para regular la circulación de automóviles, sino a telégrafos ópticos instalados en las costas para comunicarse con los barcos. Sólo en el siglo XX asumió su significado actual,

ya que, aunque en algunas de las grandes capitales europeas y americanas llevaban ya algunos años de funcionamiento, especialmente en Estados Unidos, donde más se había desarrollado la industria automovilística, fue en 1926 cuando se instaló en España —concretamente en Madrid— el primer semáforo. El término sigue teniendo la significación antigua en francés, inglés y alemán, lenguas que, para decir semáforo, emplean otras palabras: *feu rouge*, *traffic light* y *Lichtmast*.

El término se recoge por vez primera en la duodécima edición, de 1884. «Teléfono óptico en las costas, para comunicarse con los buques por medio de señales». Sólo en 1970 se añade una segunda acepción: «Aparato eléctrico de señales luminosas para regular la circulación».

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS

[...] se hizo la casa de la Galea, muy solitaria, entre dos pinos, como para vivir de capitán retirado sobre el acantilado aquel, con la mar encima y junto al faro y al **semáforo** antiguos.

La vida nueva de Pedrito de Andía,
1956.

MARIO MENDOZA

La luz del **semáforo** cambia, los autos se detienen y los transeúntes atraviesan la Calle

Diecinueve con movimientos apresurados [...].

Satanás, 2002.

sibarita

El lenguaje, y en particular el léxico, es siempre un fiel reflejo de la sociedad; casi nada es gratuito o aleatorio. Tal ocurre también con una voz como *sibarita*, ‘persona dada al lujo y la buena vida’, que se documenta en castellano ya en el siglo XVI y era en origen un simple gentilicio. En efecto, en la Antigüedad los sibaritas (del latín *Sybarīta*, y este del griego *Sybarítēs*) eran los naturales de Síbaris (*Sýbaris*,

en griego), polis del golfo de Tarento, en Italia. La ciudad fue fundada en 720 a. C. por los aqueos y los trezenios y, gracias al comercio, especialmente a la exportación de telas teñidas de púrpura, se convirtió en una de las más poderosas de la Magna Grecia. Pero la abundancia y riqueza llevaron a sus habitantes al refinamiento y la molicie, convirtiendo a los sibaritas —situados en el polo opuesto de los espartanos— en hedonistas y pusilánimes. Su historia fue breve. En el siglo VI a. C. luchas intestinas provocaron la expulsión de sus oligarcas, que buscaron refugio en Crotona. Y la rivalidad económica y comercial entre las dos ciudades

condujo a la guerra y al fin de Síbaris, que en 510 a. C. fue borrada del mapa para siempre. Con los restos de los sibaritas y colonos griegos venidos de todas partes (entre ellos, Heródoto y Lisias), se fundó la ciudad de Turios en el 444 o 443 a. C., al sur de donde estaba Síbaris.

DRAE

El término se recoge por vez primera, como simple gentilicio (por cierto que equivocadamente se sitúa la ciudad en Sicilia), en la quinta edición, de 1803. Ya en 1852 se incorpora su acepción más extendida: «El que es muy dado a regalos y placeres».

ALONSO DE VILLEGAS

Un hijo de Xenofonte amó un perro, y otro mozo de Lacedemonia una graja. Crates, pastor **sibarita**, tenía amores con una cabra; tuvo celos desto un cabrón, y estando durmiendo, le encontró con la cabeza y le mató.

*Fructus sanctorum y quinta parte del
Flos sanctorum, 1594.*

ELISEO ALBERTO

Su mujer acababa de encuerarse con un ritual **sibarita** y el catedrático no tenía dónde posar los ojos que no fuera la imagen de aquellas nalgas incontinentes que se dejaban admirar sin tapujo.

*La eternidad por fin comienza un lunes,
1992.*

sibilino

El vocablo *sibilino*, ‘misterioso, poco claro’, se documenta en castellano ya a finales del siglo XV, aunque sólo mucho después, en el XVIII, asume plenamente su significado actual. Deriva del latín *sibyllīnus*, propiamente, ‘de la sibila o profetisa’, y este del griego *síbylla*, ‘profetisa’. Las sibilas eran sacerdotisas a las que se les atribuía, inspiradas por los dioses, el don de adivinar el futuro. Su número varió según los autores y las épocas, creciendo de tres (Heraclides Póntico) a diez (Varrón). Las más célebres eran la de Delfos, ligada al

santuario de Apolo, por lo que era conocida como *pitia* (Apolo había derrotado a la serpiente Pitón, que vivía en la gruta y era la encargada de custodiar el oráculo), y la de Cumas, la compañera de Eneas en su descenso al infierno. La sibila actuaba en trance o en medio de un delirio inducido, y sus predicciones eran siempre oscuras —de ahí el significado de *sibilino*—. Con frecuencia podían interpretarse en sentidos opuestos. Es célebre el caso de Creso, rey de Lidia, que consultó en Delfos acerca de su guerra con los persas. La respuesta que recibió fue más o menos así: «Si Creso atraviesa el río Halys, destruirá un gran reino y acabará

con un poderoso rey». Pues bien, Creso, en efecto, cruzó el río y destruyó un gran reino: el suyo, puesto que fue aplastado por los ejércitos de Ciro el Grande.

Los libros sibilinos, que tan gran importancia tuvieron en la historia de Roma, fueron destruidos por Estilicón a principios del siglo V d. C. Sin embargo, tanto los judíos como los cristianos redactaron con fines catequéticos nuevos oráculos sibilinos, que componen una parte importante de los apócrifos apocalípticos (*Sibila Tiburtina* y derivados), unos escritos que ejercieron, a su vez, enorme influencia en la Edad Media.

DRAE

En el *Diccionario de autoridades* de 1739 se da entrada al término con su sentido primitivo: «Lo que pertenece, o es propio de las sibilas». Ya en 1925 se añade una segunda acepción: «Misterioso, oscuro con apariencia de importante».

JUAN DE LA CUEVA

Los muros puedes ver de la hebrea
Hierusalem, de quien el **sibilino**
aliento el bien promete que desea
el mundo, de promesa tal indino
[...].

Viaje de Sannio, 1585.

MANUEL LONGARES

El lastimero quejido del convaleciente sigue

implorando médico porque no le basta el diagnóstico **sibilino** del doctor Mata [...].

La novela del corsé, 1979.

siesta

Merecida o inmerecidamente, pocas palabras castellanas han alcanzado mayor difusión internacional e identificación con lo genuinamente español que *siesta*. El término se documenta ya en nuestra lengua en el siglo XIII y proviene del latín *sexta* [hora], ‘[hora] sexta’. Los romanos fraccionaban el día en dos partes: las horas de sol y las de oscuridad. Las

horas de sol se dividían, a su vez, en doce, con independencia de la época del año, de modo que su duración era variable. La *hora prima* era siempre la del amanecer, y la *hora sexta*, la del mediodía, hora en que se acerca el máximo calor y, por tanto, adecuada para empezar a descabezar un sueño. Ahora bien, como es sabido, la siesta, en rigor, se hace sólo después de comer; otras alternativas requieren, al menos, algún tipo de especificación. Así ocurre con el sueño breve que precede a la comida del mediodía, para el que se han utilizado dos expresiones, con algunas variantes: *siesta del carnero* (o *del borrego*) y, seguramente no de forma

inocente, *siesta del cura* (o *del canónigo*), ninguna de las cuales parece haber traspasado nuestras fronteras. El mediodía es una hora crítica, pues es el instante en el que acecha al hombre el demonio llamado precisamente *meridiano*, una expresión que aparece por primera vez en la traducción griega y latina del Salmo 90 (91), 6; por eso, en el siglo XV se introdujo la costumbre de rezar entonces el *ángelus*, una plegaria que antes se hacía al atardecer, otro momento de extremo peligro, pues es cuando salen los demonios de la noche.

Se recoge el término en el *Diccionario de autoridades* de 1739, si bien no su acepción actual más extendida: «El tiempo después de mediodía, en que aprieta más el calor». Para ello hay que esperar hasta la cuarta edición del usual, de 1803: «El tiempo destinado para dormir o descansar después de comer».

ALFONSO MARTÍNEZ DE TOLEDO,
ARCIPRESTE DE TALAVERA

Otra mujer iva con su marido camino a romería a una fiesta. Pusiéronse a una **siesta** a la sombra de un álamo, e estando ellos folgando, vino un tordo e comenzó a chirrear [...].

El Corbacho, 1438.

JULIÁN MARÍAS

[...] se informan en qué estado se hallan los

chismes y hablillas del lugar; vuelven a casa; comen muy despacio; duermen la **siesta**; se levantan; dan un paseo en el campo; vuelven a casa; se refrescan [...].

España inteligible, 1985.

sífilis

La sífilis es una infección bacteriana crónica generalizada que se transmite fundamentalmente por vía sexual. El término que le da nombre, documentado en español ya en la primera mitad del siglo XIX, proviene de *Siphylo*, personaje del poema pastoril «De Morbo Gallico», escrito por el

médico y humanista italiano Jerónimo Fracastoro en 1530. Su historia es la siguiente. El pastor Sífilo apacienta mil bueyes y mil ovejas que pertenecen al rey Alcítoo. De repente, Sirio agosta los campos. Sífilo, airado por las pérdidas del rebaño, decide ofrecer sacrificios al rey Alcítoo y no al Sol. El dios se venga enviando la nueva enfermedad que, como prendió en Sífilo el primero, se llama *sífilis*. Se pide consejo a la ninfa América. Esta revela tanto la causa del mal como su cura por medio del palo santo o guayacán. Sífilo es condenado a muerte, pero Juno y Apolo se apiadan de él y lo reemplazan por un novillo.

Pero una cosa es la ficción y otra la realidad, y, como sabía el propio Fracastoro —que utilizó ya el nombre *syphīlis* en un tratado médico escrito en latín años después— y pudieron comprobar tantos europeos entre los siglos XVI y XVIII, no es necesario contrariar a un dios para contraer la sífilis. Esta se denominó durante mucho tiempo *morbo francés* (en Francia, claro está, *morbo italiano*) porque su primer brote conocido tuvo lugar en 1495, durante el sitio de Nápoles por las tropas francesas de Carlos VIII.

Su origen sigue siendo un enigma,

aunque, por las fechas de este primer brote, la teoría más generalmente admitida sostiene que la enfermedad fue importada desde América. Según Juan Manzano, el primer español que murió de sífilis fue Martín Alonso Pinzón, que llegó ya muy enfermo a la península ibérica. Después, la enfermedad causó estragos (sus efectos en el cuerpo están muy gráficamente descritos en *La lozana andaluza*), de modo que, en el siglo XVI, los enfermos fueron recluidos en un sanatorio especial: el llamado «hospital de las bubas» (los chancros).

El término se recoge por primera vez en la duodécima edición, de 1884: «Enfermedad de origen venéreo, contagiosa, virulenta, específica, y transmisible por herencia». || «Mal venéreo».

CONCEPCIÓN ARENAL

Esta última circunstancia hacía bien terrible la suerte de los que padecían algunas dolencias, como la **sífilis** y las cutáneas, ya contagiosas, ya reputadas por tales.

La beneficencia, la filantropía y la caridad, 1861.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

En los tranvías y orinales públicos había un letrero triste: «Si no le temes a Dios, témele a la **sífilis**».

Vivir para contarla, 2002.

siniestro

La palabra *siniestro*, que, como adjetivo, significa ‘perverso, malintencionado’ o ‘funesto, adverso, tenebroso’, deriva del adjetivo latino *sinister*, *-tra*, *-trum*, ‘izquierdo’. Tal fue también el significado que asumió inicialmente el término en castellano, donde se documenta ya en la primera mitad del siglo XII. De hecho, este significado pervive en nuestros días, pero en general como uso culto o literario, frecuentemente con intención arcaizante. La tradición del mal agüero de la mano izquierda asociada al vuelo

de las aves —de origen romano y que pervivió durante la Edad Media— determinó que la palabra incorporara, en época temprana, el sentido de ‘funesto, aciago’, del que se derivan todos los demás valores negativos que irá después asumiendo. Además, la adquisición de estas connotaciones negativas facilitó el paulatino abandono de su significado primitivo, el meramente espacial, que quedó reservado casi en exclusiva a *izquierdo* (→DERECHA E IZQUIERDA).

DRAE

Así se define el adjetivo en el *Diccionario de autoridades* de 1739, en el que se recogen ya sus principales acepciones: «Adjetivo que se aplica a la parte, o sitio, que está a la mano izquierda». || «Se toma también por viciado, avieso, o mal intencionado». || «Vale también cosa infeliz, funesta, o aciaga».

ALMERICH

Suso está el Monte Calvarie donde Jhesu Christo sufrió la pasión, cay[ó] la sangre yuso e hendió la pen[n]a; a aquel logar dicen Golgota. A **sinistro** un poco, en medio de la eglefia, está el sepulcro donde Jhesu Christo fue metido.

La fazienda de ultra mar, c. 1200.

LUIS BELMONTE BERMÚDEZ

Con **sinistro** volar, viendo la ardiente
luz de los fuegos que encendió la maga,
el murciélago vil, de Apolo ausente,
con el medroso buho el aire estraga; [...].

La hispánica, c. 1600-1618.

sirena

Las sirenas son monstruos marinos de la mitología grecorromana, representados inicialmente con alas y cuerpo de ave, y cabeza de mujer; más adelante, puede que por un cruce con las náyades o ninfas del mar, se las figuraba con cola de pez. Célebres por su belleza, representan los atractivos y peligros del

mar, ya que, sentadas en un prado florido, calman los vientos y, con la dulzura irresistible de su canto, conducen a los marineros a los escollos, provocando el naufragio de sus embarcaciones, para después devorarlos. Sólo Ulises, atado al mástil de la nave, y Orfeo, superponiendo su canto al de las sirenas, pudieron vencer su hechizo. La isla de las sirenas — Florida (*Anthemóessa*) la llamó Hesíodo— se encontraba en la costa occidental de Italia, y una de ellas, Parténope, dio nombre a la Nápoles griega; aunque otros autores sitúan su morada en Sicilia.

La palabra procede del latín tardío *Sirēna*, este del latín *Sīrēn*, *-ēnis*, y este, a su vez, del griego *Seirén*. Se documenta ya a mediados del siglo XV. El término se emplea con frecuencia para referirse a la mujer fatal —la identificación de la sirena con la tentación es una constante en el ámbito cristiano desde la Edad Media—. El sentido peyorativo se manifiesta también en la expresión *cantos de sirena*, empleada para hacer referencia a la ‘tentación engañosa’. Pero, la voz ha pasado a designar, además, el mecanismo sonoro empleado —inicialmente en los barcos— para emitir

señales de aviso a distancia. ¿Cabe mayor descrédito para el melodioso canto de las sirenas?



DRAE

Así se define en el *Diccionario de autoridades* de 1737: «Ninfa del mar que fingieron los poetas. Dijeron ser el medio cuerpo arriba de mujer muy hermosa, y lo restante de pescado. También dijeron, que con la suavidad de su canto adormecían a los navegantes, y los precipitaban, o los comían». Ya en la edición de 1889 se añade: «Pito de vapor que se emplea en los buques y en las costas para hacer señales».

BALTASAR GRACIÁN

Traía el primero cara de veneno dulce, y era escollo de marfil, hermosa muerte, despeño deseado, engaño agradable, muger fingida y **sirena** verdadera, loca, necia, atrevida, cruel, altiva y engañosa [...].

El Criticón, 1653.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

Es el momento en que se escuchan, una detrás de otra, la **sirena** de la fábrica de gaseosas, y la de la serrería, y la de la fábrica de conservas.

La saga/fuga de J. B., 1972.

sopapo

La voz *sopapo* resulta particularmente rotunda, sonora, aunque parece que vive cierta decadencia. Es palabra totalmente española, un compuesto formado por *so*, ‘debajo’, y *papo*, ‘papada de una persona’, puesto que, como señalan Covarrubias y el resto de diccionarios primitivos, inicialmente el sopapo —

que hoy puede darse en cualquier parte de la cara— era sólo el golpe dado con la mano «debajo del papo». Se documenta en castellano en torno a 1600.

La palabra *papo*, por cierto, tiene su origen en *papa*, ‘sopa blanda’, derivada del latín *pappa*, ‘comida de niños’, que no tiene relación etimológica ni semántica con otras voces homónimas (→PAPA). Puede pensarse que su vitalidad es escasa, pero de ella proceden términos como *papilla*, *empapar* o *paparrucha*, que, desgraciadamente, está también cayendo en desuso. Además, a través de *papo* se

han formado *papada* y *paperas*, entre otros vocablos. De modo que *papa* ha cumplido sobradamente. Como se dice hoy de forma recurrente, «ha hecho los deberes».

DRAE

El término se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* de 1739: «El golpe, que se da con la mano en el pescuezo debajo del papo».

LUIS QUIÑONES DE BENAVENTE

Gracioso.— ¿Y si acaso aquesa mano
me la cogen allá dentro
y me dan tan gran **sopapo**
que escupo a pares los dientes

y las muelas a pedazos,
quién saltea a quién, eh? Decid.

Los ladrones y el reloj, 1625.

ALFONSO ROJO

—¿Cuánto queda?

—¿Para llegar?

—¡No! ¡Coño! —gritó Porta con ganas de soltar un **sopapo**—. ¡De partido!

El taxista meneó la cabeza. Era evidente que iba mucho más pendiente de los avatares del juego que de llegar pronto.

Matar para vivir, 2002.

subasta

La palabra *subasta*, ‘venta pública en la

que el bien se adjudica a quien más dinero ofrece por ello’, se relaciona etimológicamente con el asta de la lanza o la pica, que representaban en Roma la autoridad del Estado. En efecto, el término, que se documenta en español en la segunda mitad del siglo XVIII (mucho más antiguo, del XIV, es *subastación*), deriva de la expresión latina *sub hasta*, ‘bajo la lanza’, porque la venta del botín obtenido en la guerra o de los bienes incautados por el fisco se anunciaba clavando junto a ellos una lanza o pica. Curiosamente, tanto en italiano (*asta*) como en español el emblema del acto jurídico acabó por sustituir al término que lo designaba en latín: *auctio* (de ahí

el inglés *auktion*).

No obstante, la subasta es un sistema empleado desde mucho antes y, si atendemos al testimonio de Heródoto, ya en Babilonia se llevaba a cabo anualmente la venta pública de mujeres casaderas (o núbiles, si nos ponemos más finos). Pero es en la propia Roma donde encontramos el ejemplo de subasta más espectacular de la Antigüedad. Tuvo lugar en el año 193, en un momento de anarquía del Imperio, y el bien subastado fue nada más y nada menos que el propio cargo de emperador, puesto a pública venta por los pretorianos. El «comprador», que

pagó unos 20 000 millones de sestercios, una verdadera fortuna, fue Didio Juliano. Su mandato, sin embargo, fue efímero, puesto que se desató una guerra civil que acabó dos meses después con su destitución y muerte, en tanto que el trono recayó en Septimio Severo.

DRAE

La voz se recoge por vez primera en la cuarta edición, de 1803: «La venta pública de bienes, o alhajas que se hace al mejor postor por mandado y por intervención de la justicia».

PABLO OLAVIDE

[...] se mandará, por punto general, que cada lugar arriende todos los años en pública **subasta** esta cuota con la expresión de que no han de poder entregar el dinero a las justicias [...].

*Informe al Consejo sobre la Ley
Agraria, 1768.*

PRENSA

«Las tres velas», un Sorolla fechado en 1903, fue vendido ayer en Sotheby's-Londres por tres millones de euros, lo que le convierte en el segundo cuadro más caro del artista en **subasta**.

ABC, 17/11/2004.

sueldo

La voz *sueldo* proviene del latín tardío *solīdus*, ‘sólido, moneda de oro romana’, sustantivación del adjetivo homónimo, y se documenta ya en el siglo XI precisamente con este significado. El *aureus solidus* (el ‘áureo entero de oro’; por ello la ceca de Valentiniano grabó en él la abreviatura OB, ‘obrizo’) fue establecido en la reforma monetaria llevada a cabo en época de Constantino, en la primera mitad del siglo I v. Pesaba 4,55 g y era la moneda de mayor valor del Imperio. La escasez de oro lo iría

convirtiéndose en unidad de cuenta, mientras que el denario (→DINERO) era utilizado como moneda efectiva. Así se mantuvo en época de Carlomagno (1 libra = 20 sueldos = 240 dineros) y penetró por esta vía en la Corona de Aragón. Un sueldo equivalía en la Edad Media a la paga de un soldado, de modo que la voz empezó a usarse con este sentido a finales del siglo XV. Después, este significado, primero circunscrito a la soldadesca, iría ampliándose a otros ámbitos hasta tomar el general de ‘paga, salario’.

De *sueldo* derivan los sustantivos hoy desusados *soldada*, ‘paga’, y *soldadera*,

‘mujer que trabaja por dinero’, ‘prostituta’; en el siglo XV apareció el italianismo *soldado*, en principio ‘el hombre que recibe una paga’, ‘mercenario’. También está emparentado etimológicamente con *sólido*, que deriva del mismo adjetivo latino *solidus* y entró en el castellano por vía culta en el siglo XV, siglo en el que asimismo se incorporó a nuestro léxico el verbo *soldar*, ‘pegar’ (de *solidāre*), otra voz de extensa familia etimológica.

DRAE

El término tiene ya entrada en el *Diccionario de autoridades* de 1739. Se define así: «Moneda de oro, que se usaba

entre los romanos, la cual llamaron con el nombre de *solidus*, que significaba entero, porque lo era, y tenía el justo valor». || «Vale también el estipendio, o paga, que se da al soldado: y era una moneda, que se da por ración ordinaria: y también se llama así el que se da a los ministros del rey».

ENRIQUE DE VILLENA

E por eso dice la dicha Historia que la mayor parte de la cerca fue abundante d'ello en sus despensas; entiéndese en pagas de **sueldo** e provisión de mantenimientos.

Traducción y glosas de la Eneida,
1427-1428.

AUGUSTO MONTERROSO

Acerca de esto confesaré que desde hace más o menos tres años tengo contratada una persona,

con **sueldo** normal, que tres veces a la semana, y en diferentes días, debe marcar mi número de teléfono.

Literatura y vida, 2004.

sursuncorda

El sursuncorda es un personaje misterioso y poderoso, de mucho copete: «¡Ni aunque lo mande el sursuncorda!», se suele decir. Y pese a que el uso de la voz, coloquial y festiva, esté decayendo, su historia no deja de ser interesante. Se trata de una adaptación de la expresión latina *sursum corda*, ‘arriba los corazones’,

empleada en el prefacio de la misa católica, donde actualmente se traduce como ‘levantemos el corazón’. Pero hay que tener en cuenta, como ya se ha señalado en algún otro artículo (→BUSILIS), que hasta el Concilio Vaticano II, en la segunda mitad del siglo XX, la eucaristía se celebraba en latín. La falta de comprensión de esta lengua, que en las fechas en que empieza a documentarse el término —a mediados del XIX— sería totalmente desconocida para la mayoría de los fieles, habría hecho el resto. Ante las palabras del sacerdote: «Sursum corda», los feligreses debían ponerse en pie —según la liturgia ya deberían estarlo,

pero es la costumbre— y contestar «Habemus ad Dominum» (‘lo tenemos levantado hacia el Señor’). De modo que la identificación entre el hipotético personaje y la autoridad es casi automática. Blanco y en botella, por tanto.

DRAE

La voz se documenta por vez primera en la decimotercera edición, de 1925: «Supuesto personaje anónimo de mucha importancia».

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

—Nada en sustancia, señor don Baltasar: que se sabe que en tiempos que casi se pierden de vista, había un pirata por estos mares que

robaba hasta la saliva al **sursuncorda** [...].

La puchera, 1889

JOSÉ MARÍA MERINO

—Hambre de lobo —repite Andrés Choz
tras una pausa.

—Te invito a cenar.

—No —dice la muchacha; déjame invitarte,
ven a casa.

—Vale —dice él— y **sursum corda**.

Novela de Andrés Choz, 1987.

T

tabú

La palabra *tabú*, cuya introducción en castellano se constata a mediados del siglo XIX, procede, probablemente a través del inglés, del polinesio *tabú*, ‘lo prohibido’. Vinculado al totemismo, tiene su origen en algunas tradiciones mágico-religiosas de la Polinesia, en las que la condición de tabú se extiende tanto a objetos como a personas o comportamientos que no es lícito

siquiera mencionar. De ahí el título del famoso libro *Totem y tabú* (Leipzig, 1913), en el que Freud relacionó ciertos comportamientos de la neurosis con la espiritualidad primitiva.

Sin embargo, la restricción que implica el tabú no está vinculada a un castigo legal, aunque no lo excluya. Se trata de algo prohibido por su carácter sagrado o impuro. Un tabú se respeta por el acusado sentimiento de horror que produce en el individuo contravenirlo, por el miedo cerval a transgredir lo que, desde siempre, cuenta con aceptación unánime en la comunidad; en Roma sería su equivalente el concepto de *nefas*. Su

significado se ha trasladado a otros ámbitos, por ejemplo el de la lengua, donde designa aquella palabra que por convención sociocultural —por hacer referencia a un concepto estigmatizado culturalmente— es malsonante u ofensiva y se reemplaza por un eufemismo.

DRAE

El término se incluye por vez primera en la decimocuarta edición, de 1914: «Prohibición de comer o tocar algún objeto, impuesta a sus adeptos por algunas religiones de Polinesia».

PÍO BAROJA

Aquellos bandidos eran los sostenes de la sociedad; se repartían el botín; tenían unos para otros un **tabú** especial, como el de los polinesios.

El árbol de la ciencia, 1911.

CARMEN ALBORCH

[...] ejerce control sobre ti y sobre tus cosas, tus amistades y tus seres queridos; nombra lo prohibido y lo permitido, el **tabú** y el deber.

Malas, 2002.

tahúr

La palabra *tahúr*, ‘vicioso del juego o hábil en su práctica’, utilizada con frecuencia de forma despectiva como

‘jugador tramposo, fullero’, se documenta en castellano ya a finales del siglo XIV (desde mediados del XIII, *tafur*); procede del árabe *takfūr*, voz derivada, a su vez, del armenio *tagevor*, título de los reyes de esta nación. El análisis etimológico del término requiere al menos una breve alusión a la historia de Armenia, una isla cristiana en un Oriente dominado por el islam.

En el siglo XI existían en Cilicia diversos principados armenios, al frente de cada uno de los cuales se situaba un *tagevor* o caudillo. Estas comunidades aportaron tropas a los cruzados occidentales a finales de dicha centuria.

En un contexto en el que los ideales religiosos se entremezclaban con las ansias de riqueza y poder, proliferaron las bandas de vagabundos y buscavidas que veían en el combate contra el infiel una posibilidad de supervivencia. A partir de un momento, la voz comenzó a designar a esas gentes de diverso origen —armenios o no— que, carentes de toda disciplina, se dedicaban al saqueo y al pillaje con el pretexto de apoyar a los cruzados. De ahí las connotaciones negativas del término, que se habría aplicado, en origen, a las personas de mala vida.

En castellano *tahúr* significó, desde un

principio, ‘jugador tramposo’. En Andalucía, sin embargo, Tafur fue un apellido que llevaron muchas personas. En un documento sevillano de 1260 aparece ya un Pero Ruiz Tafur; y en Córdoba vivió Pero Tafur, un hombre que pretendía descender de los emperadores de Constantinopla y que nos ha dejado una relación muy interesante de un viaje por el Mediterráneo a mediados del siglo XV.

DRAE

Se recoge ya la voz, con sus principales acepciones, en el *Diccionario de autoridades* de 1739: «El que continúa mucho las casas de juego, o es muy diestro

en jugar. Tomábase en lo antiguo por el que jugaba con engaños, y trampas, u dobleces, para ganar a su contrario».

FERNANDO DE ROJAS

Areúsa. —¿Por qué jugaste tú el caballo, **tahúr**, bellaco, que si por mí no hobiese sido, estarías tú ya ahorcado? Tres veces te he librado de la justicia [...].

La Celestina, 1499-1502.

LUIS LANDERO

Me asustó su voz de pronto ronca, como de **tahúr**. Por estar a la altura de las circunstancias, acepté, y para que no pensara que yo era un charlatán sin sustancia.

Juegos de la edad tardía, 1989.

talento/talante

El talento designa una suerte de capacidad natural para entender algo o para desempeñar una actividad; una combinación de inteligencia y aptitud. Ese es el sentido habitual de un término que, aunque se introdujo en castellano a mediados del siglo XII, tuvo poco uso hasta el XVI. Procede del latín *talentum*, ‘cierta moneda de oro’ y ‘unidad de peso’, y este del griego *tálanton*, donde primitivamente significaba también ‘balanza’. La misma procedencia —si bien habría llegado a nosotros a través del francés— tendría la voz *talante*,

asentada en nuestra lengua ya a principios del siglo XIII, y que se define como ‘inclinación, disposición personal’ y, también, ‘voluntad’.

Diversos autores sostienen que la relación entre ambos sentidos, y entre ambos términos, encontraría su fundamento en la interpretación medieval de la parábola de los talentos que narra el Evangelio según San Mateo. Según el relato, el amo salió de sus tierras dejando a uno de sus siervos cinco talentos, dos al segundo y uno solo a un tercero. A su regreso, premió a los dos primeros criados, que habían negociado con el dinero para

rentabilizarlo y doblar su valor, mientras condenó al tercero, que, movido por el miedo a perderlo todo, enterró su moneda.

Las monedas se entienden como dones concedidos por Dios, como riquezas naturales —a partir de un uso figurado del concepto de dinero—, como regalo que, según el mandato divino, ha de utilizarse con provecho, merced a una buena disposición, a una recta voluntad. Inteligencia por un lado; actitud por otro: talento y talante, pues.

Lo dicho, sin embargo, no excluye otra posibilidad, realmente sugestiva.

Talante, la forma francesa, mantuvo su vigencia en la península ibérica hasta finales del siglo XV: *Talent de bien faire* ('voluntad de hacer bien') fue la divisa del infante portugués Enrique el Navegante (muerto en 1460). En el siglo XVI, sin embargo, la lengua literaria por excelencia fue el italiano, que usó *talento* con el sentido que le damos actualmente. Por lo tanto, no resulta muy arriesgado suponer que nuestro *talento* sea un préstamo del italiano. En tal caso, las dos palabras simbolizan a la perfección las influencias a que estuvo sometido el español en la Edad Media y en el Siglo de Oro.

DRAE

Ambos términos se recogen ya en el *Diccionario de autoridades* de 1739:

talento: «Moneda, o suma de monedas, que usaron los antiguos en diversos reinos, cuyo valor no está averiguado, por dársele variamente según la diversidad de las provincias». || «En sentido tropológico se toma por el caudal de dones naturales, o sobrenaturales, con que Dios enriquece a los hombres, para que obren, y los empleen en provecho del prójimo, y de su conciencia». || «Metafóricamente se toma por los dotes de naturaleza: como ingenio, capacidad, prudencia, etc. que resplandecen en alguna persona, y por antonomasia se toma por el entendimiento».

talante: «Modo, u manera de ejecutar alguna cosa». || «Se toma también por el semblante, o disposición personal, o el

estado, o calidad de las cosas». || «Vale también voluntad, y gusto».

FRANCISCO DE OSUNA

Toda la obra d'este candelero, con todos los vasos d'él, terná un **talento** de oro purísimo.

Quinta parte del Abecedario espiritual,
1540.

RODOLFO WALSH

Un próspero hombre de negocios, una celebridad deportiva, un poeta en ciernes... Desde luego, tuvo el **talento** de empezar por el hombre de negocios.

Cuento para tahúres y otros relatos policiales, 1951-1961.

DON JUAN MANUEL

Otrosí, los que pasan en este mundo teniéndose

en él por estraños e non ponen su **talante** en ál sino en las cosas por que mejor puedan salvar las almas, sin duda estos escogen la mejor carrera.

El conde Lucanor, 1325-1335.

MATOS HUBER

Su verdadero nombre lo mantiene oculto. Es un individuo de mal **talante**, muy cínico, que antes fue jefe de nuestra vigilancia.

Cómo llegó la noche. Revolución y condena de un idealista cubano, 2002.

tanga

La brevedad es la característica definitoria del tanga (o de la tanga, pues

se prefiriere el femenino en toda América), prenda de vestir pensada para cubrir en su parte delantera los genitales, quedando por detrás al descubierto los glúteos. El término posee un origen curioso, pues procede de la lengua tupí. Al parecer, los nativos de este pueblo asentado en la costa brasileña en el momento de la llegada de los portugueses cubrían su sexo con una especie de taparrabos, quizá realizado con hojas, que ajustaban a la cadera con una cuerda, dejando las nalgas a la vista. En todo caso, no hay evidencia absoluta de su forma y materiales —hay autores que hablan de una suerte de pieza o funda de arcilla—,

ni tampoco de que su uso fuera privativo de los hombres. Del mismo modo que en la actualidad, si bien es más habitual entre las mujeres, se emplea también en el ámbito masculino. El responsable de que un elemento asociado a aquellos grupos humanos primitivos derivara en una prenda de vestir cuya popularización, primero como traje de baño y luego como ropa interior, causó un auténtico revuelo es Carlo Ficcardi, un italiano afincado en Brasil —lo que no resulta casual, puesto que en este país, como es bien sabido, se profesa un culto reverencial a las nalgas femeninas—, autor de su diseño a mediados de los años setenta.

DRAE

La voz se recoge por vez primera en el *Diccionario manual* de 1989: «Prenda de tamaño reducido que puede sustituir al calzón de baño». Se incorporará al usual en la edición de 1992.

ALFONSO VALLEJO

¡Qué gracioso! Se te está poniendo voz de gallo... (Silencio. Se tiende en la hamaca, queda en un **tanga** minúsculo). ¿Te gustaría que te enseñara un pezón, Hugo?

Cangrejos de pared, 1980.

LOLA BECCARIA

[...] el pelo corto retocado con una chispa de gomina aquí y allá, al desgaire, estilo despeinado. Y un sostén y un **tanga** nuevos,

sencillos y deportivos, cómodos, relamidos sinuosamente al cuerpo.

La luna en Jorge, 2001.

tanque

Un tanque es un carro de combate, un vehículo militar blindado y motorizado que se desplaza desliziéndose sobre cintas articuladas a modo de llantas, especialmente concebido para adaptarse a terrenos escabrosos. El término proviene del inglés *tank*, nombre en clave con que los británicos se referían a esta arma durante la Primera Guerra Mundial. En efecto, en 1915, cuando se

estaban construyendo los primeros prototipos, se utilizó esta denominación porque su forma, en los estadios iniciales del montaje, permitía confundirlos con grandes tanques o depósitos. Se ocultaba de esta manera a los propios operarios —que creían estar trabajando en el ensamblaje de estructuras de acero destinadas a contener líquidos, más concretamente, combustible o agua— la verdadera naturaleza y el alcance de esta ambiciosa empresa bélica. Los tanques o carros de combate entraron en acción por vez primera en el frente occidental durante la jornada del 15 de septiembre de 1916 en Flers (Somme) y acabarían

desempeñando un papel decisivo en la contienda.

DRAE

La voz tiene ya entrada en la decimoquinta edición, de 1925: «Automóvil de guerra blindado y artillado, que, moviéndose sobre una llanta flexible o cadena giratoria, puede andar por terrenos muy escabrosos».

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

[...] se había habilitado una gran sala, con tres docenas de sillas heterogéneas, algunos barcos inconexos, y dos calderones llenos de agua azucarada, sobre una mesa colocada en un ángulo, de los cuales cántaros se sacaba el refresco con un **tanque** de latón, y se ofrecía en un vaso, huérfano de toda familia, al

sediente que lo solicitaba [...].

*Don Gonzalo González de la
Gonzalera, 1879.*

MARÍA TERESA LEÓN

En la retirada de Brunete, Gerda Taro iba subida en el estribo de un camión, la rozó un **tanque** y la han llevado a El Escorial, herida.

Memoria de la melancolía, 1970.

tarántula

El uso de la voz *tarántula*, que da nombre a una araña de gran tamaño, venenosa y peluda, se constata en castellano a finales del siglo XV. Deriva

del latín medieval *tarantula*, que a su vez procede del italiano *tarantola*, ‘de Táranto’, nombre local de la ciudad de Tarento, en Apulia, al sur de Italia. Según parece, el arácnido, que vive escondido entre las piedras o en el interior de profundos agujeros que él mismo excava en el suelo, era bien conocido en los alrededores de esta población.

Aunque hoy sabemos que únicamente ocasiona inflamación, era creencia extendida que el veneno de la tarántula tenía graves consecuencias para su víctima. Según el vulgo, los trastornos nerviosos derivados de su picadura sólo

encontraban alivio si la persona que la había sufrido se lanzaba a bailar desenfrenadamente. De ello se derivaría, si atendemos a la etimología popular, la palabra *tarantela* (del italiano *tarantella*), utilizada en la actualidad para denominar un típico baile napolitano, pero que en origen podría haberse aplicado en toda el área meridional de Italia a una danza popular de movimiento muy alegre.

Muy otro es el baile de san Vito, nombre con el que eran conocidas unas convulsiones que se curaban, según se decía, invocando al santo, oriundo de Lucania, la actual Basilicata, también en

el sur de Italia.

DRAE

Se da entrada al término ya en el *Diccionario de autoridades* de 1739: «Especie de araña, que se cría en la ciudad de Taranto, y sus contornos en la provincia de la Pulia, reino de Nápoles. Su color es ceniciento con pintas negras, rojas, o verdes: el cuerpo grueso, y velludo, el cual mantiene en ocho pies, como la araña, y a su imitación forma también telas, en que prende varios insectos volátiles. Es venenosa, y muy nociva su mordedura, por causar raros, y singulares efectos».

PEDRO MEJÍA

[...] ambos afirman y escriben de un género de

arañas que se crían en la Pulla, en el reino de Nápoles, a quien los de la tierra llaman **tarántula**; el qual es tan ponzoñoso desde que entra en el estío, [que] qualquiera que es picado della, si no es con gran presteza socorrido, pierde luego todos los sentidos y al fin muere.

Silva de varia lección, c. 1540-1550.

BENIGNO DOU

Esperanza, colgando del cotoperí con los ojos abiertos, en el cuadro de Isabel. Y Felicidad otra vez, semidesnuda, bailando una **tarantela** en el baño con el fantasma de Paolo.

Luna rota, 2002.

tebeo

En el año 1917 apareció en Barcelona el primer número de *TBO*, revista de dibujos, de humor blanco, destinada a un público infantil y juvenil. Con el tiempo, y gracias al éxito de la publicación —de larga vida, pues concluyó su andadura, con alguna interrupción, en 1998—, el desarrollo de la supuesta sigla, *tebeo*, pasó a designar, ya lexicalizado, cualquier revista de historietas gráficas, lo que hoy llamaríamos *cómic*, y en particular las dirigidas al público infantil.

No obstante, el origen último del nombre, que se documenta ya a mediados del siglo XX, parece situarse

en el título de una revista lírica estrenada en 1909, con libreto de Eduardo Montesinos y Ángel Torres del Álamo, y música del maestro Arturo Lapuerta, y cuyo primer cuadro transcurría en la dirección de un periódico. En este ambiente, uno de los actores pronunciaba el siguiente parlamento: «¡Animo, señores! A trabajar. Mañana saldrá el primer número de *TBO* y hay que lucirse. Ya saben ustedes que este no será un periódico vulgar. *TBO* viene a llenar un vacío». Es posible que uno de los empleados de la imprenta donde la revista infantil se realizaba, Joaquín Arqués, aficionado al teatro y él mismo

actor y autor *amateur*, pudiera haber sugerido este nombre para la publicación.

DRAE

No se recoge el término hasta la decimonovena edición, de 1984: «Revista infantil de historietas cuyo asunto se desarrolla en series de dibujos». || «Sección de un periódico en la cual se publican historietas gráficas de esta clase».

T B O

SEMANARIO FESTIVO INFANTIL

Año 1

Redacción y Administración: Calle de la Universidad, 34 - Barcelona

Núm. 1



EN EL CINE. — Mira Pepín, una calle de Nueva York, donde están las casas más altas del mundo.

— No peñora; las casas más altas están aquí. Papá dice que le han subido el entresuelo tres veces. ... ¡Calcule usted donde estarán ya los quintos pisos!

5
céntimos

ALFONSO GROSSO

Tampoco se pega el pollo —dice Mariquita señalando el seto— buena vida. Cuando no en el agua, en el cochazo; cuando no, dándole al vaso o leyendo **tebeos**.

La zanja, 1961.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

[...] una vez, mientras guardaba turno leyendo un **tebeo** que mi padre acababa de comprarme, me dio sed y le pedí permiso a Pepe Morillo para beber agua.

Una novela de novelas, 2001.

tejemaneje

La voz *tejemaneje*, de uso coloquial, se formó a partir de la unión de los verbos *tejer* y *manejar*, y se atestigua en castellano en el segundo cuarto del siglo XIX. Tiene dos significados: ‘actividad intensa o con mucho movimiento que se desarrolla al realizar algo’ y ‘actividad poco clara y llena de enredos para conseguir algo’. *Tejer* y *manejar* son términos que se vinculan, en su sentido propio, con la idea de laboriosidad. Ahora bien, ¿de dónde deriva ese matiz peyorativo, de intervención oscura o no del todo recta, que acompaña al segundo significado del compuesto?

Quizá de la conexión que se establece entre tareas que requieren habilidad y la necesidad de recurrir a ella para burlar la norma o inclinarla al propio interés. En realidad, ese sentido existe ya en las voces simples. *Tejer*, del latín *texere*, es, en definitiva, ‘tramar y urdir’, conceptos en los que, figuradamente, apunta ya ese rasgo de maquinación secreta. Por su parte, *manejar*, que procede del italiano *maneggiare*, significa ‘utilizar algo con las manos o, por extensión, sin ellas’ y también ‘dirigir o gobernar’; pero de manejar a manipular hay sólo un paso, como se encarga de atestiguar el propio

sustantivo *manejo*, ‘intriga, maquinación’. En definitiva, que el que teje y maneja está dotado para el chanchullo, la artimaña o el cambalache, todos ellos términos muy cercanos semánticamente a *tejemaneje*.

DRAE

La voz se recoge por vez primera en la decimoquinta edición, de 1925: «Afán, destreza y agilidad con que se hace una cosa o se maneja un negocio». La segunda acepción, la que aquí más nos interesa, se incluye, con marca de América, en 1936: «Manejos enredosos para algún asunto turbio».

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

Pero si las envidias de las unas y las pullas de las otras ponen término a las sabrosas pláticas amatorias antes que concluya el trajín y el **tejemaneje** del lavado, los mismos paños, menores o mayores, que bautizan y desentecan, les dan sobrado tema para charlar más de lo justo y preciso.

Opúsculos en prosa, 1843-1844.

PEDRO LAÍN ENTRALGO

Profesor, el obeso, bonísimo y simpatiquísimo don José Gascó, hábil en el **tejemaneje** de los análisis agrario-higiénico-industriales [...].

Descargo de conciencia, 1930-1960.

testículo

La palabra *testículo*, procedente del latín *testicŭlus*, es un cultismo que se documenta en nuestra lengua ya en la primera mitad del siglo XV. La voz latina es un diminutivo de *testis*, ‘testículo’, pero propiamente ‘testigo’ (un sustantivo relacionado etimológicamente con *tres*, que significó en origen ‘el tercero’, ‘el que asiste a dos pleiteantes’). La razón de este salto semántico parece evidente, y es que los testículos eran considerados un testigo de la virilidad, un testimonio de la condición varonil. Y siguen siéndolo, claro, e incluso con más razón que antaño, pues en esta evidencia externa —los genitales masculinos alcanzan

notable desarrollo en el feto humano— se basan técnicas diagnósticas como la ecografía para determinar en torno a la vigésima semana de gestación el sexo de la criatura alojada en el vientre materno. Aunque en ocasiones la prudencia y la posición del feto aconsejen al profesional médico no aventurar si el *nasciturus* será niño o niña.

Como curiosidad, bueno será recordar una vieja fábula. Según los antiguos, el castor, acosado por los cazadores, se castraba él mismo a fin de salvar su vida, sabedor de que era perseguido sólo el castóreo, una sustancia cerosa de fuerte olor y de sabor amargo, muy

estimada como medicamento, que se suponía contenían sus testículos (en realidad, unas glándulas abdominales que tienen también las hembras). Cervantes recogió en el *Quijote* esta leyenda, que fue muy utilizada por los predicadores cristianos por su evidente moraleja: es preferible sacrificar los bienes más preciados antes que perder la vida eterna.

DRAE

Así se define el término en el *Diccionario de autoridades* de 1739: «Parte glandulosa; hay dos en el cuerpo de animal, y en diversas partes, según las especies: el hombre los tiene pendientes fuera del

abdomen inmediatos al miembro viril, y metidos en una bolsa membranosa: su figura y magnitud es como la de un huevo de paloma. Son el principal órgano de la propagación, por producirse en ellos el esperma, que es el principio de ella. Según los modernos, se hallan también en el cuerpo de la mujer y se llaman ovarios».

JUAN HUARTE DE SAN JUAN

La otra vena sale del riñón izquierdo y se remata en el **testículo** izquierdo, y de manera se hace el vaso seminario izquierdo.

Examen de ingenios para las ciencias,
1575-1588.

BEGOÑA AMEZTOY

Los padres son los depositarios del «testigo» que un día entregarán a su hijo. «Testigo», una

palabra que dimana de «testículo», precisamente, el depósito que guarda su herencia genética.

Escuela de mujeres, 2001.

tiovivo

Sinónimo de *carrusel*, un galicismo con larga tradición, *tiovivo* es un compuesto popular que no necesita explicación morfológica. Da nombre a un entretenimiento infantil ineludible en cualquier feria, formado por una serie de asientos —a veces figuras de caballos, de ahí otra de sus denominaciones tradicionales,

caballitos— que se disponen en un círculo giratorio. El uso de tal atracción parece remontarse en España a principios del siglo XIX, puesto que por entonces está fechado un documento del Ayuntamiento de Vitoria que hace referencia a la autorización concedida a un tal Sebastiani para instalar en el paseo del Espolón uno de estos circos «con cuatro caballos de madera para la diversión del público».

El término *tiovivo* es bastante posterior y no se documenta hasta el último cuarto del siglo XIX. Acerca de su formación circulan diversas teorías; todas curiosas, ninguna contrastada. El propio

Corominas sostiene que la palabra aludiría a la viveza de aquel que intuyó las posibilidades lucrativas de este aparato destinado al ocio. Más inverosímil, pero castiza y demostrativa del ingenio popular, es la que nos habla del dueño de uno de estos carruseles en el Madrid decimonónico; al parecer, el hombre habría sido dado por muerto como resultado de una enfermedad, con tal fortuna que, de camino a su propio entierro, despertó gritando: «¡Que estoy vivo!». Si así fue, debió de sobrevivir largo tiempo, porque el nombre tuvo fortuna y acabó prendiendo en nuestra lengua.

DRAE

La decimoquinta edición, de 1925, es la primera que da entrada al término: «Recreo de feria que consiste en varios asientos colocados en un círculo giratorio».

BENITO PÉREZ GALDÓS

Échese a la calle, y váyase a cualquier parte, hombre de Dios; distráigase, aunque sea montando en el **tiovivo**, comiendo caracoles, bailando con las criadas [...].

Tormento, 1884.

ARTURO PÉREZ REVERTE

Lataquia y el doctor lo miraban guasones; todos sabían que se mareaba en el mar como un caballo de **tiovivo**, pero sin duda Teresa tenía sus razones.

tiquismiquis

Con este nombre se denominan los ‘escrúpulos o reparos de escasa relevancia’, así como a la ‘persona que se pierde en los detalles, que concede excesiva importancia a lo que, en realidad, es pura minucia’. En este sentido, como aprensivo o maniático, un *tiquismiquis* sería el equivalente del →QUISQUILLOSO o remilgado, del pejiguero (voz curiosamente no recogida en el Diccionario académico)

omelindroso (esta sí recogida, claro, y con una definición digna de cita: «Que afecta melindres»).

El vocablo, de indudable valor expresivo, se documenta en la lengua castellana a principios del siglo XVII y es utilizado ya por Cervantes en una de sus comedias. Para determinar su origen hay que remontarse a las voces latinas *tibi* y *mihi*, que significan ‘para ti’, ‘para mí’, y sufrieron una peculiar evolución en el latín macarrónico, que alteró el latín medieval *tibi*, *michi* (la *-ch-* indicaba en un principio que había una aspiración, igual que en el verbo *adnichilare*, ‘aniquilar’, derivado de

nihil, ‘nada’), hasta derivar en *tichi*, *michi*, de donde procedería la palabra *tiquismiquis*. La cosa tiene su razón de ser, porque, como se puede comprobar en la primitiva definición académica, el término se empleaba entonces, en particular, para hacer referencia a remilgos mutuos, a expresiones afectadas compartidas o intercambiadas por dos o más personas.

DRAE

Con la grafía *tiquis miquis*, única incluida hasta la edición del usual de 1999, la voz se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1739): «Voces bárbaras, con que en estilo familiar se notan alguna

expresiones afectadas, y con singularidad cuando se dicen mutuamente entre dos, o más personas».

FRANCISCO DE QUEVEDO

Y pudiera Valdivielso borrar esto, y fuera de mejor seso que escribir una aprobación muy estudiada de **tiquis miquis**, tan graciosamente como decir estas palabras en su aprobación [...].

Perinola, c. 1632.

ALBERT BOADELLA

Esta eliminación tan sistemática de la audacia espontánea en una escuela de arte acababa creando un clima de **tiquismiquis**, en el que bajo capa de sutileza no había otra salida [...].

Memorias de un bufón, 2001.

tocho

Son varias las teorías sobre el origen de la palabra *tocho*, pero ninguna acaba de imponerse. Quizá, como señala la Real Academia, esté relacionado con el hipotético latín vulgar *tuscūlus*, diminutivo de *tuscus*, ‘grosero, desvergonzado’. El sentido de este término latino, del que también procedería *tosco* y que significa propiamente ‘etrusco’, aludiría a la existencia, en la Roma clásica, de un barrio conocido popularmente como Vicus Tuscus (‘barrio etrusco’). Este Vicus Tuscus, la vía que unía el Foro

con el Foro Boario y el Circo Máximo, fue una calle muy animada, llena de tiendas en las que se vendían vestidos, telas y especiería, pero no gozaba de buena fama; a la «muchedumbre impía» de sus vecinos aludió Horacio en una de sus sátiras.

Sea como fuere, se trata de una mera conjetura, y lo único cierto es que, con el significado de ‘tosco, necio’, la voz está ya en uso en la lengua castellana en el siglo XV. Pero es igualmente cierto que anteriormente, y al menos desde el XIII, se usaba *tocho* con el sentido de ‘bastón, garrote’, y que, como afirma Corominas, no resulta difícil asociar la

imagen del rústico cayado con la persona ordinaria, poco refinada, áspera en el trato o incluso necia. Dejémoslo aquí, porque la precaución aconseja no ir más allá. Sí es necesario reseñar, no obstante, que, en la actualidad, a ese significado tradicional, más restringido, se superpone el uso coloquial del término, quizá derivado de otra de sus acepciones tradicionales: ‘lingote de hierro’, de donde ‘ladrillo grueso y basto’, ‘libro de muchas páginas’ y ‘cantidad grande de papeles escritos’.

DRAE

La voz se recoge ya en el *Diccionario de autoridades*, de 1739: «Lo mismo que palo redondo. Es voz usada en Aragón». || «Inculto, tonto, necio, tosco: de esta última voz dice Covarrubias que es corrupción». Sólo en 2001 se incorporan las acepciones ‘libro de muchas páginas’ y ‘cantidad grande de papeles’.

JUAN DE ARCE DE OTÁROLA

Y por la mayor parte veréis que un nescio o **tocho** es mejor casado y vive más a su placer que un cuerdo, porque no siente tanto las cosas.

Coloquios de Palatino y Pinciano,
c. 1550.

RAMÓN AYERRA

Luego, a ratos libres, ya iría ajustando los mimbres y llenando la carretilla, y si la fortuna

estaba de su parte, cualquier día se encontraba con un **tocho** de pliegos bien cosidos y engualdrapados [...].

La lucha inútil, 1984.

tortuga

La voz *tortuga*, que se documenta en castellano desde finales del siglo XV, procede del latín tardío *tartarūchus*, ‘demonio’, y este del griego tardío *tartaroûchos*, que entre los orientales y los primeros cristianos designaba al ‘habitante del infierno o Tártaro’. Ahora bien, ¿de dónde surge la idea de la procedencia infernal del animal? Con

toda probabilidad contribuyó a su asociación con el averno el hábitat cenagoso de la tortuga, identificada como criatura abominable y tenebrosa del submundo que asoma a la luz como demonio que reptaba en el lodo. Símbolo de la herejía, manifestación, por tanto, de lo oscuro, su consideración negativa se vería reforzada, quizá, por su proverbial longevidad, que añade a su condición un elemento sobrenatural.

Quien, según la tradición, tendría buenas razones para considerar infernal al reptil es Esquilo. Y es que, si atendemos a la leyenda, el dramaturgo griego murió en Gela, en Sicilia (456/455 a. C.), como

consecuencia del impacto de una tortuga sobre su cabeza, cuando un quebrantahuesos que volaba sosteniéndola entre sus garras, tomó la calva del trágico por una roca y dejó caer el animal, quizá con la intención de quebrar su caparazón y devorar su carne.

DRAE

La voz se define así en el *Diccionario de autoridades* de 1739: «Animal anfibio, cuyas conchas son muy pintadas, y vistosas, y, tan fuertes, que pueden resistir una bala de mosquete. Las hay tan grandes, que se escribe hacen de sus conchas techados de las casas en alguna isla de la India Oriental».

ANÓNIMO

Tomaban allí las tortugas d'esta manera: que con lumbres, de noche, que son hachos de leña seca, van buscando el rastro de la **tortuga**, que no lo hace chico, y hállanla durmiendo de cansada [...].

Relación del tercer viaje de Colón,
1498.

ARMANDO CARRANZA

Ver a la **tortuga** nadando hacia la playa indica que ha de tenerse paciencia [...].

Comprender los sueños de los niños,
2003.

trabajo

A finales del siglo XII se documenta ya en castellano la voz *trabajo*, que procede del verbo *trabajar*, de etimología curiosa —y clarificadora—, por cuanto encuentra su origen en el hipotético latín vulgar *tripāliāre*, que significaría ‘torturar’, derivado a su vez del latín tardío *tripalium* o *trepalium*, ‘instrumento de tortura compuesto de tres maderos’. De hecho, el significado primitivo de *trabajo* fue el de ‘molestia, dificultad o sufrimiento’, y sólo después asumió su sentido hoy más habitual: ‘actividad humana útil’, ‘ejercicio de un oficio’, ‘ocupación retribuida’. Habrá quien piense que la distancia entre ambas acepciones no es tanta, y no está

de más recordar, por ejemplo, cómo Marx, a la luz de un análisis materialista, concibe el trabajo en el contexto del modo productivo del capitalismo como algo ajeno al trabajador, externo a él. Así pues, tortura, penalidad, alienación... y, en la tradición judeocristiana, castigo divino, como sentenció el propio Dios ante Adán, tras constatar la desobediencia que conllevaría su expulsión del paraíso: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». Tanta coincidencia no parece ser casual. ¿De dónde, pues, esa otra idea que califica el trabajo como elemento que dignifica al individuo?



DRAE

El *Diccionario de autoridades* de 1739 da cabida ya a distintas acepciones del término: «Ejercicio, u ocupación en alguna obra, o ministerio». || «Vale también dificultad, impedimento, costa, o perjuicio». || «Vale asimismo penalidad, molestia, tormento o suceso infeliz». || «Se

llama también cualquier escrito, u discurso sobre alguna materia, u facultad».

CLEMENTE SÁNCHEZ DE VERCIAL

La nave tuvo tormenta en la mar, e perdió la carga que llevaba, e así con **trabajo** fue traída al puerto.

*Libro de los exemplos por A. B. C.,
c. 1400-1421.*

LEOPOLDO LUGONES

Las consonantes diéronme un **trabajo** endemoniado; y a poco hube de comprender que nunca llegaría a pronunciar aquellas en cuya formación entran los dientes y las encías.

Yzur, cuentos fantásticos, 1906.

M.^a ELENA RODRÍGUEZ LARA

En este **trabajo** se analizan algunos aspectos

centrales de la sociedad con globalización neoliberal [...].

La educación superior en América Latina, 2004.

tragaldabas

Compuesta a partir del verbo *tragar* y el sustantivo *aldaba*, la voz coloquial *tragaldabas*, que designa a la persona tragona, que come con voracidad, se documenta en español en la primera parte del siglo XVIII. Entonces, como ahora, la acepción más común del término *aldaba* era la de ‘pieza que se clava en la puerta y se hace golpear

contra un clavo para que sirva de llamador'. Aunque existe cierta controversia, parece derivar del árabe hispánico *adḍabba*, y este del árabe clásico *abbah*; literalmente, 'lagarta', por su forma, en origen semejante a la de este reptil. Hoy sin embargo, adopta frecuentemente la forma de argolla, y es habitual que esta se sujete en las fauces semiabiertas de un león o de otra criatura de aspecto amenazador. No cabe duda de que alguien capaz de dar buena cuenta —siquiera figuradamente— de pieza semejante, un tragaldabas, ha de ser, por fuerza, persona de buen comer. Como también lo es, para terror de los niños, el personaje de tal nombre

que protagoniza algunos cuentos tradicionales castellanos, especie de ogro de boca desmesurada y gran buche, que devora cuanto encuentra a su paso.

En el Siglo de Oro se usaron las expresiones *boca de alnafe* (Agustín de Rojas, en el entremés de *El hospital de los podridos*) o *más boca que un alnafe* (*Segunda parte del Romancero general*) para designar una boca enorme, parecida a un hornillo. Es de suponer que las dos tuviesen un significado semejante a *tragaldabas*.



El término tiene entrada ya en el *Diccionario de autoridades*, de 1739. Se define así: «L persona que come mucho, o es muy tragón».

DIEGO DE TORRES VILLARROEL

—¿No me he de quejar —respondió el acusado— de ver que hemos recogido tanta necesidad y hacinado tanta escasez, que vivimos tan ajustados a una extracción de economía destilada por catorce alambiques de miseria, con quien es ahitera la templanza, glotonería la dieta y **tragaldabas** el ayuno?

*Visiones y visitas de Torres con Don
Francisco de Quevedo por la corte,
1727-1728.*

ELENA SORIANO

Y a los postres, Andrés cogió el más hermoso albaricoque y se lo alargó a Ana; pero no se lo entregó, sino que lo retuvo unos segundos, mientras decía:

—Es el único maduro, ¿sabes?... Pero si también se lo vas a dar al **tragaldabas**, me lo comeré yo, que también tengo buen diente.

Caza menor, 1951.

tragedia

La tragedia, en sentido recto, es una obra dramática protagonizada por personajes de alcurnia que afrontan un conflicto derivado de la intervención de grandes pasiones humanas y que

incorpora un final funesto. El género, surgido en la antigua Grecia, encontró inspiración en la épica antigua, en los temas relacionados con la muerte, los sucesos dolorosos de la vida humana y el sufrimiento. La palabra se documenta en castellano ya a finales del siglo XIII. Deriva del latín *tragoedia*, y este, a su vez, del griego *tragōidía*. Dos elementos intervienen en la composición de este último, que significa propiamente ‘canto o drama heroico’: por una parte, *trágos*, ‘macho cabrío’, y, por otra, *aéidō*, ‘yo canto’. Se alude así a los cantos trágicos, las interpretaciones rituales de las fiestas griegas, en las que el sacrificio del

cabron desempeñaba un papel central. Y dichas fiestas no eran otras que las organizadas cada primavera en honor de Dioniso, puesto que, como es sabido, el nacimiento de la tragedia en la Grecia antigua, que puede fecharse en el siglo VI a. C., está vinculado al culto de esta divinidad. Como dice Aristóteles, la tragedia tuvo una larga historia: empezó siendo un canto entre el corifeo y el coro en los ditirambos que se componían en honor de Dioniso; Esquilo aumentó a dos el número de personajes y acrecentó la importancia del diálogo en detrimento del coro; Sófocles añadió un tercer personaje y creó la escenografía.

DRAE

El *Diccionario de autoridades* de 1739 ofrece algo más de luz sobre su origen y evolución: «Antiguamente entre los gentiles era la canción de varios himnos en loor de Baco, fabulosa deidad, en memoria de la muerte de un cabrón, que hacía gran daño en las viñas, el cual sacrificaron a este dios. Después fue la trágica representación seria de las acciones ilustres de los príncipes, y héroes. Hoy comúnmente se entiende por la obra poética, en que se representa algún suceso, que tuvo fin infeliz, y funesto». || «Por extensión se toma por cualquier suceso fatal, desgraciado, o infausto».

FRAY ANTONIO DE GUEVARA

Séneca en una **tragedia** dice que en el tiempo de la guerra de Mitridates aconteció en Roma que los cónsules enviaron a los caballeros veteranos a mandar que fuesen todos a la guerra con el cónsul Sila [...].

Reloj de príncipes, 1529-1531.

ANAMARÍA LORANDI

Sin embargo, su decisión de ejecutar al inca no contó con el apoyo de la gente del Cuzco, que ya no veía con buenos ojos que se repitiera la **tragedia** de Cajamarca.

Ni ley, ni rey, ni hombre virtuoso, 2002.

trapicheo

En el lenguaje común, la voz *trapicheo*

hace referencia al negocio o actividad —especialmente los relacionados con el menudeo— en que se recurre a medios ingeniosos que bordean la ilegalidad. De manera específica, define en el mundo de la droga la actividad propia de camellos de poca monta que trafican a pequeña escala. Es de introducción tardía, puesto que los primeros registros corresponden a la primera mitad del siglo XIX. Ahora bien, ¿cuál es el origen del término?

No hay duda de que proviene de *trapiche*, palabra que da nombre a un molino tradicional destinado tanto a la extracción del jugo de determinados

frutos, fundamentalmente de la caña de azúcar y la aceituna, como, en algunas áreas de Sudamérica, a pulverizar minerales. Este vocablo procede del hipotético mozárabe *ṭrapíĉ*, que a su vez derivaría de la voz latina *trapētum* o *trapētus*, ‘molino de aceite’. Con este último significado se constata su utilización en castellano ya el siglo XVI.

Lo que ya no resulta sencillo es determinar cómo se produjo el salto de *trapiche* a *trapichear* y *trapicheo*. Parece claro que el sentido de ‘venta al menudeo’ proviene de Cuba, y puede relacionarse con el tamaño de los trapiches de azúcar. De hecho, una de

las acepciones específicas de la isla alude a un ‘ingenio pequeño que sólo elabora raspaduras y miel’. Más difícil es desbrozar el camino que conduce a ese matiz de ‘actividad o intercambio comercial no del todo lícito’, puesto que podría estar vinculado con esta misma actividad, pero también con los trapiches de minerales, que en época colonial se convirtieron en un negocio lucrativo que generaba enorme actividad, con la multiplicación de oficios y trabajadores vinculados a las explotaciones. Todo ello debió de generar no pocos conflictos, algunos derivados del intento de eludir las ordenanzas que trataron de regular una

actividad fundamental para la economía colonial.

DRAE

La voz se incluye por vez primera en la décima edición, de 1852: «El acto y ejercicio de trapichear [ingeniarse, buscarse trazas no siempre lícitas para el logro de algún objeto]». En 1925 se añade la acepción ‘comercio al menudeo’.

CARLOS COELLO

Apostaría la cabeza a que sus ocupaciones consisten en algún **trapicheo** con una fregatriz sensible que le comprende... [...].

Cuentos inverosímiles, 1872-1878.

LORENZO SILVA

Para algunos, que ni siquiera tienen dónde trabajar, el **trapicheo** es simplemente la única forma de comer.

Del Rif al Yebala, 2001.

tulipán

La palabra *tulipán* se documenta en español a comienzos del siglo XVII y proviene de la antigua variante francesa *tulipan*, procedente a su vez del turco *tülbent*, ‘turbante’, y este del persa *dulband*. El motivo de esta deriva semántica es la asociación entre la forma del tocado oriental y la flor de la

familia de las liliáceas, cuyos anchos pétalos dibujan una figura ovoide. Aunque algunas especies del mismo género crecen en el Mediterráneo europeo, los tulipanes son, como el turbante —voz que penetró en castellano a través del italiano, pero tiene su origen en el mismo término turco—, oriundos de Oriente.

La flor, que fue descrita por primera vez por un embajador del emperador Fernando I ante la Sublime Puerta, Ogier Ghislain de Busbecq (1555-1562) —quien publicó la relación de su viaje en latín en Amberes (1581)—, se introdujo en Europa occidental desde Turquía,

donde era considerada sagrada, a mediados del siglo XVI. Su éxito fue tal que una centuria después desencadenó en Holanda, país desde entonces vinculado a ella, la primera burbuja especulativa de la historia. En efecto, un virus transmitido por el pulgón provocó entonces espectaculares mutaciones en los tulipanes holandeses, haciendo crecer la cotización de los bulbos hasta niveles inconcebibles, pero, como suele ocurrir en estos casos, la súbita caída de los precios sorprendió a inversores, comerciantes y productores —la mayoría endeudados e hipotecados—, originando su quiebra y la de la propia economía neerlandesa.



DRAE

Así se define el término en el *Diccionario de autoridades* de 1739: «Flor conocida, que tiene la figura de un bonetillo: las hojas son de varios colores, y por lo común listadas de encarnado: no tiene olor particular. Esta flor vino de Turquía con el mismo nombre, que en aquel idioma significa *bonete*».

BERNARDINO DE REBOLLEDO

La cultura, después artificiosa,
le redujo a jardín tan floreciente
que compitieron incesablemente
en él el lirio, **tulipán** y rosa.

Ocios, 1650-1660.

FERNANDO TRÍAS DE BES

La de los **tulipanes** fue una de las primeras [burbujas] documentadas y suscita estupor comprobar cómo hubo quienes entregaron sus

pertenencias a cambio de bulbos de flores.

*El hombre que cambió su casa por un
tulipán, 2009.*

U

universo

Bien a través del mito, bien a través de la ciencia, el hombre, desde sus orígenes, ha sentido la necesidad de explicar aquello que le rodea. Y eso es tanto como decir el universo, el conjunto de todo aquello que existe materialmente, es decir, las galaxias, con las estrellas y también la materia interestelar. Hoy estamos algo más cerca de conocerlo. Sabemos, por ejemplo,

que tiene su origen en el Big Bang, la violenta explosión que siguió, hace unos 13 700 millones de años, a una gigantesca acumulación de materia y energía, y, también, que se encuentra en permanente expansión. Son muchas, sin embargo, las incógnitas que aún se ciernen sobre él, de modo que contentémonos aquí con aportar algo de luz sobre su etimología.

La palabra *universo*, que se documenta en castellano en la primera mitad del siglo XV, procede del adjetivo latino *universus*, que en principio se empleó para calificar entidades consideradas en su totalidad, en su conjunto, entendidas

en su condición de unitarias e indivisibles. Ya en época de Cicerón el vocablo pasó a utilizarse como sustantivo para designar la Tierra y el cosmos. Se trata de un compuesto formado por la raíz latina *ūnus*, ‘uno sólo’, ‘único’, y el verbo *vertere* — concretamente su participio, *versus*—, que significa ‘girar’, ‘hacer girar’, ‘dar vuelta’. Se hace así hincapié en la idea de unicidad de lo calificado; lo universo es ‘lo vuelto hacia la unidad’. Es decir, en sentido figurado, y por antonomasia, el mundo, el cosmos, el universo.

Se recoge ya el término en el *Diccionario de autoridades* de 1739: «Lo mismo que universal». || «Usado como sustantivo, es el conjunto, y agregado de todas las cosas criadas. Usase con más extensión que la voz mundo, que significa lo mismo».

PERO DÍAZ DE TOLEDO

[...] por la perpetuidad que los ombres han en sí por causa del alma intelectual, a cada un ombre tiene deputado su ángel en guarda, porque non fallezca nin perezca la orden del **universo**.

*Diálogo e razonamiento en la muerte
del marqués de Santillana, 1458.*

MIGUEL ÁNGEL SABADELL

Querer comprender el **universo** es una aventura maravillosa, quizá la más maravillosa

que pueda emprender el ser humano.

El hombre que calumnió a los monos,
2003.

utopía

La palabra *utopía* tiene su origen en la obra *De optimo reipublicae statu, deque nova insula Utopia*, escrita en latín por Tomás Moro en 1516, que hace referencia a una isla imaginaria regida por el más perfecto de los sistemas políticos, legales y sociales posibles (también en una isla fantástica había situado su proyecto de constitución ideal el escritor griego Iambulo). El texto, que

en su primera parte conlleva una importante carga crítica contra la sociedad inglesa del momento, describe una comunidad que habría eliminado ya sus principales lacras: la querencia al lujo de los poderosos, su inclinación a la injusticia y la arbitrariedad, la existencia de reyes déspotas sensibles a la adulación o el afán imperialista de los gobernantes, entre otras. La propiedad privada —según Moro— se encontraría en el origen de tales males.

Utopía es un neologismo compuesto por las formas griegas *ou*, ‘no’, y *tópos*, que significa ‘lugar’, y el latín *-ia*, ‘-ia’. Una *utopía* es literalmente, por tanto, un ‘no

lugar'. Pero el término, que se documenta en la segunda mitad del siglo XVIII, hace alusión en realidad a todo proyecto, formulación o, en general, sistema que se considera irrealizable por excesivamente optimista. El calificativo de *utópico* conlleva, de manera inevitable, un matiz de ingenuidad, incluso de sentimentalismo, que induce una orientación reformista, antes que revolucionaria.

Sobre el modelo de *utopia* se creó *ucronia*, 'no tiempo'. El cambio de acento (de *-ia* a *-ía*) se debe a la analogía con otros sustantivos griegos

como *armonía*, *cirugía*, etc.

DRAE

Hasta la undécima edición, de 1869, no se recoge el término en el diccionario usual. «Plan, proyecto, sistema o doctrina que halaga en teoría, pero cuya práctica es imposible».



BARTOLOMÉ JIMÉNEZ PATÓN

Y no menor agrado me ha causado su **Utopía** de v. m., que deseo ver estampada para que todos gozen de historia y lección tan peregrina como el ingenio de su autor [...].

Discursos de los tyfos, 1639.

MARIO VARGAS LLOSA

Depende enteramente de nuestra visión y voluntad que aquella macabra **utopía** se realice o eclipse. Si queremos evitar que con la literatura desaparezca, o quede arrinconada en el desván de las cosas inservibles [...].

La verdad de las mentiras, 2002.

V

vacuna

La palabra *vacuna* (de *vaca*, procedente del latín *vacca*) se documenta en castellano como sustantivo en torno a 1800, coincidiendo con el curso de las primeras investigaciones sobre esta técnica inmunitaria. Designaba en origen la viruela vacuna, una suerte de grano purulento que sale en las ubres del ganado, así como el pus que este contiene, que, si se inoculara en el

organismo humano, puede producir inmunidad frente a la viruela. Quien llegó a tan curiosa conclusión, en 1796, fue el médico rural británico Edward Jenner, al observar que el contacto de las mujeres encargadas del ordeño con la viruela vacuna las inmunizaba e impedía que contrajesen la variante humana, mucho más agresiva. Este es, en definitiva el origen de la vacuna, que constituye uno de los principales avances de la historia de la medicina. Si se nos permite el juego de palabras, pasamos de la «viruela vacuna», a través de un curioso giro lingüístico, a la «vacuna de la viruela». La evolución del término, pues, no deja de ser

metafórica, y aquello que produce el mal, sometido a determinadas modificaciones, puede convertirse en el remedio.

Una de las empresas filantrópicas más notables realizadas por un español fue la expedición protagonizada por Francisco Javier Balmis, quien, conocedor del descubrimiento de Jenner, llevó de inmediato la vacuna de la viruela a América y a Filipinas y Macao en un viaje realmente épico (1803-1806), en el que niños ya vacunados hicieron de portadores de la vacuna.

El término se recoge por vez primera en 1803: «Cierta grano o viruela que sale a las vacas en las tetas cuando las ordeñan sin lavarse las manos los que han tocado el gabarro de los caballos. Llámase también así el material de estos granos, y el de los granos de los vacunados».

JOSÉ CELESTINO MUTIS

No debiendo desistir del pensamiento de adquirir noticias relativas al hallazgo de la **vacuna**, además de las esperanzas que me acaba de participar un sujeto dedicado con empeño a estas investigaciones, anunciándome la probabilidad de sus favorables resultados dentro de pocos días [...].

*Cartas de José Celestino Mutis. Al
oidor decano don Juan Hernández de
Alba, c. 1802.*

JULIÁN RUBIO CARDIEL

También está comercializada la hormona de crecimiento; y está autorizada una **vacuna** contra la hepatitis B, así como un test para su diagnóstico precoz.

Los genes. Qué son y qué hacen en el organismo, 1989.

vestíbulo

Por vestíbulo entendemos una zona de entrada a un edificio, una vivienda u otro tipo de recinto; una especie de portal que precede el ingreso a la parte principal, sirve de ámbito de recepción —como sucede, por ejemplo, en los

hoteles, teatros y otras salas de espectáculos— o bien actúa como distribuidor espacial de diversas estancias. El origen del término parece claro: deriva del latín *vestibŭlum*, con idéntico significado que en nuestra lengua, a la que se encuentra ya plenamente incorporado a principios del siglo XVII.

En la *domus* romana, la casa señorial, el *vestibŭlum* es una especie de pasillo que se abre tras la entrada y permite el acceso al atrio. Constituye el área de tránsito desde la calle al interior de la vivienda. Posee una dimensión pública, en tanto que zona de recepción o saludo

de clientes y visitantes, y en este sentido, siguiendo a Vitruvio, la coherencia aconseja que su ornamentación sea ya el anuncio del estatus social de los moradores. El vestíbulo se confundió con el atrio a partir del siglo II a. C., mientras que la parte privada de la casa se replegó al peristilo. Una antigua —y al parecer errónea— etimología popular vinculó el término *vestibulum* con el nombre de Vesta, diosa protectora del hogar, quizá en recuerdo de la vieja costumbre de colocar, en la zona de ingreso a las habitaciones de las casas, los altares donde se conservaba el fuego sagrado.

DRAE

Encontramos el término por vez primera en la cuarta edición, de 1803: «El atrio o portal que está a la entrada de algún edificio».

JUAN PALAFOX Y MENDOZA

Mira, hijo del hombre, otra maldad mayor que esta. ¿Cuál, Señor? En mi templo, entre el **vestíbulo** y el altar, cerca de veinticinco hombres, vueltas las espaldas al altar y el rostro hacia el oriente, al nacimiento del sol.

Cartas. Carta al rey, 1652.

PABLO NERUDA

[...] muñeca, vacía de corazón. La hicieron lámpara de **vestíbulo** y la encontré por primera vez bajo una horrible pantalla de rayón, con la

misma sonrisa que nunca comprendió la desdicha.

Una casa en la arena, 1966.

vino

La bebida alcohólica obtenida a partir del zumo fermentado de las uvas fue ya conocida por las primeras civilizaciones de Oriente Próximo. De hecho, el cultivo de la vid estaba ampliamente extendido por el Mediterráneo, si bien fueron los romanos quienes lo propagaron a lo largo y ancho de su imperio. No sorprende, por tanto, que el término que le da nombre, documentado

en castellano ya a mediados del siglo XI, provenga del latín, de *vīnum* más concretamente.

En la Antigüedad —como todavía hoy en día— el vino tuvo una función ritual. El panteón griego cuenta entre sus dioses destacados a Dioniso (el Baco de los romanos). Vinculada a lo dionisiaco se encuentra la vertiente desinhibida, apasionada y creadora del individuo, por oposición a lo apolíneo, su dimensión racional y sometida a norma. No es difícil para la imaginación popular identificar como causa del proverbial desenfreno de las ceremonias dionisiacas el fruto de la vid (esta idea

se refleja claramente en *Las Bacantes* de Eurípides), y eso que los antiguos bebieron siempre el licor mezclado con agua, normalmente en proporción de un tercio de vino y dos tercios de agua; beber vino puro fue considerado propio de bárbaros: tracios o escitas.

En los banquetes había un «árbitro de la bebida» (*arbiter bibendi*), quien dictaba las reglas y fijaba el número de brindis que habían de hacer los comensales («por la luna nueva», «por la medianoche», «por el augur Murena», etc.). Las copas normalmente no pasaban de nueve (el número de las Musas); tres (el de las Gracias) fue la medida

aconsejada por Horacio para evitar peleas. Mas el propio Horacio alabó en una oda las propiedades del vino. No era para menos; la botella que se disponía a descorchar tenía su misma edad, ya que su tapón había sido cubierto con pez en el 65 a. C.

DRAE

El término se recoge en el *Diccionario de autoridades* de 1739: «Licor, que se hace del zumo de las uvas exprimido, y cocido naturalmente por la fermentación».

FERNÁN PÉREZ DE OLIVA

Amph. —Y después ¿qué es lo que hice?

Alcu. —Dijiste que el cansancio y el **vino**

te traían sueño. Luego te acostaste.

*Muestra de la lengua castellana en el
nacimiento de Hercules o Comedia de
Amphitrion, c. 1525.*

LUIS ÁNGEL NIETO GIL

El **vino** en pequeñas cantidades en las comidas, para algunas personas acostumbradas a tomarlo, se puede admitir como sano.

La alimentación y las enfermedades,
2004.

volcán

El origen último de la palabra castellana *volcán*, ‘grieta abierta en la tierra, de modo habitual en una montaña, por la

que salen al exterior materiales incandescentes, cenizas y gases', se encuentra en *Vulcanus*, nombre latino del dios romano del fuego (a través del portugués *volcão*, según la Real Academia). Asociado también a la metalurgia, Vulcano (el Hefestos griego) fue el forjador del cetro de oro de Júpiter y agasajó con las más delicadas joyas a Venus, la voluble, de quien, para su desdicha, siendo un dios feo, contrahecho y cojo, cayó enamorado.

Su nombre se utilizó antiguamente y en época medieval como sustantivo propio para denominar los principales volcanes de Italia. Sin embargo, Corominas no

registra *volcán* en castellano hasta finales del primer cuarto del siglo XVI. ¿Qué ocurrió entre tanto? Pues que — siempre siguiendo a Corominas— los descubrimientos geográficos de portugueses y castellanos habrían permitido a unos y otros familiarizarse con estas montañas de fuego.

Mas no parece que sean necesarias tantas idas y venidas: Alfonso X llamó *vulcán* al Etna en su *Lapidario*; en una endecha popular se pide que, a la muerte de Guillén Peraza en La Palma (1443), llore también la naturaleza: «tus campos rompan tristes volcanes», y Tafur, que viajó con italianos a mediados del

siglo XV, usó también la palabra. Es evidente, no obstante, que la proliferación de volcanes en América ayudó a la difusión del término, que emplearon ya con toda normalidad en 1525 Andrés de Tapia, en su relación de la conquista de México, y en 1536 Bartolomé de las Casas, en su *Apologética historia*.

DRAE

La voz se define así en el *Diccionario de autoridades* de 1739: «Abertura o rotura de la tierra, especialmente en las montañas, por donde vomitan fuego. Pudo decirse de la voz Vulcanus, al que la gentilidad fingió dios del fuego».

FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA

Llovióles muchos días ceniza, que lanzava el **volcán** del Quito a más de ochenta leguas, el qual echa tanta llama y trae tanto ruido cuando hierve que se ve más de cien leguas [...].

*La primera parte de la Historia natural
de las Indias, 1554.*

PATRICIA VERDUGO

¿En qué escenario mundial retumbó este joven **volcán** chileno? Por donde se mirara, los adolescentes salían a las calles a protestar por la guerra de Vietnam [...].

*La Casa Blanca contra Salvador
Allende, 2004.*

Y

yanqui

La palabra *yanqui*, hispanización del inglés *yankee*, se utiliza, en el lenguaje común y en sentido amplio, como sinónimo de *estadounidense*, si bien en su acepción primitiva alude a los habitantes del territorio de Nueva Inglaterra. Este abarca los actuales estados de Maine, New Hampshire, Rhode Island, Vermont, Massachusetts y Connecticut, en el extremo nororiental

de Estados Unidos, donde se instalaron en el siglo XVII los primeros colonos británicos, a partir del desembarco del Mayflower en 1620.

Fueron al parecer los colonos holandeses establecidos en Nueva Ámsterdam, es decir, los primeros neoyorkinos, los que a finales de la centuria comenzaron a utilizar con intención despectiva esta denominación para referirse a sus vecinos del norte. Existen diversas teorías sobre el origen de la misma. Así, se ha querido relacionar con el diminutivo neerlandés *Jankee* ('pequeño Juan'), pero también con *Jan Kees*, una variante de *Jan Kaas*,

cuyo significado literal es ‘Juan Queso’, que se correspondería con el sobrenombre ofensivo que los flamencos otorgaban a los neerlandeses, probablemente por su afición al humilde y succulento alimento.

Así pues, es posible que el vocablo se aplicara despreciativamente a los propios neerlandeses antes que a los colonos británicos. Pero ni mucho menos la cosa acaba aquí, puesto que, andando el tiempo, fue adoptado por los británicos, que lo utilizaron como apodo de los colonos rebeldes de Nueva Inglaterra —después de todo el territorio estadounidense—, y, durante la

guerra de Secesión, por los confederados del Sur, que se referían con él a los nordistas, partidarios de la Unión. Y años más tarde, pero todavía en el siglo XIX, fueron diversos pueblos hispanoamericanos —y también los españoles— los que lo hicieron suyo, ya convenientemente adaptado, para designar a sus vecinos del norte. Se trata, pues, de un término de éxito y largo recorrido.

DRAE

El término se recoge por vez primera en la decimotercera edición, de 1899: «Norteamericano». Sólo posteriormente,

en 1936, se hace referencia a los naturales de Nueva Inglaterra.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

En Nueva York, cenando con William W. Breakhart, comisionista **yanqui** de fortuna notoria [...].

Obra poética, 1880-1895.

FRANCISCO ALONSO

Una benévola y misteriosa persona llama por teléfono a algún **yanqui** enriquecido y en tono familiar le pregunta cómo anda su salud [...].

El imperio de las drogas, 2003.

yoyó

El yoyó es un juguete de antiguo origen, formado por dos discos unidos entre sí por un eje en torno al que se enrolla una cuerda; en su extremo opuesto, el cordel se ata al dedo, de modo que, impulsado por el movimiento ascendente y descendente de la mano, el conjunto de los discos sube y baja. Algunas fuentes sostienen que nació en China, pero lo que es seguro es que el mundo antiguo conoció este divertimento, como atestigua, por ejemplo, alguna representación del objeto en piezas cerámicas griegas.

Sabemos que, ya en tiempos modernos, era utilizado, aunque con distinto

nombre, en Francia antes del estallido de la revolución. La voz *yoyó* parece tener su origen en Filipinas, y algunas fuentes aventuran que equivaldría en tagalo a ‘viene, viene’. No existe certeza al respecto, pero sin duda el juego alcanzó gran desarrollo en este país asiático, y fue un comerciante filipino, Pedro Edralin Flores, el introductor del juguete en Estados Unidos, donde estableció en 1928 la primera fábrica de yoyós. Fue en Canadá, sin embargo, donde la denominación del juego fue patentada en 1932. El yoyó era ya popular en España antes del estallido de la Guerra Civil, y es precisamente en la década de los treinta cuando se

documenta el término en español.



DRAE

La voz se recoge por vez primera en el *Diccionario manual* de 1985, y se incorpora al usual en la vigesimoprimera edición, de 1992: «Juguete de origen chino

que consiste en dos discos de madera, metal o plástico, unidos por un eje; se le hace subir y bajar a lo largo de una cuerda atada a ese mismo eje».

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

—¿Pues no te acuerdas tú, Sergio, de los tiempos aquellos del **yoyó**, muy poco antes de empezar la guerra? —le decía Felipe a su hermano.

—Sí que me acuerdo, sí.

—Pues cuidado que era aquello también un invento ridículo del todo. Todo el mundo con el dichoso cacharrito y venga de darle para arriba y para abajo de la mañana a la noche.

El Jarama, 1956.

PRENSA

Entre los obesos son muy habituales las

llamadas dietas **yoyó**, que se traducen en una pérdida y posterior ganancia de peso de forma cíclica.

«Dietas y *fast food*», *El Mundo*,
16/05/1996.

yudo

El yudo, arte marcial y deporte de combate popularizado hoy en todo Occidente, fue creado a finales del siglo XIX por el maestro Kanō Jigorō, que sintetizó diversos elementos de la lucha cuerpo a cuerpo (*jiu-jitsu*) tal como era practicada desde época medieval por los guerreros japoneses. Y

en contra de lo que pudiera pensarse, se trata de una disciplina suave y de método sereno, un camino dulce, como apunta el origen etimológico del término, que procede del japonés *judo*, de *jū*, ‘amable’, ‘discreto’, y *dō*, ‘camino’. En efecto, el judo —grafía también aceptada, más cercana a la etimología pero incompatible con la pronunciación general de la voz— se fundamenta en la no resistencia, en la rapidez de movimientos, agilidad y equilibrio. Esfuerzo y eficacia se conciben como términos antagónicos, de modo que el objetivo es aprovechar en beneficio propio, a través de determinadas llaves, la energía que

despliega el oponente, sin oponerse a ella.

DRAE

El término se recoge por vez primera en la decimonovena edición, de 1970: «Antiguo sistema de lucha japonés, que hoy se practica como deporte, y que tiene por objeto principalmente defenderse sin armas. Supone el triunfo de la destreza frente a la fuerza mediante llaves y golpes aplicados en los puntos más vulnerables del cuerpo».

MARIO VARGAS LLOSA

En cambio la Rata tiene olfato, cuidado con hacer cojudeces delante del coronel y no se me ría nadie en las barbas, soy chiquitito pero me

he cansado de ganar campeonatos de **yudo**.

La ciudad y los perros, 1962.

JULIÁN GARCÍA CANDAU

El Barça también ha potenciado diversas disciplinas, como atletismo, *rugby*, *hockey* sobre hierba, *hockey* sobre patines —equipo con el que ha conquistado numerosos títulos nacionales—, béisbol, *hockey* sobre hielo, voleibol, gimnasia, **yudo** y fútbol sala.

Madrid-Barça. Historia de un desamor,
1996.

Z

zarzuela

La zarzuela es una suerte de ópera cómica, una composición lírico-dramática nacida en España, que alterna partes cantadas y habladas. El término procede del nombre del real sitio emplazado en el madrileño bosque de El Pardo —erigido en los años treinta del siglo XVII en un lugar donde abundaban las zarzas, de ahí su nombre—, en el que tenían lugar este y otro tipo de

representaciones para solaz de monarcas y altos dignatarios que utilizaban la residencia para descansar tras sus jornadas cinegéticas.

A partir de la década de 1650 comienza ya a documentarse el uso del término, pero la popularización de la zarzuela está vinculada al nombre de don Ramón de la Cruz, que en la segunda mitad del siglo XVIII introdujo en las representaciones temas costumbristas, los mismos que inspiraron sus sainetes. Ya a partir de mediados del siglo XIX se distingue entre zarzuelas del género chico (las de un solo acto) y del género grande (dos, tres o más actos). Poco a

poco, lo popular, lo cómico, las danzas tradicionales españolas o los cantares más pegadizos se irán incorporando al género, que alcanzará creciente aplauso del público. Y tal popularidad y tan variada mezcolanza terminaran por proporcionar por vía metafórica otra acepción al vocablo: la de un suculento plato de cocina que combina diversas variedades de pescados o mariscos aderezados con una salsa.

DRAE

El término se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* de 1739: «Representación dramática, a modo de comedia española, con sólo dos jornadas. Llámase así por

haberse hecho la primera en el real sitio, que llaman de la Zarzuela». Habrá que esperar hasta el *Diccionario manual* de 1985 para que se recoja la acepción correspondiente al plato de cocina.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

Comedia famosa «La púrpura de la rosa», fiesta de **zarzuela**, y representación música, que se hizo a sus Majestades en el Coliseo de Buen Retiro.

La púrpura de la rosa, 1659.

GONZALO

Pocos hombres en el mundo habrán existido con tan desmedida inclinación por la **zarzuela** de mariscos como don Ladislao Gorostiza.

«Entusiasta de la zarzuela», *La Codorniz*,
24/07/1966.

zombi

El cine y la música han popularizado la representación del «muerto viviente», devuelto a la vida por arte de brujería y hechizo con el fin de dominar su voluntad (obsérvese que, en la tradición occidental —por ejemplo, en la *Farsalia* de Lucano o en la *Numancia* de Cervantes—, los ensalmos de los magos hacen resucitar a los difuntos, pero sólo durante breve tiempo y con un único fin: que el cadáver reanimado prediga el porvenir). Es más que probable que la palabra *zombi* tenga su origen en África occidental, donde al

parecer podría haber dado nombre a una divinidad con forma de serpiente. Desde África, habría saltado al continente americano a través del tráfico de esclavos, asentándose en la lengua criolla de Haití. Es conocida la vinculación racial, lingüística y, en amplio sentido, cultural entre Haití y África. De hecho, la palabra *zombi* se encuentra claramente asociada al nombre de la isla caribeña donde floreció el vudú —otra voz, por cierto, de origen africano occidental, que significa ‘espíritu’—, término que engloba un conjunto de creencias y prácticas religiosas sincréticas de amplia difusión entre las comunidades

negras de América y también del sur de Estados Unidos. El culto a las serpientes, el sacrificio ritual, el trance como vía de comunicación con los dioses africanos primigenios y, por supuesto, los zombis, serían sus elementos definitorios.

DRAE

El término se recoge por vez primera en el *Diccionario manual* de 1985, y se incorpora al usual en la vigesimoprimera edición, de 1992: «En Haití y sur de Estados Unidos, cuerpo del que se dice que es inanimado y que ha sido revivido por arte de brujería». || «Antiguamente, la deidad de la serpiente pitón en los cultos vudúes del África occidental». || Entre los criollos de

América, el coco para asustar a los niños». ||
«fig. Atontado».

NÉLIDA AGOSTO DE MUÑOZ

Ellos se mantienen en un estado larval como si estuvieran muertos; comen una dieta rigurosa sin sal, como se supone sea la dieta de los muertos y los **zombi**.

El fenómeno de la posesión en la religión «vudú», 1975.

EDUARDO GALEANO

El regresado, convertido en **zombi**, ha perdido la pasión y la memoria. Trabaja sin horario ni salario, moliendo caña o alzando paredes o cargando leña, los ojos idos, callada la boca: no se queja jamás, ni exige nada, ni pide siquiera.

Bocas del tiempo, 2004.

Bibliografía básica

ALVAR, JAIME, *Diccionario de la mitología universal*, Madrid, Espasa, 2000.

ANGULO ÍÑIGUEZ, DIEGO, *Historia del arte*, Madrid, Raycard, 1984.

BERGUA CAVERO, JORGE, *Los helenismos del español*, Madrid, Gredos, 2004.

BUITRAGO, ALBERTO, y TORIJANO, J. AGUSTÍN, *Diccionario del origen de las palabras*, Madrid, Espasa, 2011.

CENTRE NATIONAL DE RESSOURCES
TEXTUELLES ET LEXICALES,
«Portail lexical», en cnrtl.fr.

COROMINAS, JOAN, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, 4.º edición, Madrid, Gredos, 2008.

COROMINAS, JOAN, y PASCUAL, JUAN ANTONIO, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 2000.

CORRIENTE, FEDERICO, *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance*, Madrid, Gredos, 1999.

COVARRUBIAS, SEBASTIÁN DE, *Nuevo tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Castalia, 1995.

CURELL ÁGUILA, CLARA, *Presencia del francés en el español peninsular contemporáneo*, Universidad de Sevilla, 2006, en unirioja.es.

DE MIGUEL, RAIMUNDO, *Nuevo diccionario latino-español etimológico*, Madrid, Visor, 2001.

DOVAL, GREGORIO, *Palabras con historia*, Madrid, El Prado, 2002.

ERNOUT, ALFRED, y MEILLET, ANTOINE, *Dictionnaire étymologique de la langue latine*.

Histoire des mots, Librairie C. Klincksieck, París, 1959.

«Etimologías», en dechile.net/.

Gran enciclopedia Larousse,
Barcelona, Planeta, 1993.

GRIMAL, PIERRE, *Diccionario de la mitología griega y romana*,
Barcelona, Labor, 1965.

HARPER, DOUGLAS, *Online Etymology Dictionary*, en etymonline.com,
2001-2015.

IFRAH, GEORGES, *Historia universal de las cifras*, Madrid, Espasa, 2007.

MARTIN, RENE, *Diccionario de la*

mitología griega y romana, Madrid, Espasa, 2002.

MOLINER, MARÍA, *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1986.

NAVARRO, FERNANDO A., *Parentescos insólitos del lenguaje*, Madrid, El Prado, 2002.

PASTOR, BÁRBARA, y ROBERTS, EDWARD, *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, Madrid, Alianza, 2005.

PRATT, CHRIS, *El anglicismo en el español peninsular contemporáneo*, Madrid, Gredos, 1980.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

Diccionario de autoridades, en web.frl.es.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,
Diccionario de la lengua española,
23.^a edición, Madrid, Espasa, 2014.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,
Diccionario del estudiante, Madrid,
Santillana, 2011.

RICHTER, GISELA M. A., *El arte griego*,
Barcelona, Destino, 1980.

RUIZ DE ELVIRA, ANTONIO, *Mitología
clásica*, Madrid, Gredos, 1975.

SEGURA MUNGUÍA, SANTIAGO, *Nuevo
diccionario etimológico latín-
español y de las voces derivadas*,

Bilbao, Universidad de Deusto,
2013.

SOCA, RICARDO, *La fascinante historia de las palabras*, Buenos Aires, Interzona, 2011.

SOLAR, DAVID, *Cavernas, pirámides, imperios*, Madrid, Espasa, 2011.

Índice de ilustraciones

ACICATE

Espuelas árabes de una punta. Armería Real, Madrid. (© Oronoz / Album).

ADEFESIO

Imagen de San Pablo (detalle). Miniatura de la *Biblia Historial* de Guyart Desmoulins, siglo XIV. Ashmolean Museum, Oxford. (© akg-images / Album).

AJEDREZ

Ilustración del *Libro de Ajedrez, dados*

y tablas, de Alfonso X el Sabio, siglo XIII. Biblioteca del monasterio de El Escorial. (© Erich Lessing / Album).

ARIETE

Grabado del libro *Poliorceticon sive de machinis tormentis telis*, de Justus Lipsius, siglo XVI. (© Universal History Archive / Album).

ARPÍA

Vaso ático de figuras negras, siglo V a. C., Museo Arqueológico Nacional de Taranto. (© A. De Gregorio / De Agostini/Album).

ATLAS

Portada del *Atlas Minor*, de Mercator, edición de 1608. Biblioteca Nacional, Madrid. (© Oronoz / Album).

BACANAL

Detalle de sarcófago romano. Museo Nacional Romano, Termas de Diocleciano, siglo III. (© A Dagi Orti / De Agostini/Album).

BARROCO

Colgante con perla berrueca. Museo de Artes Decorativas, Madrid. (Foto Ministerio de Cultura).

BASÍLICA

Alzado de la basílica de Constantino en Majencio. A partir del dibujo original del profesor Franz Stuedtner, Berlín, h. 1900. (© Archivo Espasa Libros).

BRAGA

Dibujo del siglo XIX. (© Archivo Espasa Libros).

BROMA

Molusco broma (Teredo Norcegica). Ilustración del libro *Manual of the molusca*, de Samuel Peckworth Woodward, 1851. (© Archivo Espasa Libros).

CALENDARIO

Códice Vigiliano o *Albeldense*, siglo X.

Biblioteca del monasterio de El Escorial. (© Oronoz / Album).

CAMPANA

Campana de bronce del Abad Samson, siglo X, procedente de Espiel.

Museo Arqueológico, Córdoba. (© Oronoz / Album).

CHIRIMÍA

Tocador de chirimía. Grabado por J. Ch.

Weigel, Nuremberg, c 1710. (© akg-images / Album).

COCO

Ilustración. (© Andrey Oleynick / Shuterstuck).

COLOSO

El Coloso de Rodas. Grabado por Petrus Josephus, c 1828. (© Album / culture-images/fai).

DÉDALO

Dédalo e Ícaro. Ilustración del libro *Monumenti Antichi Inediti*, de J. Winckelmann, 1767. Biblioteca Braidense, Milán. (© A. Dagi Orti / De Agostini / Album).

DÓLAR

Dólar real de plata de a ocho. Reinado

de Carlos IV, 1800. (© Archivo Espasa Libros).

ENCICLOPEDIA

Portada del tomo primero de *L'Encyclopédie*, de M. Diderot y M. D'Alambert, París, 1759. (© Oronoz/Album).

ESOTÉRICO

Pentalfa, pentágono estrellado o pentagrama de Pitágoras. Símbolo utilizado por sus seguidores. Relieve románico, siglo XII. (© Archivo Espasa Libros).

ESTENTOR

Tubo estentorofónico. Relieve griego.
(© Archivo Espasa Libros).

FARO

Faro de Alejandría, Reconstrucción por
Woodward, 1926-1934. (© Oronoz /
Album).

FISCO

Cestillo. (© Shutterstock).

FURIA

Las furias romanas (detalle). Ilustración
de Leonard Defraigne y grabado de J.
L. Constant Lacerf en el libro *La
Mythologie en estampes*, París, c
1820. (© Florilegius / Album).

GRIFOS

Grifos diseñados por Antonio Gaudí para la Exposición de 1888. Parque de la Ciudadela, Barcelona. (© Prisma / Album).

HECATOMBE

Sacrificio de bóvidos. Altar del templo de Vespasiano en Pompeya. (© Prisma / Album).

HERMAFRODITA

Ilustración de Salmácide y Hermafrodito en una edición de *Las Metamorfosis* de Ovidio. Grabado de J. Matheus y I. Briot, París, 1651. (© Album).

ÍNFULAS

Tiara o mitra con sus ínfulas.
Monasterio de Sobrado de los
Monjes, La Coruña. (© Oronoz /
Album).

JIRAFAS

Transporte en barco de la jirafa de
Carlos X, regalada por el pachá de
Egipto Méhémet Ali. Grabado del
siglo XIX. (© Archivo Espasa
Libros).

LEOTARDO

Jules Leotard con la malla que utilizaba
para sus acrobacias. Fotografía

anónima del siglo XIX. (© Archivo Espasa Libros).

MAMOTRETO

Archivo de legajos en el Museo Taurino de Córdoba. (© Oronoz / Album).

MAUSOLEO

Tumba del rey Mausolo en Halicarnaso. Grabado por F. Knab, 1886. (© Album / Documenta).

MEDUSA

Ilustración contemporánea. (© Shutterstock).

MICHELÍN

Imagen publicitaria. (© aesa).

NICOTINA

Planta del tabaco (*Nicotiana tabacum*).

Ilustración de la *Trousset Encyclopedia*, 1886-1891. (©

Morphar Creation / Shutterstock).

OBELISCO

Plaza de la Concorde, París. (©

Shutterstock / Andersphoto).

OGRO

Boca de Orco en el Parque de los

Monstruos, Bomarzo, Italia. (©

Shutterstock / Canadastock).

OSTRACISMO

Pieza de cerámica ática, llamada

óstracon. Museo Arqueológico de Atenas. (© Prisma / Album).

PAMELA

Ilustración del libro *Pamela o la virtud recompensada*, de S. Richardson, 1741. (© Archivo Espasa Libros).

PASQUÍN

Torso de Menelao en la Plaza Pasquino de Roma. (© Andrea Jemolo / Akg-images/Album).

POPURRÍ

La comida castellana en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Grabado de Gustavo Doré. (©

Prisma / Album).

PUCHERAZO

Caricatura de Sagasta sobre el fraude electoral. Revista *La Flaca*, 1869-1876. (© Archivo Espasa Libros).

QUIMERA

Quimera de Arezzo. Escultura en bronce. Siglo IV a. C. Museo Arqueológico de Florencia. (© G. Nimatallah / De Agostini / Album).

ROBOT

Escena de una representación de la obra

de teatro *Robots Universales Rossum*, de Karel Capek, 1922. (© Archivo Espasa Libros).

SAMBENITO

Condenado por la Inquisición. Grabado de 1692. (© Prisma / Album).

SIRENA

Ulises y las sirenas. Cratera de campana con figuras rojas. Staatliche Museum, Berlín. (© Oronoz / Album).

TEBEO

Primer número de la revista T. B. O., 1917. (© aesa).

TRAGALDABA

Aldabón del patio de los Naranjos en la mezquita de Córdoba. (© Oronoz / Album).

TRIPALIUM

Instrumento de tortura. Relieve contemporáneo. (© Archivo Espasa Libros).

TULIPÁN

El sultán del Imperio otomano Suleiman I con el turbante típico. Miniatura turca (detalle), 1558. British Library, Londres. (© Album / Akg-images / British Library).

UTOPIÍA

Xilografía de la portada de la obra *Utopía* de Tomas Moro. Lovaina, 1516. (© Akg-images / Album).

YOYÓ

Kylix griego, 440 a. C.
Antikensammlung, Berlín. (©
Archivo Espasa Libros).

Autores y textos citados

La mayoría de las citas que ilustran los usos de cada palabra han sido extraídas de los corpus de la Real Academia Española, tanto del CORDE (Corpus Diacrónico del Español) como del CREA (Corpus de Referencia del Español Actual). Ambos en línea en <http://www.rae.es>.

Autores y obras

ABARCA DE BOLEA, ANA FRANCISCA, *Vigilia y octavario de San Juan Baptista*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994.

ACOSTA, JOSÉ DE, *Historia Natural y Moral de las Indias*, Madrid, Historia 16, 1987.

AGOSTO DE MUÑOZ, NÉLIDA, *El fenómeno de la posesión en la religión «vudú»*, Puerto Rico, Instituto de Estudios del Caribe, 1975.

AGUINIS, MARCOS, *La cruz invertida*,
Barcelona, Planeta, 1970.

ALAS, LEOPOLDO (CLARÍN), *La
Regenta*, Madrid, Castalia, 1990.

ÁLAVA DE VIAMONT, DIEGO, *El perfecto
capitán*, Salamanca, CILUS, 2000.

ALBERTO, ELISEO, *La eternidad por fin
comienza un lunes*, Barcelona,
Anagrama, 1990.

ALBORCH, CARMEN, *Malas. Rivalidad
y complicidad entre mujeres*,
Madrid, Aguilar, 2002.

ALCALÁ YÁÑEZ Y RIBERA, JERÓNIMO,
El donado hablador Alonso, mozo

de muchos amos. Primera parte, Madrid, Atlas Ediciones, 1946.

ALCARAZ, EMILIO, *Un ente como hay muchos: comedia en dos actos*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2003.

ALDECOA, IGNACIO, *El fulgor y la sangre*, Barcelona, Planeta, 1954.

ALEMÁN, MATEO, *Guzmán de Alfarache*. Primera parte, Madrid, Cátedra, 1992.

ALFONSO X, *Estoria de Espanna que fizo el muy noble rey don Alfonsso*, Alcalá de Henares, Universidad de

Alcalá de Henares, 2002.

ALMERICH, *La hacienda de Ultra Mar*,
Salamanca, Universidad de
Salamanca, 1965.

ALONSO, FRANCISCO, *El imperio de las
drogas*, México, Sholomo Ben Ami,
2003.

ALONSO DE SANTOS, JOSÉ LUIS,
Bajarse al moro, Madrid, Antonio
Machado, 1990.

ALTSCHULLER, DANIEL ROBERTO,
*Hijos de las estrellas. Nuestro
origen, evolución y futuro*, Madrid,
Cambridge University Press, 2002.

ALVARADO, FRAY FRANCISCO, *Cartas*

críticas del Filósofo Rancio,
Madrid, Imprenta de E. Aguado,
1824.

ÁLVAREZ CHANCA, DIEGO, *Tratado nuevo, no menos útil que necesario, en que se declara de qué manera se ha de curar el mal de costado*, Madrid, Arco Libros, 1993.

ALVIZ ARROYO, JESÚS, *Un solo son en la danza*, Badajoz, Diputación Provincial de Cáceres, 1982.

AMEZTOY, BEGOÑA, *Escuela de mujeres*, Madrid, Oberon, 2001.

AMORIM, ENRIQUE, *La carreta*, Madrid, Archivos, 1988.

ANDERSON IMBERT, ENRIQUE, *El estafador se jubila*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.

ANÓNIMO, *Cortes de Soria*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1863.

—, *Cuento de don Tristán de Leonís*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995.

—, *Diálogos de John Minsheu*, Alcalá de Henares, Centro Virtual Cervantes, 2004.

—, *Documentos sobre judaizantes*, Burgos, Seminario Metropolitano, 1954.

- , *Don Juan Notorio: burdel en cinco actos y 2000 escándalos*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2003.
- , *Ejemplos muy notables*, Valencia, Lemir, 2001.
- , *Esopete ystoriado (Vida de Esopo)*, Valencia, Universidad, 2001.
- , *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1989.
- , *Gran conquista de ultramar*, Madison, Hispanic Seminary of

Medieval Studies, 1995.

- , *Inventario de bienes de la catedral (Documentos de los archivos catedralicio y diocesano de Salamanca)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2000.
- , *La vida y hechos de Estebanillo González*, Madrid, Cátedra, 1990.
- , *Las etimologías romanceadas de San Isidoro*, Salamanca, Universidad de Salamanca-CSIC-Institución Fray Bernardino de Sahagún-Diputación Provincial de León, 1983.
- , *Leyes de estilo*, Alcalá de Henares,

Universidad de Alcalá de Henares,
2004.

—, *Libro de acuerdos del Concejo Madrileño 1498-1501*, Madrid, Ayuntamiento, 1982.

—, *Libro de Apolonio*, Madrid, Cátedra, 1992.

—, *Libro del cavallero Cifar*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2003.

—, *Ordenanzas para la ciudad de Arequipa*, Sevilla, CSIC, 1986.

—, *Recomendación de Don Juan Manuel a favor de su Canciller, a quien había dado un heredamiento en Elche*, Zaragoza, Tip. La

Academia, 1932.

—, *Relación del Tercer Viaje de Colón*, Madrid, Atlas Ediciones, 1963-1964.

—, *Segunda parte de la vida del Guzmán de Alfarache*, Madrid, Castalia, 2001.

ANTONIO ROBLES, *La bruja Doña Paz*, Madrid, Miñón, 1989.

ARCE DE OTÁROLA, JUAN DE, *Coloquios de Palatino y Pinciano*, Madrid, Turner, 1995.

ARENAL, CONCEPCIÓN, *La beneficencia, la filantropía y la caridad*, Madrid, Atlas Ediciones,

1993.

ARGUEDAS, JOSÉ MARÍA, *Los ríos profundos*, Caracas, Ayacucho, 1986.

ARIAS, DIANA y CLAUDIA VARGAS, *La alimentación por el color*, Barcelona, RBS, 2003.

ARRIAZA, JUAN BAUTISTA DE, *Poesías líricas*, Madrid, Imprenta Real, 1822-1826.

ASTURIAS, MIGUEL ÁNGEL, *El frasco de perfume*, Madrid, Archivos, 1988.

—, *Leyendas de Guatemala*, Caracas, Ayacucho, 1977.

—, *Subrayando un tema político*, Madrid, Archivos, 1988.

AUB, MAX, *La gallina ciega. Diario español*, Barcelona, Alba, 1995.

AUBER NOYA, VIRGINIA, *Ambarina: Historia doméstica cubana*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2002.

AYALA, FRANCISCO, *El fondo del vaso*, Madrid, Cátedra, 1995.

—, *La cabeza del cordero*, Madrid, Cátedra, 1993.

AYERRA, RAMÓN, *La lucha inútil*, Madrid, Debate, 1984.

AYGUALS DE IZCO, WENCESLAO, *La bruja de Madrid*, Barcelona, Taber, 1969.

AZUELA, ARTURO, *El tamaño del infierno*, Madrid, Cátedra, 1985.

BAREA, ARTURO, *La forja de un rebelde*, Buenos Aires, Losada, 1958.

BAREIRO SAGUIER, RUBÉN, *Ojo por diente*, Alicante, Universidad, 2003.

BAROJA, PÍO, *El árbol de la ciencia*, Madrid, Cátedra, 1996.

—, *Las inquietudes de Shanti Andía*, Madrid, Cátedra, 1994.

—, *Susana y los cazadores de moscas*,
Madrid, Biblioteca Nueva, 1978.

BARREIRO, AGUSTÍN JESÚS, *Historia natural. Los celenterados*,
Barcelona, Instituto Gallach de
Librería y Ediciones, 1926.

BARRIENTOS, PALOMA, *Entrevista a Antonio Flores*, Madrid, Tiempo,
1/1/1990.

BECCARIA, LOLA, *La luna en Jorge*,
Barcelona, Destino, 2001.

BÉCQUER, GUSTAVO ADOLFO, *El caudillo de las manos rojas*,
Barcelona, Crítica, 1993.

BELMONTE BERMÚDEZ, LUIS, *La Hispánica*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1974.

BENAVENTE, TORIBIO DE, *Historia de los Indios de Nueva España*, Madrid, Atlas Ediciones, 1970.

BENET, JUAN, *Un viaje de invierno*, Madrid, Cátedra, 1989.

—, *Volverás a Región*, Barcelona, Destino, 1996.

BERNARDO NÚÑEZ, ENRIQUE, *La galera de Tiberio*, Caracas, Ayacucho, 1981.

BIOY CASARES, ADOLFO, *El gran*

Serafín, Madrid, Cátedra, 1984.

BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE, Traducción de *Las mil y una noches*, Miami, Omega Internacional, 2003.

BOADELLA, ALBERT, *Memorias de un bufón*, Madrid, Espasa Calpe, 2001.

BÖHL DE FABER, CECILIA (Fernán Caballero), *La gaviota*, Barcelona, Crítica, 1997.

BOLÍVAR, IGNACIO, *Zoología*, Madrid, Imprenta Fortanet, 1909.

BONILLA, JUAN, *El que apaga la luz*, Valencia, Pre-Textos, 1995.

BORGES, JORGE LUIS, *El informe de*

Brodie, Caracas, Ayacucho, 1986.

BORREGÁN, ALONSO, *Crónica de la conquista del Perú*, Sevilla, CSIC-Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1948.

BOSCÁN, JUAN, *Poesías*, Barcelona, PPU, 1991.

BRETÓN DE LOS HERREROS, MANUEL, *La escuela del matrimonio*, Logroño, Servicio de Cultura de la Excma. Diputación Provincial, 1975.

—, *Opúsculos en prosa*, Madrid, Imprenta Miguel Ginesta, 1884.

BRYCE ECHENIQUE, ALFREDO, *Un mundo para Julius*, Madrid,

Cátedra, 1996.

BUENAVENTURA, ENRIQUE, *Los papeles del infierno*, La Habana, Casa de las Américas, 1980.

—, *Vida y muerte del fantoche lusitano*, La Habana, Casa de las Américas, 1980.

BUERO VALLEJO, ANTONIO, *El tragaluz*, Madrid, Espasa Calpe, 1994.

—, *Un soñador para un pueblo*, Madrid, Espasa Calpe, 1994.

CABRERA INFANTE, GUILLERMO, *La Habana para un infante difunto*, Barcelona, Plaza y Janés, 1993.

CAGIGAL, JOSÉ MARÍA, *El deporte en la sociedad actual*, Barcelona, Magisterio Español-Prensa Española-Editora Nacional, 1975.

CALDERÓN DE LA BARCA, PEDRO, *Guárdate del agua mansa*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2013.

—, *La púrpura de la rosa*, Kassel, Martin Cunningham, Reichenberger, 1990.

CALLE, RAMIRO A., *Viaje al interior de la India*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 2001.

CALLEJA Y SÁNCHEZ, JULIÁN,
*Compendio de anatomía descriptiva
y de embriología humanas*, Madrid,
Imprenta de Hijos de J. A. García,
1901.

CALVO SERRALLER, FRANCISCO,
Historia del Arte, Madrid,
Santillana, 1997.

CAPMANY, ANTONIO DE, *Centinela
contra franceses, segunda parte*,
Londres, Tamesis Book, 1988.

CÁRDENAS, JUAN DE, *Primera parte de
los problemas y secretos
maravillosos de las Indias*,
Salamanca, CILUS, 2000.

CARO, JOSÉ EUSEBIO, *Poesías completas*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1973.

CARPENTIER, ALEJO, *El siglo de las luces*, Caracas, Ayacucho, 1988.

CARRANZA, ARMANDO, *Comprender los sueños de los niños*, Madrid, Ediciones Martínez Roca, 2003.

CARRETERO, JOSÉ MARÍA (El Caballero Audaz), *El libro de los toreros. De Joselito a Manolete*, Madrid, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

CASAS, BORITA, *Antoñita la fantástica y Titerris*, Madrid, Gilsa, 1953.

CASAS, FRAY BARTOLOMÉ DE LAS, *Apologética historia sumaria*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.

—, *Historia de las Indias*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

CASTILLO SOLÓRZANO, ALONSO DE, *Las harpías en Madrid*, Madrid, Castalia, 1985.

—, *Tardes entretenidas en seis novelas*, Madrid, Bibliófilos Españoles, 1908.

CELA, CAMILO JOSÉ, *La colmena*, Barcelona-Madrid, Noguer, 1986.

CENCILLO, LUIS, *Método y base*

humana, Madrid, Universidad Complutense, 1973.

CERVANTES, MIGUEL DE, *El coloquio de los perros, Novelas ejemplares*, Madrid, Alianza Editorial, 2005.

—, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Instituto Cervantes-Crítica, 1998.

—, *La Galatea*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994.

—, *La ilustre fregona*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994.

—, *Novelas ejemplares: La señora*

Cornelia, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994.

CERVANTES DE SALAZAR, FRANCISCO, *Crónica de la Nueva España*, Madrid, Atlas Ediciones, 1971.

CHACEL, ROSA, *Desde el amanecer. Autobiografía de mis primeros diez años*, Madrid, Revista de Occidente, 1972.

CHAMORRO, VÍCTOR, *El muerto resucitado*, Madrid, Albia, 1984.

CLAVIJERO, FRANCISCO JAVIER, *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 1991.

COELLO, CARLOS, *Cuentos*

inverosímiles, Madrid-París,
Biblioteca Perojo, 1878.

CONTRERAS, ALONSO DE, *Discurso de mi vida*, Madrid, Espasa Calpe, 1988.

CORREAS, GONZALO, *Arte de la lengua española castellana*, Madrid, CSIC, 1954.

CORTÁZAR, JULIO, *Rayuela*, Madrid, Archivos, 1991.

COSSÍO, JOSÉ MARÍA DE, *Los mejores toreros de la historia*, Toledo, El Alcázar, 1966.

COVARRUBIAS, SEBASTIÁN DE, *Suplemento al Tesoro de la lengua*

castellana o española, Madrid, Castalia, 1995.

CRUZ, RAMÓN DE LA, *Los bandos de Lavapiés o La venganza del Zurdillo*, Barcelona, Labor, 1972.

CUÉLLAR, PEDRO DE, *Catecismo*, Salamanca, Junta de Castilla y León: Consejería de Cultura y Bienestar Social, 1987.

CUEVA, JUAN DE LA, *Viaje de Sannio*, Madrid, Miraguano, 1990.

CUNQUEIRO, ÁLVARO, *Vida y fugas de Fanto Fantini della Gherardesca*, Barcelona, Destino, 1972.

DAIREAUX, GODOFREDO, *Los dioses de*

la Pampa, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003.

DANTÍN CERECEDA, JOSÉ, *Agricultura elemental española*, Madrid, Imprenta de A. Marzo, 1933.

DELGADO, JUAN JOSÉ, *Historia general sacro-profana, política y natural de las islas del Poniente llamadas Filipinas*, Manila, Imprenta de El Eco de Filipinas, 1892.

DELIBES, MIGUEL, *Cinco horas con Mario*, Barcelona, Destino, 1996.

—, *Diario de un emigrante*, Barcelona, Destino, 1958.

DELIBES DE CASTRO, MIGUEL, *Vida. La*

naturaleza en peligro, Madrid,
Temas de Hoy, 2001.

DELICADO, FRANCISCO, *La lozana andaluza*, Madrid, Cátedra, 1994.

DÍAZ, NICOMEDES PASTOR, *Los problemas del socialismo*, Barcelona, Editorial Anthropos, 1996.

DÍAZ-CAÑABATE, ANTONIO, *Historia de una Tertulia*, Madrid, Espasa Calpe, 1978.

—, *Paseillo por el planeta de los toros*, Salvat Editores, 1978.

DÍAZ FERNÁNDEZ, JOSÉ, *La venus mecánica*, Barcelona, Laia, 1983.

DÍAZ PLAJA, GUILLERMO, «Ceylan: excursión tierra adentro», Madrid, *ABC*, 28/07/1974.

DÍAZ DE TOLEDO, PERO, *Diálogo é razonamiento en la muerte del marqués de Santillana*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1892.

DIEGO, GERARDO, *Ángeles de Compostela*, Madrid, Castalia, 1986.

DIOSDADO, ANA, *Los comuneros*, Madrid, Ediciones MK, 1974.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, ANTONIO, *Las clases privilegiadas en el Antiguo*

Régimen, Madrid, Itsmo, 1985.

DOU, BENIGNO, *Luna rota*, Barcelona, Planeta, 2002.

DRAGHI LUCERO, JUAN, *Las mil y una noches argentinas*, Buenos Aires, Guillermo Kraft Limitada, 1953.

DUQUE DE ESTRADA, DIEGO, *Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor*, Madrid, Castalia, 1982.

ECHEGARAY, JOSÉ, *Ciencia popular*, Madrid, Hijos de J. A. García, 1905.

ELÍA GOÑI, PATRICIA, «En Egipto con Jamila, Hamirre y Abdel», Madrid, *El País*, 08/03/2003.

ENRÍQUEZ GÓMEZ, ANTONIO, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, Madrid, Cátedra, 1991.

ERCILLA, ALONSO DE, *La Araucana*, Madrid, Cátedra, 1993.

ESCAVIAS, PEDRO DE, *Repertorio de príncipes de España*, Madrid, Instituto de Estudios Giennenses, 1972.

ESPINEL, VICENTE, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, Madrid, Castalia, 1972.

ESPINOSA, ENRIQUE, *Jesús el bisabuelo y otros relatos*, México D. F., Siglo XXI, 1995.

ESPRONCEDA, JOSÉ DE, *El diablo mundo*, Madrid, Castalia, 1993.

ESTÉBANEZ CALDERÓN, SERAFÍN, *Escenas andaluzas, bizarrías de la tierra, alardes de toros*, Madrid, Cátedra, 1985.

FEIJOO, BENITO JERÓNIMO, *Cartas eruditas y curiosas, en que por la mayor parte se continúa el designio de el Theatro Crítico universal, impugnando, o reduciendo a dudosas, varias opiniones comunes*, Madrid, Real Academia Española, 2004.

—, *Suplemento de el Theatro crítico, o adiciones y*

correcciones, Madrid, Real Academia Española, 2004.

FERNÁNDEZ CARVAJAL, RODRIGO, *La sociedad y el Estado*, Madrid, Doncel, 1972.

FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, ALONSO, *Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Espasa Calpe, 1972.

FERNÁNDEZ DE ENCISO, MARTÍN, *Suma de geografía que trata de todas las partidas y provincias del mundo*, Salamanca, José Ramón Carriazo Ruiz, CILUS, 2003.

FERNÁNDEZ DE HEREDIA, JUAN, *Gran*

crónica de España, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995.

—, *Traducción de Breviarium ab urbe condita*, de Eutropio, Zaragoza, Universidad, 2003.

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, JOSÉ JOAQUÍN, *La Quijotita y su prima*, México D. F., Porrúa, 1967.

—, *Noches tristes y día alegre*, Madrid, Cátedra, 2001.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, LEANDRO, *El arte de putear*, Archidona (Málaga), Ediciones Aljibe, 1995.

—, *Viaje a Italia*, Madrid, Espasa

Calpe, 1991.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, Atlas Ediciones, 1992.

FERRERO, RAÚL, *Ideología marxista, análisis crítico*, Lima, Librería Studium-Centro de Estudios de Ciencia Política, 1975.

FISAS, CARLOS, *Historias de la Historia*, Barcelona, Planeta, 1983.

FORNER, JUAN PABLO, *Discursos filosóficos sobre el hombre*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de

Alicante, 2002.

FUENTE, VICENTE DE LA, *Historia eclesiástica de España*, Madrid, Compañía de Impresores y Libreros del Reino, 1875.

FUENTES, CARLOS, *En esto creo*, Barcelona, Seix Barral, 2002.

—, *La región más transparente*, México, F. C. E., 1968.

GABRIEL y GALÁN, JOSÉ ANTONIO, *El bobo ilustrado*, Barcelona, Tusquets, 1986.

GALA, ANTONIO, *Los buenos días perdidos*, Madrid, Espasa Calpe, 1994.

GALEANO, EDUARDO, *Bocas del tiempo*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2004.

GALLEGOS, RÓMULO, *Doña Bárbara*, Madrid, Cátedra, 1997.

GÁLVEZ DE MONTALVO, LUIS, *El pastor de Filida*, Madrid, Bailly-Baillière, 1907.

GÁNDARA, ALEJANDRO, *La media distancia*, Madrid, Alfaguara, 1990.

GARCÍA ABAD, JOSÉ, *El hundimiento socialista*, Barcelona, Planeta, 2012.

GARCÍA CANDÁU, JULIÁN, *Madrid-Barça. Historia de un desamor*, Madrid, El País-Santillana, 1996.

GARCÍA DE CORTÁZAR, FERNANDO, *Breve historia de España*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.

GARCÍA GÓMEZ, EMILIO, *Nuevas escenas andaluzas*, Madrid, Revista de Occidente, 1978.

GARCÍA HORTELANO, JUAN, *El gran momento de Mary Tribune*, Barcelona, Grupo Zeta, 1999.

GARCÍA MALO, IGNACIO, *Voz de la naturaleza*, Madrid, Tàmesis, 1995.

GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL, *Cien años de soledad*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1989.

—, *Vivir para contarla*, Barcelona, Mondadori, 2002.

GARCÍA PAVÓN, FRANCISCO, *Los liberales*, Barcelona, Destino, 1965.

GARCÍA SARMIENTO, FÉLIX RUBEN (Rubén Darío), *El caso de la señorita Amelia (Cuentos)*, México D. F., F. C. E., 1950.

GIRONELLA, JOSÉ MARÍA, *El Japón y su duende*, Barcelona, Planeta, 1964.

GÓMEZ DE AVELLANEDA, GERTRUDIS, *La flor del ángel. Tradición vascongada*, Madrid, Ediciones Atlas Ediciones, 1981.

GÓMEZ DE TEJADA, COSME, *León prodigioso*, Madrid, edición electrónica, 2000.

GÓMEZ DE ZAMORA, ALFONSO, *Morales de Ovidio*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995.

GÓNGORA y SIGÜENZA, CARLOS DE, *Libra astronómica y filosófica*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984.

GONZÁLEZ, ELADIA, *Quién como Dios*, Madrid, Espasa Calpe, 1999.

GONZÁLEZ DE CLAVIJO, RUY, *Embajada a Tamerlán*, Madrid, Miraguano, 1984.

GONZÁLEZ DE ESLAVA, Fernán, *Coloquio dieciséis del bosque divino*, México, Porrúa, 1958.

GONZALO, «Entusiasta de la zarzuela», Madrid, *La Codorniz*, 24/07/1966.

GORODISCHER, ANGÉLICA, *Bajo las jubeas en flor*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1973.

GOYTISOLO, JUAN, *Reivindicación del conde don Julián*, México, Joaquín Mortiz, 1973.

—, *Señas de identidad*, Barcelona, Mondadori, 1996.

GRACIÁN, BALTASAR, *Agudeza y arte de ingenio*, Madrid, Turner, 1993.

—, *El Crítico*. Segunda parte,
Pennsylvania, University of
Pennsylvania Press
(Filadelfia), 1939.

GRANDES, ALMUDENA, *Las edades de
Lulú*, Barcelona, Tusquets Editores,
1995.

GRIJELMO, ÁLEX, *La seducción de las
palabras*, Madrid, Taurus, 2001.

GROSSO, ALFONSO, *La zanja*, Madrid,
Cátedra, 1984.

GUELBENZU, JOSÉ MARÍA, *El río de la
luna*, Madrid, Alianza Editorial,
1989.

GUERRA NAVARRO, FRANCISCO, *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, Madrid, Excma. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, 1976.

GUEVARA, FRAY ANTONIO DE, *Epístolas familiares*, Madrid, Real Academia Española, 1950-1952.

—, *Libro áureo de Marco Aurelio*, Madrid, Turner, 1994.

—, *Reloj de príncipes*, Madrid, Turner, 1994.

GUILLÉN, JORGE, *Correspondencia 1923-1951*, Barcelona, Tusquets, 1992.

GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS, GASPAR, *Noticia general para la estimación de las artes*, Salamanca CILUS, 2000.

HENRÍQUEZ GRATEREAUX, FEDERICO, *Empollar huevos históricos*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 2001.

HEREDIA, JOSÉ MARÍA, *Juan Bautista Casti, Escritos literarios*, La Habana, Ministerio de Educación, 1947.

HEVIA BUSTOS, JACINTO, *Vejamen al doctor Antonio Coronel*, Lima, Luis Antonio Eguiguren, S. E., 1949.

HIDALGO y TERRÓN, JOSÉ, *Obra*

completa de equitación, Madrid,
R. Velasco, 1889.

HOROZCO, SEBASTIÁN DE, *Cancionero*,
Frankfurt, 1975.

HUARTE DE SAN JUAN, JUAN, *Examen
de ingenios para las ciencias*,
Madrid, Cátedra, 1989.

HUBER, MATOS, *Cómo llegó la noche.
Revolución y condena de un
idealista cubano*, Barcelona,
Tusquets, 2002.

HUETE, JAIME DE, *Comedia vidriana*,
Zaragoza, Prensas Universitarias de
Zaragoza, Instituto de Estudios
Altoaragoneses, 2002.

INGENIEROS, JOSÉ, *Los tiempos nuevos*, Buenos Aires, Argirópolis, 2002.

INSÚA, ALBERTO, *El negro que tenía el alma blanca*, Madrid, Castalia, 1998.

ISLA, JOSÉ FRANCISCO DE, *Cartas de Juan de la Encina*, Madrid, Rivadeneyra, 1850.

—, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, Madrid, Gredos, 1992.

JARAMILLO LEVI, ENRIQUE, *Luminoso tiempo gris*, Madrid, Páginas de espuma, 2002.

JARDIEL PONCELA, ENRIQUE, *Usted tiene ojos de mujer fatal*, Madrid, Castalia, 1995.

JEREZ, JUAN, *Razón de Corte*, León, Universidad de León, 2001.

JIMÉNEZ DE URREA, PEDRO MANUEL, *Jardín de hermosura*, Lucca, Mauro Baroni, 1996.

JIMÉNEZ PATÓN, BARTOLOMÉ, *Discursos de los tvfos, copetes y calvas*, Madrid, Real Academia Española, 2003.

JUAN MANUEL, DON, *El Conde Lucanor*, Barcelona, Crítica, 1994.

—, *Libro del caballero y del*

escudero, Madrid, Gredos,
1981.

LAÍN ENTRALGO, PEDRO, *Descargo de conciencia*, Madrid, Alianza, 1989.

LANDERO, LUIS, *Juegos de la edad tardía*, Barcelona, Tusquets, 1993.

LARRA, MARIANO JOSÉ DE, *El doncel de don Enrique el Doliente*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2003.

—, *La alabanza, o que me prohíban este*, Barcelona, Crítica, 2000.

LARRETA, ENRIQUE, *La gloria de don*

Ramiro. Una vida en tiempos de Felipe Segundo, Madrid Victoriano Suárez, 1908.

LEDESMA, MANUEL, *Discurso sobre las ciencias matemáticas*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim-Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1990.

LEGUINECHE, MANUEL, *La tierra de Oz. Australia vista desde Darwin hasta Sidney*, Madrid, Aguilar, 2000.

LEÓN, FRAY LUIS DE, *Exposición del Cantar de los Cantares*, Madrid, Compañía de Impresores y Libreros del Reino, 1885.

LEÓN, MARÍA TERESA, *Memorias de la melancolía*, Barcelona, Bruguera, 1982.

LEÓN, RICARDO, *Cristo en los infiernos*, Madrid, Victoriano Suárez, 1941.

LEZAMA LIMA, JOSÉ, *Oppiano Licario*, Madrid, Cátedra, 1989.

—, *Paradiso*, Madrid, CSIC, 1988.

LOBO LASSO DE LA VEGA, GABRIEL, *Mexicana*, Madrid, Atlas Ediciones, 1970.

LONGARES, MANUEL, *La novela del corsé*, Barcelona, Seix Barral, 1979.

—, *Romanticismo*, Madrid,
Alfaguara, 2002.

LÓPEZ ABA, GONZALO, *El relevo. Crónica viva del camino hacia el II Suresnes del PSOE. 1996-2000*, Madrid, Taurus, 2002.

LÓPEZ DE GÓMARA, FRANCISCO, *La primera parte de la Historia natural de las indias*, Salamanca, CILUS, 2000.

LÓPEZ IBOR, JUAN JOSÉ, *El libro de la vida sexual*. Barcelona, Danae, 1968.

LORANDI, ANA MARÍA, *Ni ley, ni rey, ni hombre virtuoso. Guerra y sociedad*

en el virreinato del Perú. Siglos XVI y XVII, Barcelona, GEDISA, 2002.

LOYNAZ, DULCE MARÍA, *Jardín, Novela lírica*, Pinar del Río, Editorial Cauce, 2005.

LUCENA MAROTTA, FELIPE, *Qué significa estar sano*, Madrid, Acento, 2002.

LUGONES, LEOPOLDO, *Yzur, Cuentos fantásticos*, Madrid, Castalia, 1988.

LUJÁN, PEDRO DE, *Coloquios matrimoniales*, Madrid, Real Academia Española, 1990.

MADARIAGA, SALVADOR DE, *¡Viva la*

muerte! Tragedia moderna en tres actos, Madrid, Espasa Calpe, 1983.

MALÓN DE CHAIDE, FRAY PEDRO, *La conversión de la Magdalena*, Madrid, Espasa Calpe, 1930.

MALPICA, CARLOS, *El desarrollismo en el Perú*, Lima, Horizonte, 1975.

MANSILLA, LUCIO VICTORIO, *Una excursión a los indios ranqueles*, Caracas, Ayacucho, 1957.

MARAÑÓN, GREGORIO, *Manual de diagnóstico etiológico*, Madrid, Espasa Calpe, 1943.

MARÍAS, JULIÁN, *España inteligible*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.

—, *Historia de la Filosofía*,
Madrid, Alianza Editorial,
1993.

MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS, *Hilferding
y la social-democracia alemana*,
Lima, Amauta, 1988.

—, *Política italiana [Artículos
(1923-1930)]*, Lima, Amauta,
1988.

MARSÉ, JUAN, *Rabos de lagartija*,
Barcelona, Lumen, 2000.

—, *Últimas tardes con Teresa*,
Barcelona, Seix Barral, 1996.

MARTÍN GAITE, CARMEN, *Entre visillos*,
Barcelona, Áncora y Delfín, 1958.

—, *Usos amorosos del dieciocho en España*, Barcelona, Anagrama, 1994.

MARTÍN-SANTOS, LUIS, *Tiempo de silencio*, Barcelona, Seix Barral, 1996.

MARTÍN VIGIL, JOSÉ LUIS, *Los curas comunistas*, Madrid, Alianza Editorial, 1968.

MARTÍNEZ, TOMÁS ELOY, *Santa Evita*, Barcelona, Seix Barral, 1995.

MARTÍNEZ DE TOLEDO, ALFONSO (Arcipreste de Talavera), *El Corbacho*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.

MARTÍNEZ RUIZ, JOSÉ (AZORÍN),
Antonio Azorín, Madrid, Biblioteca
Nueva, 1998.

MEJÍA, FERNANDO, *Libro intitulado
nobiliario vero*, Madison, Hispanic
Seminary of Medieval Studies,
1992.

MEJÍA, PEDRO, *Silva de varia lección*,
Madrid, Cátedra, 1989-1990.

MELO, JUAN VICENTE, *Notas sin
música*, México D. F., F. C. E.,
1994.

MELÉNDEZ VALDÉS, JUAN, *Discursos
forenses*, Madrid, Fundación Banco
Exterior, 1986.

MENA, FERNANDO DE, *Traducción de la Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea de Heliodoro*, Madrid, Real Academia Española, 1954.

MENDOZA, MARIO, *Satanás*, Barcelona, Seix Barral. 2002.

MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, CSIC, 1946-1948.

MERCADO, LUIS, *Libro de la peste*, Madrid, Real Academia Nacional de Medicina, 1921.

MERINO, JOSÉ MARÍA, *Novela de*

Andrés Choz, Madrid, Mondadori, 1987.

MESONERO ROMANOS, RAMÓN DE, *Panorama matritense, Escenas de 1832*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2003.

MESTAYER DE ECHAGÜE, MARÍA (marquesa de Parabere), *Enciclopedia culinaria. La cocina completa*, Madrid, Espasa Calpe, 1998.

MIHURA, MIGUEL, *Mis memorias*, Barcelona, Ediciones Mascarón, 1981.

MILÁN, LUIS, *El cortesano*, Madrid, Imprenta de Aribau, 1874.

MIÑANO, SEBASTIÁN De, *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional (1820-1823)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1994.

MIRALLES, ALBERTO, *El último dragón del Mediterráneo*, Madrid, Fundamentos, 2002.

MIRANDA, FRANCISCO DE, *Diario de viajes (viaje por Italia y Rusia)*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2003.

MOLINAS, JUAN A., *Tratado de maquinaria y de aparatos industriales*, Barcelona, Seix Editor, 1886.

MONTERROSO, AUGUSTO, *Literatura y vida*, Madrid, Alfaguara, 2004.

MOREIRO, JOSÉ MARÍA, *La Polaca o la revolución de una flamenca «ye-ye»*, Madrid, Prensa Española, 1970.

MORENO-DURÁN, R. HUMBERTO, *El toque de Diana*, Bogotá, Tercer Mundo, 1883.

MOYA y JIMÉNEZ, FRANCISCO JAVIER DE, *Las islas Filipinas en 1882: Estudios históricos, geográficos,*

estadísticos y descriptivos, Madrid,
Imprenta de la sucesora de
M. Minuesa, 1883.

MUJICA LÁINEZ, MANUEL, *Bomarzo*,
Barcelona, Seix Barral, 1992.

MUÑOZ MOLINA, ANTONIO, *Sefarad. Una novela de novelas*, Madrid,
Alfaguara, 2001.

MUTIS, JOSÉ CELESTINO, *Cartas de José Celestino Mutis. Al oidor decano don Juan Hernández de Alba*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1947.

NERUDA, PABLO, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix Barral,

1993.

—, *Una casa en la arena*,
Barcelona, Lum en, 1966.

NIETO GIL, LUIS ANTONIO, *La
alimentación y las enfermedades*,
Montevideo, librosenred.com, 2004.

NOROÑA, CONDE DE, *Poesías*, Madrid,
Rivadeneira, 1871.

OBANDO BOLAÑOS, ALEXÁNDER, *El
más violento paraíso*, San José
(Costa Rica), Ediciones Perro Azul,
2001.

OBLIGADO, CLARA, *Salsa*, Barcelona,
Plaza y Janés, 2002.

OLAVIDE, PABLO, *Informe al Consejo sobre la Ley Agraria*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Sociedad Estatal Quinto Centenario e Instituto de Estudios Fiscales, 1990.

OLLERO TASSARA, ANDRÉS, *Derecho y sociedad. Dos reflexiones en torno a la filosofía jurídica alemana actual*, Madrid, Nacional, 1973.

OÑA, PEDRO DE, *Arauco domado*, Santiago de Chile, Academia Chilena, 1917.

OROZCO, SEBASTIÁN DE, *Cancionero*, Frankfurt, Jack Weiner, Herbert

Lang, 1975.

ORTEGA y GASSET, JOSÉ, *Personas, obras, cosas*, Barcelona, Dopesa, 1970.

ORTÚÑEZ DE CALAHORRA, DIEGO, *Espejo de príncipes y caballeros. El caballero del Febo*, Madrid, Espasa Calpe, 1975.

OSUNA, FRANCISCO DE, *Quinta parte del Abecedario espiritual*, Madrid, FUE, 2002.

OTAROLA, JUAN DE, *Coloquios de Palatino y Pinciano*, Madrid, Turner, 1995.

PÁEZ DE RIBERA, RUY, *Cancionero de*

Baena, Madrid, Visor, 1993.

PALAFOX y MENDOZA, JUAN, *Cartas. (Carta al rey)*, Madrid, Atlas Ediciones, 1968.

PALENCIA, ALFONSO DE, *Universal vocabulario en latín y en romance*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1992.

PALOMINO, ÁNGEL, *Torremolinos, Gran Hotel*, Barcelona, Planeta, 1996.

PALOMINO y VELASCO, ANTONIO, *El Parnaso español pintoresco laureado*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1936.

PARDO BAZÁN, EMILIA, *El cisne de Vilamorta*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1909.

—, *La madre naturaleza*, Madrid, Alianza Editorial, 2010.

—, *La Quimera*, Madrid, Cátedra, 1991.

—, *Los pazos de Ulloa*, Madrid, Espasa Calpe, 1987.

—, *Un viaje de novios*, Madrid, Alianza Editorial, 2003.

PARRA, TERESA DE LA, *Ifigenia. Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*, Caracas, Ayacucho, 1981.

PASAMONTE, JERÓNIMO DE, *Vida y trabajos*, Madrid, Atlas Ediciones, 1956.

PASTOR DÍAZ, NICOMEDES, *A la corte y a los partidos*, Barcelona, Fundación Caja de Madrid, Anthropos, 1996.

PAZ, OCTAVIO, *El laberinto de la soledad*, Madrid, Cátedra, 1993.

PAZ SOLDÁN, EDMUNDO, *La materia del deseo*, Madrid, Alfaguara, 2002.

PEMÁN, JOSÉ MARÍA, *Mis almuerzos con gente importante*, Barcelona, Dopesa, 1970.

PEREDA, JOSÉ MARÍA DE, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, Alicante, Universidad, 2003.

—, *La puchera*, Madrid, Castalia, 1980.

—, *Más reminiscencias*, Madrid, Imprenta de M. Tello, 1881.

—, *Tipos y paisajes*, Santander, Ediciones Tantín, 1989.

PÉREZ DE AYALA, RAMÓN, *Tigre Juan*, Madrid, Castalia, 1991.

PÉREZ DE OLIVA, FERNÁN, *Muestra de la lengua castellana en el nacimiento de Hercules o Comedia de Amphitrion*, París, Revue

Hispanique LXIX, 1927.

PÉREZ DE SILVA, JAVIER; JIMÉNEZ HERVÁS, Pedro, *La televisión contada con sencillez*, Madrid, Maeva, 2002.

PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*, Madrid, Turner, 1993.

—, *Juan Martín el Empecinado*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

—, *Miau*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

—, *Realidad. Novela en cinco jornadas*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

—, *Tormento*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2002.

—, *Torquemada en el purgatorio*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2002.

—, *Tristana*, Madrid, Imprenta la Guirnalda, 1892.

PÉREZ-REVERTE, ARTURO, *La Reina del Sur*, Madrid, Alfaguara, 2002.

PICÓN, JACINTO OCTAVIO, *La hijastra del amor*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2003.

PILAR, GARCÍA DEL, *Relación de la entrada de Nuño de Guzmán, que dio García del Pilar, su intérprete*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

PINEDA, JUAN DE, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, Madrid, Atlas Ediciones, 1963-1964.

PINILLOS, JOSÉ LUIS, *La mente humana*, Madrid, Salvat-Alianza Editorial, 1969.

POCATERRA, JOSÉ RAFAEL, *Tierra del sol amada*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1991.

POMBO, ÁLVARO, *Una ventana al norte*,

Barcelona, Anagrama, 2004.

PUERTA, GABRIEL DE LA, *Manual de química orgánica*, Madrid, S. E., 1882.

PUIGGARÍ I LLOBET, JOSEP, *Monografía histórica e iconografía del traje*, Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

QUEVEDO y VILLEGAS, FRANCISCO, *Carta a una monja*, Madrid, Cátedra, 1993.

—, *La culta latiniparla*, Madrid, Cátedra, 1993.

—, *La vida del Buscón llamado don Pablos*, Salamanca, Universidad de

Salamanca, 1980.

—, *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, Madrid, Cátedra, 1993.

—, *Perinola*, Madrid, Cátedra, 1993.

—, *Poesías*, Madrid, Castalia, 1969-1971.

—, *Sueño de la muerte*, Madrid, Castalia, 1993.

—, *Sueño del mundo por de dentro*, Madrid, Castalia, 1993.

QUIÑONES DE BENAVENTE, LUIS, *Dos ladrones y el reloj*, Madrid, edición electrónica, 1996.

QUIROGA, ELENA, *Escribo tu nombre*,
Madrid, Biblioteca Castro, 2011.

REBOLLEDO, BERNARDINO DE, *Ocios*,
Cuenca, Ediciones de la Universidad
de Castilla-La Mancha, 1997.

REINA, FRANCISCO DE LA, *Libro de
albeitería*, Salamanca, CILUS,
1999.

RIDRUEJO, DIONISIO, *Dentro del
tiempo. Memorias de una tregua*,
Barcelona, Ediciones Arión, 1959.

RIVAROLA, JUAN BAUTISTA, *Yypora*,
Alicante, Universidad de Alicante,
2003.

RODRÍGUEZ, FEDERICO, *Introducción a la política social*, Madrid, Civitas-Universidad Empresa, 1979.

RODRÍGUEZ CALAFAT, DANIEL, *Informática avanzada al alcance de todos*, Montevideo, <http://www.librosenred.com>, 2004.

RODRÍGUEZ LARA, M.^a ELENA, *La educación superior en América Latina. Globalización, exclusión y pobreza*. Montevideo, <http://www.librosenred.com>, 2004.

ROJAS, FERNANDO DE, *La Celestina*, Barcelona, Crítica, 2000.

ROJAS VILLANDRANO, AGUSTÍN DE,

El natural desdichado, Nueva York, Instituto de las Españas, 1939.

—, *El viaje entretenido*, Madrid, Espasa Calpe, 1977.

ROJO, ALFONSO, *Matar para vivir*, Barcelona, Plaza y Janés, 2002.

RUBIO CARDIEL, JULIÁN, *Los genes, Qué son y qué hacen en el organismo*, Madrid, síntesis, 1989.

RUEDA, LOPE DE, *Comedia llamada Medora*, Madrid, Espasa Calpe, 1973.

RUFO, JUAN, *Las seiscientas apotegmas*, Madrid, Espasa Calpe, 1972.

RUIZ ZAFÓN, CARLOS, *La sombra del viento*, Barcelona, Planeta, 2003.

RULFO, JUAN, *El llano en llamas*, Madrid, CSIC, 1992.

SAAVEDRA, ÁNGEL DE (duque de Rivas), *Don Álvaro o la fuerza del sino*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

SABADELL, MIGUEL ÁNGEL, *El hombre que calumnió a los monos*, Madrid, Acento, 2003.

SÁBATO, ERNESTO, *Abaddón el exterminador*, Barcelona, Seix Barral, 1983.

SALINAS, JUAN DE, *Poesías*, Madrid, Castalia, 1987.

SÁNCHEZ DE VERCIAL, CLEMENTE, *Libro de los exemplos por A. B. C.*, Madrid, CSIC, 1961.

SÁNCHEZ FERLOSIO, RAFAEL, *El Jarama*, Barcelona, Destino, 1994.

SÁNCHEZ MAZAS, RAFAEL, *La vida nueva de Pedrito de Andía*, Barcelona, Planeta, 1995.

SÁNCHEZ-OSTIZ, MIGUEL, *Un infierno en el jardín*, Barcelona, Anagrama, 1995.

SÁNCHEZ-SILVA, JOSÉ MARÍA, *Marcelino pan y vino*, Madrid, Cigüeña, 1952.

SANZ, JOSÉ LUIS, *Pequeña historia de los dinosaurios*, Madrid, Espasa Libros, 2012.

SAVATER, FERNANDO, *Caronte aguarda*, Madrid, Punto de Lectura, 2001.

SEGUÍ, MIGUEL, *Los últimos dinosaurios vivos. Tras la pista de un mundo perdido*, Barcelona, La Espiral del Conocimiento, 2002.

SEOANE, MARÍA, *Argentina. El siglo del progreso y la oscuridad*, Buenos Aires, Crítica, 2004.

SILVA, JOSÉ ASUNCIÓN, *Obra poética*, Madrid, Hiperión, 1996.

SILVA, LORENZO, *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos*, Barcelona, Destino, 2001.

SOLÓRZANO y PEREIRA, JUAN DE, *Política indiana*, Madrid, Atlas Ediciones, 1972.

SOMOZA, JOSÉ, *El Capón. Novela histórica nacional*, Madrid, Imprenta de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1994.

SORIANO, ELENA, *Caza menor*, Madrid, Castalia-Instituto de la mujer, 1992.

SUÁREZ DE FIGUEROA, CRISTÓBAL, *El pasajero*, Barcelona, Promoción y

Publicaciones Universitarias, 1988.

TALAVERA, FRAY HERNANDO DE,
*Católica impugnación del herético
libelo maldito y descomulgado*,
Barcelona, 1961.

TAMAMES, RAMÓN, *Acuerdo
preferencial CEE. España y
preferencias generalizadas*,
Barcelona, Dopesa, 1972.

TAPIA BOLÍVAR, DANIEL, *Historia del
toreo (I), De Pedro Romero a
«Manolete»*, Madrid, Alianza
Editorial, 1993.

TERRONES DEL CAÑO, FRANCISCO,
Instrucción de predicadores,

Madrid, Espasa Calpe, 1960.

TIERNO, BERNABÉ, *Vivir en familia*, Madrid, San Pablo, 2004.

TIERNO GALVÁN, ENRIQUE, *España y el socialismo*, Madrid, Ticar, 1976.

TIMONEDA, JUAN DE, *El Patrañuelo*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.

TOHARIA, MANUEL, *El libro de las setas*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

TOLEDO, ABRAHAM DE (Kitab al Yawarích, Moamín), *Libro de los animales que cazan*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1987.

TORRE, ALFONSO DE LA, *Visión delectable*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1991.

TORRENTE BALLESTER, GONZALO, *La saga/fuga de J. B.*, Barcelona, Destino, 1995.

TORRES VILLARROEL, DIEGO DE, *Visiones y visitas de Torres con Don Francisco de Quevedo por la corte*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

TRÍAS DE BES, FERNANDO, *El hombre que cambió su casa por un tulipán*. Madrid, Temas de Hoy, 2010.

TRIGO, FELIPE, *Los abismos*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de

Cervantes, Universidad de Alicante,
2002.

TUSQUETS, ESTHER, *El mismo mar de todos los veranos*, Barcelona, Anagrama, 1990.

ULLOA, ANTONIO DE, *Viaje al reino del Perú*, Madrid, Historia 16, 1990.

ULLOA, FÉLIX, *El dinero y la democracia. Un caso de estudio*, Montevideo, librosenred.com, 2004.

UMBRAL, FRANCISCO, *El Sobre*, Madrid, El Mundo, 22/11/1994.

—, *Leyenda del César visionario*, Barcelona, Seix Barral, 1995.

UNAMUNO, MIGUEL DE, *Abel Sánchez. Una historia de pasión*, Madrid, Turner, 1995.

—, *Epistolario inédito*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

VALDÉS, ALFONSO, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, Madrid, Cátedra, 1992.

VALDÉS, JUAN DE, *Diálogo de la lengua*, Madrid, Cátedra, 1990.

VALERA, DIEGO DE, *Crónica de los Reyes Católicos*, Madrid, Junta para la Ampliación de Estudios, 1927.

VALERA, JUAN, *Correspondencia*

1847-1957, Madrid, Imprenta Alemana, 1913.

VALLE-INCLÁN, RAMÓN MARÍA DEL, *La corte de los milagros*, Madrid, Espasa Calpe, 1977.

—, *Los cuernos de don Friolera, Martes de carnaval*, Madrid, Espasa Calpe, 1996.

—, *Luces de Bohemia*, Madrid, Espasa Calpe, 1995.

VALLEJO, ALFONSO, *Cangrejos de pared*, Madrid, La Torre, 1980.

VARGAS, CHAVELA, *Y si quieres saber de mi pasado*, Madrid, Aguilar, 2002.

VARGAS, CLAUDIA y DIANA ARIAS, *La alimentación por el color*, Barcelona, RBS, 2003.

VARGAS LLOSA, MARIO, *Conversación en La Catedral*, Barcelona, Seix Barral, 1996.

—, *La casa verde*, Barcelona, Seix Barral, 1991.

—, *La ciudad y los perros*, Barcelona, Seix Barral, 1997.

—, *La verdad de las mentiras*, Madrid, Alfaguara, 2002.

VÁZQUEZ, ÁNGEL, *La vida perra de Juanita Narboni*, Barcelona, Planeta, 1990.

VÁZQUEZ DE ESPINOSA, ANTONIO, *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, Washington, Smithsonian Institution, 1948.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, MANUEL, *La soledad del mánager*, Barcelona, Planeta, 1988.

VEGA, ANA LYDIA, *Falsas crónicas del sur*, San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1997.

VEGA, LOPE DE, *La Arcadia*, Madrid, Castalia, 1975.

—, *El amigo por fuerza*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante,

2011.

—, *La prudente venganza*, Madrid, Alianza Editorial, 1968.

VERDUGO, PATRICIA, *La Casa Blanca contra Salvador Allende. Los orígenes de la guerra preventiva*, Madrid, Tabla Rasa Libros y Ediciones, 2004.

VILLALÓN, CRISTÓBAL DE, *El Crotalón de Cristóforo Gnofoso*, Madrid, Cátedra, 1990.

—, *El Scholástico*, Madrid, CSIC, 1977.

VILLAVERDE, MARÍA JOSÉ, «Sexo y carácter. En el centenario de

Weininger», Madrid, *El País*,
04/10/2003.

VILLEGAS, ALONSO DE, *Fructus sanctorum y quinta parte del Flos sanctorum*, Valencia, LEMIR, 1988.

VILLENA, ENRIQUE DE, *Traducción y glosas de la Eneida. Libros I-III*, Madrid, Turner, 1994.

VV. AA. *Los sistemas agrarios mediterráneos como modelo agroecológico*, Madrid, Sociedad Española de Agricultura Ecológica, 2002.

WALSH, RODOLFO, *Cuento para tahúres y otros relatos policiales*,

Buenos Aires, Ediciones de la Flor,
1997.

ZAMORA VICENTE, ALONSO, *A traque
barraque*, Madrid, Alfaguara, 1972.

ZARAGOZA, JUAN RAMÓN, *Concerto
Grosso*, Barcelona, Destino, 1981.

ZUNZUNEGUI, JUAN ANTONIO DE, *El
Chiplichandle*, Madrid, Studios,
1940.

ZÚÑIGA, FRANCÉS DE, *Crónica
burlesca del emperador Carlos V*,
Salamanca, Universidad de
Salamanca, 1989.

ZÚÑIGA, MARÍA DEL MAR, *Como un
asta de toro*, León, El paisaje, 2001.

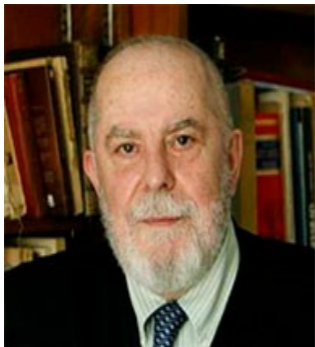
ZÚÑIGA y SOTOMAYOR, FADRIQUE DE,
Libro de cetrería de caza de azor,
Madrid, Bibliófilos Españoles,
1953.

ZURITA, JERÓNIMO DE, *Anales de la
Corona de Aragón*, Zaragoza,
Institución «Fernando el Católico»,
2003.

Publicaciones periódicas

ABC (Madrid).

El Diario Vasco (San Sebastián).
El Mundo (Madrid).
El País (Madrid).
El Universal (Caracas).
Faro de Vigo (Vigo).
La Esfera (Madrid).
La Nación de Costa Rica (San José).
La Razón (Madrid).
La Vanguardia (Barcelona).
Punto (Madrid).
Solidaridad Obrera (Barcelona).



JUAN GIL (Madrid, 3 de diciembre de 1939). [Real Academia Española Silla e] Catedrático de Filología Latina de la Universidad de Sevilla (1971-2006), obtuvo su licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid y realizó su doctorado —por el que recibió el Premio Luigi Jacopini

— en la Facoltà di Lettere de Bologna. Fue catedrático del Instituto Beatriz Galindo de Madrid, profesor agregado de Filología Latina de la Universidad Complutense de Madrid y catedrático de esa misma especialidad en la Universidad de Sevilla.

Asesor del Pabellón del Siglo XV de la Exposición Universal de Sevilla de 1992, comisario de las exposiciones «Arias Montano y su mundo» y «Extremadura en sus páginas», doctor *honoris causa* por la Universidad Complutense de Madrid, socio de honor de la Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, académico

correspondiente de la Real Academia de Córdoba y de la Academia Dominicana de la Historia, además de miembro del Consejo Asesor de la revista *Cuadernos de Filología Clásica*.

Entre sus reconocimientos figuran el Premio Finale Ligure Storia Medioevale (1997) y la distinción Eduardo Benot al rigor científico y lingüístico del Ayuntamiento de Cádiz (2011).

Ha sido pionero de los estudios del latín medieval en España, con trabajos sobre el latín de los visigodos y los mozárabes, plasmados en su obra *Corpus scriptorum muzarabiorum* (1973). También ha investigado sobre el

latín clásico, el latín del Renacimiento, la lingüística indoeuropea, los textos antiguos griegos y neogriegos, el humanismo latino, la crítica textual, la historia, las minorías religiosas en España y Europa y la escatología, entre otros campos.

Ha dedicado especial atención a la historia de Cristóbal Colón en libros como *Mitos y utopías del descubrimiento* (1989) —tres volúmenes dedicados a Colón, el Pacífico y El Dorado— y *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos* (1992), en colaboración con Consuelo Varela.

Otros libros de Juan Gil son *Los conversos y la Inquisición sevillana* (2000-2003), aparecido en ocho volúmenes; *Columbiana. Estudios sobre Cristóbal Colón. 1984-2006* (2007); *Horacio. Arte poética* (2010), y la traducción de las *Meditaciones filosóficas*, de Descartes (1958). Varias de sus obras han sido traducidas al italiano, el francés y el japonés. En noviembre de 2015 publicó *300 historias de palabras*, libro que relata «cómo nacen y llegan hasta nosotros las palabras que usamos».

Juan Gil ha colaborado, con un estudio sobre la ortografía cervantina, en la obra

conmemorativa del IV Centenario de la muerte del autor del *Quijote Autógrafos de Miguel de Cervantes Saavedra* (2015), edición publicada por Taberna Libraria con prólogo del director de la RAE, Darío Villanueva.

FERNANDO DE LA ORDEN OSUNA. Filólogo, lexicógrafo y corrector, tras veinte años a vueltas con las palabras todavía le generan más dudas que certezas.